

# Ante todo criminal

JUAN APARICIO BELMONTE



Lectulandia

Juan Aparicio Belmonte vuelve a adentrarse con su siempre caústico sentido del humor en el género negro para desarrollar una historia de crímenes, fallidas investigaciones, fútbol y corrupción.

Un empresario encomienda a un escritor de turbia trayectoria la redacción de la que él considera la escamoteada e ignorada historia izquierdista del Real Madrid, pero el plan se tuerce y el empresario desaparece misteriosamente.

Sara Lagos, una perfeccionista comisaria de policía en excedencia, se obsesiona con el caso y lo reabre por su cuenta y riesgo. No es consciente del peligro, tanto físico como sentimental, que supone introducirse en un mundo totalmente corrupto, en el que el principal sospechoso, un pequeño narcotraficante con veleidades literarias, vive donde la realidad y la ficción se entremezclan.

Una hilarante comedia que parodia con fina ironía los tópicos más acendrados de las novelas de detectives, del casticismo y de las ambiciones literarias.

**Lectulandia**

Juan Aparicio-Belmonte

**Ante todo criminal**

ePub r1.0

Titivillus 12-06-2019

Título original: *Ante todo criminal*  
Juan Aparicio-Belmonte, 2015

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

*A Eva*

# 1

«Si no la hubiera besado, ella aún viviría», le vino esa frase a la cabeza y rompió a llorar. «Es necio pensar eso», trataba de consolarle la mujer rubia, acariciándole más el rostro que la vanidad. Pero la frase se repetía en el cerebro de nuestro hombre de manera persistente, como el sabor del tabaco negro en el paladar. Sin ese beso, ella aún viviría, y probablemente él no estaría rodeado de alfombras ni vería las vigas de roble cruzando el techo remotísimo de aquel privilegiado ático del centro. Resultaba evidente. La había conducido a una fiesta salvaje sin ignorar las consecuencias que podía tener para ella una atmósfera como esa. Él había sobrevivido a una pelea no tan divertida en la que cinco personas casi le matan con botellas que estallaron contra el suelo de tarima rayada y las paredes de gotelé afilado, y hasta tuvo que romper unas bragas con los dientes para salir de una asfixia inoportuna. Y después de sobrevivir, ensangrentado y sonriente, como la víctima de un atentado terrorista que sale ileso de milagro, con más euforia que miedo, había conducido a la pobre mujer a una fiesta aún más despiadada en la sierra, repleta de criminales encubiertos.

—Si no la hubiera besado, ella aún viviría —repitió.

—Que no, que no —insistió la rubia, entre risas—, que eso es una tontería...

—No me vuelvas a contradecir, maldita sea: ella está muerta porque ese beso la convenció de que debía acompañarme.

Estaban borrachos, tirados en el suelo de un ático del centro con vistas al Palacio Real, con peligrosas ganas de montárselo juntos, y por eso aquella joven se reía de un recuerdo que para él era muy serio. Los nervios y la risa son una pareja tan fatal como inevitable. Pero más que la risa de la rubia, a él le asustaron sus labios y sus pechos visibles bajo la blusa blanca y holgada, con escote, una invitación para que su mano se adentrara en ella sin reparar en las consecuencias. Estaban borrachos, sí, tumbados en una alfombra de lana que desprendía pelusa y contra la que él pegó su boca arenosa. Con ganas de aventura. Estaban a punto de iniciar una novela negra o erótica, dependía solo

de ellos. Fue erótica, al menos en el primer capítulo, y lo hicieron sobre la deshilachada pero cara alfombra nepalí —similar a las que colgaban de las paredes— contra la que él había intentado en vano reprimir su ardor. Lo hicieron, el amor o la cosa, hasta en cuatro ocasiones y a gritos, sin hacer caso de las impertinentes protestas que llegaron, ineficaces como balas de agua, desde el piso de abajo, golpes en el techo y la pared de los vecinos, que él se figuró gordos, pendencieros, borrachos y casi tan cardiacos como él mismo, ensañándose a topetazos con los muros y provocando nubes de cal. Volvió con aquella teoría obsesiva: él tenía una amante ocasional de la que estaba más o menos enamorado —una comisaria de policía, ¿cabe mayor estupidez?—, a la que llevó a una fiesta y luego a otra para celebrar alguna nadería. Fiestas peligrosas, sadomasoquistas o peores. Al día siguiente supo que ella había fallecido en el incendio que se produjo en la segunda casa, una mansión de la sierra con demasiadas cortinas y demasiados libros, y muchos individuos de aspecto patibulario con ganas de bronca. Acudió al entierro con tal remordimiento que no pudo saludar a los destrozados padres ni a su acusador exmarido (un abogado corrupto al que el juez de vigilancia penitenciaria concedió permiso para asistir al sepelio).

Rememorar todo aquello le hacía sentirse culpable no tanto por el suceso en sí, sino porque estaba tergiversando la tragedia para dar pena y volver a montárselo con aquella rubia tan atractiva. Ella comenzó a roncar y nuestro hombre se incorporó. Recuperado de la congoja, limpio de pesadumbre tras una ducha de agua templada que le sentó mejor que el medio litro de Coca-Cola Zero que cogió de la nevera, abandonó el piso sin despedirse, un poco harto de tanta pared negra, tanta alfombra nepalí y tanta música *chill out*.

Al llegar abajo pulsó el telefonillo de varios vecinos.

—¿Quién? —respondió uno.

—Tu padre, imbécil, tu padre.

## 2

Y aquí Sara Lagos dejó de leer la novela, en la página 12, no por cansancio ni por aburrimiento sino porque su marido entró en casa con una expresión de preocupación distinta de la habitual: esas ojeras subrayaban una mirada enrojecida por una conjuntivitis o un derrame ocular que daba grima, la corbata de Hermès a rayas rosas y negras hacia atrás, por encima de un hombro, el cinturón desabrochado, el cuerpo desgarbado, como un muñeco articulado que pudiera desmontarse en cualquier momento. Dejó caer la cartera con sus asuntos jurídicos y se desplomó cuan largo era sobre la alfombra, se diría que abatido por un susto mortal, mientras los violines de Prokofiev hacían vibrar el suelo desde los bafles gigantescos del salón.

—A ver, qué ha ocurrido esta vez —dijo Sara, a la vez que bajaba la música con el mando a distancia y se incorporaba del sofá.

Cuando tocó a su marido, lo descubrió demasiado frío o demasiado caliente, no sabía bien, raro en cualquier caso, como si su temperatura corporal demostrara que, en efecto, algo extraordinario (y malo) le estaba sucediendo.

—Esteban...

Aunque estaba acostumbrada a los cadáveres, a verlos, tocarlos y levantarlos, tembló como si la música de Prokofiev también surgiera de su cuerpo. No era lo mismo tratar con el cadáver de un desconocido que con el de su marido: la muerte solo iguala a los extraños.

—Esteban, por favor, qué te pasa.

Abrió los grifos del agua caliente de la cocina y el baño. Subió el termostato de la calefacción hasta los 40 grados centígrados. El aire se llenó de vapor. Le puso a su marido un abrigo de plumas por encima. La obsesión de Sara era que expulsara mediante el sudor toda la química que, presumió, habría consumido en la fiesta del Colegio de Abogados de la que venía. Él apenas se movía. De su nariz brotó un reguero de sangre refulgente. Sara le tocó el cuello y aún vivía, vaya que sí, pero la arritmia era exagerada, contagiaba a la misma yema de sus dedos. Marcó el número de Urgencias.



Malditos abogados, malditos cocainómanos. Él se dio la vuelta y, boca arriba, sonrió.

—¿Qué haces? ¿Por qué me abrigas? —musitó—. Tengo calor.

—Dios mío. ¡Estás borracho perdido! ¡Menudo susto me has dado! —Sara se indignó—. He llamado a la ambulancia. Pensaba que tenías una sobredosis de coca o algo peor.

—Bueno —dijo él, muy sonriente—. De eso también había, pero en fin, ya sabes, soy más de drogas legales, como el alcohol, o blandas, como el hachís...

La casa era una sauna y unas perlas de sudor dibujaron el itinerario de la carrera de Sara para cerrar los grifos y apagar la calefacción. Ayudó a Esteban a incorporarse. Él puso un brazo sobre su hombro, mojando el tirante de su camión, y mientras ella le sacaba el lazo de la corbata, él se desabrochó la ropa. Se dejó guiar hasta el dormitorio conyugal abandonando por el camino los zapatos, la camisa y los pantalones. Se derrumbó sobre la cama y cuando Sara le quitó el segundo calcetín —se había puesto uno de cada color, el muy payaso— sonó el timbre de la puerta: la ambulancia. Qué vergüenza tener que explicar a los enfermeros que todo había sido producto de la precipitación, que su marido no estaba sufriendo un colapso por sobredosis de droga, que la sangre de la nariz fue a causa del golpe que se había dado contra el suelo. Sara se lo estaba explicando al camillero, que la miraba contrariado, cuando llegó hasta ellos la risa de Esteban desde el dormitorio.

—Ja, ja, ja...

Al enfermero aquellas risotadas le parecieron la constatación de que se habían burlado de él.

Y mientras descendía los escalones del edificio, Sara le escuchó mascullar:

—Valiente cretina.

Regresó al dormitorio y se topó con Esteban al borde del llanto, riéndose en la cama con la novela, la misma que ella había estado leyendo hasta que él llegó.

—Ja, ja, ja, ja... —Leyó en voz alta—: «Al llegar abajo pulsó el telefonillo de varios vecinos. ¿Quién?, respondió uno. Tu padre, imbécil, tu padre». ¿Qué mierda es esta?

Esteban rodó de un lado para otro del colchón hasta que rebasó sus límites y se golpeó contra el radiador. Y no, su inmovilidad esta vez no era una broma. Y la sangre tampoco manaba de la nariz sino de la brecha enorme de su frente, sobre la ceja izquierda.

Tenía las órbitas de los ojos en blanco, como dos cáscaras de huevo.

—¿Esteban?

No respondió.

—Oiga, oiga. —Sara bajó las escaleras del edificio lo más deprisa que pudo—. Que esta vez sí, que esta vez sí que necesita ayuda. ¡Oiga, enfermero!

Y la novela allí, en el suelo, abierta por la página 15.

### 3

Nuestro hombre se dio cuenta de que lo peor de ser infiel era que abonaba la desconfianza hasta hacerla crecer como una flor tan venenosa e invasora de los pensamientos que estos se transformaban en sospechas, viniera o no a cuento, como si el mal ejemplo que su adulterio representaba implicara dejar de creer en los seres queridos. De manera que empezó a ver en Marisa, su mujer, señales de una traición similar a la que él había cometido aquella mañana turbulenta. Y cualquier gesto o palabra equívoca, cualquier cosa fuera de lo habitual que ella hiciera —pero también la misma rutina—, le parecía sospechoso y digno de ser investigado. Estuvo barajando la idea de contratar a un detective para que la siguiera por dondequiera que fuera, a todas horas y a todas partes, hasta que leyó un extraño y providencial panfleto que alguien deslizó por debajo de la puerta de su casa y cambió de opinión. El texto era una suerte de relato publicitario sobre un hombre con una situación marital complicada que hallaba la felicidad gracias, precisamente, a la ayuda de un detective. No tuvo más que proporcionar *online* su número de cuenta para contratar a un profesional con la encomienda de seguirle a él y no a Marisa. Un detective que le sirvió para cerciorarse de que estaba a salvo: su vida era, al parecer, tan anodina como la de casi todo el mundo, y así se mostraría también para cualquier espía que le siguiera oculto en las sombras de lo cotidiano, caso de que Marisa, muy proclive a los celos, contratara uno.

Los informes del detective eran tan prosaicos que ni él conseguía terminar su lectura, y eso que hablaban de él, su tema favorito, pero con tan poca pericia literaria que anduvo aquellos días muy deprimido. O sea que aquel tipo que de tanto en tanto pedía un cigarrillo por la calle a algún transeúnte cabizbajo, aquel personaje que, atribulado, dudaba y tardaba mucho en comprarse unas zapatillas deportivas, era él. O sea que aquel individuo plano que iba del hospital a casa y de casa al hospital, también era él. El detective no mencionaba lo más atractivo de su vida: a saber, que era perseguido por una rubia adinerada y muy celosa, que bebía desde por la mañana temprano sin que se le notara, con aplomo viril, que con la excusa de fumar salía del

hospital y echaba unas monedas en la tragaperras de la cafetería adyacente — y solía ganar— y que se fumaba un par de canutos en la azotea con un cierto aire teatral de príncipe de la ciudad, asomándose a ella sin vértigo, como si fuera suya, haciéndola suya con su contemplación desde la soledad y frente al viento afilado de los tejados e indiferente a ese piar desafinado de los pájaros cantarines, pero enfermos de contaminación. Se enfadó muchísimo. Y no le abonó el servicio a la agencia de detectives no tanto porque anduviera justo de dinero, sino porque se tomó aquellas banales historias presuntamente inspiradas en su vida como una ofensa, un ataque a su amor propio ya de por sí soliviantado por los problemas que le estaba deparando el revolcón con la rubia que todavía, varios días después de que la hubiera mandado a paseo, le importunaba por teléfono con agresiva tozudez.

—¿Por qué llamaste imbécil a mi vecino?

—¡Por los golpes! —se justificaba nuestro hombre.

Pero daba igual, le llegaban por el altavoz unos insultos terribles, muy imaginativos, que lo dejaban temblando.

Se sentía doble o triplemente acosado. Acosado por ella. Acosado por el remordimiento y la confusión, que eran la misma cosa. Y acosado por el detective acreedor. Se juntaron los tres —o cuatro— acosos en un mismo restaurante italiano. Allí estaba él tomando un vino en espera de que le sirvieran el primer plato —pizza margarita con cayena para levantar el ánimo—, intentando suturar las heridas de la culpa, cuando apareció la rubia. Le acusó a gritos de ser un tipejo, y cosas peores, mientras los clientes y los camareros la miraban estupefactos, dijo que no solo la había seducido con malas artes sino que había puesto a todo el vecindario en su contra tocando en el telefonillo cuando se marchó. Un camarero quiso apaciguarla, pero ella gritó aún más, y él se limitó a sonreír mirando a un lado y a otro en respuesta a los ojos que le suplicaban: «Haga algo, por Dios, dígame alguna palabra agradable para que se calme y podamos seguir disfrutando de los *tagliatelle* y el *carpaccio*».

Entonces supo que el tipo con gorro y bufanda negros de lana sentado al fondo del restaurante era su detective. Le contemplaba sin dejar de tomar notas en su libreta. Parecía llevar escrita en su indumentaria pasada de moda y roída las palabras «investigador de tercera división». Esa semana esperó con impaciencia su informe, pero no mencionó nada del escándalo en el restaurante toscano (con postres sardos). ¿Se podía ser más inútil? Fue iracundo a su encuentro. El detective estaba debajo de su casa, en el bar de la

esquina, tomándose la manzanilla con que solía retarle, o eso creía nuestro hombre, mientras él se bebía la cerveza o el vino del aperitivo.

Al verlo —se colocó a su lado en la barra, casi hombro con hombro—, el detective no dio muestras de inquietud ni sorpresa. Parecía un oligofrénico de libro, alguien cuya inteligencia apenas le daría para completar una sopa de letras o un rompecabezas de cinco piezas.

—Sé muy bien lo que usted pretende —dijo el detective, haciéndose el interesante y bebiendo de su petaca.

—¿El qué?

—Como que se lo voy a decir...

Indignado, nuestro hombre le arrebató la petaca. Como sospechaba, contenía manzanilla fría. La reacción del detective fue quitarle la copa de vino con gran violencia, lo que provocó que su contenido se derramase sobre la barra y que varias salpicaduras llegaran a su camisa recién estrenada.

El detective se carcajeó con una risa que le recordó al hipo de un asmático. Y nuestro hombre se fue del bar perplejo y algo asustado, reprimiendo las ganas de pelea.

## 4

Sara encontró en la lesión de Esteban la excusa perfecta para solicitar una excedencia —para estar a su lado y cuidarlo—: lo necesitaba, necesitaba el descanso. Se había propuesto dejar de beber y lo estaba logrando, pero no era nada fácil resistir la tentación en el mismo ámbito que la había empujado a hacerlo a escondidas en alguna que otra ocasión. Un interrogatorio se llevaba mejor achispada, una mala mirada de un compañero trepa o misógino, también. Y mientras Esteban respiraba a su lado con la frente vendada y el tobillo derecho escayolado, como si fuera el enfermo de una película cómica de poco presupuesto, incluso un dibujo animado hecho persona, cogió mi novela de la mesilla para seguir leyendo. No le movía a ello tanto su vocación de lectora de ficción, escasa, como la certeza del hallazgo de un crucigrama policial que solucionar, la intuición de que en mi novela estaba la clave de la misteriosa desaparición de un millonario que en su día me contrató para que impartiera clases de escritura creativa a su ingenuo pero talentado hijo único. Las similitudes de ese millonario con el de mi novela, publicada dos años después de la desaparición del preboste, eran muchas, y a Sara le resultaba asombroso que nadie hubiera reparado en ellas. Manzaneda, el millonario perdido, Peral, el millonario de mi novela, manzanas y peras, qué burda pero lógica transposición para un escritor sin excesivo talento. Estaba, por qué no, ante una obviedad que solo ella conocía y que cuando la enunciara apoyada en pruebas se convertiría en una verdad mayúscula del sistema judicial, en una evidencia tan rotunda como la teoría heliocéntrica de Galileo; Sara sospechaba que yo había publicado mis andanzas criminales sabedor de que, sometidas al proceso de novelización, se transformarían indefectiblemente en un secreto para un país como el nuestro, de tan escasos y malos lectores. Sabía que, si seguía leyendo, llegaría a la narración del asesinato de un millonario —el de la novela— y quería comprobar hasta qué punto esa narración podía aclarar el suceso real, hasta qué punto el uso de tan oscuro acontecimiento para construir un artefacto de ficción había comprometido a

un hipotético criminal que como novelista presumía de su inspiración autobiográfica.

Caminaba por la Feria del Libro, entre la multitud, y Esteban la acompañaba ayudándose de las muletas con las dificultades propias de un anciano más que de un lesionado. Ese renqueo no parecía que fuese transitorio, como si ya nunca pudiera recuperarse de sus heridas. Por fin, Sara me localizó, metido en una caseta como un animal de zoológico, encerrado, esforzándome en disimular el aburrimiento y la impaciencia. Casi daban ganas de lanzarme cacahuets, me contaría Sara muchos meses más tarde. Nadie se acercaba para pedirme que le firmase un libro.

Sara dejó a Esteban en un chiringuito, sentado y con una cerveza rebosante y un suplemento cultural sobre la mesa —en portada, el debut de un escritor norteamericano con acné—, pero no fue suficiente para aplacar su curiosidad.

—Pero ¿adónde vas? —le preguntó cuando ella se alejaba.

Le gritó que había visto a una amiga de la infancia, que la perdonara, y él se quedó satisfecho con su respuesta. Sumergida en la muchedumbre, como un pez en un cardumen, solo al llegar a mi caseta recuperó su condición individual. Me mostró la novela resobada, algunas de cuyas páginas había doblado en las esquinas para señalar pistas en su investigación privada; más que un pasatiempo ahora que no estaba en comisaría, era una obsesión a la que dedicaba todas las horas de la vigilia, salvo cuando el cansancio la abatía o su hijo o Esteban exigían su atención. Iba tejiendo una tela de araña en torno a mí a partir de los datos de mi libro, datos que comparaba, contrastaba o relacionaba con los que había recopilado en prensa. Y cuando le pedí el nombre para firmar el ejemplar, cayó en la tentación de asustarme con un comentario que me transmitió sus sospechas. No era un mal momento para hacerme saber que iba a por mí —mi reacción estaría condicionada por la abundancia de ojos alrededor, el temor a ser visto dejándome llevar por la ira o la agresividad detendría una reacción peligrosa—, que me tenía enfilado con el cañón de su obsesión, y pronto dispararía. En ocasiones, se lo decía su experiencia policial, era bueno que la presa supiera que un cazador lo estaba persiguiendo, porque los nervios bloquean, provocan huidas que son más bien un irse despavorido hacia la trampa, el conocimiento de la persecución quiebra un comportamiento más o menos discreto y eficaz para mantenerse a salvo de la ley. Así que cuando le firmé el ejemplar, me susurró con una

sonrisa cruel que estaba al tanto —esa fue la expresión que empleó— de mi intervención en la desaparición del millonario Marcos Manzaneda, y tosí como si mi estómago quisiera vomitar el susto. También golpeé el mostrador provocando que los diez ejemplares que posaban en vertical cayeran al suelo arenoso y sufrieran el pisoteo displicente de dos o tres transeúntes con prisa.

—¿Perdón?

Recogió con parsimonia mis libros y los situó de nuevo ante mí.

—Arriesgaste demasiado al poner el asesinato con letra impresa en tu novelita.

—Pero ¿qué dice? ¿Quién es usted?

Y regresó al cardumen como respuesta —la acusación ya no se borraría de mi memoria—, apretada masa de paseantes que se conducían como peces en su pecera, de un lado para otro, hipnotizados por su voluntaria y alegre condición de muchedumbre, abarrotando el espacio que había entre la caseta donde yo firmaba y la del cuarto de baño, tras la que ella desapareció de mi vista.

Al llegar a la mesa donde había dejado a Esteban, lo encontró muy concentrado en la pantalla de su teléfono móvil de enésima generación. Estaba analizando una foto que había hecho por la mañana en la terraza de casa, fruncía el ceño, daba vueltas al cachivache buscando nuevas perspectivas.

—Oye —dijo—. ¿Tú no piensas que el chiquitín tiene la cabeza un poco grande? Mira la foto, es de hoy mismo...

—Todos los hombres de mi familia son cabezones —respondió Sara—. Así que no me extraña nada.

—No me refiero al niño, sino al perro... Fíjate, fíjate, compara esta foto con esta otra de hace un mes... Podría padecer hidrocefalia. Es una enfermedad común en esta raza.

Sara pasó los días leyendo y releendo mi novela para no pensar, pero pensaba, vaya que sí, en la posibilidad de que el perro estuviera enfermo, y le asombraba el dolor que le producía esa posibilidad. Era tanto lo que su hijo Julián se había encariñado con el animal que ella, de natural refractaria a los animales domésticos, también lo había hecho, y al cabo de unas cuantas páginas constataba que no había comprendido o captado nada de lo leído. Alzaba los ojos de la novela y miraba a su perrito blanco —el maltés más



alegre y bello del mundo—postrado, adormilado, y Sara pensaba que tal vez fuera cierto, que tal vez su cabeza había adquirido un volumen enfermizo.

—¿Por qué Messi no quiere jugar conmigo? —le preguntó su hijo.

—Porque está cansado.

Y cuando ya no fue capaz de engañarse ante la evidencia de falta de concentración en la lectura, bajó con el niño al parque, pero enseguida le agotó perseguirlo para que no se abriera la cabeza lanzándose desde el tobogán o aupándose en el columpio. Regresó a casa, sentó al niño frente a la televisión y encendió el ordenador para repasar algunas entrevistas y críticas sacadas de internet sobre la última novela de ese individuo —yo—, que ya se sabía vigilado y perseguido —vaya que sí— pese a que en su día fue descartado por el juez como sospechoso en la desaparición de Manzaneda.

En mi novela el asesinato del millonario se produce de manera brusca y cómica, al menos para quien disfrute del humor negro, casi al final, y Sara, impaciente, se saltó varias páginas para llegar a ese episodio: cuando el animoso preboste conduce al protagonista por un pasillo de libros en dirección al despacho, este, embriagado por unas extrañas drogas que le ha proporcionado su amante, la mujer del millonario, saca un martillo y golpea al preboste en la nuca en una reacción tan sorprendente como fatídica. El millonario se desploma y culebrea por la moqueta añadiendo rojo al rojo, con los espasmos de una ballena que quisiera regresar al mar. Sacando fuerzas de un último aliento de vida, mira hacia su agresor con expresión grave para decir:

—Lo sé todo, farsante. Todo... —Y repite con la nariz contra la moqueta —: Todo...

Aparece su mujer —su inminente viuda— y lo remata ahogándole con una bolsa de plástico de la cadena de supermercados Sánchez Romero. Luego la pareja asesina hace el amor con el cuerpo enfriándose a su lado, y ella, enloquecida, le pide al protagonista que le bese las manos, que se las muerda, y como colofón, que arranque la insignia del Madrid de la chaqueta del millonario para oprobialo incluso cadáver. Él se niega; es más, se aparta y, aturdido, llega al enorme salón museo del chalé y, entre toses, se derrumba sobre una copa que es imitación exacta del trofeo de la primera Liga ganada por el Madrid en el año 1932. Allí, con los pantalones a la altura de los tobillos, encogido como un niño y rodeado de fotos de la historia madridista, se da cuenta de que se ha convertido en un asesino y, peor aún, asume que su amante lo ha conducido a la perdición con mala fe.

Y se produce el suceso que mantuvo a Sara Lagos siguiendo con el dedo índice las líneas de la página: la pareja asesina introduce el cadáver en el maletero de un Mercedes rojo del año 1982, pero remozado en su tapicería y mecánica, y callejean hasta llegar a un viejo y pequeño almacén textil reconvertido en *loft* en una de cuyas esquinas, bajo la pata de un catre destartado, hay un agujero al que se accede activando un sistema de apertura hidráulico y allí depositan el martillo criminal dentro de la bolsa de Sánchez Romero. Luego conducen hora y media hasta un matadero de la sierra que es propiedad del fallecido y allí despiezan y trituran su cuerpo protegidos por trajes de látex, durante casi veinte horas de exhaustivo trabajo en el que ambos se animan con cocaína. Los supermercados de Madrid reciben, entonces, la carne del millonario y esta desaparece en los estómagos de las clases medias y bajas de la región, en las comidas y las cenas familiares de la Nochebuena y la Navidad, y en los sumideros de los váteres cuando los comensales se desprenden de la parte no nutritiva de tan caníbal e insospechado menú.

El proceso está contado con minuciosidad, deteniéndose el narrador en el funcionamiento del sistema de alcantarillado de Madrid, y Sara podía imaginarse hasta la náusea el subsuelo de la ciudad como un intestino por el que circulaba la porquería criminal y perfecta que generaban sus habitantes. Allí, perdido en el vertedero que se esconde bajo el asfalto de su ciudad, se hallaba también el cadáver del millonario que un día desapareció, un cadáver irreparable, convertido ya en aguas fecales. De no ser ficción lo que decía mi novela, claro. «De ser ciertas mis sospechas», pensó Sara.

## 5

La presencia de aquel detective frente al domicilio de nuestro hombre fue constante los días siguientes y su mujer, Marisa, comenzó a tenerle miedo, porque el oligofrénico se apostaba en la acera de enfrente e iluminaba con una linterna de coche la ventana del salón hasta que, negro y silencioso, un vehículo largo lo recogía a altas horas de la madrugada en dirección a una urbanización de chalés de la opulenta zona norte. A veces, contagiado por el temor de Marisa, nuestro hombre salía de casa disfrazado o lo hacía por la puerta del garaje evitando el portal, pero el oligofrénico siempre daba con él.

—¿Has contratado a ese individuo para que te siga? —le preguntó ella con asombro—. ¿Por qué has hecho eso?

—No lo sé, la verdad. Tal vez por curiosidad malsana.

—¿Cómo que por curiosidad malsana?

## 6

Mientras Esteban se fumaba el enésimo canuto en la terraza del piso, mirando hacia el jardín comunal con piscina, y refunfuñaba y se enfadaba aferrado a sus muletas —entraba en el salón para ocultarse de tal o cual vecina cotilla—, Sara Lagos se conectó a internet para localizar los mataderos más importantes del norte de Madrid. Y, oh casualidad, uno de ellos pertenecía a la familia del desaparecido millonario Manzaneda. La sociedad en cuestión se anunciaba así: MANZANESA, MATADEROS, MATADEROS INDUSTRIALES DE GANADO. El matadero principal lo tenían en la sierra noroeste. En la página web se ofrecían embutidos frescos y curados, callos, conservas, patés, jamones... Hasta carne humana, se dijo Sara, sombría y sonriente, acelerada por la sensación de un descubrimiento que le hacía olvidar el problema del perro. Esteban, su marido, herido y perjudicado por sus excesos, estaba hablando como si se encontrara en la consulta del psicoanalista a la que ya no acudía. Sara lo miró con disgusto. Le molestaba que fumara porros no solo por el mal ejemplo que podía darle a su hijo cuando creciera —los niños no obedecen, imitan, les había advertido la pediatra—, no solo por la mancha en su reputación que suponía que en la urbanización fuera *vox populi* su vicio —una comisaria de la Policía Nacional no podía permitir ese rumor—, sino porque últimamente su locuacidad le resultaba problemática, difícil de soportar, irritante hasta el delirio. Era curioso cómo lo que en una primera impresión le había dejado asombrada para bien, lo que hizo que de alguna manera se sintiera atraída por el hombre espigado y locuaz con el que se había casado, luego la fatigara y la fastidiara tanto, y la tentación de volver a beber para soportar su compañía cada vez era mayor. Compartir su vida con él, tal vez, se había convertido en un trabajo.

—A veces pienso que los relatos que uno lee influyen mucho en nuestra vida, como si nos invitaran a construir nuestro porvenir en una u otra dirección o lo impregnaran de un barniz peculiar y fatídico con más poder del que pensamos... —peroraba él, tumbado en el parqué para paliar su dolor de espalda, o eso decía.

—Estás hablando solo, Esteban...

—Pueblo pequeño, infierno grande —continuaba con sus divagaciones, sin hacer caso—. Eso lo repetía mi abuelo, gran narrador oral, por cierto, que vino a la capital huyendo del pueblo. Pues esto es un infierno grande, Sara, o sea, una urbanización pequeña, un lugar repleto de relatos venenosos. Peor que una aldea. Estamos todos vigilados. Nos vigilamos los unos a los otros. En ese sentido, ni internet ni la televisión han logrado terminar con el proverbial y católico cotilleo español...

—Tú eres el más cotilla de todos —respondió Sara para cortar su discurso.

—Últimamente todo lo que digo parece joderte. No lo entiendo, de verdad.

—Es que te repites muchísimo, Esteban, lo siento.

—Pues no me escuches.

—¿Y qué hago? ¿Te dejo ahí, tirado en el suelo, hablando solo como un lunático?

—¿Por qué no?

—¿Y que los vecinos oigan tus monólogos desde la ventana y digan: «Menudo loco, habla solo...»?

—¿Ves? Infierno grande... Los vecinos, los vecinos... Estás obsesionada con el qué dirán, con los relatos de la vecindad, con la jaula de grillos...

—Me has contagiado tu neurosis.

—Ah, ahora el neurótico soy yo... Pues no seré tan neurótico cuando se pelean por mí varios bufetes de España... Mañana tengo otra entrevista de trabajo... Martínez-Rodríguez, ¿te suena? Uno de los mejores despachos de Madrid...

Sara guardó silencio para no discutir. Qué difícil le resultaba convivir con Esteban, qué grima le producía verle soltar humo hacia la lámpara del techo, ese globo de Ikea, sin importarle que la ceniza manchase o quemara sus camisas. Ya no toleraba como antes su desorden ni sus excentricidades; que prefiriera el suelo al sofá, por ejemplo, le provocaba una ira tan enorme que a veces se tenía que encerrar en el cuarto de baño para lavarse la nuca y la cara con agua bien fría y así no tomar un trago o reñir. Y cualquier comentario de Esteban le resultaba molesto como un tomatazo o una bofetada, fuera de lugar, incluso le avergonzaba salir con él a cenar, y cuando le escuchaba hablar de política o de cualquier otro asunto de actualidad, miraba para otro lado, como dejando claro delante de los amigos que ella no solo no estaba de acuerdo con sus palabras —¡el muy cretino se había hecho votante de

Podemos!—, sino que hubiera preferido no oírle, incluso borrarle de la mesa con una goma mágica.

Él rompió a toser. Se incorporó y tosió tanto que parecía al borde del ahogo.

—Vas a despertar al niño... ¿Estás bien?

Ni siquiera contestó: se encontraba perfectamente. Sus toses eran una muestra, otra más, de un histrionismo natural, no por involuntario menos exasperante, así que Sara fue al cuarto de baño para reprimir la ira mojándose las mejillas, los carrillos, los párpados y el cuello.

—Y tú, mientras tanto —dijo él, abriendo la puerta con impertinencia—, leyendo la turbia novela de ese escritor pero no para relajarte sino para investigarle, o sea, para continuar con tu trabajo ahora que estás en casa... No sé, Sara, pero se supone que te habías pedido una excedencia para descansar y estar a mi lado, no para alimentar tu vocación de mujer madero...

—Pero ¿qué dices?

—¿Qué he dicho?

—¡Me has llamado «madero»!

—No lo quería decir así, perdona. Pero, al fin y al cabo, al pan pan y al vino vino... ¿Qué es lo que te ha molestado? ¿Que te haya llamado «madero» en masculino? ¿O la palabra en sí?

—La palabra en sí. Soy una comisaria de la Policía Nacional...

—«Madero» no tiene por qué ser peyorativo.

—Mira, Esteban, no te hagas el listo conmigo.

—¡Has hablado como un madero!

—Vete a la mierda, anda.

—Vale, perdona... —Esteban perseguía a Sara por el pasillo, ayudándose de las muletas—. Se me escapan las palabras como si mi boca fuera una manguera abierta, pero es que eso que he fumado es fortísimo... Y mandarme a la mierda tampoco me parece lo más correcto.

—Ya solo me faltaba que, además de estar todo el día colocado, me insultaras. Pero que sepas que tu cuelgue no es ni siquiera un atenuante.

—Yo no te he insultado: te he llamado «madero», que es un término comúnmente aceptado en el lenguaje de la calle. Y en cualquier caso, me molesta que no cuides de mí... No digo que me trates como a un niño, pero sí que estés algo pendiente de mí, que me des un poco de cariño, que para eso te has pedido el año, para que estemos juntos. ¿O no?

Sara Lagos se encerró en el dormitorio y él le habló desde el otro lado de la puerta, susurrante.

—Venga, cariño, no seas infantil... Pase lo que pase, Sara, y estoy diciendo pase lo que pase, hay que construir un relato positivo de las cosas... El relato es muy importante, Sara, muy importante, porque afecta a la realidad...

—No me vengas con esa teoría ahora, por favor...

—Y tú y yo no podemos permitirnos ningún desencuentro. Menos ahora que tenemos al chiquitín mal...

—¿Qué le pasa a Julián?

—No, el niño, no. El perro, coño... Porque está mal, es evidente, tiene la cabeza muy muy grande, y no creo que sea por ser hijo de tu padre...

—No tiene gracia.

—... Puede ser una hidrocefalia...

—¿Y qué quieres que haga yo?

Y ella se dejó caer sobre la cama para reprimir las lágrimas hundiendo el rostro en la almohada. No sabía si por rabia o por pena.

O por la terrible tentación de tomar un trago.

Volvieron a discutir por la mañana, antes incluso de desayunar, por culpa de unos pelos de barba que Esteban había dejado adosados al mármol del lavabo.

—Ni que fuera un pelo del culo, vaya humos... ¡Esto no es una comisaría llena de maderos, coño!

La riña le proporcionó a Sara la coartada para huir de casa y coger su Toyota Auris en dirección a la sierra noroeste. La cosa estaba clara: o huía en ese momento o cortaba la relación delante de su hijo boquiabierto, que había asistido a la discusión con una perplejidad rayana en el llanto.

—Ojos de adulto —le gritó Esteban a Sara desde la ventana—. ¡Ojos de dolor!

Del garaje surgió el coche como un mosquito de una garganta, haciendo un ruido excesivo porque Sara aceleraba sin acompañar su prisa con la presión adecuada para el pedal del embrague, como si sus pies reflejaran a su manera el desencuentro entre su marido y ella. Dejó atrás una rotonda, dos rotondas, con el motor impertinente, revolucionado de más. Mundo de rotondas, se dijo. Ciudades dormitorio construidas por hombres con cerebros de rotonda, parafaseó en voz alta al propio Esteban y le atacó la risa, una risa que parecía producto de la embriaguez, como si el humo del hachís que se había apoderado de su piso por la noche le afectara de buena mañana con efecto retardado. Y en la risa había también remordimiento. Porque había dejado

atrás a Esteban, con su verborrea y sus porros, pero también a su hijo, con esos ojos abiertos puestos en el perrito dormilón, cada vez más perezoso, cansado tal vez como el espíritu de su triste matrimonio. Había huido del niño, de la posible enfermedad del perro, de la presencia y el verbo insufribles de Esteban, de los restos de su afeitado, de todo, pero sobre todo de sí misma.

—No, por Dios, que no sea cierto... Me comporto como una chiquilla...

El coche se adentró en la autopista a tanta velocidad que provocó el merecido bocinazo de un Dacia Sandero destartado. Sara insultó a su conductor —hombre de aspecto agitanado—, golpeó el volante con ira, como si la carrocería agitanada del Dacia o del conductor fuera una dispensa para cualquier dislate circulatorio de su Toyota Auris azul eléctrico, brillante, limpio, cuidado con mimo y conducido por una mujer rubia, imponente, y para colmo comisaria de policía (casi nada). Subió el volumen de la música para levantar un muro que frenara su mala conciencia. Pero su papel de mujer perfeccionista y atenta al cuidado de los detalles morales se desmoronó, pese a que los bafles temblaban con AC/DC tanto que resultaba difícil pensar. Y por más que aumentara el estrépito de la música, sus pensamientos acusatorios la atravesaban y la herían como flechas envenenadas con dudas y preguntas: ¿Por qué adoptar un perro? ¿Acaso no sabía que las mascotas, si se las quiere, acaban siendo un lastre casi tan difícil de acarrear como un hijo? ¿Acaso no intuía ya que los niños y los bichos no arreglan los problemas sino que los empeoran o añaden más a los ya existentes? ¿Qué clase de bobada es esa de que las relaciones de pareja mejoran con la llegada de un hijo o una mascota? Insensata, ahora se enfrentaba a la posibilidad de que el perro tuviera una enfermedad terrible que no hacía sino tensar su problemática relación con Esteban.

Cuando el heavy metal de los australianos disipó por fin sus tribulaciones —AC/DC nunca le fallaba—, la investigadora recuperó el control del coche, que abandonó la línea discontinua de la autovía, y de sus pensamientos, que volvieron a lo que la había llevado en dirección norte. Había encontrado un curioso paralelismo entre su forma de afrontar la profesión de policía y yo la mía de novelista. La noche anterior había leído una entrevista en la que yo describía la escritura de ficción como una puerta de acceso a un mundo personal en el que me sentía seguro por ser domeñable, y explicaba que cuantos más problemas me asaltaran en el «mundo exterior», cuantos más escollos cotidianos, más creatividad bullía y podía rescatar de mi «mundo interior».



—Pues vas a tocar suelo en tu mundo interior, amiguito —se dijo con una sonrisa—. Porque pienso averiguar cómo lo hiciste y pagarás por ello...

Así le pasaba un poco a ella, cuanto peor le iba en su vida sentimental o familiar, mejor policía era, mejor interrogaba en los calabozos, mejor unía pistas sin vínculo fácil para dar con el criminal cuando nadie lo esperaba y el juez estaba convencido de que debía archivar la causa. Teníamos muchas cosas en común ella y yo, ambos nos soportábamos gracias a ese mundo interior que no era otra cosa que un eufemismo para camuflar la adicción al trabajo, la enajenación mediante la obsesión laboral. Y ese parecido, ahora que me estaba investigando, a Sara le gustaba mucho. No era inusual en ella enamorarse de los delincuentes a los que perseguía, se comportaba como una mantis religiosa con mucho apetito; primero, analizaba a sus presas, construía mentalmente un perfil con sus virtudes, sus aficiones y sus debilidades —trazaba un croquis con ellas en un cuaderno de anillas DIN A-4—; luego, cuando ya casi estaba entregada a ellas, cuando una suerte de libido amorosa le hacía aproximarse a esos hombres como una doncella tierna, se los comía para escupirlos cruelmente delante del juez, agradecido y presto a mandarlos a prisión.

—Te voy a dar mundo interior para treinta años... —continuó como si me tuviera delante—. ¿Qué más quieres?

Por fin el matadero apareció al fondo de un valle, muy cerca de un recoleto pueblo serrano afectado por anillos de chalés adosados que trepaban entre los árboles de la montaña como una metástasis amarillenta, un signo más de aquellos tiempos de burbuja inmobiliaria que ahora, en plena crisis, algunos decían añorar. El pueblo desapareció de su vista. Después de varias curvas, surgió de nuevo el matadero como un escarabajo plateado encajado en un agujero del que trataba de escapar. Así se lo figuraba Sara mientras su coche descendía la cuesta diabólica hacia el lugar que señalaba su GPS. «Manténgase recta», decía. ¿Recta? ¿Cómo narices se iba a mantener recta si la carretera era un puzle de curvas?

Y entonces el colosal escarabajo se movió sobre la mancha verde, como si lograra zafarse del agujero y se propusiera remontar la montaña. Sara apartó el coche a un lado en el momento en que una furgoneta blanca le disparó sus luces y un bocinazo. Apenas sabía dónde estaba. Abrió la portezuela y más bocinazos. No había sitio en esa carretera para estómagos débiles como el suyo. Y los matorrales recibían una lluvia negra, la Coca-Cola Zero que había desayunado con el estómago vacío.

Regresó al vehículo más tranquila.

En punto muerto, despacio, el coche se deslizó cuesta abajo hasta que Sara divisó de nuevo el matadero. Estaba todavía algo mareada cuando, después de andar más de un minuto, llegó al portón de la nave industrial en cuyo letrero se leía: MANZANESA, PRODUCTOS CÁRNICOS. El abandono del matadero era evidente: la hierba crecía en sus bajos y el óxido recorría las vigas supurando al exterior. A través de una pequeña ventana de cristales emmohecidos y rotos Sara divisó los hierros del techo donde alguna vez debieron de colgar las reses camino del puntual despiece, otra señal de la ruina en que se hallaba todo. El entorno era una selva en la que se escuchaban hasta rugidos tropicales o así parecía. Una trocha entre los pinos explicaba el rumor de tráfigo urbano que llegaba con el viento para transmitir una esperanza de civilización. Tras un cuarto de hora andando entre el aroma húmedo de la vegetación, divisó la primera hilera de chalés adosados, muy feos.

Aquel era un pueblo más grande de lo que parecía a primera vista, y tras la plaga de chalés llegaron las viviendas rústicas, blancas, de tejados de pizarra a dos aguas, en una de las cuales estaba enclavado el bar de nombre castizo que Sara andaba buscando: La Tripa y el Costillar. Franqueó la robusta puerta de roble. El bar estaba presidido por la bandera del Real Madrid, y lo abarrotaban hombres vociferantes que miraron a la visitante con descaro, pero no tanto como para hacerla sentir incómoda.

—¿El matadero funciona? —preguntó Sara.

Los parroquianos la observaron en silencio con un gesto entre la curiosidad y el recelo.

La pregunta iba dirigida al camarero obeso y sofocado que secaba vasos detrás de la barra. Y su silencio, poco a poco, se hizo molesto de tan largo, lo que provocó una reacción diplomática: el carraspeo y la sonrisa de Sara.

—Como un reloj... —respondió finalmente el tipo—. ¡Lolo!

—¿Qué?

—Aquí una dama pregunta por el matadero.

Un joven de ojos grandes y muy azules apareció al fondo del bar, haciendo sonar la cortina de tiras, y miró a Sara como si jamás hubiera visto a una mujer en aquel lugar. Tal vez era la primera vez que una lo pisaba.

—¿Dónde ha vizto el anuncio? —le preguntó con un ceceo escandaloso.

Volvió el vocerío al bar.

—En internet.

—Puez ahí viene toda la información... El precio... El cozte de mantenimiento... Zi eztá interezada noz zentamoz a hablar.

—Sí, claro.

—Pasad al restaurante, Lolo —aconsejó el barman—, que estaréis más tranquilos.

Al fondo, detrás de la cortina de tiras multicolor, había media docena de mesas redondas con sus manteles ajedrezados —en blanco y morado— y un retrato de Santiago Bernabéu, cerca de los servicios.

—¿Cómo puede estar tan mal comunicado el matadero? —preguntó Sara al joven, mientras tomaba asiento.

—Ezo era antez —respondió él al otro lado de la mesa—. La nueva autopizta te pone aquí enzeguida. ¿De dónde viene?

—De Madrid.

—No me diga que ha atravezado el puerto.

—Por donde me ha llevado el GPS...

—¿El Gepeeze? Por Dioz, qué dizparate... Hace doz añoz que eztá abierta la autopizta. Actualícelo.

Entonces enumeró, con la desgana del niño aplicado que recita por enésima vez la tabla de multiplicar delante de la profesora, la retahíla de virtudes del matadero, subrayó sin mayor entusiasmo su abolengo antiguo y valiosísimo, y Sara creyó adivinar en ese aire despectivo las razones para la venta urgente del matadero: daban por muerto al millonario, igual que ella, igual que el mundo entero; no tenían ninguna esperanza de que él volviera para hacerse cargo de una actividad para la que no se sentían llamados.

—El precio ya lo zabe —concluyó—. Eztá en la página web, pero ez negociable.

—Usted —dijo Sara—. Aparece en una novela de Samuel...

Un retroceso mínimo, rápidamente reprimido, fue la señal inequívoca de su sorpresa, pero también de su asentimiento involuntario. En esa retracción Sara encontró un signo de esperanza, como si el ademán consolidara su sospecha de que la novela en la que el joven aparecía convertido en un detective bobo, que también ceceaba, pero bien dotado para la creación literaria, fuera en efecto una guía útil para conocer el paradero del desaparecido Manzaneda, como si Manzaneda fuera Peral, en definitiva.

—Zí, ¿por qué lo dice?

—Porque me lo parece...

—¿Y por qué ze lo parece?

—Por su aire de joven intelectual...

—De literatura hablo con uzted lo que quiera, pero del tipo que ezcribió eza bazura, no... Ze bazó en mi ceceo para crear al perzonaje del hijo, pero

hazta ahí llegan miz zemejanzaz... Azí que no ze haga la lizta conmigo.

—Pero ¿usted no lo admiraba?

—Zí, bueno, con maticez... Me guztaba eza coza máz o menoz zatírica de zuz novelaz... También zu afán por hacer artefactoz cerradoz, loz ecoz de novela policiaca... Y ezoz antihéroez que renuncian a zuz principioz acuziadoz por la necezidad de ganarze la vida o encontrar un lugar en el mundo... Pero tampoco olvido que el excezo de zátira, y no digamoz el humor, pueden ezconder una dizpozición reaccionaria que dezprecio...

—Cualquiera lo diría, viendo cómo tienen decorado el bar...

—El fútbol no tiene por qué zer reaccionario. Ez un ezpectáculo tranzverzal, como todo deporte... La decoración ez una forma como cualquier otra de halagar loz inztintoz bajoz de la clientela... Zin máz.

Unas risotadas provenientes del bar aliviaron la tensión de su mirada suspicaz.

—¿Ha leído usted la novela de la que le hablo? —Sara se la mostró sacándola del bolso de Carolina Herrera.

—Zí, claro... En diagonal. —Se apartó aún más, como si estuviera ante una granada de mano o, tal vez, ante una mofeta del bosque circundante.

—¿Cuánto de lo que aquí sale está basado en hechos reales?

—Puez yo diría que mucho de lo que tiene que ver con el atrezo, pero no zé zi con el perzonaje protagonizta... Digamoz que el autor no ez fizioterapeuta ni tiene un hermano gemelo, que yo zepa... Pero zí, mi padre era un poco como él lo pinta, un hiztérico y un forofo del Madrid, pero izquierdizta y republicano, y una bellízima perzona, dicho zea de pazo; digamoz que mi madraztra era una zalida y una drogadicta de órdago y lo zabíamos todoz, mi padre también, pero eztaba muy encoñado...

—¿Y usted? ¿Qué relación tenía con el autor de la novela...?

—Le mandaba cuentoz para que él loz valorara, pero nunca he zido detective, claro ezta, y tampoco zoy tan gilipollaz como él me pinta en el libro... Digamoz que tampoco entiendo a qué vienen eztaz preguntaz ni por qué le eztoy rezpondiendo, precizamente, como un verdadero gilipollaz... ¿No venía uzted a ver el matadero?

—A mí el matadero solo me importa porque soy comisaria de policía. — Sara tiró la placa sobre la mesa como una moneda gorda.

El chico se levantó con asombrosa violencia, arrastrando consigo el mantel con la hebilla de su cinturón, e hizo caer la silla hacia atrás. Cuando Sara se incorporó para pedirle que se tranquilizara, él intentó quitarse el mantel de la cintura, cada vez más nervioso, con temblores. Volvió a tomar

asiento para ocultar el desbarajuste cuando entró el barman con varios canapés y dos jarras de cerveza.

—¿Qué pasa aquí?

—Ez una madero, tío, que viene con lo mizmo de ziempre... El rollo de mi padre...

Rocoso y fiero, como si su cuerpo ganara una súbita robustez, el tío del chico se transformó en otra persona. Sus ojos, más que mirar, odiaban y se proyectaban contra la boca, la nariz o una de las orejas de Sara, ella no sabía bien, alguna parte de su rostro que no era los ojos, y así parecía reprimir la ira que le asomaba en los carrillos sanguíneos.

—A este bar ya vinieron muchas veces a preguntar —dijo muy lentamente—. Se demostró la absoluta inocencia de mi sobrino... Aquel supuesto manuscrito autoinculpatorio no era más que un inocente cuento... Cosas de su afición literaria... Él daría lo que fuera por volver a ver a su padre. Lo quería mucho... Todos lo queríamos mucho.

—Fui abzuelto en zu momento... —añadió el chico—. Me tragué cinco mezez injuztamente encarcelado...

—No vengo de parte de la policía judicial, he venido por voluntad propia. Creo que se cometió una injusticia con ustedes. Solo quiero pistas para enmendar tantos errores y hacer pagar a los culpables del crimen...

El chico por fin se desembarazó del mantel.

—Zi uzted quiere dar con quienez eztán detrás de la dezaparición de mi padre, inveztigue al novelizta... Él zabe más de lo que parece... Perzígalo, métaze en zu vida y logrará dar con el paradero de mi padre, eztoy zeguro. No le zerá difícil, uzted ez guapa... Hágalo como zi mi padre fuera zu propio padre y verá como da con el culpable... Tan zimple como ezo... Involúcreze de verdad, en cuerpo y alma, no como zi fuera un cazo más de zu rutina de funcionaria...

—Eso quiero hacer... Y por eso me gustaría que me enseñara el matadero.

Durante el paseo hasta el lugar, el chico hacía crujir la hojarasca casi con crueldad, como si pisara al culpable de la desaparición de su progenitor con placer vengativo, y Sara optó por cambiar de conversación y examinar sus semejanzas con el personaje de la novela, verificar en definitiva la fiabilidad del texto narrativo como guía criminal.

—Cuando ezcribo, lo que no zoporto zon loz lugarez comunez... —respondió él, alentado por las preguntas de Sara—. Hay que luchar contra elloz, zon el mayor enemigo del ezcritor. Me refiero a todaz ezaz frazez

hechaz que pazan a nozotroz zubrepticiamente, zin que noz demoz cuenta, como una herencia cazi genética, de zangre...

—Ya...

—Pero no ez de zangre, ez de educación... Pienze, por ejemplo, en nueztro dizcutible refranero... Quien con niñoz ze acuezta, meao ze levanta, dice... Qué bochorno de refrán. ¡Y en pleno ziglo XXI! ¡Quien con niñoz ze acuezta ez un pedófilo, qué coño!

—Bueno, es una forma alegórica de hablar...

—No, no, ni alegoría ni hoztiaz, hay cozaz zagradaz... ¡Quien con niñoz ze acuezta ez un pedófilo, noz pongamoz como noz pongamoz...!

Sí, era bastante limitado, buena señal, la persona cuadra con el personaje, pensó Sara.

Al abrir la puerta del matadero, un crujido que concernía a toda su osamenta hizo pensar a Sara en un derrumbe inminente. Pero pronto regresó la calma a las hechuras de aquella fría y oscura nave industrial y se fueron iluminando por orden las hileras de tubos halógenos para mejorar la luz escuálida que filtraban las pequeñas ventanas polvorientas.

El chico mostró a Sara de cerca los ganchos, algunos oxidados, el canal por el que se retiraba la sangre y los instrumentos de lavado con vapor. Finalmente las cámaras de refrigeración inactivas, invadidas por telarañas que él apartó pidiendo disculpas por el estado de abandono del lugar. Nada digno de recuerdo porque, según las sospechas de Sara, los asesinos despedazaron al hombre con sus propias manos.

—¿No ez lo que ezperaba...? —dijo el chico, al notar la decepción de la comisaria.

—En realidad no sé qué esperaba...

—Mi padre era una perzona maravilloza que me educó zin ninguna ayuda, porque mi madre falleció de una larga enfermedad cuando yo era muy niño, y nunca me faltó de nada... —El muchacho estaba llorando—. No me refiero zolo a lo material, zino también, y zobre todo, a lo afectivo... Era una perzona ezpecial.

—Lo sé.

—Puez zi lo zabe, júreme que ze entregará en cuerpo y alma para dez cubrir quién lo mató... Júreme que hará pagar al culpable... No ze deje llevar por el lugar común, por favor...

—Haré lo que pueda.

—En cuerpo y alma, por favor... ¡Júremelo!

Lo que nuestro hombre aún no sabía, pero pronto llegó a saber, es que las familias bien de Madrid —y algunas del resto de España— habían decidido, siguiendo la ultimísima moda californiana, poner a sus hijos más tontos a trabajar para agencias de detectives. Era la mejor solución para tenerlos entretenidos, al parecer, porque los chicos se mantenían casi veinte horas al día fuera de casa, sintiéndose importantes, protagonizando sus propias novelas de espías, y a la vez adquirían práctica en redacción —debían presentar por la tarde o por la noche un informe del seguimiento como remate a su jornada laboral—, muy buena para poner en orden las ideas y provocar el beso crucial de las neuronas. Así que todos aquellos individuos que comenzaban a pulular por su barrio —una zona residencial pero relativamente cercana al centro—, eran chavales disfrazados de múltiples oficios — bomberos, panaderos, futbolistas, hasta raperos— al servicio de las agencias de detectives de la ciudad. En ocasiones, aparecían todos con un sombrero de ala ancha calado hasta las cejas y la colilla apagada entre los dientes apretados, como si se hubieran puesto de acuerdo en imitar a Humphrey Bogart en *El halcón maltés*. Y convertían su presencia en un espectáculo inquietante, pero adictivo. Tan adictivo que nuestro hombre orientó muchas investigaciones hacia sí mismo acudiendo a las agencias de detectives para pedir informes urgentes sobre un individuo cuyo nombre y cuyos apellidos coincidían con los suyos. La cosa marchaba. Sus impagos eran aceptados como una contrariedad sin importancia, puesto que las agencias no le asignaban a los mejores detectives sino, por el contrario, a aquellos con los que no sabían qué hacer, colocados solo para agradar a familias de dinero que deseaban quitarse a uno o dos hijos de encima, familias de las que sacaban muchos otros trabajos excelentemente remunerados al contado, o sea, en negro. Llegó a tener tal cohorte de detectives disfrazados siguiéndole por dondequiera que iba que algunos peatones creyeron reconocer en él a algún famoso y una tarde casi firmó dos autógrafos. Los viernes su buzón se llenaba de enormes sobres grises o marrones que contenían una versión narrada de su

vida que no le gustaba nada, a la vez cargante y soporífera, como si fuera la persona menos interesante del mundo, amorfa como una mochila vacía, tan absurda como los propios detectives, o peor, un individuo con el espíritu sin sustancia de un corcho arrojado en cualquier charco.



## 8

Esteban entró en la clínica veterinaria deslumbrado por su magnitud —miente la propaganda, se dijo: no es la más grande del mundo, sino del universo— y mirando a un lado y a otro como si buscara a alguien. Iba cojeando y llevaba al perrito entre los brazos; el animal sereno, casi invisible. Los pasillos estaban poblados de mujeres y hombres, de niños que señalaban al perro maltés con una alegría que no compartían sus padres. Esteban hacía volar al animal, esquivando a los individuos con los que se cruzaba, bajándolo y subiéndolo como si fuera un juguete.

—Y mientras, ella se va a la biblioteca para leer sobre el funcionamiento de los mataderos —murmuró—. Para eso, mejor que hubiera continuado emborrachándose en la comisaría...

—¿Le ocurre algo? —le preguntó una enfermera al verlo murmurar.

—Esto es enorme, de verdad... Enhorabuena... Tienen hasta sección de neurocirugía.

—Pues claro.

Subió hasta la planta segunda asombrado de la antipatía de la enfermera, miró los letreros para ubicarse y decidió que neurocirugía estaba en la dirección contraria. Cuando llegó a su destino, aún tardó un rato en darse cuenta de que debía preguntar detrás de un mostrador en el que se leía: INFORMACIÓN, y por eso estuvo llamando a varias puertas de despachos de los que le echaron cortésmente, porque allí atendían a enfermos, no a preguntas de tipos despistados. Acertó finalmente con la sala de espera y respiró hondo ante el panorama inquietante: niños fatigados, de muy mal aspecto, acompañados por sus padres... ¿Dónde se había metido?

—Perdón —se dirigió al hombre que tenía más cerca—. ¿Esto es un hospital veterinario?

—¿Está de broma? Es un hospital pediátrico...

—Claro. Ya decía yo.

La clínica veterinaria «más grande del mundo» estaba por detrás del hospital pediátrico, ocupaba dos plantas acristaladas de un edificio de seis

pisos y provocó la decepción de Esteban. Era grande, sí, pero no era ni la mitad que el hospital pediátrico, nada extraordinario comparado con lo que aseguraba la insistente propaganda de la radio y los periódicos. Tras cruzar la puerta giratoria, los cristales tintados quedaron atrás y el panorama tampoco le gustó.

En primer lugar, un gato pelado de enorme cabeza hidrocefálica adormilado en un rincón de la sala, junto a la ventana y bajo las piernas de su dueña, que lo miraba con aire de cansancio. Luego un bóxer aún peor, con la cabeza abultada por detrás y por delante como un elefante en miniatura. Muy alterado, Esteban tomó asiento cerca de la puerta, de espaldas a aquellos bichos desgraciados, pero el perrito se desprendió de sus brazos y se dirigió a la repisa para olfatear al gato. Esteban se tranquilizó con un gesto de la dueña del felino y, en efecto, comprobó que este se dejaba olfatear sin hostilidad, probablemente por lo avanzado de su enfermedad. Con horror se dio cuenta de que, si el diagnóstico más temido se confirmaba, el maltés podría acabar como aquel pobre animal ya desahuciado. Cuánto agradecería entonces que su perro fuera acompañado en el juego por otro animal con esa naturalidad, cuánto que nadie se sentara de espaldas a la fealdad de su perrito. Cogió aire y se sentó frente a los animales, y descubrió al fondo de la sala un poni llevado por un hombre de aspecto rural. ¡Un poni! Del cuarto de baño salió un hombre desaliñado —pantalones con los bajos doblados, barba de varios días, pelo tieso y mal peinado y un rostro huidizo— que identificó enseguida con alguien conocido. ¿Quién era? Era yo, el sospechoso autor de esa novela que con tanto interés leía su mujer, Sara Lagos. Me senté al lado de mi expareja —Marisa, como la de la novela—, que llevaba a Pichi, nuestro querido gato sin cola, de origen callejero, oculto bajo una manta a cuadros. Esteban se figuró con ojo clínico que éramos una pareja de divorciados que acudía a las pruebas médicas de nuestra mascota, disimulando y reprimiendo la animadversión mutua, como si la solidaridad en la desgracia —queríamos a Pichi como a un hijo y se notaba— fuera lo único que habíamos podido salvaguardar del matrimonio. Marisa trataba de templar su ansiedad exagerando los gestos de las manos y haciendo ruido, hablando demasiado alto; todo el mundo oía la palabra «cariño» dirigida al animal oculto —por su tamaño: un cachorro de perro, erró Esteban—, esa palabra sobrevolaba la sala de espera como si con su repetición ella quisiera combatir la desesperanza y también la enfermedad que la manta, más que encubrir, evidenciaba. Yo, más discreto, acariciaba de vez en cuando la protuberancia donde se situaba el cráneo de nuestro animalito y le dirigía también palabras cariñosas al hermoso

perro de Esteban. Siempre me han gustado los animales. Esa forma de tratar al perrito gustó y disgustó a Esteban a partes iguales, pues vio en ello un mal presagio. Mi pequeño no padece la enfermedad del tuyo, se decía él, yo aún puedo mostrarlo al mundo, se repetía, hasta que lo llamaron por megafonía. Y Sara lo telefoneó en el momento en que tocaba con los nudillos la puerta del despacho al que había sido convocado.

—Siempre tan oportuna... —masculló, y apagó el móvil.

Cuando salió de la consulta, Esteban tenía el rostro apacible de quien ha recibido una mala noticia, la perplejidad convertida en anestesia, eso pensó él mismo al verse reflejado en la ventana, oscura y agrietada como el porvenir del maltés. Su teléfono ya había sonado varias veces, vibrando en su pantalón con impertinencia, pero él ignoró todas las llamadas. Necesitaba asumir la información y mojarse la cara en el cuarto de baño de perfumadas baldosas azules, luminoso y liberador en contraste con el pasillo tenebroso de la clínica. Lo hizo. En un bar cercano pidió una cerveza y consiguió, meciéndolo suavemente, que el perro se durmiera en su regazo. Aun sintiéndose culpable por ello, lo cubrió con su sabanita para eludir las miradas de reproche del camarero. «Humanos, la vida de este perro vale más que la de cualquiera de vosotros», pensó. Los árboles del parque del Retiro, al otro lado de la calle, asomaban por encima de la valla como un bosque encarcelado con necesidad de escapar, y Esteban pensó que su perrito blanco tal vez merecía vivir y ser feliz allí dentro, volver a ser un pequeño lobo entre árboles gigantes. Descolgó tras la enésima llamada de Sara.

—¿Qué tal?

—Ese sitio es de pesadilla... Menudo negocio...

—Pero ¿qué te han dicho?

—La veterinario era una loca —dijo Esteban, acariciando con la mano libre la cabeza del perro—. Hablaba en un tono de voz que no te puedes imaginar... Tan bajito... Debía de estar deprimida o bajo tratamiento médico porque si no, no me lo explico, de verdad... Me ha bombardeado a preguntas. Que si come, que si hace ejercicio... Que si se le nota especialmente alicaído... Bastante más alicaído que su dueña, le he dicho...

—¡Vete a la mierda!

—Es broma, Sara... ¡Broma!

—¡Qué te ha dicho!

—Le he dicho que, para mí, la salud de Messi es muy importante... Para ti, no sé.

—¡¡Qué te ha dicho, por favor, no me hagas esto!!

—Luego la tía me ha preguntado por qué tenía así la cabeza... Y le he dicho que para eso venía, para que le hicieran las pruebas pertinentes y nos digan si esa cabeza es una cabeza anómala o simplemente el cráneo de un perro normal pero cabezón, y qué va, la tía loca, con su voz apenas audible, va y me pregunta a mí por la cabeza, pero no por la de Messi, sino por la mía propia, por la venda que tengo en la frente... Y como estaba tan nervioso, ¿sabes lo que le he dicho? ¿Lo sabes, Sara?

—¡Esteban!

—Yo creo que esta gente está tan acostumbrada a ver animales con enfermedades terribles que ha perdido la sensibilidad y, lo peor, cree que todos somos como ellos, y no es verdad... Menudo trago en esa sala de espera.

—¡¿Me quieres decir qué te ha dicho la veterinaria, por favor?!

—Porque tenías que haber visto a esos bichos, Sara, tenías que haber visto a esos vestiglos, qué cabezones, qué duro verles mansos, adormilados, tocados por su grave enfermedad. Con los ojos a la funerala... Tan deformes.

—¡Te mato!

—Allí estaban las dueñas de todos ellos, como madres, acompañándolos en tan duro trance con el médico... Mujeres de todas las clases sociales, en traje de chaqueta o con chaqueta de punto, mujeres gordas o delgadas, pero mujeres... Madres de verdad. Madres con mayúscula... Porque si estaban allí no era solo por sus mascotas, sino por sus hijos, supongo, por esos niños que quieren tanto a sus mascotas.

—¿Me estás reprochando algo? —La voz de Sara temblaba.

—Estoy diciendo, simplemente, que eran todo mujeres... Todo madres. Madres... Otro, con cara de buena persona, y yo éramos los únicos varones.

—¡Esteban! Déjalo ya, por favor.

—Por lo que he podido entender, Messi tiene la cabeza muy grande, pero no por eso es hidrocefálico.

—Dios mío, qué alivio.

—Hay que realizarle una exploración neurológica y otras pruebas diagnósticas, como un tac y no sé qué más, rollos radiológicos... Una pasta, nos va a costar.

—La que haga falta.

—Me ha dado hora para dentro de dos semanas...

—No sé si podré soportar la incertidumbre tanto tiempo.

—Por cierto, ¿sabes quién era el otro hombre?

—¿Quién?

—El escritor ese que lees con tanto interés.

—Imposible... Mi escritor no tiene cara de bueno...

—En persona sí, te lo aseguro... Confío en que al menos te haya sido provechosa la jornada de mataderos... Otros prefieren los museos...

—¿Has hablado con él?

—No. ¿Por qué habría de hacerlo? Él no sabe quién soy yo. Me ha dado mucha pena. Llevaba a su mascota oculta, debe de ser un cachorrillo de perro con una monstruosa deformación cerebral, y el pobre hombre estaba allí, esperando su turno con bastante buen ánimo... No creo que ese hombre, que trataba tan bien a su mascota, sea ningún asesino.

—Los asesinos no llevan escritos en la frente sus crímenes ni se parecen a los malos de los cómics, Esteban...

—Bueno, solo quería decirte esto, por si te interesa, a ver si de una vez por todas te olvidas de él.

Y colgaron al mismo tiempo.

## 9

A nuestro hombre le preocupaba que los informes de los detectives se parecieran tanto entre sí y llegó a una conclusión que le produjo insomnios duraderos en los que el sudor se aliaba con la jaqueca para convertir sus noches en un infierno que afectaba a su rendimiento laboral y a su relación de pareja. Aquellos simplones transmitían en sus textos el tedio casi perfecto que conformaba la vida de un fisioterapeuta mediocre que iba al hospital, doblaba y pinchaba brazos y piernas de ancianos postrados en camillas, comía un bocadillo de fuagrás en la cafetería (¡pero si él detestaba el fuagrás!), toqueteaba su iPhone durante un rato y, luego de otra sesión de masajes y acupuntura, regresaba a casa para beber un vaso tras otro de agua sin dirigir la palabra a su mujer. Por más que él se empeñara en hacer algo que se saliera de aquel retrato mentiroso (¡si él no probaba el agua!), el fracaso seguía presente en los informes, incluso para subrayar lo patético que resultaba que alguien «tan gris como el interfecto» recurriera a una *sex shop* para apaciguar su libido, o comprara el último y peor *best seller* en el «mayor almacén de novelas malas de la ciudad».

Aquel día subía a pie la calle, y al darse la vuelta una docena de individuos con gabardina y sombrero se escondió detrás de un árbol raquítico en desordenada fila india.

Echó a correr hasta ocultarse detrás de un contenedor de basura amarillo. La tropa pasó de largo, pero su alegría duró muy poco pues pronto oyó unas risas desagradables sobre su cabeza. Desde el balcón de la taberna irlandesa que tenía a su espalda, los detectives, bullangueros, se reían de él señalándole con el dedo ante la protesta de un camarero que en vano intentaba expulsarlos del local. Llegó a casa con la moral arruinada y para colmo se topó con una grabación de vídeo que repetía en bucle el mismo mensaje doloroso.

Su mujer, arreglada y peinada, de suerte que su hermoso pelo caoba caía y bailoteaba en tirabuzones sobre su frente como cuando era veinteañera, le decía que desgraciadamente su matrimonio no funcionaba, que de un tiempo a esta parte tenía la sensación de que a él le interesaba más ser perseguido por

detectives idiotas que por ella misma cuando por las noches quería que hicieran el amor y él, borracho, era incapaz de satisfacer ese deseo legítimo como síntoma infalible e intolerable de su desapego. El discurso fue subiendo de tono y terminó con ella gritando a la cámara varios improperios y, como si fuera víctima de su propio sofoco, se desmayó en teatral y, pensó él, brillante colofón. Nuestro hombre no supo si aplaudir o llorar, pero entonces miró por la ventana y al divisar a los veinticinco detectives impertérritos —Dios santo, ¿no había contratado solo a doce?, se preguntó—, bajo la lluvia torrencial que ellos mismos parecían haber convocado, tuvo la intensa sensación de que o se suicidaba en ese preciso instante —ni hablar— o afrontaba la vida con alegría y afán de libertad, y se dijo: «Ya veréis. Ahora, libre del yugo conyugal, no os quedará más remedio que escribir el relato certero y atractivo de mi vida».

Poco después de que yo, el escritor con cara de bueno —qué halago—, hubiera coincidido con el marido de Sara Lagos en la infernal consulta del veterinario, me encontré con ella en una fiesta multitudinaria en el espacio cultural El Matadero (ironías del destino). No sé qué hacía ella allí, sospecho que nuestro encuentro no fue tan fortuito como aparentaba; el caso es que su presencia desbarató mi alegría. Los vestidos de las mujeres eran ligeros, casi vaporosos, y abundaban en ellos los colores pálidos. Llevaban, casi todas, sandalias. Parecía una fiesta de inspiración romana. Más bien feos y vestidos de negro, como peluqueros de escaso nivel, con manchas de sudor en las axilas, los artistas y escritores allí reunidos —solo hombres, ignoro el porqué — dábamos pena al lado de tanta gestora cultural convencida de su sonrisa, tanta funcionaria escotada y resuelta, tanta fotógrafa jacarandosa. Los camareros contratados para la ocasión no eran los modernos de costumbre, sino que iban de blanco y eran viejos, enjutos e irritables; debían de pagarles una miseria por aquel trabajo agotador. Cerca de la barra divisé al penúltimo alcalde con su cohorte de aduladores, ajeno a la fiesta, metido en su propia fiesta y en sus gafas de concha, arrugando la nariz como alivio para sus nervios. Y entonces se abrió un camino entre las bandejas plateadas de los camareros agobiados y una mujer, en traje de chaqueta rojo sangre —vestida de trabajo, no de fiesta—, vino hacia mí con una agresividad que me resultó familiar.

«Otra vez no, por favor», me dije. Así que intenté hacer que no la había visto, cogí un dátil con anchoa o similar endriago gastronómico, lo volví a dejar en la bandeja, quise beberme con rapidez la copa de vino y casi me atraganto, tosí, lo que me permitió desviar la mirada y pedir una servilleta de papel al camarero malhumorado que tenía al lado. Pero, como tarde o temprano aprenden los niños, la realidad sigue ahí aunque mires para otro lado. La realidad permanece con toda su impronta de incertidumbre o crueldad aunque no quieras verla, es pesada, muy pesada, casi tanto como Sara Lagos cuando se ponía policial; mal le irá a quien se empeñe en



ignorarlo. Y me dijo algo que volvió a irritarme, tanto que tuve que agarrarme a una columna para no caer:

—No desapareció por arte de magia, lo asesinaste tú. Encontraré el arma del crimen.

Lo curioso es que al día siguiente, después de una noche con el peor insomnio imaginable —se me apareció en sueños, acusador, el huérfano de Manzaneda con su agobiante ceceo—, acudí al bufete de Hugo Martínez-Rodríguez, el abogado que tantas veces me había asesorado en propiedad intelectual, en asuntos relativos, por ejemplo, a la compraventa de los derechos cinematográficos de la novela que le servía a Sara Lagos de inspiración para sus sospechas —compraventa finalmente truncada—, y después de desayunar con él unas porras con chocolate caliente en el bar que hay debajo de su ventana, en esa zona céntrica de callejuelas silenciosas que hay muy cerca de la plaza Mayor, en lo que yo llamo el corazón manchego de Madrid, subimos a su despacho para hablar de mis últimos y acuciantes problemas legales, que no eran otros que los que Sara Lagos había proyectado en mi imaginario con su acusación por dos veces enunciada. El viejo abogado, Hugo Martínez-Rodríguez, con su rictus de jurista convencido de su importancia, con su ceño quebrado, con sus cejas rubias y escuetas, tocó con los nudillos en una puerta y la abrió sin esperar a que nadie le concediera el permiso de entrar. Él era el jefe, claro. Y allí estaba su último fichaje, un abogado espigado de mediana edad, de cara rara pero no feo —tipo Jean-Paul Belmondo— y de cabello ensortijado, elegantemente cano. Se le veía muy nervioso, tanto que al vernos aparecer en su despacho dio un respingo y dejó caer de la estantería dos tomos jurídicos enormes. Los recogió. Se estiró la chaqueta, carraspeó, fue rápidamente a situarse detrás de su precioso escritorio y se atusó el cabello asombroso —pensé con envidia—, para balbucir algo similar a esto:

—Perdón, sí, aquí estoy.

Un póster enorme con el logotipo del bufete —una toga y una sonrisa de dientes apretados—, colgado del revés, tapaba la ventana que había a la espalda del abogado nervioso: el cristal había sido destrozado por una pedrada nocturna.

—Cada día cuesta más defender a los *skinheads* —le dijo Martínez-Rodríguez a su subordinado.

—¿Escrúpulos morales? —intervine, extrañado.

Ni me miró.

—Las víctimas de esos salvajes ya saben que somos sus letrados y vienen aquí a vengarse —continuó diciendo—. Cualquiera le dice a los padres de esos chicos que ya no vamos a librar a sus hijos de la cárcel por sus gamberradas de fin de semana...

—Eso no son gamberradas, son actos fascistas, don Hugo —dijo el abogado, cogiendo aire, pálido—. Sería mejor que no volviéramos a defenderlos.

—Perderíamos clientes valiosísimos; no nos lo podemos permitir —reaccionó Martínez-Rodríguez—. Pero, bueno, te dejo aquí con Esteban. —Me miró—. Es un fenómeno en derecho penal, procesal y hasta civil... Cuéntale tus problemas sin miedo y él te ayudará como nadie en lo que necesites...

Y, burlas del destino, empecé a contarle a aquel tipo inquieto, que no paraba de moverse en su butaca de cuero, cuyo rostro me sonaba de algo —había coincidido con él en el veterinario, claro, pero no lo sabía—, que había una comisaria de policía en excedencia que me acusaba de haber asesinado al millonario Manzaneda a martillazos. Por la frente del abogado caía el sudor en avalancha. Y mi frente también debió de transpirar como si fuera el reflejo de la descomposición gestual que estaba presenciando, pues lo que en mí era intuición —la intuición débil de que lo conocía—, en él era certeza: me había visto en la solapa de mi última novela, y también en persona, en la clínica veterinaria.

—Esta señora me persigue por culpa de un libro mío —le dije, sin querer aceptar las señales de mi intuición—. Y sí, es cierto que mucho de lo que allí se narra está basado en mi relación con Manzaneda, en su personalidad y su familia, pero no porque yo haya sido el culpable de su desaparición, por Dios, sino porque era un hombre tremendamente interesante como personaje literario... Un madridista furibundo y rojo... ¿Sabías que el Madrid era el equipo de los republicanos en la posguerra?

—Ya —dijo él, incómodo—. Manzaneda...

—Manzaneda, sí... Discutí muchas veces con él, es cierto; tenía una fortuna codiciable, también es verdad; su mujer era muy sensual y algo perversa... A los pocos días ella murió de un derrame cerebral... Las drogas, la mala vida... Y es cierto que estuve liado con ella, en confianza... Y es cierto también que di clases de escritura creativa a su hijo, un chico algo bobo que ceceaba pero que escribía como los ángeles... Pero no asesiné a nadie a martillazos, eso es ficción...

—¿Cómo se llama? —me preguntó el abogado.

—¿El bobo? Manolo... Lo encarcelaron, y luego lo liberaron por falta de pruebas.

—Me refiero a la policía, cómo se llama la comisaria de policía que le persigue...

—Sara Lagos Arróspide o Arrozpide, algo así...

—Una *milf*, ¿verdad?

—¿Una qué?

—Una *milf*, una mujer madura y atractiva... —me explicó—. En inglés: *matures I'd like to fuck*... Son siglas.

—Pues no sé qué decirle... —titubeé algo sorprendido—. Supongo que sí.

Sonrió de una manera inapropiada para una sonrisa, como si sus cejas temblaran en un reprimido afán de fruncimiento, quiero decir que certifié con su desconcierto el buen tino de mi intuición: ese tipo era la persona menos adecuada para conocer mis problemas, pero la cabeza muchas veces se niega a confiar en las tripas porque nos han enseñado desde niños a pensarlo todo demasiado, a recelar de nuestro instinto; a anteponer la cultura social a la natural. Para colmo, yo era un individuo acostumbrado a reflexionar más de la cuenta y a analizar las circunstancias desde una perspectiva puramente intelectual no siempre conveniente, pese a que sabía por mi experiencia de camello —y aun por la de novelista— que el estómago puede ser más inteligente que el cerebro.

—Pero ¿a usted le resulta atractiva?

—No entiendo la pregunta... —respondí.

Nada define tanto a un individuo, hombre o mujer, como el trabajo que desempeña. El trabajo convierte las manos que una vez fueron de niño en cuero apretado, transforma el cerebro en una esponja permeable a las dudas del cliente, al deseo del comprador, al temperamento del gerente... El trabajo esculpe el cuerpo y el alma. Y mi cabeza estaba orientada a dos tareas primordiales, en ocasiones contradictorias: una, transformar la realidad en relatos, grandes o pequeños, en capítulos de novelas, para discriminar datos e intuir relaciones entre ellos y retrasar informaciones decisivas, generar preguntas y demorar respuestas, pero también, dos, para fiarme de las tripas, del relato instintivo de las tripas: cuidado, peligro, ese no es quien dice ser, es un madero. Porque yo era un novelista, sí, pero también un camello, sobre todo un camello, ese era mi trabajo verdadero, el más importante, el alimenticio. ¿Cómo, si no, podría mantener un piso sin hipoteca en el barrio de La Estrella? ¿Cómo, si no, iba a poder permitirme vacaciones en Ibiza o, incluso, Argentina al menos una vez al año? En no pocas ocasiones me había

sentido perseguido por policías secretos que solo eran una alucinación de mi miedo, y así había aprendido a tratar mis corazonadas con prevención, sin desecharlas del todo pero sin asumirlas acríticamente; había aprendido a ser muy racional, a analizar los datos antes de dar por buena una hipótesis paranoica de lo que ocurría debajo de mi casa, en el aeropuerto —cuando me encargaban la recogida de una mula—, cerca del laboratorio donde cortábamos y repartíamos las dosis de mercancía, un viejo almacén de costura del extrarradio, en el sureste de la ciudad, o en el poblado chabolista donde últimamente yo recogía el género (atrás quedaban los incómodos y peligrosos viajes de mi juventud). Y cuando el abogado cruzó su despacho con prisa, y casi diría que con violencia, no quise tener en cuenta mi corazonada, no quise creer —era una casualidad demasiado desafortunada— que estaba narrándole mis temores al marido de la comisaria que me acosaba.

—Ahora vuelvo.

El joven abogado me dejó solo en el despacho —¿joven?, más bien diría *middle age*— y pensé: «Menuda tontería... Estás con los tuyos. En el bufete de tu abogado de confianza, el viejo amigo de tu madre, el tipo al que ella protegió hace una pila de años cuando no era más que un desvalido inmigrante...».

Pero qué va. De tontería nada. A veces el corazón comprende lo que la cabeza niega y rechaza.

Oí unos gritos muy extraños, como una discusión.

La mala suerte siempre resulta creíble desde fuera, pero no para quien sufre sus consecuencias. El diagnóstico de una enfermedad grave es inasumible si recae sobre uno mismo, pero es muy fácil de comprender, hasta se hace previsible —claro, se veía venir, fumaba tanto, bebía demasiado, comía mal—, cuando afecta a un tercero: para los terceros siempre encontraremos indicios que expliquen su mala salud repentina. La muerte es inconcebible si ocurre en nuestra familia o nuestro grupo de amigos, pero es pura lógica si toca a los demás. La mala suerte no admite dudas para el lector de periódicos o de novelas. Nadie se extraña de las calamidades que ocurren lejos —en Siria, Nigeria o China, lugares exóticos, pero comunes para la desgracia— o en la ficción —las ficciones se alimentan de calamidades—, pero las más cercanas —nuestro continente, nuestro país, nuestra ciudad, nuestro barrio, no digamos nuestra casa— generan incredulidad, y las propias, las que se ceban con seres queridos, son sencillamente intolerables, tanto que uno las rechaza como imposibles. Y por eso el duelo tarda en llegar, solo ocupa su lugar cuando la incredulidad desaparece y se asume lo inconcebible

(tan concebible desde fuera). Por eso pocos se extrañarían de que aquel abogado espigado e inquieto fuera también el marido de mi acosadora —qué pésima suerte, qué suerte tan mala y tan creíble—, pero debo admitir que a mí, como protagonista de la desgracia, me pareció una situación descabellada, incluso me di una bofetada para despertar de la pesadilla.

(Sí, sí, una bofetada).

El abogado regresó al despacho acompañado por ella, Sara, la propia Sara Lagos en persona, pero parecía otra mujer: desprendía un fuerte olor a gin-tonic y casi no se tenía en pie. El abogado la condujo a un rincón con autoridad cercana al maltrato, y en la escalerilla para alcanzar libros de la biblioteca clavó su trasero presionando su hombro con una mano grande y violenta, como si dijera: «Aquí está, aquí tienes a la mujer que estás buscando. Esta es la tía que te acosa y fíjate bien en qué estado se encuentra, porque no merece tu preocupación».

—Oiga, sea más cuidadoso... —le dije, molesto con la escena.

Ella se agachó hundiendo la cabeza entre las piernas con aparente vergüenza. Estaba borracha, sí, y casi sonreía mientras el abogado espigado se dirigía a mí en estos términos:

—¿Esta es la *milf*?

—No la trate así, por favor.

Miré su rostro, el de ella, borroso por el desbarajuste del rímel y el cabello, y pese al aborrecimiento que sentía por ella, pude entender que estaba delante de una mujer frágil y necesitada de ayuda.

—Esta mujer que está aquí y que me juró abandonar el alcohol... —continuó, iracundo, el abogado—. ¿Es ella? No puede ser, porque, ya le digo, presume de cumplir su palabra y me juró y rejuró que jamás volvería a beber, le sienta fatal, y que iba a aprovechar este tiempo para estar en casa y quedarse conmigo, y no para investigar crímenes novelescos.

Miré a mi alrededor. Llegué a pensar que estaba sufriendo una alucinación grotesca. Pero qué va, aquello estaba ocurriendo y era una representación desagradable de una riña marital.

—Solo he tomado una copa, Esteban... —dijo Sara.

—No puedes tomar ni un sorbo...

—Mira quién fue a hablar... ¡El borracho que casi se rompió la crisma!

—¡Una vez! ¡Solo una vez!

—Quería darte una sorpresa, Esteban...

—Y me la has dado, te lo aseguro... Menudo catorce de febrero.

—¿Podemos hablar de esto a solas, por favor, Esteban?

—No, Sara, no vamos a hablar de esto a solas... Vais a hablar entre vosotros y vais a zanjar el problema de-fi-ni-ti-va-men-te, ¿entendido? Perdóneme si me he excedido... Ella es mi mujer; usted, mi cliente... Debo apartarme del caso... No soy la persona adecuada para llevar este asunto... Pero creo que usted tiene razón... Ella debe olvidarse ya de tanta novela, tanto matadero y tanta hostia.

Y salió del despacho con un portazo y dejándome a solas con ella.

—¿Está usted bien? —le pregunté—. Tranquilícese...

Esperaba que ella se sintiera agradecida por mi apoyo, así que sus palabras me sorprendieron:

—Esto que ha pasado no cambia mi idea de las cosas..., hip... Usted asesinó e hizo desaparecer el cuerpo del millonario Peral, no intente engatusarme...

—Se llamaba Manzaneda...

—Creo que usted merece un castigo ejemplar..., hip...

—Está completamente loca: confunde realidad y ficción.

—Usted canaliza su vanidad con sus obras literarias y eso lo salva del principal problema de los criminales vanidosos... —Y otros tres hipos interrumpieron su discurso—. El afán de dejar constancia del éxito criminal con su firma...

—No sé de qué me habla.

—Usted escribió una novela sobre un divorcio y un año antes se había divorciado... Escribió un cuento sobre un hombre que sufre acoso por parte del Ministerio de Hacienda, y tuvo problemas fiscales en esas fechas... No puede ser más autobiográfico... He leído entrevistas y lo reconoce una y otra vez, textualmente. —Sacó del bolso un papel mil veces doblado para leer con torpeza—: «Soy un escritor que fabula sobre la base de lo que vive, entendiendo por lo que vive la pura acción de su día a día personal, familiar o laboral...».

—Me lo invento todo, sobre todo en las entrevistas... Y usted ha bebido.

—¡Mentiroso!...

No pudimos continuar. Entró en el despacho el abogado Martínez-Rodríguez acompañado del marido de Sara, y este venía con una actitud distinta, mucho más profesional y sumisa, probablemente acababa de recibir una bronca por dejarnos solos.

—¿Qué sucede?

—Nada —respondí yo—. Que cuando vengo a hablar con el abogado de mi difunta madre presumo que voy a estar tranquilo, sin tener que carearme

precisamente con la persona causante de mis desvelos...

—Ha sido una coincidencia lamentable, Samuel, me gustaría que nos perdonaras... No sabía nada de todo esto... —dijo Martínez-Rodríguez, y su voz de barítono hizo desaparecer la tensión del despacho como si de ella emanara una autoridad musical portadora de apaciguamiento.

Empecé a investigar sobre Sara Lagos —igual que ella sobre mí—, a veces preguntando a colegas suyos que formaban parte de la cadena mercantil del narcotráfico, y supe que era una comisaria de policía con buena reputación tiempo atrás pero escasa suerte a día de hoy, recientemente caída en desgracia tras un sorprendente episodio de embriaguez en su comisaría de siempre. Destinada al agradable barrio de Salamanca —su casa—, sus mandos la habían ido alejando de sus inspectores de confianza, destinándolos a otras comisarías y rodeándola de mediocres sin capacidad para el trabajo, y ella desconocía que ahora algunos de sus agentes trabajaban para los Vascos, un grupo de colombianos para el que yo también trabajaba y que eran así llamados por el supuesto origen de uno de los dos apellidos de su jefe: Abengózar.

Sin embargo, yo sabía muy bien que Abengózar no era un apellido vasco pese a su sonoridad vascuence (para un oído castellano), sino manchego y probablemente de procedencia morisca. Así me lo había confesado el propio Abengózar cuando lo conocí siendo yo un niño en casa de mi madre —fue su amigo, tal vez demasiado amigo—. Madre soltera, resentida con el catolicismo que la repudió durante el franquismo, era una mujer muy bella hecha a sí misma, proclive a las malas compañías y adicta a ganar dinero —tuvo varias empresas de construcción—; para derrocharlo en iglesias, misiones y retiros protestantes. Abengózar era un colombiano alto y sonriente, con aire germánico, que había fundado un bufete para estar cerca de la administración de justicia y así eludirla. Su principal negocio era la importación de grandes cantidades de cocaína —y también hachís— por mar y aire. Pero era también un hombre de una curiosidad intelectual admirable y, como si hallara en la práctica del derecho mercantil —e incluso penal— su vocación, fue aceptando casos hasta que necesitó contratar más abogados, porque el bufete se hizo rentable también por sí mismo gracias a su talento y su conocimiento del mundo de los delincuentes de guante blanco: muchos de ellos se fiaban de él y acudían a su amparo para solucionar problemas legales. Entre los crímenes perfectos organizados por el inefable colombiano apodado

«el Vasco» estaba su conversión en el abogado de prestigio Martínez-Rodríguez, con el sencillo ardid de modificar el orden de sus apellidos cuando recibió el DNI español después de años de residencia en el país. Así que Hugo Martínez-Rodríguez Abengózar era también el Vasco Abengózar, un proscrito colombiano al que la Interpol hacía en Medellín y que vivía cómodamente instalado en un imponente dúplex de la calle Juan Bravo, frente a la embajada italiana, y muy cerca de la comisaría de Sara Lagos. Llevaba más de veinticinco años dominando su negocio desde España con su impecable acento peninsular, con su elegancia en declive (con la edad le costaba afeitarse) y con un prestigio alimentado por su eficacia más extrajudicial —acoso telefónico, amenazas, palizas— que procesal. Alguna vez le había visto pasear de la mano con su mujer, y aunque compartían edad, ella, estropeada por una enfermedad cuyo nombre él se negaba a mentar —Alzheimer—, parecía su madre. El blanco cabello encrespado de él, antaño rubio, cortado a cepillo, coronaba su natural prestancia y le daba el mismo aire de juventud que le quitaba la tristeza con que llevaba el deterioro trepidante de su mujer, de quien estaba muy enamorado, un indicio de que su corazón no era tan despiadado como la práctica de sus negocios sugería.

Y sin ella saberlo, ni siquiera sospecharlo, la vida de Sara Lagos estaba marcada por el Vasco Abengózar. Sin haber investigado nunca al grupo de los Vascos, porque sus atribuciones eran otras, las de representación de una comisaría sin conflictos de importancia, tal vez sin haber oído mentar a ese grupo más que una docena de veces —y no precisamente en comisaría sino en la radio o la televisión—, ella estaba casi tan rodeada de los Vascos como su propio marido.

El encantador Martínez-Rodríguez me invitó a tomar una copa en cuanto Sara y su marido se fueron.

—No te preocupes... ¿Qué tienes que temer? —me preguntó en aquella tasca de paredes húmedas y vinos prodigiosos—. ¿Acaso asesinaste al tipo?

—La duda ofende.

—¿Entonces?

—Pero en mis novelas hay elementos autobiográficos y, en fin, puede leerlas y encontrar otro tipo de pruebas que me incriminarían en asuntos complicados... Mi trabajo, por ejemplo...

—Bah, eso no va a pasar, no te preocupes... ¿Quién se toma en serio una novela?

—Los que leen mucho, como el Quijote, y los que no leen nada, como ella.



—Los comisarios de policía no investigan, solo hacen labores de representación, puro paripé, y ella es una comisaria que ya no tiene prestigio ni casi mando entre los suyos... Además, tengo a su marido trabajando para mí desde hace unas semanas... Y soy generoso, ya lo sabes, porque no se puede liderar ningún proyecto sin generosidad, no se puede ser líder sin proveer bienestar... Así que él cobra un pastón, más de lo que debería si el bufete solo obtuviera ingresos relacionados con el Derecho... Lo dejará estar.

—No lo creo... Por cómo se han peleado, juraría que están al borde del divorcio...

—Más a mi favor... El divorcio cuesta dinero... No pueden prescindir del salario que él cobra... Créeme...

—Eso quiero.

—Además, su comisaría no tiene atribuciones en los barrios que tú trabajas... Y, lo más importante, la mitad de sus subordinados trabajan para mí y la otra mitad para los kosovares...

—¿Tan corrupta está su comisaría?

—Tan corrupto está el país, Samuel. El país es lo que es y, ya sabes, la mierda se llena de moscas... Aunque nosotros somos moscas elegantes, jajaja... Mírame la corbata, ¿te gusta? Es de Hermès y baratita.

—Bueno, no está mal.

—Bah, eres igual que tu madre... Un desclasado, un sórdido... Cada vez me parezco más a vosotros... Mírame, mírame la barba... De dos días y blanca... La pereza... Ya casi nada me importa... La puta vejez me tiene encabronado... Eso también le pasaba a tu madre... Llevó mal perder la belleza... El cuerpo que tenía se le fue...

Me guiñó el ojo. Y me tocó la cara fugazmente con su mano grande, como si transmitiera la posibilidad de convertir la caricia en bofetada, y también como si revelara por un lado fortaleza y por otro desconsuelo ante el secreto a voces de que su mujer estaba moribunda y él muy afectado por esa realidad, cada vez más viejo y desolado, tal vez viviendo con antidepresivos: hablando del deterioro de mi madre, pero pensando en el de su querida esposa.

## 11

La mujer de nuestro hombre, Marisa, se mudó con su hermana y él pidió unos días libres en el hospital para quedarse en casa jugando a los marcianitos en el ordenador, al viejo *Space invaders*, y bebiendo Alejandros. Sus borracheras eran muy ruidosas, pues provocaban protestas en el edificio y lograban que su piso sufriera un perenne bombardeo de insultos y golpes en paredes, suelos y techo. Ante tal paroxismo, reaccionaba con risotadas. «Acción, reacción», ese era su lema cuando a las diez de la mañana se servía su primera ginebra con leche y crema de cacao (lo que se llama un Alejandro, vaya). Entonces, por sorpresa, se produjo el milagro de que los sobres de los detectives ya no venían gordos y aburridos, sino que contenían capítulos eléctricos, muy breves, de un relato en el que él era un individuo mucho más interesante, casi un héroe que resistía contra todo pronóstico el acoso violento de sus vecinos, la mayoría ancianos iracundos.

Se aficionó de tal manera a la lectura de los informes que, como un adicto a su droga, esperaba tumbado en el parqué del salón, paralizado por la ansiedad, la llegada de los viernes, día clave en que el cartero abandonaba los sobres en el suelo de su portal porque no cabían en el buzón rebosante. Con mucha emoción, casi tembloroso, los abría de uno en uno y leía aquellos relatos sobre un hombre cada vez más asombroso que, asediado por sus vecinos arrugados e injustos, resistía con el afán matutino de sorprender diariamente a sus acosadores con un nuevo e inesperado acto que los irritara. Se hablaba de que nuestro hombre lanzaba bolsas llenas de fruta madura por la ventana, y que en ocasiones, abajo, se reunían mendigos para recoger las peras, los plátanos o los limones aplastados por el golpe. Se decía que lanzaba monedas de dos euros, o bolsas con heces, y que luego nuestro hombre cerraba la ventana y cantaba ópera o ponía Black Metal. Él no recordaba nada parecido, apenas tenía dos o tres cedés de Black Metal y solo uno de ópera (la adictiva, a ratos cargante, *Carmen* de Bizet). Para él, los días transcurrían de otra manera: borracho y jugando al *Space invaders*, pero los informes coincidían en demasiados puntos como para no ser veraces —los vecinos

haciendo retumbar las paredes de su piso, por ejemplo—, y que su memoria apenas registrara esos acontecimientos podía ser atribuible a su habitual estado de enajenación ética.

Además, empezó a recibir informes mucho más brillantes que el resto, informes que eran como una pepita de oro sumergida en el carbón. Venían en un sobre de la agencia Vasos Comunicantes, curioso nombre, se dijo, y no estaban escritos a máquina ni a ordenador como el resto, sino manuscritos con una letra preciosa, cada palabra como un ornamento barroco. Estos informes, lejos de centrarse en sus conflictos vecinales, desarrollaban asuntos casi filosóficos o literarios que solo le tocaban tangencialmente. Estaban narrados en primera persona, como si la investigación no fuera con él sino con el alma del detective que los redactaba, por así decir, como si trataran de inspeccionar mediante un lirismo conmovedor, muy personal, la verdad del escritor secreto e irremediable, casi fatídico, que era el detective. Como los demás, este detective también le seguía, también relataba sus escándalos con la comunidad de propietarios, pero su prosa respiraba de otra manera y se adentraba en alguna reflexión insólita para hacer temblar las rígidas columnas de la cotidianidad con un desahogo emocional hondo y dulce que a nuestro hombre le llenaba de gozo y optimismo, y le despojaba de prejuicios. Más de una vez se descubrió al borde del llanto tras leer alguno de aquellos informes. Demonios, eso era literatura.

Se preguntó, mirando por la ventana un día de corazonadas y lluvia, si toda aquella tropa no le seguiría por un motivo espurio, distinto de la mera curiosidad detectivesca. Intuyó que había una explicación fastidiosa. Mucha gente conocía a su hermano gemelo (el innombrable, así se refería a él), un novelista que residía, y esto no lo sabía casi nadie, en Marruecos. Más de una vez algún lector de su hermano le había parado en la calle para felicitarle por su obra o para afearle inexactitudes gramaticales o históricas de sus textos, como si fueran suyos; más de una vez había sido abordado en alguna cafetería o bar por hipsters o gafapastas y ante sus ojos habían colocado el plumaje sucio de un poema con aspecto de cuervo o la piel erizada de un cuento áspero como un puercoespín y le habían pedido opinión. Así que allí tenía a los oligofrénicos con ganas de ser escritores, con el afán de que él leyera sus informes detectivescos y quedara extasiado por su talento. Todos eran imitadores de Carver, y se imitaban también entre ellos: prosa desnuda, mirada distante, discurso blando, un rollo que se pretendía intimista aunque no pasaba de doméstico. Pero había uno que no era un mal émulo de Carver, que se salía de los cánones que marcaba el resto para revelarse como un

escritor formidable, capaz de hipnotizar con la historia de una persecución en la que lo de menos era la propia persecución, sino lo que había detrás del hombre extraño y torturado que, junto a otros veinte detectives, seguía a un individuo gris en busca de algún adulterio que nunca acontecía.

## 12

De todos mis clientes habituales, el más fastidioso, el más conflictivo y predispuesto a dar problemas era un gordo mórbido hijo de un juez estrella de la Audiencia Nacional, el más alto tribunal relacionado con narcotráfico y terrorismo, y fue quien a la postre hizo que el abogado Martínez-Rodríguez terminara entre rejas. El gordo pedía siempre la misma cantidad de hierba, mercancía que yo debía entregarle en el chalé donde vivía con sus padres el viernes por la mañana: me recibía una dominicana elefantiásica, de dimensiones tan sorprendentes como los miembros de la familia para la que trabajaba. Daba la impresión de que en aquella casa grande y hortera —se diría que imitación de una mansión sureña de Estados Unidos— se alimentaban con clenbuterol o alguna sustancia para engorde artificial de ganado. El chaval daba miedo. Medía cerca de dos metros y tenía los brazos llenos de tatuajes de serpientes y calaveras que parecían vivir con el movimiento de su carne flácida. Al parecer, él y sus amigos tenían por costumbre burlarse de los enfermos terminales y sus familias con un recorrido frenético e insultante —con serpentinas y cotillón— por los pasillos de los hospitales de Madrid. También les gustaba ceder el asiento en el metro o el autobús a mujeres no embarazadas ni mayores solo para hacerlas sentir gordas o viejas. Con cosas así de desagradables pasaban el rato.

Normalmente me fumaba con él un cigarrillo en el porche, mirando hacia el jardín con cancha de tenis, piscina y dos hileras de retorcidos y magníficos pinos, descomunales como los miembros de la familia en cuya parcela reposaban. En ese intervalo, el muchacho me narraba la última gamberrada de su grupo de amigos y yo hacía un esfuerzo por no llamarle bobo o algo peor.

—Os pasáis un poco... —Era el máximo reproche que me atrevía a hacerle.

—No hacemos ningún mal a los enfermos... —se defendía con una sonrisa de desdén—. Les mostramos que tampoco hay que ponerse solemnes ante la enfermedad.

El chico no hablaba desde la miopía de su riqueza familiar, sino, más bien, desde la ceguera de su juventud.

Pero a veces me reía con él porque sus historias tenían gracia, y también porque la verborrea del chaval alimentaba su afán consumidor, así que era conveniente que se sintiera a gusto conmigo.

—El otro día fue la hostia, tío —me dijo, apurando el cigarrillo cerca de la arizónica que envolvía una de las columnas del porche—. Estábamos en un hospital privado todos superpuestos, por Chamartín o así, y veo venir un BMW negro y era mi viejo, tío. Qué descojono, tuvimos que salir todos por piernas... Luego estaba yo en casa fumándome un peta en la habitación y escuché a mi viejo decirle a mi vieja que unos gamberros habían estado cantando cerca de la clínica donde está no sé qué fiscal de la Audiencia Provincial, compañero suyo de la facultad y no sé qué más... Joder, por poco me ve...

—De hecho, me extraña que no te viera...

—¿Por qué lo dices?

Por tu tremebundo volumen, estuve a punto de explicarle, pero recordé que en el trabajo no hay verdad ni mentira, ni gordos ni flacos, ni amigos o enemigos. Solo buenos o malos clientes. Yo era un vendedor en horario de trabajo, o sea que debía halagar la vanidad de aquel joven, de aquel cliente excelente, para garantizar su próximo pedido. A aquel chico le contrariaba mucho que alguien le señalara o insinuara su obesidad, se lo tomaba como un insulto; prefería vivir de espaldas a la realidad del espejo, a la realidad de las puertas por las que apenas entraba —ni siquiera de perfil—, y a la realidad del colchón, que era de un tamaño y un grosor especiales para contener el descomunal peso de su carne tatuada. Me pregunté con aprensión intuitiva hasta qué punto su voluntad de interpretar la realidad de espaldas a su gordura no le traería problemas en un futuro, en el sentido de que la realidad siempre se impone nos guste o no, es una narradora despiadada; me pregunté cómo podría afectar eso a nuestra relación mercantil; los seres humanos comprendemos la realidad a través del relato que construimos de ella, un relato siempre incapaz de contenerla en toda su dimensión, pero suficiente para orientarnos en la vida si está hecho con el sentido común; su relato personal, sin embargo, era disparatado, por cuanto él no aparecía como el hombre extraordinariamente obeso que era.

—Lo digo porque vestido así, con pantalón corto negro, con esas cadenas y esos tatuajes, es difícil que pases desapercibido —dije.

—Ja, ja, ja. —Pisó la colilla—. Ya te digo, tronco, es la rehostia. Y si vieras a alguno de mis colegas es que lo fliparías, te lo juro, el Payaso por ejemplo lleva unas pintas alucinantes...

—¿El payaso?

—Sí, le llamamos así porque su padre hace el payaso de cojones en el Congreso de los Diputados... Ja, ja, ja, ja... Bueno, ¿has traído lo mío?

—Sí, toma.

—Qué bien huele.

—Es lo mejor que tengo.

—Cojonudo... ¿Nos fumamos uno?

—No, gracias, estoy trabajando.

—Gracias a ti, tío. No le digo a la chacha que te acompañe porque se cansa muchísimo... No puede estar más gorda... Yo le digo que tiene que ponerse a régimen, pero ella se ríe en mi cara... Pilla el pasillo y al final... ¿Okey?

—Okey.

## 13

La noche fue extendiéndose por las calles como una niebla, volviéndolas cada vez más misteriosas y sucias, otorgándoles el brillo de las ventanas iluminadas y el ruido de los camiones de la basura, y nuestro hombre se derrumbó en el sofá sin que ninguno de los detectives abandonara su posición al otro lado de la calle, bajo la farola recién encendida y radiante. Se acababa de dar cuenta de que él no le importaba nada a aquellos tipos. Le seguían porque le confundían con su hermano gemelo. Deseó ser él, su propio hermano, para sentirse valorado por el mundo, el mundo simbolizado por aquella banda de oligofrénicos, y lo aborreció más que nunca. Hasta que, luego de tanta autocompasión, se quedó dormido en el mullido sofá.

Le despertó el teléfono.

—¿Y bien?

—Y bien, ¿qué?

—Me guztaría zaber qué opinión le merecen miz informez... Zé que zoy zu favorito. —Era una voz grave pero juvenil, de varón.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque miz zobrez, loz de color azul añil, zon loz que uzted abre primero... Y, ademáz, lo hace con cierta impaciencia...

—Ah, muy perspícaz.

—Ni remotamente me tengo por perzpicaz... Me tengo por ezcritor... ¿Lo zoy?

—¿Lo eres?

—No ze burle de mí, por favor... ¿Cree uzted que tengo talento como ezcritor? Me guztaría enviarle mi novela.

—Ni hablar. Jamás leeré una novela tuya.

Colgó.



Apenas una semana después, mi cliente, el hijo elefantiásico e ingenuo del juez estrella, tuvo la mala fortuna de entrar haciendo sonar un matasuegras en la habitación de hospital donde convalecía con toda la morfina médicamente admisible —y aun la inadmisible— la moribunda mujer del abogado Martínez-Rodríguez, el temible y misterioso Vasco Abengózar. Su sorprendente aspecto hizo que fuera fácil de reconocer, primero, y de localizar, después, por los sicarios del Vasco. Una mañana en que salía de su mansión sureña —imitación de *Lo que el viento se llevó*— tuvo que saltar a un lado para no ser atropellado por el todoterreno conducido por un sicario legendario conocido en el hampa como el Niñito Guapo y, a causa del susto, falleció de un ataque de asma. Luego la prensa interpretó que la tentativa de atropello había sido una venganza contra su progenitor por su historial de lucha contra el narcotráfico, pero qué va, fue una venganza personal —no un escarmiento profesional— del sonriente Martínez-Rodríguez, un hombre afable, que solía ser prudente, pero que no pudo tolerar la burla a su dolor, porque a su mujer la quería de verdad, y se hizo aún más evidente en cómo perdió envergadura en cuanto ella falleció a los pocos días de su venganza, cómo fue abandonándose a la molicie, cómo sus mejillas se cubrieron de islotes velludos y canos, y cómo su perfil germánico cedió ante el empuje de unos rasgos mestizos que parecían señalar un regreso social y casi genético a sus orígenes problemáticos en Medellín.

El círculo se cerraba.

—Quería darle un escarmiento, no matarlo —me aseguró en su despacho con los periódicos abiertos sobre su escritorio por los titulares del crimen, mesándose la barbilla sucia, con una voz que ya no era de barítono sino de tenor—. Ese chaval se estaba riendo de cuatro años de calvario, de las crisis que tuvo que superar con mucho sufrimiento físico, del dolor de una familia, así que no siento su muerte. Que vaya a reírse de ella en su cara, si tiene lo que hay que tener...

Me produjeron un pequeño alivio sus palabras, quise creerme esa pretensión de escarmentar y no de asesinar, pero le reproché amargamente la muerte del chaval. Martínez-Rodríguez golpeó con el puño la mesa que nos separaba, en un gesto de violencia y derrota que tuvo mucho de simbólico, de signo del porvenir.

—Encontrarás a otro cliente igual o mejor, Samuel. Por eso no te inquietes —añadió levantándose para dar por concluida la visita—. La Audiencia Nacional está llena de jueces con niños obtusos.

Pero nuestro hombre siguió leyendo los informes de aquel detective con insana pasión. Necesitaba saber más de ese personaje que en la vida ceceaba pero cuyo *álter ego* literario mantenía una majestad lejana, aunque perceptible en una conducta diferente en medio del aquelarre de la persecución a un individuo anodino, insignificante, kafkiano en su sentido más angustioso, que era él. Ese narrador, ese protagonista en primera persona, llegó a secuestrar el espíritu de nuestro hombre de tal forma que incluso dejó de beber compulsivamente, y cuando hubieron transcurrido sus vacaciones, había logrado disciplinarse de tal forma que pudo reincorporarse al hospital sin resultar fastidioso para sus compañeros, tan abstemios y responsables, ni para su jefe, un ambicioso personaje que solo bebía tinto de verano en las comidas y ron Brugal con Pepsi light cuando salía de discoteca los viernes por la noche.

A nuestro hombre le gustaba asomarse a una ventana del hospital, la más apartada, solitaria y oscura, y fumar allí, y mientras contemplaba a los veinticinco detectives oligofrénicos, iba comprendiendo que aquel talentado individuo no era distinto en apariencia a los demás, porque simplemente tomaba notas con la lengua fuera como sus compañeros, bizqueando como ellos, y de vez en cuando cantaba igual que el resto, lo que ponía en el aire una sinfonía más ruidosa que, por fortuna, desafinaba. En las familias bien de Madrid y alrededores, se figuró nuestro hombre, todos los chavales aprendían solfeo, incluso armonía, desde pronta edad. Los tontos aquellos, al cabo, no eran más que una suerte de perros sin dueño complaciente, es decir, sin dueño que los quisiera, y por eso cada día aumentaba el número de detectives tras su pista. Entre los más adinerados de la ciudad —y por ende, del país— corrió la especie de que seguirle hacía un bien increíble a los chavales, les proporcionaba una disciplina que cumplían hasta el agotamiento, y nuestro hombre volvió a recibir protestas de la comunidad de propietarios, pero ya no silvestres, sino canalizadas por el estricto y educado administrador que mencionó como principal queja la ingente acumulación de correo que

entorpecía la entrada del portal todos los viernes por la mañana. Ese día el cartero vaciaba una saca de arpillera con casi cincuenta informes sobre su vida, porque a tanta gente ascendía ya el número de sus perseguidores. Pero a nuestro hombre solo le interesaba el sobre azul añil, y continuar disfrutando de aquella novela por entregas que, le costaba reconocerlo, le hacía sentir vivo. El protagonista, oscuro y atractivo, reflexionaba sobre lo absurdo de su misión, elaborando una sutil alegoría del sinsentido de la vida y de la injusta organización social, y, pese a su visceral pesimismo, lejos de influir de manera negativa en el ánimo de nuestro hombre, le hacía la vida más lógica y apetecible, como esas obras de arte que conmueven por su tristeza pero proporcionan subrepticamente a quienes las contemplan un contento ralo pero seguro. Estaba enganchado al relato de aquellos informes como las señoras de mediados o principios del siglo XX a los seriales de la radio o a las novelas de Corín Tellado, tal vez.

Entonces el hermano de nuestro hombre le telefoneó desde Marruecos a las cuatro de la mañana.

—¿Qué hora es allí? —le preguntó al notar su mal humor.

—Las cuatro de la mañana.

—Qué raro —le dijo, con ese tono tan suyo, que nunca se sabía si estaba hablando en serio o en broma—. He tenido la impresión de que eran las diez de la noche... No sé ni dónde vivo... Es lo que tiene leer tanto.

—¿Qué quieres?

—Abroncarte.

—¿Por qué?

—¿Has leído el blog *Vivirlaliteraturasoñarlamuerte.com*?

—No.

—Te leo: «Nos dicen que Nuestro Escritor Favorito está ideando una *performance* que verá la luz no sabemos cuándo pero sí sabemos dónde: en una escuela de escritura creativa muy céntrica llamada Raymond Carver. Nos cuentan que Nuestro Escritor Favorito (se refieren a mí) está encantado con el resultado de su proyecto, en el que se mezclan, con su habitual capacidad y talento, lo narrativo con lo artístico y lo esotérico con lo literario. ¿Quién dijo miedo?».

Nuestro hombre colgó.

Su hermano volvió a llamar.

—¿Has oído?

—Qué remedio.

—¿Qué has estado haciendo?

—Nada. Estoy a punto de divorciarme de Marisa... Le puse los cuernos y el arrepentimiento y la consiguiente paranoia hicieron que la relación se deteriorara hasta que ya no pudimos convivir más...

—No me cuentes rollos... ¿Qué *performance* es esa de la que habla este blog?

—No tengo ni idea.

—Dímelo.

—Debe de ser cosa de los detectives.

—¿Qué detectives? —se alarmó su hermano.

—Tengo a sesenta tipos siguiéndome a todas horas...

—Venga, no me jodas. Terminarás creyéndote tus propias mentiras.

—Puede que sean cincuenta y cinco. Si me asomo a la ventana, los veo. Están allí abajo, tirados en la acera, entre los coches aparcados, escribiendo en sus cuadernos de anillas y vestidos de Samuel Spade...

—¿Escribiendo?

—Sí. Son los tontos de las familias bien de la ciudad... Lo que yo no sabía es que los padres los metían a todos en agencias de detectives para que aprendan a redactar...

Al otro lado de la línea telefónica nuestro hombre escuchó toses, ahogos, blasfemias, golpes que imaginó contra muebles de diversos tamaños y formatos, recogidos en la calle y remozados por la paciencia artesanal de su hermano, incluso una especie de bufido verdaderamente preocupante.

—Oye... ¿Sigues ahí? —susurró nuestro hombre.

Se había cortado la comunicación. Dejó el teléfono descolgado. Sabía que el enfado de su hermano era colosal y no tenía muchas ganas de soportar su diatriba. En más de una ocasión lo había ido a recoger a Algeciras para llevarlo en coche hasta Madrid jugándose la libertad, porque cuando a su hermano se le acababa el escaso dinero que le proporcionaban sus trabajos literarios pasaba el estrecho con el cuerpo lleno de hachís —convertido en mula, que dice el argot—, que luego —tras dura deposición y exhaustivo lavado— vendía por la capital, y en vez de mostrarse agradecido —le ayudaba aun a riesgo de condena—, no tenía empacho en abroncarle cada vez que hablaban. Volvió a la cama, no sin antes abrir la ventana y lanzar un beso a los detectives que acechaban tumbados entre los contenedores de basura como perros bajo una luna de cuento. Alguno de ellos le devolvió el saludo levantando la mano. Al día siguiente, cuando nuestro hombre llegó al hospital, tardó casi media hora en leer el larguísimo *e-mail* con el que su hermano le comunicaba la irritación que le embargaba, la misma que no había

podido afearle con lujo de detalles —como habría deseado— por teléfono de madrugada y que había desahogado contra el mobiliario de su piso tangerino.

Le decía que con la contratación de tantos detectives había conseguido que en los cenáculos literarios se creyera que él estaba preparando en Madrid un espectáculo similar a otro con el que intentó sin éxito dar el salto de la esforzada narrativa al facilón arte conceptual cinco años atrás: un hombre seguido por una decena de mujeres que iban leyendo con un pecho pintado de blanco y otro de negro —cada pecho salía de un agujero en la camiseta— poemas machistas en clave burlesca, mientras él lanzaba cortes de mangas, incluso escupitajos, a los taxis como si atacara al símbolo supremo de ese machismo o esa misoginia satirizados. No supo ver el paralelismo entre las diez ninfas con las tetas bicolores de su hermano y su caterva de detectives, pero ya estaba acostumbrado a ese ego narcisista y cogió aire antes de leer el último párrafo: «Debes seguir por la senda que solo tú, con tu conocida ineptitud, has trazado. Lo que significa que debes continuar usurpando mi identidad y dejar que, desde mi exilio en Marruecos, dirija la *performance*. Ya me encargaré yo de canalizar este desastre para que no perjudique en exceso mi carrera literaria... Chao, Caín».

Entró su jefe en la consulta y nuestro hombre cerró el ordenador.

—Necesitas unas vacaciones —le dijo el jefe.

—¿Por qué?

—Este es un centro privado y está perdiendo prestigio. No quiero más idiotas delante del hospital... Y ahora espabila, que te toca sesión de acupuntura con masaje.

Dejando al margen el aspecto moral, debo decir que ese atropello mortal fue el gran error profesional del Vasco Abengózar o el abogado Martínez-Rodríguez (tanto monta, monta tanto): olvidarse de los negocios para actuar movido por el rencor. Cometió un error de adolescente —de adolescente psicopático, eso sí— cuando ya superaba los setenta años de vida, y muy pronto se dio cuenta de ello. La presencia policial en torno a su domicilio y su bufete se hizo evidente a las pocas semanas de la comisión del crimen. Se sentía vigilado, perseguido. Se irritaba con facilidad, golpeaba el mobiliario, asustaba a sus subordinados y a sus amigos con gritos y miradas que irradiaban odio, me asustaba a mí, y a veces se le veía con ganas de buscar la pistola y disparar, agarrar el bastón y sacudir a quien tuviera más cerca.

Su encarcelamiento fue casi un alivio para quienes le rodeábamos y personalmente me alegré de que pagara por el crimen.

Cambió en prisión hasta terminar por completo con su antaño elegante facha, como si lo que la vejez y la rabia habían destapado —el origen humilde y callejero— se mostrara al completo cuando tuvo que vestirse con el chándal azul, marca Adidas, eso sí, y las alpargatas de esparto, más acorde con su nueva morada. Él terminó reconociendo que la eliminación del hijo del juez estrella había sido un error —pero solo un error estratégico—, pues seguía echando de menos a su mujer. Era consciente de que su rápida encarcelación —acusado de evasión de impuestos— estaba relacionada con la sospecha de que él estaba detrás de la muerte del hijo de un egregio representante de uno de los tres poderes del Estado.

Allí estaba el prestigioso abogado, detrás de unos barrotes, vestido de chándal —él, a quien yo jamás había visto sin corbata—, con una barba rala y con la arruga del ceño tirando de su frente hacia la punta de su nariz romana, en espera de ser juzgado por un delito extraño, que jamás habría creído que pudieran imputarle, sorprendido por la eficacia y la frialdad con que el Poder —con mayúscula— había ido a por él cuando él se había pasado de la raya.

Estupefacto ante su propia estupidez. Había olvidado que el pez chico no puede ignorar al grande, ni mucho menos arremeter contra él.



—Tengo una teoría —dijo el millonario Peral en cuanto nuestro hombre tomó asiento—: los gays tienen sensibilidad artística, pero no logran crear nada nuevo. Los heterosexuales diestros pueden crear algo nuevo, pero solo en el campo de la ingeniería civil: pantanos, puentes, canales, puertos..., y militar: bombas, tanques y todo eso. Las mujeres atesoran una sensibilidad artística muy superior a la mayoría de varones y más pausada que la de los gays, menos histérica, y además están más buenas y son las grandes consumidoras de arte, pero tampoco crean, solo se recrean en lo que hay.

—Vaya —dijo nuestro hombre, algo escandalizado—. No parece una teoría muy progresista.

—El progreso está en el control de los medios de producción, no en el buenismo socialdemócrata —respondió Peral.

—Entiendo.

—Los zurdos son los verdaderos creadores de Arte, así, en mayúscula. Son como gays pero heterosexuales, o sea, tienen la creatividad y la nobleza del varón puro y una suerte de sensibilidad femenina, no sé si me explico...

Se fijó en el hijo de su interlocutor, que estaba sentado a su lado, tamborileando sobre el vasto escritorio oscuro, probablemente de nogal, con su mano izquierda.

—Perfectamente. Todo esto lo dice usted porque su hijo es zurdo.

—Y porque he visto de lo que es capaz.

—¿Qué quiere?

—Que le ayude a mejorar como escritor. Usted es su escritor favorito. Una mezcla de Faulkner y Jim Thompson, un autor peligroso...

—Con alma de clásico y bla, bla, bla... No siga, por favor.

Se sabía de memoria esas cantinelas impresas en las fajas promocionales de las novelas de su hermano, y le dolía que las pronunciara aquel ricachón con hijo tonto, aunque aficionado genial a la escritura. Iba a sincerarse con él y comunicarle que él no era su hermano sino un fisioterapeuta expulsado temporalmente de su profesión por culpa de su hijito, entre otros, cuando se le

ocurrió que si se hacía pasar por su hermano no solo ganaría dinero, sino que podría descansar de su propia y cansina identidad y condimentar su cotidianidad con la sal de la esquizofrenia, esa enfermedad interesante si uno se adentra en ella con boleto de retorno a la normalidad. Treinta y nueve es una edad tan difícil como los cuarenta, sobre todo para los impacientes, y uno hace el recuento de lo que ha hecho hasta entonces y, si es divorciado, no tiene hijos y para colmo aborrece su trabajo, como le pasaba a nuestro hombre, tiende a sentirse estafado por las expectativas que jamás se cumplieron y termina atribuyendo su fracaso a una educación equivocada y a unos progenitores obtusos, cuando no al país colonizado por Estados Unidos en el que le ha tocado nacer. Así que cualquier cambio de vida se ve como una tabla de salvación.

—Vamos a ver —dijo el millonario, recio, de ojos verdes y vivaces como los de un pajarillo—. Quiero evitar que mi hijo escriba novelas y porquería. Sé que los facistas opinan que las novelas son una pérdida de tiempo...

—¿Los facistas? ¿A quién se refiere?

Peral realizó el saludo romano.

—Ah, ya.

—Como decía, los facistas siempre han opinado que las novelas son artefactos que no sirven más que para perder el tiempo... Hay que leer ensayo, libros de historia de España, de «su» historia de España, manuales religiosos para crear meapilas y borregos... Y fíjate, yo, que soy de izquierdas, creo que, de alguna manera, tienen razón... Ya no necesitamos arte, sino combate: textos que den la vuelta a la tortilla, que nos lleven a un mundo en el que sí merezca la pena leer novelas y entretenerse con ellas.

Peral se agachó de súbito, tras un silencio incómodo, y colocó la papelerera sobre el escritorio con firmeza.

—Aquí guardo yo parte de mi dinero, para no olvidar nunca lo que es.

—¿Papel?

—Y basura.

Era cierto. El cubo estaba repleto de dinero en papel de todos los colores.

Peral agarró un puñado de billetes y lo tiró al aire con aparente desprecio.

Al ver que nuestro hombre no se movía, el millonario repitió la operación.

Alguien que disponía de semejante fortuna y que había mandado un Mercedes clase S destellante a recogerle con seguridad tendría una oferta muy suculenta que hacerle, así que nuestro hombre optó por la paciencia y no se dejó impresionar.

Peral sonrió.

—Precavido. Tal vez demasiado —dijo—. Debería haberse quedado con algún billete. Ahora vuelven a la basura.

Su hijo los iba recogiendo para devolverlos al cubo.

—Las historias que inundan las librerías son como el dinero: bazofia... Quiero que mi hijo haga algo provechoso con su talento... No una novela, sino un libro de ensayo que resulte esencial para nuestro triste país, demolidor de muchos lugares comunes heredados del franquismo contra el que luchó mi padre, pagándolo con la cárcel y la muerte entre rejas...

—¿Por ejemplo?

—El Madrid.

—¿El del «No pasarán»?

—El otro.

—¿El de los Austrias?

—¡El club de fútbol, coño!

—¿El Real Madrid?

—Los republicanos decimos el Madrid. ¡Siempre ha sido el Madrid!

Nuestro hombre se dejó guiar por el laberíntico piso como por un museo y comprobó que cada pared y cada rincón evidenciaban el fervor republicano de Peral: retratos de Azaña, carteles enmarcados del Quinto Regimiento y las Brigadas Internacionales, una estatua en hierro de la personificación de la Segunda República, un organillo que Peral hizo sonar con el himno de Riego, y al abrir una puerta corredera con una vidriera que representaba el *Guernica* de Picasso, la sorpresa final del recorrido, cientos de fotos del Madrid, cuando no era Real, sino Madrid Club de Fútbol.

—Franco robó muchas cosas. También mi amado club.

Nuestro hombre estuvo a punto de decirle que no le interesaba su discurso añorante del espantoso siglo pasado, que le importaba muy poco —una higa, de hecho— lo mal que lo hubiera pasado su abuelo o su padre, o la plantilla completa del Madrid ochenta años atrás, pero recordó que en realidad no era él quien estaba allí sino su hermano, y apretó la mandíbula para seguir escuchando el discurso del millonario sin traicionarse y se estiró un poco para darse aires en imitación de quien no era.

—El Madrid fue el equipo que más ligas ganó durante la República... De hecho fue en 1932 cuando ganó la primera Liga de su historia... El Madrid todavía lleva en su escudo la banda morada republicana... Es el único equipo de toda España que la lleva... ¡El único! ¿Sabes cuántos años tardó en ganar una Liga tras la llegada del franquismo?

No lo sabía, así que guardó silencio.

—¡Quince! ¿Qué te parece? ¡El equipo del régimen franquista tarda quince años en ganar una Liga tras la victoria de Franco! Y justo en la época dura del régimen, cuando se produjo la mayor represión... Paradoja, ¿verdad?

Peral le miró como si esperara de él una respuesta, pero nuestro hombre sabía por experiencia que lo mejor ante un individuo seducido por una idea era dejar que la expresara sin obstáculos: terminaría pensando que su silencio era asentimiento y creería que estaba de su lado.

—Ninguna —prosiguió Peral—, porque no es cierto que el Madrid fuera el equipo de Franco, sino que el tirano se aprovechó de sus éxitos deportivos para intentar salir del ostracismo internacional de su régimen. Aquí el único equipo que condecoró al Generalísimo fue el Barça, y fascista era el Atlético de Aviación, el Atlético de Madrid de ahora, que llevaba el nombre de la aviación que bombardeó la capital durante su asedio, y fue ascendido a Primera División al terminar la guerra... Por eso hay tanto militar del Atleti todavía hoy... ¿Qué me dices?

—Papá —les interrumpió el hijo desde el canapé—, ¿qué te va a decir? Que eso a nadie le importa.

—Tener hijos para esto. Tiene talento, pero no cerebro... Es una generación de desmemoriados... ¡La historia hay que conocerla, narices!

Entonces, mientras el padre y el hijo discutían, como si un movimiento de la mano acariciándose el cuello la hubiera vuelto visible, reparó en aquella mujer sorprendente. Nuestro hombre tuvo la impresión de que llevaba un buen rato contemplándole oculta en la sombra de aquel rincón.

Su aire de serpiente le sedujo enseguida, quizá sus ojos inquietos, a la vez profundos y huidizos, un algo de su sonrisa irónica que le resultó extraño pero familiar, y supo que tarde o temprano sus destinos convergerían como el puñal y la carne. Estaba sentada en una *chaise longue*, con las piernas cruzadas y leyendo una revista de decoración. Apagó la lamparilla que surgía de la estantería y su rostro volvió a la sombra, cruzó las piernas para mostrar el otro muslo remangado en aquel vestido negro y cortísimo. Tenía sobre la mesa de cristal un gin-tonic con una pajita roja que acarició suavemente. Alzó la copa, provocó una música de hielos y pareció brindar por él antes de llevársela a los labios (el resto de la cara en penumbra). Nuestro hombre desvió la mirada.

—Le presento a mi mujer... —dijo Peral, al notar su turbación.

Ella sonrió, se levantó y se fue.

Media hora después nuestro hombre y Peral habían sellado un contrato que le dejó más que satisfecho. Escribiría con el hijo del millonario, a cuatro

manos, la Historia del Real Madrid, pero una historia inédita, republicana, que se decantaría por destacar los rasgos progresistas del club —desde su fundación por individuos relacionados con la Institución Libre de Enseñanza hasta el exilio de su presidente Sánchez Guerra tras la guerra civil—, y recibiría por ello una cantidad mensual suficiente para vivir holgadamente unos cuantos años. Nuestro hombre salió eufórico del edificio lujoso y se dirigió al hospital en taxi. Allí recogió sus cosas sin saludar a nadie y le pidió a su jefe una ampliación de vacaciones con o sin salario, una excedencia si era necesario. Su jefe tembló, como si su actitud le pareciera un desplante, y su retroceso en la butaca fue la insinuación de un enfado superlativo que él no quiso presenciar, pero del que tuvo conocimiento al oír los gritos en cuanto salió del despacho. Aceleró el paso. Sorteó camillas vacías, sillas de ruedas con ancianos de aspecto impecable —pacientes propios de un hospital privado que solo aceptaba a los más guapos— y por fin se vio en la calle, libre de la profesión que tan mal había elegido al terminar el bachillerato.

Adiós, hospital.

En casa le estaba esperando el chófer de su nuevo jefe. Le llevó en un Mercedes blanco con asientos tapizados en cuero morado —los colores republicanos del Madrid, le explicó el chófer— hasta un chalecito de la Colonia del Retiro. Allí, debajo de un ficus espléndido, le recibieron de nuevo Peral —pañuelo morado al cuello, pantalón blanco y mocasines sin calcetines— y su esposa —cuatro o cinco botones de la blusa desabrochados, las piernas al aire, melena negra y frondosa—, como dos millonarios de la Costa Azul.

—Ya está —dijo él—. Arreglado.

—Estupendo —respondió Peral—, siéntese con nosotros y mañana puede empezar con mi hijo a hacer el trabajo de campo. Yo le puedo dar toda la documentación que necesite, pero supongo que usted querrá también trabajar a su aire, hacer sus propias averiguaciones.

—Sí, claro.

—Pues mañana hay partido en el Bernabéu. No le vendría mal ir para saber de qué estamos hablando... Tiene que empaparse del invencible y genuino espíritu popular de mi amado club.

Por fortuna para mi bolsillo, tenía otro buen cliente que era el hijo de un conocido financiero, contertulio habitual en radio y televisión y directivo del Real Madrid. El chaval decía ser artista plástico y no fumaba sino que consumía drogas nasales que yo le llevaba, pese a que mi intención era ir dejando el polvo blanco para vender hierba o hachís (menos crematístico pero también menos problemático para mi conciencia de hombre acuciado por ese repaso vital que conllevan los cuarenta). Sus padres le habían comprado un piso de trescientos metros cuadrados cerca de la plaza Mayor y allí apilaba lienzos de enorme tamaño con el retrato fotográfico en blanco y negro de diversas estrellas mediáticas —Tony Blair, Lady Gaga, Tom Cruise, etc.— que tenían canastas de baloncesto adosadas al rostro, ya fuera en la boca, en mitad de la frente o en cualquier otro lugar llamativo (una canasta en cada sien, por ejemplo); incluso las paredes estaban pintarrajeadas con canastas de baloncesto sobre monigotes sonrientes o serios. El público que asistía a sus exposiciones tenía la potestad de tirar a canasta los catálogos naranjas con forma de balón que se repartían a la entrada: era su forma de denunciar, decía, que todos pasábamos por el aro al venerar a quienes el poder nos proponía como ejemplos de éxito social. O algo así. Me ponía especialmente nervioso servir a este cliente, porque él no era consciente del peligro que corríamos y se comportaba con descuido, consumiendo y hablando de drogas sin importarle quién le oyera o mirara; pensaba que nada podía sucedernos, y a su manera, estaba en lo cierto. A él poco o nada podía pasarle, supongo, pero yo tenía la convicción de que si la policía o la Guardia Civil alguna vez me capturaba sirviéndole género, mi condena sería muy severa precisamente por ser él hijo de quien era. Aquella tarde, el muchacho había tomado heroína, a tenor de cómo me recibió y se movió por su piso: arrastrando los pies y con la espalda encorvada y los ojos semicerrados, su habitual teatro de artista tan hipersensible como autodestructivo, ese arquetipo tan insoportable y antiguo que aún sigue emulándose por los menos imaginativos. Una chica dormía semidesnuda en un catre junto a un cuadro gigantesco con una canasta azul en

el ceño fruncido de Jack Nicholson. Tenía la mano sobre el ombligo, unas braguitas de encaje blancas, unos labios morados y carnosos como uvas y una sábana arrugada recorriendo la mitad de su atractivo cuerpo (era difícil desviar la mirada de aquella piel de apariencia tan suave).

—¿Lo has traído? —me dijo el muchacho arrastrando las palabras igual que los pies.

—Toma, pero que sepas que poco a poco dejaré de pasar esto...

Me senté en el taburete alto de la barra americana para que me mostrara sus últimas creaciones, trance obligatorio previo a la conclusión de cualquier compraventa con él. Evité con la mirada los caballetes y las columnas del espacioso ático para contemplar una puesta de sol sobre los edificios tan emocionante que hacía más dolorosa la incapacidad creativa del sedicente artista. Con tan privilegiadas vistas, hasta yo habría pintado como Goya. La chica seguía durmiendo, y de vez en cuando musitaba palabras incomprensibles; probablemente había tomado lo mismo que el chaval o quizá alguna sustancia posmoderna aún no fiscalizada por las autoridades públicas.

—Este me gusta mucho —me dijo el chico—. Es algo que me salió así, sin pensar...

Era distinto de los demás, sin retrato: sobre un fondo negro, una canasta de baloncesto dorada.

—¿Y qué simboliza?

—No sé, me salió sin pensar...

—Este me llama la atención... —mentí—. ¿Qué significa?

—La canasta boca abajo es como el deseo de huida, que la sociedad es una mierda y todo eso, y Cristiano Ronaldo es, no sé, algo muy personal... Prefiero no decírtelo, tío, no te ofendas, pero no tengo confianza.

—¿Sabías que el Madrid era el equipo de los republicanos? —le pregunté.

—Venga, no me jodas: si te oye mi viejo es capaz de crucificarte vivo...

—¿Por qué?

—Porque el Madrid es el Madrid, tío.

El cielo era una mancha roja que se estiraba entre las nubes y recorría de lado a lado el piso a través de los ventanales, manchando de sangre los suelos y las paredes pintarrajeadas, y hasta lograba embellecer aquellos incomprensibles cuadros de tamaño monstruoso; le daba un aire diabólico a los rostros colosales.

Se metió una raya del tamaño de un dedo meñique.

—Joder, es buenísima, tío. Mil gracias. La próxima vez quiero más de esta... Me gusta así, nerviosa.

—Todo lo que yo vendo es bueno, ya lo sabes.

—Algún día podría pagarte con un cuadro...

—Al contado, todo al contado...

—Mis cuadros ya valen una pasta, tío.

—Lo sé, amigo, pero no me caben en casa...

—Los puedes vender...

—Prefiero al contado, no te ofendas...

—Tú te lo pierdes... El otro día me compró uno el fiscal general del Estado y salió en dos suplementos culturales, ¿lo viste?

—¿No fue en el *Hola*?

—Sí, también... Ahora hay más gente dispuesta a comprar mis obras. Tengo futuro, créeme... Ah, ya recuerdo: el negro del cuadro simboliza ese porvenir al que nos dirigimos, pero también que yo jamás sacaré la bandera blanca de la rendición por muy atractivo que sea el aro por el que pretendan que pase...

—Brillante.

—Mira, te voy a enseñar la obra de la que más orgulloso me siento, es genial. Ya verás... Incluso mi viejo reconoce que le ha impactado... Tú, levántate ya, que tenemos visita.

La chica se incorporó del sofá sin mostrar sorpresa, contrariedad ni vergüenza. Era un ángel con pechos como limones. Me regaló una sonrisa algo tímida, pero no pudorosa, y se alejó hacia el cuarto de baño mostrándome su trasero apenas cubierto por las braguitas transparentes.

—Perdona un momento —dijo el chico—. Ahora vengo.

Le escuché hablar en inglés con el ángel.

—Le he dicho que se meta una raya... A ver si espabila... Lleva aquí ya tres noches y no sé ni dónde vive... Venga, ayúdame a apartar la cama...

Le ayudé.

Debajo había una trampilla de la que tiró. El ático ocultaba un trastero en el que mi cliente guardaba algunas de sus obras predilectas. Extrajo una suerte de espada de madera, algo así como medio palo de escoba con empuñadura de gomaespuma y gavilán de alambres. Luego fue a por su ordenador portátil, que abrió sobre la barra americana empujando mi lata de cerveza al suelo, haciendo que diera varias vueltas sobre sí misma y el líquido se derramara por el parqué tras una explosión de espuma.



—Déjalo, tío, que lo limpie la guiri, que para algo está aquí... Pilla otra de la nevera, anda.

—No, gracias, me tengo que ir enseguida.

—Espera, tío, que te enseñe. Mira la pantalla.

Me mostró el proyecto de instalación: un sinnúmero de niños con espadas iguales a la que me había enseñado golpeaban latas de Coca-Cola y Pepsi que, colgadas de hilos del techo casi invisibles, oscilaban de un lado para otro en una penumbra con destellos rojizos.

—«El futuro contra la mercadotecnia», así se llamará la movida... ¿Qué te parece?

—Así, en principio, no está mal —mentí.

—¿Lo pillas? Los niños simbolizan el futuro...

—Sí, claro.

—Y el rojo que envuelve la atmósfera es la sangre que ampara este capitalismo salvaje en el que vivimos, que ampara la mercadotecnia, en fin.

—Ah, muy bien.

—Es una instalación que puede quedar bastante bien y que supone un cambio radical en mi carrera... Estoy negociando con la fundación de un banco... Si tenemos que pactar con ellos para vivir, al menos que traguen con nuestras obras de denuncia, en plan caballo de Troya...

—Estupendo.

—Es que estoy hasta los güevos de lo que está pasando hoy en día, tío. Vas al puto supermercado y los caramelos, las chucherías y las coca-colas están puestas a la altura de los ojos de los críos, en los estantes más bajos... Lo he visto con mi sobrino... No hay quien lo soporte... No quieren personas, quieren consumidores...

Aquella reflexión última sí me pareció comprensible y hasta interesante, por tópica que fuera.

—Esta puta sociedad está educando a los niños para consumir mierda, tío, pura mierda —continuó—. Por eso quiero hacer una instalación en la que un montón de niños destrocen latas de Coca-Cola y Pepsi... ¡Ellos son nuestro futuro, no esa mierda de brebajes! Todo bastante espectacular con la habitación medio a oscuras y con las latas a veces a una altura inalcanzable para simbolizar también el poder de las multinacionales... ¿Qué te parece?

—No estoy seguro de que con esa instalación se vaya a conseguir un cambio de tendencia social...

—Pero todo ayuda, tío... No podemos resignarnos...

—Tienes razón.

—¿Irás a la fiesta?

—¿Qué fiesta?

—A la Fiesta con mayúscula, a la única Fiesta, la mejor fiesta del mundo...

—Aún no lo sé —dije—. Me tengo que ir, que he quedado... Gracias por todo...

—Tómame una raya, tío, que invito yo...

—Solo las tomo cuando tengo que ver a mi exmujer...

El chico me dio una palmada en la espalda.

—Ja, ja, qué cabrón eres...

Pero si llego a saber que al pisar la calle iba a encontrarme con Sara Lagos habría aceptado seguramente la invitación del artista (o lo que fuera).

—¡Escritor! —oí con suma extrañeza—. ¡Escritor!

Me di la vuelta con la esperanza de que aquella voz femenina tan agradable fuera la de alguna exnovia o amiga irónica con la que poder tomarme una copa y flirtear. Pero era ella moviendo la mano izquierda para llamar mi atención. El miedo o la prudencia —si no son la misma cosa— me paralizaron.

—Hola —dije, y no sé si conseguí fruncir el ceño para mostrarle mi animadversión: estaba muy nervioso.

—Tranquilo. Vengo en son de paz. Quería pedirte perdón y agradecerte el gesto que tuviste... Estoy abochornada por lo que pasó hace dos meses...

Llevaba en la mochila mercancía y dinero, y por un momento pensé que sus disculpas, tan distintas de las acusaciones con que se había acercado a mí en ocasiones precedentes, eran la señal de una victoria en la que yo iba a ser el derrotado, como si invitarme a tomar una cerveza fuera como el cigarrillo con que el verdugo alivia a su víctima antes de ahorcarla.

Pero no sacó las esposas ni el revólver, ni siquiera la placa de policía, el símbolo de su orgullo profesional, cuando entramos en aquella cafetería de aspecto antañón, con butacones de cuero, mesas bajas de madera, y una clientela de ancianos trajeados y señoras con abrigo de visón, gentes de orden, tradicionales, como le gustaban a ella. Los camareros llevaban pajarita, y eran silenciosos, algo extraño en nuestra ciudad, o eso me pareció nada más tomar asiento, pero me equivoqué.

—¿Qué va a ser, señores?

—No sé por qué tiene que gritarnos al oído —le dije al camarero para liberar los nervios.

—Perdóneme, señor.

—No me feudalice —liberé más tensión—. No soy ningún señor.

—Perdón, señor.

—¡Y dale!

—Las normas no las pongo yo, señor, sino mi jefe.

Sara sonrió.

Me contó que había tenido graves conflictos personales y familiares que no había asumido bien, incluso algún problema relacionado con una medicación que multiplicaba los efectos del alcohol sin ella saberlo, medicación que ya no tomaba, y que todo esto le había llevado a juzgar mal a muchas personas, entre ellas a mí, y a medida que hablaba para convencerme de su cambio llegué a la conclusión de que por haberla visto borracha perdida, en situación humillante, maltratada de palabra y gesto por quien fuera su marido meses atrás, me había salvado de su persecución.

—Reconozco que fui muy agresiva e injusta contigo... Me gustaría que aceptaras mis disculpas y me perdonaras...

—Te perdono.

El camarero dejó su café y mi cerveza en la mesa.

—Señora —dijo—. Señor —añadió.

Reparé en lo guapa que era, y no porque no lo hubiera notado antes, sino porque su cambio de actitud permitió completar el descubrimiento: por fin podía contemplarla sin excesiva tensión, con toda la libertad de una mirada ya no tamizada por el efecto de sus agresiones verbales. Acostumbrado a desconfiar de casi todos por mor de mi trabajo, su semblante verdaderamente se mostraba sin manchas ni sombras, aparecía limpio, creíble. Tal vez la ruptura de su matrimonio actuaba como una suerte de euforizante químico poderoso, tal vez mi debilidad personal, la soledad sentimental, la nefanda evolución de mi gato —muy enfermito ya, el pobre, con una cabeza enorme y roja como una sandía abierta—, la perplejidad en que me había sumido la injusta muerte de mi cliente, el hijo del juez, y el inmediato encarcelamiento de Martínez-Rodríguez, tal vez todo eso me hacía vislumbrar en su amabilidad algo de esperanza, una luz al final del túnel, pero tampoco ignoraba que debía desconfiar, me lo repetía para no olvidar los peligros de mi profesión clandestina y así no fabular en exceso por culpa de su aparente contrición. Y, desde luego, una cosa es que quisiera disculparse conmigo y agradecerme cómo la defendí de su maleducado marido, y otra muy distinta que elogiara mi última novela.

—¿Te burlas de mí?

—Para nada... Me gustó muchísimo... Es exagerada en ocasiones, pero las más de las veces me hace sonreír. La estoy releendo.

Si el recelo era consecuencia de mi condición de camello, el rechazo del elogio era un escudo que aparecía por ser un novelista con años de experiencia. El elogio es un arma de destrucción masiva de escritores, y pocas veces uno debe tomarse en serio los halagos estentóreos. Ciertamente que Sara no era una aspirante a novelista ni poetisa, ni editora ni periodista cultural; cierto que no quería que leyera su manuscrito, no venía con un poemario o una novela o un ensayo sobre narrativa bajo el brazo, ni tampoco deseaba regatearme un anticipo, ella era una comisaria de policía en cese temporal, así que en teoría no tenía nada que temer, nada al menos relacionado con lo literario o lo editorial, pero tal vez sí debía averiguar qué había detrás de un cambio de actitud que se me antojó poco verosímil al trazar mentalmente, con el poco o mucho talento narrativo que me ha dado la naturaleza, el relato de los acontecimientos que nos habían llevado hasta aquella mesa.

—No me creo nada —dije, levantándome—. No encaja.

—¿El qué?

—Tu actitud... Esta coincidencia.

El miedo, en ocasiones, actúa y se mueve como el agua, y si no eres capaz de contenerlo, moja a quienes tienes cerca y, claro, lo notan.

—¿Por qué estás tan nervioso? Siéntate, por favor.

—Simplemente no me lo creo.

Agarré la mochila con todo el aplomo del que fui capaz y desaparecí.

Tiempo después, cuando intimamos más, quise pensar que mi comportamiento de aquel día, ese rechazo del elogio, agradó mucho a Sara, como si hubiera encontrado en mí un rasgo que le hubiera gustado que fuera propio de su exmarido, Esteban... Quise creer que su enamoramiento comenzó entonces, aunque mi análisis de novelista elaboró también espontáneamente una teoría quizá más verosímil, pero igualmente errática y perniciosa para mi futuro en libertad. Creo que le empecé a atraer —aunque solo fuera un poco— cuando días más tarde coincidimos en la inmensa clínica veterinaria. Ella y Esteban estaban acobardados ante la llamada de la veterinaria, que les había recomendado repetir una analítica, y entonces Sara vio a mi gato enfermo y comprobó mi entereza al lado de mi exmujer, mucho más abatida que yo. Lo que Sara no sabía es que había tomado de mi propia mercancía, como siempre en estas ocasiones, para mantener el ánimo alto. Así lograba amparar a mi mascota con un entusiasmo químico, así no discutía con mi depresiva y maligna exmujer, quien fuera una candorosa joven convertida

años después en una bruja que amenazaba con denunciarme por narcotráfico cada vez que discutíamos y cuyo silencio compraba yo a un precio en fajos de billetes que depositaba en su buzón el último día de cada mes. El estrés para mí, que me jugaba la libertad para ganarme la vida; la comodidad para ella, que recibía mi pensión en un dinero negro que yo debía hacerle llegar todos los meses presentándome en su casa —la que una vez fue nuestro hogar— de esa zona del barrio de Tetuán que se confunde con Chamartín, cerca del estadio Santiago Bernabéu.

Hoy, cuando recuerdo aquella nueva coincidencia en el hospital veterinario, la rabia me toca muy dentro, porque debo reconocer que aquella manera pretendidamente heroica de jugar con Pichi sentado en el suelo fue una exhibición de coqueteo indigno de los sentimientos que albergaba hacia ese felino inteligente y moribundo al que tanta gente despreciaba. Ahora soy consciente de que estuve haciendo un teatro dirigido a Sara Lagos, que quise competir con su exmarido, separarlo aún más de ella, ganarle la partida de hombre duro pero abnegado, capaz de sobreponerse a la tragedia de una mascota deforme y sin porvenir. Sabía que su relación personal ya solo se mantenía gracias a su hijo, y hasta eso quise romper.

Mi circo fue a más cuando me supe observado por ella —qué guapa era, por Dios—, y lo alimenté con nuevas visitas al cuarto de baño. Si no me llegan a convocar por la megafonía, mi hiperactividad habría despertado sus sospechas o, tal vez, las de su exmarido, más perspicaz que ella para estos asuntos de los estupefacientes. Pero él permanecía cabizbajo, y yo pretendía su derrota. Allí estaba teniendo lugar un combate que conocíamos ambos, y en el que Sara hacía las veces de involuntario árbitro y voluntario premio. Ella tenía el poder de dar o quitar la victoria, y me la estaba concediendo a mí, dándose a través de la sonrisa como galardón. Mi sombra triunfante crecía proyectándose sobre el abatido Esteban, cada vez más encogido y oculto en una esquina de la sala de espera, indolente e inhábil para jugar con su perro, al que yo di de comer un poco de jamón de york.

Mi exmujer y yo entramos en la consulta de la veterinaria con nuestro gato sereno, casi la última vez que vi su rostro con ese gesto que tanta paz me regalaba. Porque horas después entró en el quirófano lleno de terror, quieto, con ese instinto de los animales para detectar el peligro —como una res en el matadero—, y es difícil describir la impotencia que sentí cuando me lo devolvieron frío y pequeño.

Cadáver.

Casi nadie entendía mi dolor ante la muerte de mi gato. La desesperanza de mi situación se hacía más obvia cuando mis clientes me preguntaban qué me pasaba y yo les contaba lo sucedido y, todo lo más, me daban palmadas en la espalda —algunos con un lejano, disimulado pero perceptible, deje de burla—; entonces comprendía que mi soledad era absoluta, porque el dolor es necesariamente una emoción solitaria; solo la alegría se puede compartir o solo la alegría se recibe como regalo; el dolor se rechaza, provoca la huida de quien lo percibe en el otro, en especial si la causa del dolor se antoja extravagante. Y con la amable —y hasta afectuosa— tarjeta de condolencias que me envió Sara Lagos me pareció que solo tendría que dar un paso al frente para terminar del todo con el estorbo de su exmarido —los rescoldos de una relación sentimental son peligrosos, pueden volver a arder— y hacerme con el premio que ella representaba. ¿No es repulsivo pensar que ni siquiera la muerte de un ser querido nos aleja de nuestros peores impulsos afectivos? ¿De nuestros voraces instintos sexuales?

Pero estaba demasiado hundido para acercarme a Sara todo lo que mi cuerpo deseaba, no podía más que sentir pena de mí mismo. Además, me preocupaba la reacción de mi exmujer ante la muerte de Pichi: había enloquecido y quería perseguir judicialmente a los cirujanos que nos lo habían devuelto cadáver. Me aterraba pensar que pudiera estropear mi vida y la suya de igual manera que Martínez-Rodríguez se había fraguado su desgracia al mandar escarmentar a un ingenuo chaval, ingenuo aunque tarambana, por una gamberrada juvenil.

Para paliar mi mala situación anímica —mis temores, mis dudas— consumía diariamente, y actuaba como tantos jóvenes camellos con escaso futuro profesional: el dinero apenas me duraba un par de días en el bolsillo, a veces ni siquiera llegaba al bolsillo; lo gastaba en cuanto lo recibía de mis clientes, como si no tenerlo pudiera ser una salvaguarda ante una captura policial. En una ocasión entré en el Ritz y alquilé una habitación por una noche, pero enseguida me cansé de estar tumbado en la cama viendo la televisión, así que me duché y salí para no volver. En otra ocasión compré un iPad para consultar la dirección de un restaurante en Google Earth y, en un ataque de paranoia, con la sospecha de que podía estar siendo localizado vía satélite por no sé qué oscura agencia policial —Interpol, tal vez—, lo arrojé a un contenedor de basura. Otra vez vi a un mendigo y le metí quinientos euros en el bolsillo (esto lo recuerdo con mucho agrado: la expresión de su rostro

permanece en mi memoria), porque creía que una mujer con traje de chaqueta gris y larga coleta negra me estaba persiguiendo.

Adelgacé diez kilos y quienes me conocían lo atribuyeron a mis problemas con Marisa o a la muerte de mi mascota —y añadían que mi duelo era excesivo—, y esto me afectaba, por supuesto, pero la delgadez era consecuencia estricta del consumo cada vez mayor de mi mercancía, que me quitaba el hambre y sostenía mi cuerpo en una hiperactividad también adelgazante. Me asomaba a la ventana y creía ver peligrosos perseguidores en todos los peatones. De hecho, la paranoia tenía un asiento racional en la realidad: al fin y al cabo, mi principal protector, Martínez-Rodríguez, estaba encarcelado —su imperio, en vías de liquidación por traspaso o derrumbe—; mi exmujer, desquiciada, y Sara Lagos aparecía en mi vida con agradable pero poco fiable frecuencia. Toqué fondo una noche en que la arritmia se hizo tan alarmante como las figuras humanas que, apostadas frente a mi casa, imitaban sin saberlo a los detectives que tantos quebraderos de cabeza daban al protagonista de mi problemática novela. Busqué en el botiquín un ansiolítico o un somnífero con el que atemperar no solo el desbocamiento cardiaco sino la alucinación, pero no encontré más que esparadrapo y aspirinas caducadas. El calor atacaba mis sienes con golpes de martillo. Salí del piso y bajé las escaleras con el corazón disparado, como si huyera de un incendio. Entré en un bar repleto de escudos del Real Madrid —qué omnipresencia, pensé—, pedí una copa y me situé al fondo, cara a la puerta. Leía el periódico, intentaba concentrarme en las noticias sobre el debate del estado de la nación de inminente celebración o en la última noticia cultural —la que fuera—, pero cualquier peatón que franqueara la entrada me provocaba un sobresalto hasta que poco a poco la ginebra me templó los nervios. Leí entonces una noticia esquinada en la que se daba cuenta de un suceso ocurrido en la cárcel de Soto del Real: un preso había sido encontrado muerto en su celda tras aparente suicidio. Asociaciones de familiares de presos denunciaban la inseguridad de las cárceles españolas. Pensé en Martínez-Rodríguez y tuve la desagradable intuición de que su cautiverio iba a poner a prueba sus nervios, y que no pasarían la prueba, que para una persona de su edad, que había dado ya muestras de un deterioro físico y mental galopante, estar tanto tiempo encerrado tenía que ser un trance capaz de quebrantar, además de su cuerpo, su personalidad, y ya durante mi última visita a la cárcel le había visto diferente, incluso soltaba latiguillos en jerga colombiana de vez en cuando, como si ese rencor que permanecía en el envés de su carácter, esa zona íntima forjada en la miseria de los arrabales de Medellín, pudiera

terminar dominando el conjunto de su persona cuando menos convenía. Sospeché que la muerte de la que hablaba el periódico era obra suya. Lamenté, además, haberle dejado mis novelas, pues tuve la corazonada —me lo dijo el sentido común— de que él, tan poco acostumbrado a la ficción literaria, se identificaría con uno o dos personajes y se sentiría ofendido, y esto me traería más desgracias que alegrías. Por fin, la copa completó su efecto y pude regresar a casa. No, en la calle no había un grupo de detectives oligofrénicos esperándome, como había temido, pero sí me acompañó ya la incómoda y acertada sensación de que la ira de Martínez-Rodríguez tarde o temprano se volvería contra mí.

Por fortuna, la compraventa en el poblado de chabolas funcionaba sin cambios: yo pagaba y ellos, mis vendedores, depositaban la mercancía en el doble fondo del maletero que dejaba abierto. Arrancaba y rezaba para que la policía, que a veces cercaba el poblado, no me parara. Sabía que nunca ocurría, estaban comprados, pero los policías eran policías y los gitanos, gitanos, y no me podía fiar ni de los unos ni de los otros ahora que Martínez-Rodríguez estaba preso y cada vez más alterado. Alguna vez mis vendedores me ofrecieron la posibilidad de dejarme la mercancía en casa o en una discoteca de la periferia, pero no quería que se enteraran de dónde vivía y las discotecas de los polígonos industriales me resultaban sospechosas, tal vez sin mucho fundamento. Prefería ir al poblado y confiar en que la policía cumpliera con su habitual función de vigilancia del buen funcionamiento del negocio. Pero nada me libraba de pasar un infierno una vez al mes, cuando se me agotaba la mercancía y debía ir a por más, previa llamada a un patriarca, quinqui, que no gitano, conocido como el Manduca, al que solo se podía localizar de cinco a ocho, los jueves, y de cuyos rasgos físicos solo conocía los ojos amarillentos y feos, de besugo, con los que me saludaba desde la mirilla de su chabola.

—Lo de siempre, Manduca.

—Pásate mañana, a las ocho.

Agarraba el coche y allí me iba. Me adentraba en un barrio de edificios altos de ladrillo sucio, probablemente los últimos que se habían levantado allí a finales de los años setenta, de protección oficial, luego dejaba atrás una zona nueva de chalés adosados, muy feos, verdes, imitación caricaturesca de las urbanizaciones marbellíes, producto típico del *boom* del ladrillo, y finalmente una procesión creciente de mendigos anoréxicos, los yonquis, me señalaba la



cercanía del poblado. Abandonaba la carretera y campo traviesa accedía a un desvío de guijo en el que a veces se interponían yonquis que mansamente se retiraban para dejar paso a mi coche tambaleante, un Mercedes rojo del año 1982. Aparcaba junto a una chabola hecha con tablones de madera gris y tejado de uralita. Un silbido desde alguna chabola de la calle principal del poblado, en la que chiquillos lenguaraces jugaban al fútbol o cantaban —pero eran los encargados de avisar si llegaban enemigos—, me indicaba en qué lugar debía depositar el dinero, a veces en un cubo de basura, otras en la bolsa de lona que un chucho callejero llevaba atada a la correa de su cuello —el perro iba dando tumbos, como drogado, pero a un grito de sus dueños huía con la velocidad de un galgo—, otras en el alféizar deforme de alguna chabola o en un simple agujero en la tierra, una suerte de letrina recién excavada, a tanto llegaban las precauciones desde la encarcelación del Vasco Abengózar. Al regresar al vehículo —luego de remontar la pendiente—, mi mercancía estaba en la parte trasera del coche, en el compartimento de la rueda de repuesto o en el doble fondo, las más de las veces. Nunca comprobaba su presencia. Me fiaba, porque me protegía el nombre del Vasco Abengózar, de quien al fin y al cabo el quinqui Manduca no era más que un empleado. Luego cruzaba el corazón del poblado con el coche renqueando, hasta que dejaba atrás las chabolas y cuesta arriba lograba llegar a la carretera general que desembocaba de nuevo en la autopista. La policía, si estaba presente, jamás me paraba, y si lo hacía nunca me obligaba a abrir el maletero. Con aquella operación me sacaba un salario mensual muy alto —tras deducir la cantidad de Marisa—, la mayoría del cual desperdiciaba, pese a que no había día en que no me repitiera que el dinero detentaba mucho más valor del que yo le concedía, que lo normal era tener dificultades para conseguirlo y llegar a fin de mes —para la mayoría de españoles así era—, y que debía ahorrar cierta cantidad porque, algún día, me percataría de que esa vida regalada era insostenible por más tiempo. Llegaban los lunes y me convertía en el escritor que siempre había deseado ser. Escribía trescientas palabras todos los días, daba igual si me dirigían hacia algún lugar o no, si me veía obligado a tirar los papeles a la basura o a prenderles fuego —y a veces, si había bebido, los dejaba caer por la ventana en el silencio de la noche—, pues lo hacía con la convicción de que solo así encontraría al personaje o personajes que, desde el marasmo de una prosa tozudamente antilírica, se presentaría ante mí para decirme: «Déjate de gilipolleces, chaval, yo zoy tu hombre. El perzonaje que eztáz buzcando y también el que te perzeguirá de por vida».

Y ese personaje siempre era el hijo del desaparecido Manzaneda, o, más que su hijo, su *alter ego* literario, que renacía en el papel y a veces me parecía verlo por la ventana, esperando para escribir en su cuaderno de notas algún apunte literario sobre mi vida o la suya. Dejaba entonces de escribir y bajaba a la calle para expulsar al hijo del millonario, pero estaba dentro de mí con toda la potencia de su rebeldía pertinaz. Me costó darme cuenta de que en realidad no era un personaje literario, sino ese tipo de remordimiento traicionero que ocupa un lugar que no le corresponde y se disfraza de obsesión literaria. «Usted mató a mi padre a martillazos», me decía en sueños y hasta en apariciones de la vigilia.

Daba igual el derrotero que tomara mi inspiración, daba igual que el tema fuera la ciencia ficción, lo policial o el puro humor negro, daba igual que yo me forzara a ir por una senda que excluiría en principio la presencia del chico, al final del segundo o tercer folio que rellenaba con letra manuscrita, en escritura casi automática, o en la pantalla del Mac, comiéndome letras y hasta alguna palabra en favor de una velocidad radicalmente inspiradora, irrumpía él como un personaje rebelde y tan poderoso que arrumbaba mi pretensión de mantenerlo fuera de mis ficciones. «Hola, zí. Aquí eztoy de nuevo, amigo».

Era evidente que alguna deuda tenía con el chico, tal vez no había comprendido su dolor.

Pero la vida seguía.

Y Sara Lagos consiguió un permiso del Ministerio del Interior para trabajar de monitora de defensa personal en un gimnasio de las afueras gracias a los tejemanejes de Martínez-Rodríguez. Se trataba de atender a mi petición de tenerla controlada y ocupada —el tiempo libre es venenoso— para que no indagara en mis asuntos en sus meses de excedencia. Tenía como alumnas a una docena de señoras de pelo cardado que se quitaban el abrigo de piel, los collares y el bolso, y aparecían en la colchoneta vestidas con chándales rosas o morados de Louis Vuitton. Técnicas de defensa personal, enseñaba Sara. Para defenderse ¿de quién? De nadie, porque aquellas señoras de pelo inflado y oxigenado nunca abandonaban su adinerado municipio —en el noroeste de Madrid—, por lo que jamás serían violadas ni atracadas, y si algún día algún perturbado o algún profesional intentaba hacerlo, lo conseguiría por mucho que ellas repitieran la zancadilla elemental —que Sara denominaba «técnica osotogari», para darle esplendor— a un asaltante ficticio que era la propia Sara actuando en cámara no lenta, sino lentísima. Pero ellas

disfrutaban de las clases, se reían, bromeaban y fantaseaban con aplicar las lecciones en el cuerpo cansado y barrigudo de sus maridos, la patada en la entrepierna, la llave inmovilizadora y, jajajaja, ¡o qué risa, la asfixia agarrando el cuello desde atrás, presionando la nuez (o la papada). A veces Sara iba con sus alumnas a tomar algo en la cafetería del gimnasio, un zumo o un batido de frutas carísimo, por lo general, o un simple vaso de agua mineral con burbujas, y allí ella deseaba tener otro tipo de alumnas, más jóvenes e inquietas, y algún hombre también, individuos que cuando supieran que era comisaria de policía le preguntaran por su trabajo con impaciencia. Eso sí que sería disfrutar, poder rememorar ante oídos atentos el trasiego de la comisaría, las pesquisas, los interrogatorios. El trabajo. La investigación de crímenes. Soñar una verdad, buscarla y encontrarla. Toparse con veinte o treinta piezas, hacer mentalmente el puzle con las que faltan y acertar, descubrir que esas piezas imaginadas completaban el puzle del crimen y proporcionaban la firma, hasta entonces invisible, del culpable. Sara había comprendido, como yo, que más que una sucesión, la realidad es un cúmulo de instantes o momentos y que solo los mejores narradores triunfan en ella sometiéndola al molde de lo sucesivo. Su oficio no era otra cosa que construir sobre la realidad, con los datos que de ella seleccionaba, a veces sin saber muy bien por qué, una historia que diera un sentido, o sea, un móvil y un culpable, a la producción de tal o cual acontecimiento criminal.

El dueño de aquel gimnasio era un cliente de Martínez-Rodríguez y también mío, cómo no, un cliente inconstante —me reclamaba muy de vez en cuando—, aunque generoso: siempre solicitaba cantidades enormes de mercancía para sus alocadas fiestas con lo más granado y corrompido de la sociedad capitalina. Me quitaba de una sola compraventa tanta cantidad de mercancía que a veces hasta me permitía darme unas vacaciones, no sin antes advertir a mis clientes más fieles y regulares que mi móvil permanecería apagado más tiempo del habitual.

Con sus mallas negras y sus deportivas plateadas, con el plumas también negro, Sara salió del gimnasio difuminando su nariz y sus mejillas con el humo blanco del aliento. Me oculté detrás de un coche. La seguí con la mirada. Y cuando vi que se había alejado lo suficiente me pregunté por qué narices me topaba con ella tan a menudo durante los últimos meses. No era tan iluso de engañarme y desconocer que de alguna manera, empujado por el peligroso deseo de volver a verla, había ido al gimnasio sabedor de que era

muy posible nuestro encuentro. Pero nunca olvidaba que era comisaria de policía, me lo repetía para no perder la tensión y reprimir las ganas de acercarme a ella, convencido de que el cerebro funciona como un GPS: hay que darle órdenes claras, verbalizarlas para que comprenda y actúe pese a lo que el instinto nos pida.

«Deja que se vaya», me dije.

Entré en el luminoso vestíbulo del gimnasio, multiplicándome en los espejos de las paredes, y la chica de recepción me dijo a modo de saludo:

—Arriba.

Al final de las escaleras, que subí muy despacio mirando hacia atrás, atravesé un pasillo de metacrilato desde el que se veía, abajo, una clase de aeróbic y llegué al despacho del fondo. Saludé al dueño del gimnasio, el jefe temporal de Sara, le di la mercancía, nos metimos un tiro kilométrico para probarla —a él no podía hacerle el mismo feo que a los clientes jovencitos—, me dio el dinero y charlamos un rato de zapatos y de política, esos temas que nos permitían solventar con diplomacia o cortesía la mera relación mercantil. Y al bajar las escaleras, sorpresa, vi a Sara Lagos en el vestíbulo hablando con la recepcionista:

—Pues no sé, pero se me tiene que haber caído aquí... Es que mi hijo me mata si se lo pierdo. Le prometí guardárselo...

—No te preocupes, Sara, nosotros te lo buscamos y lo guardamos.

—Hola —la saludé, animado por la química que acababa de tomar.

—Hola, qué casualidad...

—¿Qué ha pasado?

Repitió lo que yo ya había escuchado: que se le había perdido un cromo de su hijo, el imprescindible, el que completaría su colección, y mientras me lo explicaba, buscaba en el bolso, en los bolsillos del plumas negro, a su alrededor. Entonces me palpé la chaqueta y encontré una suerte de papel duro y plastificado que resultó ser la causa de su desvelo, el cromo de Cristiano Ronaldo. Con él había fabricado el canuto para que mi comprador probara la mercancía.

—Vaya, ¿dónde estaba?

—Ahí, en la escalera.

—¿Y quién lo ha enrollado así?

—No sé.

—Muchas gracias, me has salvado la vida... ¿Te puedo invitar a algo?

Dejé la mochila en el maletero del Mercedes rojo, y me fui con ella a tomar una caña en una cafetería de las que le gustaban a ella, con el mostrador

barnizado y olor a pino.

Volvíamos a hablar de asuntos ya conocidos y tratados que deberían haber servido para evitar que la conversación cayera en un territorio inadecuado para la cerveza cordial que pretendíamos tomar. Pero no fue así. Y, después de un silencio tenso, nos miramos y empezamos a reír igual que dos adolescentes nerviosos y coquetos.

—Mejor me voy —dijo ella, agachando la cabeza.

—No... —Le agarré de la muñeca—. Te invito a cenar.

—Quiero llevarle el cromo a mi hijo.

—Te contaré cómo asesiné a martillazos al millonario Peral.

—Eso no tiene gracia...

—Al millonario Peral, el de la novela, no a Manzaneda...

Tal vez no tuvo gracia, es cierto, pero fue lo que la convenció para aceptar mi invitación; había algo en su interior, una llama, que incendiaba su voluntad si le hablaba de mi posible implicación en la extraña evanescencia del millonario. De hecho, todo lo que ella hacía —lo supiera o no— estaba condicionado por ese fuego de potencia incalculable, que no era otra cosa que una pasión sin medida, imposible de extinguir, que abarcaba toda su actividad consciente e inconsciente.

Escogí un restaurante céntrico de comida casera pero sofisticada. Era un local de luz tenue y anaranjada, como de anuncio de turrón, muy acogedor, regentado por cuatro hermanos aragoneses que tenían una carta breve pero succulenta con platos de casi toda la península, incluido Portugal (y su cilantro difícil). Las mesas estaban muy cerca unas de otras y todo se oía por mor de una acústica indiscreta que barajaba las confidencias, entregándoselas a quienes no tenían por qué conocerlas. Era lo único malo del lugar, pero esto obligaba a la intimidad del susurro y la cercanía si no querías que los clientes de la mesa contigua se enteraran de tus penúltimas corrupciones sentimentales.

Existe el amor a primera vista, claro que sí, pero no en un sentido propio sino alegórico, se necesita algo más que una mirada para que prenda —una cena como aquella, tal vez—. Es un amor que contagia primero a las mentes, desplegando el espejismo realista de la mutua afinidad, y después a los cuerpos. Es la cercanía de carácter que ella y yo descubríamos y que transmitía al corazón un voltaje de potencia sexual que colaboraba en nuestro coqueteo. Me sentía otra vez muy bien acompañado por ella, muy querido

pese a que no éramos nada el uno para el otro; todo lo más, viejos enemigos compartiendo una botella de Rioja. Quería saber quién era y con la segunda botella empecé a lograrlo, porque el vino la hacía reír a carcajadas. Se mostraba muy relajada y yo me sentía lo que nunca había sido: un conquistador. Quería saber por qué había optado por oponerse a la escala ejecutiva de la Policía Nacional nada más terminar tercero de Derecho, por qué le gustaban los árboles y las comisarías, por qué creía que el norte de España era más recomendable que el sur y que el este (el oeste ni lo veía), por qué consideraba que un ladrón merecía que ella lo metiera en la cárcel y por qué se había casado con su exmarido, ese tipo tan nervioso, por qué defendía con tanto ahínco un orden de cosas —de privilegios y humillaciones— en el que yo, como buen profesional de lo mío, no podía creer, quería saber de dónde eran sus padres (él santanderino, ella donostiarra, lo supe), dónde pasaba los veranos durante la infancia (Santoña y Zarauz), cuántos novios había tenido (una docena o más), cómo besaba, cómo abrazaba, cómo acariciaba, cómo aceptaba el cuerpo del amante que yo me proponía ser para ella. Vaciamos la última botella de Rioja y nuestras carcajadas rompieron los susurros y llamaron la atención del resto de comensales. Esa curiosidad extrema nacía de una necesidad de amarla sobre una cama, es decir, de hacerle el amor rápida o lentamente, recorrer su cuerpo con mi boca de vampiro capaz de demorar el placer de la sangre por el placer de la carne. Una necesidad de amarla como lo hice aquella noche.

A veces ocurre que alguien encuentra en el mundo a la persona adecuada con la que formar una pareja, pocas, muy pocas veces, y ese alguien era yo, ambos, porque Sara también me había encontrado a mí, y no solo nuestros cerebros funcionaban bien sino también nuestros cuerpos; uniéndose con ardor, incendiando la cama con su movimiento a veces imprevisible.

—Así que ¿es aquí donde trabajas y vives? —Y ella revisaba la casa: el salón desordenado, la cocinita funcional, el cuarto de baño exageradamente grande, con *jacuzzi*, el escritorio de mi habitación copado por el ordenador, la impresora y los papeles retachados.

Tuve que inventarme una biografía de heredero que no cuadraba con quien realmente era para justificar ese apartamento —en pleno corazón de un barrio de clase media— y mi coche —el viejo pero remozado e impecable Mercedes rojo que sacaba en todas mis novelas y que luego me traería problemas—, y me sorprendió que hubiera sido tan osado la noche anterior de acostarme con una comisaria de policía —menudo cargo— sin preocuparme de pergeñar siquiera una narración convencional, más o menos creíble, para

solventar las previsibles dudas que a ella le atacarían al despertar, en el momento de las confidencias; esas preguntas que, de nuevo, invadían el espacio lanzadas desde su boca reluciente y a veces mal intencionada.

—¿Y se gana tanto como novelista?

—Nada, pero yo trafico con sustancias ilegales.

Y se rio de esa manera loca propia de aquella mañana loca, y me doy cuenta de que la confianza amorosa que tuvimos en aquel momento fue determinante para que aquella confesión jugara a mi favor, me diera más aire cuando poco a poco mi biografía podía haberse cerrado en torno a mi cuello como una soga. Porque aquellos días fueron como arrojarse por un precipicio por el puro placer de hacerlo, sin saber si al final del vuelo esperaba un suelo de guijarros o una cama elástica desde la que volver a saltar.

(Esperaban los guijarros).

Nos sentíamos como niños consentidos que se adentraban en el casino de Torrelodones para perder en una sola noche cientos de euros en la ruleta (sin que ella hiciera el recuento de la pérdida, sin que probablemente se enterara de todo lo que habíamos derrochado, claro, pues todo había salido de mi bolsillo). Solo nos orientaba el afán de estar y permanecer juntos con la alegría que nos contagiábamos, a ser posible en una bañera de agua caliente que se derramaba sobre los caros baldosines con nuestra pelea. Pero yo descubría en ella algo que no terminaba de gustarme, y era ese apego a su profesión. Una suerte de anomalía genética le hacía volcar su sentimiento maternal hacia el cuidado de la sociedad en su conjunto —de su hijo casi no hablaba— mediante un afán enfermizo de encarcelar a quienes conculcaban sus normas. Tenía los vicios de una profesión que exige requisitos de carácter: anteponer el cumplimiento de la ley al cuidado del débil, el gusto por la persecución como juego, la necesidad de ayudar a los demás a través de la autoridad, cuando no la violencia, una querencia reprimida —a veces, no tanto— por el alcohol.

Y yo seguía conculcando la norma básica del traficante, consumiendo mi propio producto, apenas dormía, y me pasaba las horas alerta, preocupado por lo que Sara pudiera descubrir, y mi pecho palpitaba a una velocidad ruidosa que, sin embargo, ignoraba su ceguera (o sordera) voluntaria. Lo que en ella era euforia natural en mí también lo era, pero poco a poco se transformó en histeria tóxica, o al menos yo no sabría distinguir qué procedía de lo que su

presencia me regalaba y qué de lo que los espejos rayados me proporcionaban.

Y, para colmo, perdía clientes. Cada vez me resultaba más difícil colocar mercancía. Clientes de aquí y de allá iban pidiéndome menos de todo o se volvían ilocalizables. Estaba marcado por el rencor exagerado de Abengózar, rencor de quien se obsesiona con la búsqueda de un culpable para su perdición carcelaria y lo encuentra en el inocente autor de unas novelas más o menos autobiográficas en las que, vanidoso como él era, se veía reflejado, rencor que yo había augurado y temido y se cumplía para mi desgracia, y tenía la prueba en el miedo cada vez mayor con que me recibían los clientes, lo que incrementaba mi sensación de vida al borde del abismo. A veces, incluso, me descubría mascullando el apodo de Señor Abismo, como si Abengózar, o Martínez-Rodríguez, no tuviera ya suficientes alias y, sobre todo, como si el hecho de ponerle las palabras que mejor definían mis temores colaborara en una serenidad prácticamente inviable.

—¿Quién es el Señor Abismo?

—El abismo eres tú, Sara, que me vuelves loco perdido.

Ella se reía.

Y yo la perseguía por la casa como si fuera una niña que jugara al escondite, pero era una mujer muy sensual, de acusadas y embriagadoras curvas. Hasta que la atrapaba detrás de la puerta del baño o bajo la mesa del salón y, después de hacerle cosquillas, terminábamos haciendo el amor como adolescentes, para desfallecer como ancianos sobre la cama con un agónico y placentero estertor que nos proporcionaba un remate lento y fugitivo para nuestro recorrido simbólico por las tres edades del hombre.

Solo el recuerdo de mi gato, mi ataque de melancolía paralizante, interrumpía el vértigo de la relación cuando ella me preguntaba si no era excesiva la acumulación de fotos del felino en la estantería del vestíbulo. Mi dolor era una demostración de sensibilidad inadecuada en un mundo tan despreciativo con los animales, me decía Sara, incluso mis ataques de tristeza o estupor hacían que ella, en ocasiones, hablara de su perro maltés y de su hijo, sobre todo de su hijo, que había quedado al cuidado de su padre.

—Tonterías, Sara, tú lo tratas con cariño, como yo a Pichi...

Y mi comentario, lejos de servirle de consuelo, empeoraba su ánimo, se enfadaba conmigo, mencionaba con ira que en nada se parecía un niño a un gato, y decía «gato» casi con desprecio, con el mismo desprecio que el resto del mundo. Hasta que me veía retroceder dolido, y entonces recordaba que Pichi acababa de morir, y lo apegado que estaba a él.



—Lo siento... —se disculpaba—. Pero no puede ser... No puedes tratar a un felino como a un hijo...

—Tenía ojos, boca, nariz y sistema nervioso como tú y como yo... Y no puedo reprimir el afecto por mucho que nadie me comprenda.

—Yo sí trato de comprenderte.

—Tengo mis dudas.

Y otra vez mis palabras la enfurecían, pero terminábamos de la mano, sonriendo, repitiendo disculpas, aunque había algo en ella que me producía desconfianza, como si reprimiera las ganas de decir lo que realmente pensaba o, incluso, como si estuviera a mi lado por un motivo espurio, más allá de la pura atracción personal.

Y mis pasos estaban marcados por un recelo extremo, puesto que el Vasco ya no quería recibirme en la cárcel, y eso solo podía significar que su enfado y mi desprotección eran mayúsculos. No podía moverme sin mirar hacia los lados o hacia atrás, sin desconfiar de quien se cruzaba conmigo con actitud despistada o tensa: la misma normalidad, cuando duraba demasiado, me ponía en guardia. Un día llegué al piso del artista plástico y me di cuenta de que el chico estaba envarado, nada que ver con la despreocupación con que solía recibirme para hacerse el bohemio y con la que le gustaba pasear y presumir por su ático de techos altos y paredes pintarrajeadas.

—No puedo abrirte, lo siento —me dijo con la puerta entornada.

—¿Por qué? Me puedes pagar con una de tus obras.

—No puedo, de verdad... Creo que ni siquiera iré a la fiesta.

—¿Qué fiesta?

—La Fiesta con mayúscula... La única Fiesta... Dice mi padre que será peligrosa...

Y cerró.

Comprendí que el Vasco Abengózar me había destituido como camello, y asustando a mis clientes me comunicaba que lo mejor era que diera por terminada mi carrera en el negocio. Ese era el castigo que había decidido infligirme por algunas indiscreciones de mis textos, el de quitarme la única profesión que era capaz de desempeñar, porque a cierta edad uno ya no puede reciclarse ni volver a empezar. Supe también, porque tenía muy presentes las palabras de mi madre —«A veces se pone insoportable»—, que sería muy difícil hacerle cambiar de opinión. Algunos días después confirmé mi mala situación cuando la persona que no quiso recibirme fue el propio Manduca,

mi proveedor habitual, cuya puerta de hojalata —la primera pieza de un blindaje que yo me figuraba espectacular y sucesivo, como un castillo de naipes— encontré sellada con un silencio que casi me saca de mis casillas.

—Al menos responde. —Golpeé la puerta por última vez, reprimiendo las ganas de insultarle.

Pero el silencio siguió allí, rodeándome con la elocuencia de un despido laboral por la vía de los hechos. El Vasco Abengózar había hablado y ese silencio era el aliento de su orden, de su despectiva decisión de vengarse de mí —en tanto autor de unas novelas que, presuntamente, delataban sus negocios turbios más espectaculares— dejándome sin profesión con casi cuarenta años cumplidos. Unos perros tristes, de los que emplean los gitanos para peleas, flacos, pecosos y sin alma, con cicatrices en hocico, piernas y lomo, salieron detrás de mí y empecé a andar más rápido, casi a correr, para huir sorteando sin mucha pericia charcos, piedras y matorrales mientras me olisqueaban, saltando sobre mí sin agresividad pero con insistencia. Aquel poblado chabolista ya jamás me daría de comer, me dije mientras ascendía la colina en cuya cima se encontraba mi coche atacado por el sol y rodeado de maleza. Tropecé y caí sobre un cardo muy verde, rasgándome la mejilla derecha, y escuché unos ladridos que se alejaban. Alguien, una voz de gitano aguda, me había salvado de los mordiscos.

—Ya está, volved aquí.

Por si aún no había captado el mensaje, las cuatro ruedas del coche estaban pinchadas. La carrocería no se podía tocar, de tan caliente, como si el vehículo hubiera pasado una temporada en el infierno. Telefoneé a la compañía de seguros para que enviaran una grúa, y mientras esperaba su llegada dentro del coche, bañándome en el sudor que me producía no tanto el calor como la hostilidad con que había sido despachado, una hostilidad nueva para mí, muy dolorosa, sonreí como si el buen humor de la resignación me aliviara cuando más evidente era la inminencia del abismo al que Martínez-Rodríguez me quería empujar, olvidando que mi madre le ayudó muchísimo en los tiempos en que no era más que un muerto de hambre.

En otro momento habría abandonado el coche y me hubiera ido en taxi. Ganaba suficiente para permitirme dispendios cada cierto tiempo, pero a mi viejo Mercedes le tenía especial cariño y, sobre todo, acababa de presenciar mi propia caída en desgracia y supe asumir, con ese buen humor inusitado, que inauguraba una etapa en la que no podría derrochar así porque sí. De un día para otro mi mundo había cambiado y me encontraba en un estado de necesidad aún larvado, pero de gran potencia, que mostraría toda su crueldad

en breve si no modificaba mis hábitos de vida. El mensaje del Vasco Abengózar era clarísimo: «Estás fuera del negocio, chaval».

Entonces, la luna delantera del coche estalló sin hacer ruido llenándome el regazo de cristales que brillaron como cuchillos, y luego las ventanas laterales desaparecieron con el mismo sigilo sibilante y hube de agacharme para que no me alcanzaran las piedras y perdigones con que aquella turbamulta de chiquillos me atacó.

«Nunca hago el *striptease* literario como es debido... —me dije entonces, con la cabeza entre las piernas—. Tiene que ser a la inversa, lo avisa Vargas Llosa... Partes de tu vida personal, sí, comienzas desnudo, pero luego te vas vistiendo, disfrazando, mintiendo, vas poniendo capas, hasta que ni tú te reconoces... He fallado... —Y más cristales caían sobre mí—. Te pones capas como las cebollas y te conviertes en un verdadero personaje de novela, no en tu propia encarnación narrativa y delatora...».

Cesó el bombardeo. Permanecí encogido, las manos protegiendo la nuca, y tras una eternidad, seguramente solo uno o dos minutos, a lo mejor diez segundos o menos, se produjo un vaivén muy suave del coche y ascendió por mi columna vertebral una fila de hormigas y el vello de mis antebrazos se transformó en un muestrario de alfileres cuando me figuré que varias manos estaban aupando el vehículo para lanzarlo cuesta abajo, lo que me haría desembocar en la autopista aledaña y ser arrollado por el tráfico veloz. Alcé la mirada dispuesto a terminar con aquella locura —mi vida corría peligro— y descubrí que mi imaginación había exagerado: nadie alzaba el coche, el vaivén lo producía un individuo que intentaba abrir a tirones la puerta del copiloto.

—Salga del coche, por favor.

Aquella voz masculina y grave me tranquilizó el tiempo que tardé en aceptar que no era el mecánico del seguro, sino un policía nacional uniformado. Uno de aquellos agentes que jamás me había molestado cuando salía del poblado con mi cargamento en el doble fondo del maletero, uno de esos tipos cuyo uniforme servía para cubrir las operaciones del Vasco Abengózar en aquel centro comercial autorizado para operar fuera de la ley. Me sacó del coche tirándome del pelo tan fuerte que, al arrancarme un mechón, cayó hacia atrás sobre el matorral de cardos. Algunos chavales entonces lanzaron más piedras contra la carrocería abollada y él, confuso y arenoso, sacó el revólver e hizo el ademán de disparar.

—¡Largo de aquí! ¡Largo!

Luego me obligó a apoyar manos y cabeza contra la ruina del coche caliente, me separó a patadas las piernas y me cacheó.

—Ya he captado el mensaje. Esto es excesivo.

—Abre el maletero, cretino.

—Está abierto, no hay nada.

Me tiró al suelo —mi mejilla derecha contra las piedras— y me dio golpecitos con la porra en los riñones.

—Tú ya no volverás por aquí... ¿Entendido?

—Entendido.

—Así aprenderás a no publicar estupideces.

A lo lejos, temblorosa y como surgida del más allá, apareció la grúa salvadora.

Cualquiera que conozca mi mundo laboral sabe que las reglas de venganza y escarmiento son feroces e inmovibles, fruto de una sabiduría labrada en lustros de crueldad al servicio del negocio, y que se dirigen en primer lugar a la pareja, a los padres o a los hijos del infractor porque el miedo al sufrimiento de los seres queridos condiciona más el comportamiento que el riesgo personal. Y siempre se cumplen, porque en su cumplimiento indubitable estriba su demostrada eficacia. Y así, a los pocos días, en mi buzón apareció una foto de Sara Lagos cortada por la cabeza en un sobre con el sello de mi banco. Por qué mi banco, lo ignoro, tal vez por puro despiste de quien dejó la carta o por una contingencia producto de las prisas: no encontraron un envoltorio mejor. Puede que el sicario avisador eligiera de entre las posibilidades más cercanas el sobre que se le antojó más amenazante —y la confusión es, por naturaleza, amenazante—, con ese rojo agresivo coronado por el poderoso logotipo. ¿Acaso querían hacerme ver que detrás de aquella amenaza estaba también el poder financiero?

El cuerpo decapitado de Sara estaba pegado a un folio negro en el que se leía con palabras recortadas de periódicos: «Mantente al margen o ya sabes». Lo primero que pensé es en la escasa imaginación del sicario. Y me pregunté qué fue antes, si los avisos intimidatorios con letras de periódico o las películas con este tipo de avisos. ¿Se le ocurrió a un sicario y un director de cine lo imitó o fue al revés: la realidad copió al séptimo arte? Me guardé el mensaje en el bolsillo del pantalón cuando Sara se aproximó y se lo pregunté.

—Qué pregunta más rara. ¿Por qué te interesa?

—Por algo que estoy escribiendo.

—Cuando se denuncia en comisaría una amenaza escrita con letras de periódico ya sabemos que tenemos detrás a profesionales fríos y cumplidores. Las amenazas pasionales suelen hacerse chapucestamente: escritas con la mano mala, pero las amenazas profesionales, vinculadas por ejemplo al narcotráfico, se hacen con esta fórmula peliculera porque todo lo que remite a las películas es mucho más temible, enseguida pone en tu cerebro imágenes siniestras vistas en la pantalla... No hace falta explicar más. Pero tampoco sé qué fue antes.

—Ya.

Y debí de tragar mucha saliva —la nuez delatora—, porque ella me dijo que me notaba preocupado.

## 19

El matrimonio Peral dio alojamiento a nuestro hombre en el ático del hotelito, como denominaban a su chalé de cuatrocientos metros cuadrados pegado al parque del Retiro. Le proporcionaron todo lo que podía desear un escritor: dormitorio con cama matrimonial, salón con televisión y mueble bar, cocina con microondas, nevera y vitrocerámica, cuarto de baño con *jacuzzi* e hidromasaje y, lo más importante para ellos aunque no para él, despacho con escritorio y flexo. Lo primero que hizo al levantarse por la mañana fue tirar sobre el escritorio el contenido de su maletín: historiales médicos de pacientes dados de alta. Así imitaba el desorden en que solía hallarse la mesa de trabajo de su hermano. Luego se asomó a la ventana corriendo la cortina blanca — con escudos estampados del Madrid sin corona— y no halló ni un solo detective en la acera de enfrente. Los oligofrénicos se encontrarían en su calle como cada mañana, supuso, en espera de que saliera a desayunar, o tal vez frente al hospital para desesperación de su jefe. Que se fastidiara. Se tumbó a ver la televisión, satisfecho, y con el recuerdo de aquella frase tan manoseada de Groucho Marx: «Hijo mío, la felicidad está hecha de pequeñas cosas: un pequeño yate, una pequeña mansión, una pequeña fortuna...».

«Qué razón tenía», se dijo.

Los novelistas encontramos enorme alivio en nuestra vocación. Sabemos que cualquier problema personal puede ser reciclado tarde o temprano en un texto narrativo que, aunque no alcance altura artística de mérito, es capaz de convertir en provechosa hasta la peor tragedia biográfica. Y, entonces, qué faena pero qué bien poder transmitir en el papel esa sensación de la sangre en el paladar cuando perdimos dos dientes tras una caída fortuita de la moto o la bicicleta, o tras el puñetazo de un matón de la policía, qué bueno conocer esa irritación de los ojos cuando las lágrimas aparecieron con la grima de tocar la encía superior desnuda, desmontada por el golpe; formidable recordar ese desamparo ante la súbita impresión de haber adelantado la ancianidad por morde de la dentadura postiza que nos coloca el dentista risueño (y de mirada cruel). Y de alguna manera sabía que los días frenéticos que habían hilvanado mi ciclotimia con un vértigo estable de miedos y sospechas podrían servirme en el futuro para una novela —como me sirvieron mis vivencias con el desaparecido Manzaneda—, salvo que no tuviera futuro, salvo que mi futuro tuviera un recorrido tan escaso que ni siquiera pudiera escribir un cuento con todo ello (o como mucho, quién sabe, un simple microrrelato, esa encarnación literaria de la eyaculación precoz). A veces, cuando Sara ya estaba durmiendo, yo salía de la cama y deambulaba por el piso, frío y lúgubre a esas horas, en busca de mi gato, como si mis manos pudieran aún serenarme acariciando su pelo. Mi cerebro sabía que Pichi ya no estaba, pero las yemas de mis dedos aún necesitaban tocarlo en busca de un paliativo natural para mi angustia y por eso palpitaban sin fortuna. De sobra sabía que no hay nada más mentiroso que la nostalgia y que toda añoranza trae consigo la idealización de lo que jamás fue tan bello ni deseable, pero no podía evitar la impresión de que cuando aquel felino inteligente vivía, el mundo funcionaba mejor.

Le dije a Sara que necesitaba una semana en soledad para realizar un arduo y urgente encargo editorial y me fui a la playa, a un hotel de San Juan, para pasar allí el bajón y reorganizar mi vida laboral. Tenía que valorar el horizonte brumoso que se extendía ante mí y detallar minuciosamente un plan

para aclarar el camino, si tal cosa era posible, pero esos días en el Levante poco pude pensar pues me torturó la posibilidad de que las amenazas pudieran cumplirse con ella. Cada vez que sonaba mi teléfono me temía la mala noticia y no podía reprimir la risa cuando escuchaba la voz de Sara, ajena a mi preocupación.

—¿De qué te ríes ahora?

—Perdóname, Sara... Pienso que cualquier ser querido puede sufrir una desgracia... Le he cogido un miedo horrible a la vida, nena, un miedo que no te puedes ni imaginar, un miedo que se me escapa por todas partes... Un miedo no tanto a mi vida como a la vida de los demás, de la gente que quiero, a que se desintegren de un momento a otro sin aviso...

Y aunque ella me reñía por ese miedo —que se le antojaba irracional—, también me tranquilizaba con su timbre de voz tan especial, tan suave cuando se lo proponía. Era como si estuviera equipada para la vida que acontecía en el puro presente y al hablar lograra expulsar de golpe todo cuanto tuviera que ver con el tramposo pasado o el desafiante futuro. Pero si dinero llama a dinero, problemas llaman a problemas. Y a todo el que tiene le será dado, y tendrá en abundancia; pero al que no tiene, aun lo poco que tiene le será quitado —a mi madre le gustaba leerme la Biblia en voz alta—, así que su consuelo era un espejismo en mitad de una desolación que traería más desolación.

Ahí estaba, por ejemplo, mi exmujer: sus gritos me llegaban desde el teléfono móvil y casi podía sentir la humedad de sus esputos compitiendo con las salpicaduras del mar en la orilla donde mojaba mis pies.

El banco, al parecer, le acababa de informar de que no había podido hacer frente a la mensualidad del alquiler y caí en la cuenta de nuevo, perplejo, con la mirada buscando en el mar la inspiración, de que no era tan libre como para dejar de un día para otro mi trabajo por mucho que Abengózar se empeñara en ello con salvajes amenazas.

Un rayo se clavó en el horizonte como una aguja de luz y el mar, muy pronto, se encrespó azotado por la cortina de lluvia, como una metáfora de la realidad turbulenta a la que me dirigía.

Esa tarde llamé por teléfono todas las veces que hicieron falta hasta encontrar a un distribuidor que aún no se había enterado de las órdenes tajantes del Vasco Abengózar o bien no había querido enterarse, y en dos días tenía un nuevo cargamento que repartir por Madrid, de escasa calidad pero aceptable aspecto para salir del apuro económico sin generar demasiada indignación entre una clientela que ya no podía ser solo la habitual. Telefoneé



también a todos mis compradores y uno de ellos, un joven cineasta, me respondió con un ánimo tan alegre que lo tomé por un síntoma de que aún había espacio para el negocio:

—Precisamente dentro de nada es la Fiesta.

—¿Qué fiesta?

—La Fiesta con mayúscula, ¿cuál va a ser?

—¿Cuánto necesitas?

—Todo lo que tengas. Pero tendrás que llevarlo a la Fiesta, que han venido mis viejos de visita y no puedo salir de casa.

—Sin problema... ¿Quién irá a la Fiesta?

—Todo el mundo... ¿Por qué?

—No, por nada.

—Mañana te mando un mensaje y te doy la dirección y la contraseña para entrar... ¿Okey?

—Okey.

Di gracias a Dios por la dichosa Fiesta, pues me permitiría colocar gran parte del último género adquirido con un solo desplazamiento y en un entorno donde, a buen seguro, mi mercancía de mediana calidad sería mezclada con otro tipo de drogas que enmascararían su adulteración.

## 21

Nuestro hombre abrió los ojos, sobresaltado, justo cuando entraba en lo mejor de un sueño erótico con una huidiza mujer que no se dejaba acariciar del todo; que se insinuaba con un ceñido vestido negro y se alejaba de él cuando creía que iba a darle alcance. Los hombres desconfiados, y él lo era, tienen un sexto sentido que les avisa de cualquier contrariedad incluso dormidos. Ante sí tenía a la mujer de Peral, una inquietante jaca que desprendía un aroma a gintonic y a lápiz de labios, y que le miraba con una fijeza turbadora. Se le puso la carne de gallina, y ella sonrió, cariñosa.

—No te preocupes —le dijo, y al cubrirle con el edredón nórdico el roce de sus manos endureció aún más su deseo—. No te guardo rencor...

—¿Rencor, por qué?

—¿Ya no te acuerdas de mí...?

Entonces ella se llevó la mano a la frente y, poco a poco, con la mirada casi lujuriosa de quien se está desnudando, despegó de su cuero cabelludo la peluca que él había tomado por voluminosa y natural melena negra. Destapó un hermoso y brillante cráneo afeitado. Y sí, la recordó: fuera de su picadero lleno de alfombras nepalíes y música *chill out*, con aquella peluca y vestida con tanta elegancia, era otra persona.

—¿Y tu pelo rubio?

—Me lo quité después de que me abandonaras... Siempre que algún hijo de puta me la juega, me siento sucia y cambio de aspecto.

—Perdona, nunca quise soliviantar a los vecinos de tu apartamento...

—Estás perdonado.

—¿No le dirás a tu marido que me has visto durmiendo?

—Él sabe que los escritores no os ceñís a un horario convencional. Y por él, puedes dormir durante el día y trabajar por la noche... Lo que no sabe es que tú, en realidad, no eres quien dices ser... Y ese será nuestro secreto.

Se ruborizó, se colocó la peluca, se alisó el vestido y con un movimiento rápido dio media vuelta y salió de la habitación con un contoneo bello y sigiloso.

—Estás muy guapa —musitó nuestro hombre.  
Pero no supo si ella le había escuchado.

Cuando llegué a la Fiesta —en un conocido restaurante al que se llega tras recorrer una decena de kilómetros por la carretera de La Coruña—, tenía lugar un colosal corro de la patata en el que semidesnudos y enmascarados, hombres y mujeres, iban de un lado para otro siguiendo las órdenes caprichosas de una pareja de jóvenes embriagados —a tenor de arrumacos y besos que se prodigaban— que, subidos a una peana, movían los brazos ora para un lado ora para otro. Cuando cesó la música todos corrieron a sentarse en la silla que tenían más cerca, todos menos yo. El tapizado de las sillas Luis XVI estaba marcado por el sudor de aquellos adinerados individuos que, en carnes, resultaban poco agraciados: abundaban las grasas a manera de flotador, sobre todo en los hombres; los cuerpos de las mujeres tenían un aspecto más saludable, estaban más cuidados o mejor esculpidos, probablemente por el gimnasio. Pude alejarme unos metros para contemplar ese despilfarro de alegría y colocarme de nuevo el pantalón junto con otros eliminados, individuos con la mueca extraviada en la perplejidad, probablemente tomadores de alguno de esos estupefacientes posmodernos con nombres como sacados de *Star Wars* a los que mi generación llegó tarde o no llegó nunca (por fortuna). Las mujeres movían los pechos —algunos al aire— como si fueran hawaianas de película cuando el maestro de ceremonia, elevando la mirada hacia el techo como un sacerdote en un ritual, hizo temblar sus brazos más o menos obesos, más o menos musculosos, para empujar de la peana a su acompañante entre risotadas, y ella, que se dio un trastazo grande, solo dejó ver euforia al levantar el rostro del suelo, es más, se rio como una loca, retorciéndose en la moqueta roja. Allí estaban, según me dijo alguien, una voz misteriosa, todos los hijos de los poderosos de España, y tuve miedo de que eso incluyera también a abogados o clientes vinculados a Martínez-Rodríguez. Jugué desde mi rincón a averiguar por la morfología de los cuerpos el linaje de aquellos individuos. Ese, huevón y barrigudo, tal vez sea el hijo del presidente del Supremo; aquel, tan flaco, bien podría ser el hijo del presidente del banco tal... Con las mujeres era más difícil saber si se

trataba de hijas de próceres y prebostes o de novias de los jóvenes que allí reían, o quién sabe si prostitutas contratadas para la orgía. El caso es que alguien puso en mis manos un libro abierto —qué extraño, pensé— y no pude reprimir el gesto de olfatear sus páginas, como siempre hago. Pero ese individuo misterioso arrancó una hoja del libro y me la metió en la boca.

—Sin miedo, coño, que estamos en la Fiesta —dijo.

Y así rompí sin querer el principal requisito que debe cumplir todo profesional: no embriagarse en horas de trabajo, y al escupir el papel, volviéndome con ira para reprocharle su acción al agresivo intruso, él ya no estaba, e intuí que su gesto era más que una broma pesada. La intuición se convirtió en certeza cuando el calor golpeó, en oleadas verticales, todo mi cerebro y, aunque primero me resistí a aceptar que aquello pudiera estar pasándome a mí, pronto me convencí de que debía asumir la realidad y vivir conforme a sus nuevas e inesperadas exigencias, así que salí de la discoteca sin responder a no sé qué pregunta del antipático gorila de la puerta —qué tíos, se creen alguien, y son los esclavos más conformes que he conocido jamás—, salté la valla y detrás del pino más grande, percibiendo a mi espalda la circulación de la carretera de La Coruña como una serpiente de viento, forcé el vómito. No serviría de nada: la ponzoña impregnada en el papel secante de las páginas de aquel libro ya corría por mi sangre. Oculté la mercancía —una mochila repleta— bajo un pedrusco recio, en un hueco arcilloso repleto de orugas falsas (pues comprobé con la mano —tras unos segundos de duda— que eran producto de mi alucinación). Golpeado por otra sacudida de calor que casi me tira al suelo, cambié de opinión y volví a ponerme la mochila al hombro. El gorila hizo la pregunta de rigor para solicitar la contraseña:

—¿La noche te confunde, chaval?

—Infinita paciencia —respondí.

—Pasa.

Pero ya no me pareció altanero, antipático o peligroso, sino un amigo digno de confianza, así que intenté darle un abrazo, señal de que la sustancia comenzaba a hacer efecto.

—¿La noche te confunde o qué te pasa? —Me empujó.

—Infinita paciencia —repetí la contraseña.

—¡Que pases ya!

Me uní, nada más adentrarme en los fulgores disparatados de la discoteca, al corro, y no sé cuánto tiempo estuve jugando a las sillas, contribuyendo con la humedad de mi sudor a empapar el tapizado granate. Se había iniciado para

mí una aventura de final imprevisible, porque ya no era dueño de mi cerebro, sino que el cerebro estaba poseído por el simulacro de felicidad que me regalaba el psicotrópico que había ingerido sin querer. Fui descubriendo a más invitados, fui conociendo sus identidades porque la sustancia era solidaria con quienes también la habían tomado, hermanaba a sus consumidores con el abrazo íntimo de las confesiones.

—Soy primo del defensor del pueblo —le mentí a una chica muy risueña.

Pero al parecer ella sí era la primogénita de quien ocupaba tal cargo institucional, así que me alejé de su lado avergonzado, pidiendo disculpas más al suelo que a ella.

—Soy videoescultor —le dije a otra chica.

Así que me encerré con ella, muy guapa —o era yo, que la veía así—, en un cuarto del último piso y estuvimos hablando de no recuerdo qué hasta que nos interrumpió la risotada de un individuo que pidió perdón y cerró la puerta con gran estrépito. Pero su rostro me dejó helado. Se trataba de un letrado del Vasco Abengózar. Le pedí perdón a la chica y me fui. Por el camino mantuve la mirada fija en el avejentado parqué —sorteando libros con las páginas mordidas o arrancadas— para no ser descubierto, dejando que a mis costados las personas y las cosas pasaran de largo sin yo saber si eran amenazas o solo eso, personas y cosas.

Una pareja de pelirrojos —debían de llevar pelucas— se besaba con pasión bajo una mesa de mármol, momento que aproveché para robarles un sombrero cordobés de fiesta, una careta de gorila y un matasuegras. Así, enmascarado, llegué hasta el guardarropa pero cuando pedí mis prendas me dijeron que toda la ropa ya estaba en los coches, así me dijeron, «los coches», porque la juerga continuaba en otro lugar. En el exterior —iluminado y caldeado por estufas de jardín con forma de seta— estaban aparcados en hilera un buen número de relucientes Volkswagen Touran de todos los colores y fuimos entrando en ellos apenas vestidos por los disfraces o albornoces que nos habían proporcionado al acceder a la discoteca: azules los albornoces de los hombres, rosas los de las mujeres, o con togas romanas algo más decorosas quienes habían tenido la suerte de hacerse con alguna de las que había desperdigadas aquí y allá como sábanas abandonadas por distintos rincones del local. En cuanto me adentré en el coche, un tipo vino detrás y se sentó a mi lado cerrando la puerta para decirme con un susurro agresivo:

—Nosotros aquí y mira cómo está el país... No sé qué dirá de esto el calendario maya...

Me reí sometido a una electricidad que tenía más que ver con los efectos incipientes, y aún confusos, de la droga que con el comentario del vecino de asiento, pero sobre todo con la certeza de que esa voz afilada no era la de un completo extraño; pertenecía sin duda a otro letrado de Martínez-Rodríguez, el exmarido de Sara, y no, no estaba alucinando, pese a que me pellizqué. Llevaba botas de *cowboy*, taparrabos —el albornoz, rosa y no azul, abierto— y una máscara de un pájaro loco, es decir, la nariz tapada por un largo pico brillante. El estrafalario atuendo, amén del descubrimiento de su identidad, me hizo recordar cómo me lo describió Sara en una de aquellas noches de pasión y confidencias: «Tiene algo de osado y algo de chulo —recordé que me había dicho ella durante una de nuestras convalecencias amorosas—. Y, como él mismo se empeña en repetir a quien se le acerca, tiene un pelo ondulado y terso, suavemente cano, que basta tocar para que quede modelado así o así, en una dirección o la contraria, pero también es un individuo inseguro como pocos que haya conocido. No para de hablar, porque la verborrea mata su ansiedad, como si de niño hubiera sufrido algún trauma familiar que le provocara pánico al silencio, y como si las palabras fueran su arma y con ellas te fuera arrinconando hasta dejarte sin aliento contra la pared del estupor...».

Y mientras yo recordaba aquellas palabras de Sara —«pared del estupor», qué cursi se ponía a veces—, él abusaba de las suyas para abrumarme con un discurso que, en efecto, pronto se hizo agresivo por acumulación, pero no fue eso lo que más me fastidió, sino la impresión creciente de que aquella verborrea conllevaba una desazón íntima que él no podía guardarse ni por pudor, la constatación de que se trataba de una descarga de angustia que producía el efecto de una enfermedad contagiosa, iba apoderándose de mi cuerpo hasta que ya estuve tan ansioso y desazonado como él y con las mismas ganas de ser imprudente y decir lo primero que se me pasara por la cabeza.

—En esta maldita fiesta están todos los capullos que han provocado la ruina del país... —decía—. Y perdona que te lo diga, no sé quién eres... Tú mismo podrías ser un pez gordo.

Y mientras él se confesaba así, yo estaba atento al chófer, atemorizado con la idea de que pudiera escuchar aquellas acusaciones, no en vano tenía pinta de matón al servicio de los hombres contra los que el insensato de Esteban arremetía. Me habría gustado aconsejarle que se callara, pero fue mayor mi miedo a que el consejo empeorara el peligro —podía reconocerme por la voz— y no abrí la boca: lo importante, además, era cuidar de mi

mochila, no de él, y lo importante era que ningún lacayo del Vasco Abengózar me reconociera; si el Señor Abismo se enteraba de que había acudido a aquella fiesta a vender mercancía —mercancía de la competencia, para colmo— era hombre muerto o, peor aún, Sara sería mujer muerta o dañada de la forma en que se le ocurriera al Niñito Guapo, el matachín predilecto del Vasco Abengózar. Así que para asegurar mi discreción, o sea mi mudez, saqué de la mochila el monedero y lo abrí para ojear la foto de Sara.

—Esta fiesta es un campo libre de responsabilidades y culpa... — continuó él—. Todos esos críos drogándose y fornicando como si el Apocalipsis fuera mañana mientras sus papás hablan en los telediarios del valor del trabajo, del esfuerzo, de los ajustes, de la justicia... Basura... ¿Me oye, chófer? ¡Maldita basura! ¡Hace falta un cambio radical!

El metacrilato —bendito material, quién lo inventaría— separaba al chófer también acústicamente, menos mal, así que me relajé y me recosté en el asiento. Cuando el coche frenó del todo habíamos recorrido un jardín amplio en el que árboles de treinta metros de altura y ramas retorcidas e iluminadas se mostraban, a ambos lados del camino de gravilla, como una escolta de demonios bajo una espesa nevada —los enormes copos como las enrabietadas cenizas de un volcán en erupción—, y luego habíamos ido entrando en una carpa blanca en cuyo interior se alineaban, al fondo, el resto de vehículos, relucientes, rojos, amarillos y negros. Bajamos del coche y fue imposible alejarse del abogado, me perseguía con su cuerpo y con sus palabras, como si hubiera decidido con tozudez que yo iba a ser su confesor en lo que restaba de Fiesta, quisiera o no. Casi me mojaba con su verborrea. Hay un algo que hermana a los diferentes, a quienes no pertenecen al grupo, hay un código oculto a la razón pero evidente al instinto, y yo era tan ajeno a aquella orgía como él, por eso me buscaba, tal vez, por eso arriesgaba una confesión tras otra con ansiedad, porque estábamos hermanados por la ajenidad —peces rodeados de tiburones— y por eso se sentó a mi lado en el sofá esquinado del palacio sin atender a mi gesto de hartazgo o de piedad.

—Con todo —me dijo—, creo que estos tipos no son peores que los tipos a los que machacan... He dejado de creer en la humanidad, simplemente... Son muchachos de la peor especie... Pero tan cretinos como los imbéciles que salen a las calles a celebrar los triunfos del fútbol... Panda de lerdos... ¿Sabes lo que te digo?

El abogado había ingerido alguna droga, sin duda, pero no la misma que yo, porque su discurso no promovía el amor químico hacia los demás, sino el



odio caprichoso contra quienes habían atendido al impulso primitivo y muy comprensible de tomar las calles para celebrar los últimos éxitos deportivos del fútbol español. Un tipo de droga que lo tranquilizaba y lo estimulaba a la vez, y que le hacía expresarse con desgano odio, ese tipo de droga que promueve nuestros defectos más amorfos, los que tienen que ver con un dejarse llevar hacia el desahogo a veces peligroso de la palabrería más o menos atrabiliaria. Pero el abogado era muy capaz de hablar por los codos incluso sobrio: «Se buscó un psicoanalista —me había contado Sara—, para soltar su rollo tumbado en un diván a un tipo que le cobraba muchísimo dinero solo por dormir detrás de él... Fue a peor, claro, porque el psicoanálisis es el gran mito del siglo pasado. Y mito y timo se parecen. Pero allí estaba él, en el psicoanalista, un invento de Woody Allen y no de Freud... Cretino sin luces».

Recordé que me quedé con esa expresión, muy de policía, pensé entonces, «cretino sin luces»; tanto tiempo sumergida en las comisarías envenenaba con una ristra de latiguillos su conversación y por eso, cuando se relajaba tras haber hecho el amor o cuando bebía una copa, no necesitaba más, le salían expresiones extrañas a su apariencia de mujer elegante y bien educada. Pero lo relevante no era tanto esa expresión como las palabras que la acompañaban, esas palabras de rencor hacia su exmarido, todas esas palabras a las que yo no había concedido demasiada importancia y que me hicieron reír a ratos y aburrirme también, cuando por más que quisiera dormir y bostezara Sara seguía hablando, quién sabe si en una suerte de emulación inconsciente, del mismo tipo al que criticaba.

En aquel enorme sofá que compartía con su exmarido verborreico lo que mi piel, más que mi mente, subrayaba, un subrayado simbólico, eran todas esas palabras que evidenciaban odio, pero sobre todo las que hablaban de lo que quedaba del amor, sus cenizas, y allí entendí que no fue él quien terminó con la relación, como había afirmado Sara con afectado resentimiento, sino que ella había roto con ese abogado inseguro y hablador hasta la tortura. Transformándome en el hombre celoso que nunca creí ser, repasé con más o menos disimulo el físico del abogado y me pregunté por qué demonios lo habría dejado Sara. Era un individuo alto y fibroso, con envidiable cuerpo de adolescente, más o menos atlético, y, en efecto, con ese pelo ensortijado que bastaba repasar con la mano para situar en un nuevo e imponente dibujo, tal y como él hizo en múltiples ocasiones mientras seguía hablando de asuntos que demostraban su cada vez mayor embriaguez.

—Es como una novela que le quité a mi exmujer y estoy leyendo ahora — me dijo, suave pero atrevido—. ¿Sabes?, una novela en la que un individuo se ve acosado por infinitos detectives subnormales... Me siento ahora como el protagonista de esa novela: rodeado de oligofrénicos... Y los relatos, te lo aseguro, no cubren necesidades sino que las generan... Desde que sé esto, trato de leer solo novelas de amor o de humor... O escribir demandas o querellas en las que el relato de los hechos sea amable, veraz o acorde con los intereses de mi cliente, claro que sí, pero sin crispación ni mala uva... Tengo la convicción, extravagante si quieres, de que los relatos que escriben novelistas y guionistas, pero también nosotros, abogados, jueces, fiscales o, qué sé yo, gabinetes de prensa, influyen en la construcción del mundo, pero no desde una perspectiva ideológica, que también, claro, sino desde su pura incidencia mágica en la vida, por así decir, como si a Dios lo conformaran los relatores del mundo, esos individuos que pegados a un ordenador o a un bolígrafo inventan la realidad sobre la misma realidad... Cuantas más historias de guerra, más guerras; cuantas más historias de amor, más amor... Cuanto más humor, más humor.

—«Y a todo el que tiene le será dado, y tendrá en abundancia...». Odio a los moralistas —dije yo impostando una voz ronca—. La ficción debe ser libre.

—No digo que no, pero los narradores, cada uno en su campo, eligen piezas, unas pocas, entre las infinitas que les proporciona la realidad, y hacen sus pequeños puzzles peligrosísimos que luego imita la realidad de la que provienen. Por eso Hollywood tiene tanta culpa de las desgracias que acaecen en nuestro mundo de un tiempo a esta parte... Fukushima, por ejemplo, los atentados del 11-S... Por eso la Biblia ha hecho tanto por las enfermedades en tiempos pretéritos... Ojo con el peligro de relatar, porque el relato se reproducirá en la vida tarde o temprano, y no al revés... La vida no nos da historias, somos nosotros quienes le damos historias a la vida... Por eso no quiero que mi exmujer esté con ese escritor... He leído sus novelas y sé adónde pueden conducirla...

Por prudencia no reaccioné, y poco a poco el abogado se fue quedando dormido acunado por su propia verborrea menguante.

Desperté en mi cama a media tarde y sin recordar casi nada de la Fiesta pero seducido por la teoría que me había transmitido el exmarido de Sara sobre la manera en que los relatos conforman el mundo, como si sus palabras tuvieran

un eco analgésico dentro de mi jaqueca olvidadiza. Mientras me duchaba con agua templada, reflexioné entre temblores sobre la inquietante conexión entre el hecho de que yo fuera un autor de novelas negras y hubiera terminado compartiendo mi vida sentimental con una policía. Me tomé un café con leche para superar la perplejidad en albornoz, pero pensé en el autor de *best sellers* de terror, Stephen King, un autor que nunca dudaba en matar a sus protagonistas o en someterlos a toda clase de fechorías con tal de retener la atención del lector. Como si por ese camino de la crueldad el propio King se hubiera labrado el inverosímil pero real atropello de una camioneta marca Dodge que se salió de la carretera para alzarse sobre la acera y provocarle un devastador traumatismo craneoencefálico del que jamás se ha recuperado del todo. Pensaba yo, o sospechaba —al hilo de las palabras del abogado—, que si no hubiera sido por su crueldad narrativa, por ese tipo de historia truculenta y atroz con que le gustaba vestir y dar sentido a la realidad, no habría sufrido semejante tragedia digna de su propia inventiva. Corrí y descorrí, pasmado, las cortinas del salón, como si imitara el gesto de parpadear para descubrir si me encontraba ante una alucinación o no, y descubrí que en la calle había un grupo de individuos en actitud de vigilancia y espera.

Es verdad que allí abajo no había más de diez personas y en mi novela los detectives que perseguían a mi *alter ego*, el fisioterapeuta, llegaban a ser muchos más, pero quién me decía a mí que no existía una relación causa-efecto, que aquella decena larga de personas no aumentaría en número hasta imitar fielmente a mi maldita novela. Todo esto me afectaba el ánimo, me provocaba un extraño remordimiento, pero no por miedo a terminar siendo acosado por una panda de bobos, sino por la culpa de haber contribuido con mis narraciones, tal vez, a cuantos sucesos desgraciados me habían golpeado últimamente, incluida la muerte de mi gato.

—¿Qué queréis de mí? —pregunté desde la ventana—. ¿Quiénes sois?

—¡Baja, por favor! ¡Venimos a por libros!

—¿Míos?

—¡Sí!

Pensé que se trataba de lectores que había conocido en la Fiesta y a los que, embriagado, habría prometido alguna de mis novelas, y me sentí halagado. Conté cuántos eran, agarré el mismo número de ejemplares de mi estantería y los metí en una bolsa de plástico con un bolígrafo en previsión de que me pidieran una dedicatoria personal.

Sara dormía una siesta de fiebre y toses, daba la impresión de que se preparaba para una muerte sin grandeza en el sofá del salón, y se removió

bajo la manta a cuadros para pedirme una explicación:

—¿Qué ocurre?

—Nada, duérmete. Tengo unos fans abajo.

—¿Tuyos?

—¿Qué tiene de raro?

Y bajé a la calle con alegría, pero los supuestos fans me recibieron con una actitud fría muy alejada de la que yo esperaba. Me arrebataron la bolsa y sacaron un libro antes de que yo tuviera tiempo de repartirlo. Quien lo había cogido acercó su nariz chata a una de sus páginas, y, después de olerla como un ratón, la arrancó para metérsela lentamente en la boca con aparato dental.

—¿Qué haces?

—Probar la mercancía...

Grité indignado varios improperios, sorprendido ante aquella burla a mi trabajo vocacional, e hice los mismos aspavientos que habría usado para ahuyentar a pájaros de mal agüero, pero nada, ellos no se movieron. Me di cuenta de que no eran consumidores de mi trabajo literario, sino del otro, del alimenticio, y que su actitud más que fría era despectiva, de clientes exigentes más que de fans entregados. La mayoría llevaba un atuendo para meter miedo: chaquetas de cuero negro y roído, camisetas también negras o rojas, cadenas colgando de las hebillas, el comienzo del culo —a veces velludo— asomando sobre la cintura de los pantalones bajos y llenos de parches y agujeros.

—¡No te burles tú de nosotros y danos lo de Sri Lanka! —me dijeron—. O si no, devuélvenos el dinero...

—¿Qué de Sri Lanka? ¿Qué dinero?

—El dinero que te dimos en la Fiesta, no te hagas el longui...

No recordaba nada, tan solo el monólogo del abogado. Estas juergas locas tienen ese lado aventurero que a veces conlleva un colofón envenenado por la amnesia, y poco a poco, con estupor y cierta distancia temporal, uno va recordando las tonterías que hizo o que, por suerte, dejó de hacer y entonces la aventura se reproduce mentalmente para oprobio de quien la protagonizó o, las menos veces, para revivir con alegría y cierto orgullo un momento de valentía o de prudencia o, quién sabe, de intimidad con alguna mujer desconocida convertida en polo de atracción de la noche plateada (si hubo luna, como fue el caso). Miré hacia lo alto y en la ventana vi aparecer el rostro de Sara, enmarcado como el retrato de un fantasma que escudriñara para saber qué pasaba abajo, en el mundo callejero de los vivos, como si fuera su propio espectro en mi casa convertida en castillo medieval. Me llevé a los

chicos a un café y los hice sentar en los butacones de cuero negro para charlar con unas cervezas y unas almendras.

—No me hago el longui. Simplemente no sé de qué me habláis.

Atropellándose unos a otros, salpicándome con los pedacitos de las almendras que se metían a puñados en la boca y quedaban atrapados entre sus dientes, escandalizando con sus voces a las mujeres de edad que tomaban el café con leche o el carajillo a nuestro alrededor, repitieron que yo les había prometido más de lo de Sri Lanka, ¿qué demonios era «lo de Sri Lanka»? y uno más delgado, rapado al cero, y también más nervioso, con un parecido espectacular a un célebre presentador de telediario, me reprochó que, si no tenía la mercancía, les devolviera de inmediato el dinero invertido o me partían los dientes allí mismo. Me palpé los bolsillos de la chaqueta pero no encontré nada, ni un billete, ni un céntimo, e hice el esfuerzo de recordar lo que ellos me relataban, pero ni una sola imagen de la misteriosa compraventa a la que con tanta convicción aludían acudió a mi memoria. Como sabía que en materia de dinero hay que dar una satisfacción urgente al acreedor, me propuse ganar tiempo con un reproche. Siempre es mejor atacar que defenderse, porque el ataque promueve la confusión inmediata, y el enemigo tarda en percatarse de que debe continuar con su reclamo y no distraerse con lo que, al fin y al cabo, no es más que una maniobra de despiste.

—Ingratos... —les dije paseando el puño repleto de almendras ante sus ojos—. ¿Venís a mi casa para que os dé la mercancía? ¿Qué pensáis? ¿Que la guardo en la despensa? ¿Es eso lo que pensáis? La policía me vigila...

—Sí, ya lo sabemos —dijo el rapado, burlesco—. ¡Y está muy buena!

Los demás le rieron la gracia y yo me asusté no por su agresividad, sino porque me trataban sin respeto. Tanto me asusté que golpeé la mesa haciendo temblar los cuencos de almendras y los vasos con las bebidas que nos acababa de servir la camarera. Esa reacción propia de quien en el miedo encuentra la socorrida máscara de la fiereza fue providencial. Los chicos, sobrealimentados —como si padecieran una ingesta diaria y obligatoria de nocilla o miel—, retrocedieron en los butacones con sus barrigas disfrazadas de negro y sus cadenas tintineando a la altura de las cinturas desbordantes, y se miraron unos a otros para asentir con sumisión.

—Mañana os lo doy.

Pero se me congeló el habla porque apareció Sara en la calle, al otro lado de la luna, pegando allí sus manos, esta vez como el retrato a cuerpo entero de un fantasma o una zombi escapada del castillo en ruinas. Nos contemplamos en un larguísimo silencio, y los chicos dejaron de hablar y también la miraron

con una perplejidad que rompió por completo su plan de violencia, si es que lo tenían. Sara tenía los ojos muy abiertos, como si estuviera viendo un espectro más tenebroso que el que ella representaba, llevaba el pelo revuelto y la piel con un rubor que provocó un murmullo en mis acompañantes, tal vez entre todos los clientes del local.

—Está enferma... —dijo uno.

En efecto, su rostro tenía el rubor de la fiebre.

—¿Veis lo que habéis conseguido? —dije muy despacio, aprovechando su presencia para abonar mi reproche—. Esa mujer es policía y me vigila.

Sara se desplazó por el ventanal hasta desaparecer del cuadro y pudimos ver el tráfico de coches y peatones que su belleza había solapado. Entró en el café logrando que el resto de clientes también reparara en ella —si no lo había hecho ya—, porque lo hizo con una convicción fanática, los dientes y los puños apretados, y me pidió que la acompañara a casa, por favor, cuanto antes, muy seria, con el rostro endurecido por un enfado aparente y el susurro ronco de su voz atacando como unas tijeras. Estaba convencido, como los chicos, de que me iba a afejar el trato que tenía con ellos, y compuse una expresión de disculpa, abriendo las manos sobre la mesa, para aprovechar su irrupción y salir del lío en el que estaba metido. Una mujer enfadada es capaz de parar una pelea o una paliza si su presencia provoca un asombro que rompa el relato de los apaleadores. La seguí, aprovechando esa ruptura del relato, ante la benigna estupefacción de los chavales, y cuando ya estábamos en el ascensor de nuestro edificio, después de haber desfilado por la calle con las miradas impertinentes de los chicos desde el interior del café, detrás de la mampara medianamente reflectante, le dije a Sara que podía esclarecer aquel incidente, que todo tenía una explicación lógica, pero me di cuenta de que ella no me había escuchado, estaba preocupada por lo que la había llevado a buscarme, que era un asunto bien distinto.

—Siempre cumplo mi palabra... —me dijo casi sin voz.

—¿Qué quieres decir?...

—Eso... Que me perdones... Y que me lleves al *loft*...

—¿Qué *loft*?

Atribuí sus palabras a un puro delirio sin conexión con la realidad, y la conduje hacia la cama al comprobar que su frente quemaba como un metal incandescente.

La sensación de estar sumergiéndome en una ficción escrita por mí no me permitía otra preocupación y fue a más cuando la besé —cómo ardían sus labios— y me pidió que le mordisqueara las manos, igual que en la novela le

pedía la enloquecida mujer de Peral al fisioterapeuta como preludeo de cualquier desahogo sexual.

—Estás delirando, Sara.

—Como en tus libros —me dijo en un susurro desde la cama—. Hazlo, por favor, hazlo...

Me separé de ella porque sabía bien cómo terminaban casi todas mis novelas: al final, encerraban al personaje principal en una cárcel o un manicomio, y su petición me hizo recordar que estaba alucinando y que su cerebro ardía como su cuerpo; no era ella quien hablaba, sino la fiebre, el sueño de la fiebre.

—No estás bien, Sara, tienes que tomar algo.

Y la dejé desnuda en una posición casi obscena, con las sábanas arrugadas serpeando sobre la carne enrojecida de sus piernas abiertas y la almohada como un cuerpo ávido sobre su cuerpo.

—En tus novelas los personajes son fetichistas... —musitó—. ¿Por qué tú no?

—Porque mis novelas no son autobiográficas, te lo he dicho mil veces...

—¿Es verdad eso?

—En mi última novela medio centenar de detectives persiguen a un tipo... Es todo una mentira.

—Abajo hay un montón de detectives...

—Estás enferma, Sara... Deliras. Son fans, ya te lo he dicho.

—¿Te has entregado alguna vez a algo o a alguien en cuerpo y alma? Yo sí.

—¿Por qué preguntas eso?

—¿Tienes un hermano gemelo?

—No. Soy hijo único, narices. La novela es ficción.

—¿Y por qué no eres fetichista?

—¡Estás delirando, Sara! Repites una y otra vez los mismos disparates.

—¿Mataste a Peral?

Estuve tentado de agarrarle de la cabellera y llevarla hasta la bañera para terminar de golpe con su fiebre. No me gustaba esa disposición lasciva, fantasiosa y acusadora que mostraba con la enfermedad. Esos chicos que me esperaban abajo amenazantes, esos chavales derrochadores y consentidos, tenían unos gestos directamente inspirados en los gánsteres o los raperos negros de las películas norteamericanas —esos eran los relatos que más los influían, que conformaban su comportamiento—, eran un producto del imaginario conquistador de aquel país voraz, y ella y yo, de alguna manera,

también hablábamos con maneras inventadas en Hollywood. Pero mis pensamientos no estaban siendo una réplica de una película norteamericana, sino de una novela mía —entre el delirio de Sara y el recuerdo de las palabras de su exmarido en la Fiesta me estaba volviendo loco o, a lo mejor, yo también tenía fiebre—, y con cierto temor acudí a la estantería pegada a la ventana —una luz blanca me atacó los ojos pero no cerré la cortina porque los chicos me señalaron desde abajo y, cauto, no quise ofenderles— y saqué uno de mis primeros libros. En ese momento Sara me preguntó:

—¿Qué haces?

Directamente leí de la página abierta:

—«Quería mirar por la ventana... ¿Qué lo impide?».

Se hizo el silencio igual que en mi novela. Así decía, de hecho, el final del párrafo que tenía delante: «Se hizo el silencio». Y esperé muy nervioso su respuesta, que produjo una explosión de sudor en mis sienes, pues la coincidencia fue absoluta.

—Lo impide la buena educación.

Apareció en el salón completamente desnuda, con ese impudor que me maravillaba, y los ojos rasgados por el exceso de luz.

—Dios santo —mascullé.

La escena —su aparición desnuda— coincidía con una descrita en otra de mis novelas. Fui hasta la cocina mientras ella me reprochaba no sé qué y me tomé un ansiolítico con un trago de ginebra. Me marché de casa con una excusa apresurada y tópica —comprar tabaco— para huir de tantas coincidencias. Al salir del portal me recibió al tiempo el sol tozudo y blanco y el griterío de los chavales que corrieron detrás de mí calle abajo. Pronto cesó la persecución, pues anduvieron a la rebatiña en cuanto dejé caer el libro que llevaba en la mano, como si pensaran que era la mercancía que, al parecer, me había comprometido a entregarles en la fiesta delirante. Les di esquinazo, o eso creí con inocente confianza, porque unas burlas crueles, que eran las de mis perseguidores, sonaron sobre mi cabeza; eran ellos, sí, asomando sus rostros por la terraza de la cafetería que tenía a mi espalda. Eran los oligofrénicos de mi última novela, maldita sea, la misma que acababan de destrozar; parecían ellos increpándome.

Los días siguientes, aquellos de fiebre y extraño mal humor, en los que Sara me pedía que dejara cerradas las persianas y todo era penumbra y susurros, y ella abría y desordenaba los cajones de la casa sin que yo comprendiera nada,



fui recuperando la memoria de una Fiesta (con mayúscula) que acrecentó mi preocupación y la sensación de que estaba involucrándome en un relato de los míos. Volví a ver a su exmarido, lo recordé abriendo de pronto los ojos como si escapara de una pesadilla y dejando luego que las palabras brotaran de su boca como agua que salpicara mis oídos, volví a ver a los subalternos del ala legalista de Martínez-Rodríguez y a algunos de sus clientes disfrazados o semidesnudos a mi alrededor, pero sin reparar en mí, ebrios o atentos a sus distracciones y vicios, y yo en riesgo inminente de ser descubierto mientras escuchaba aquel discurso repetitivo que tomó un rumbo de reproches inesperados hacia Sara, reproches que contenían una descripción creíble de su persona:

—Mi segundo matrimonio ha fracasado, ¿sabes? —me dijo el abogado, frotándose los ojos—. Y no imaginas lo mal que lo he pasado... Mi mujer me ha abandonado como a un perro sarnoso...

—Lo siento.

—Quiere más a su profesión que a nuestro hijo... Al niño lo quiere, sí, pero de una manera muy extraña, como si tuviera que hacer teatro para quererlo... Pero, vamos a ver, ¿hay algo más grande en el mundo que un hijo? Un hijo lo es todo, coño...

El abogado seguía hablando y, de pronto, pensé que sus quejas no podían ser solo consecuencia de la embriaguez. Aquel tipo, me lo había dicho Sara, era más inteligente de lo que su verborrea demostraba. Sara me había asegurado que podía dar la impresión de que apenas se enteraba de lo que ocurría a su alrededor, pero nada más lejos de la verdad. El abogado Esteban Gómez-Rescello no solo veía muy bien lo que tenía delante, sino también lo que tenía detrás y en los costados, pues era un individuo con una mente que trabajaba continuamente en la estrategia a medio y largo plazo, no improvisaba, no vivía nunca en el presente. Ocurría que sus ademanes siempre nerviosos, y a veces agresivos, y su locuacidad en apariencia imprudente eran como la tinta del calamar: un disfraz muy efectivo para enmascarar al individuo calculador y frío que Sara decía conocer muy bien y que yo empecé a intuir. Repasé mentalmente cómo había sido mi encuentro con él —intenté ordenar los elementos narrativos— y me pregunté si en verdad habría sido fortuito. Lo observé sin disimulo para forzar su reacción, para hacerle sentir incómodo, y él me miró de soslayo con la expresión de ingenuidad mal dibujada en su cara; qué actor mediocre, pensé. Y siguió hablando, y supe que era conveniente guardar silencio y fomentar su

monólogo, y así podría comprender finalmente qué deseaba, si mis sospechas eran o no fundadas, si toda aquella charla era casual o alevosa.

Nadie reparaba en nosotros. El jolgorio que allí se estaban corriendo un montón de hijos de magistrados, de banqueros y de políticos, que llevaban el poder en el ADN y recibirían el mando del país como una herencia de sangre, seguía su camino sin interrupciones. Volví a jugar a poner un apellido a cada rostro aniñado o barbudo, a cada cuerpo fofo o esbelto, a cada gafapasta y a cada *hipster*. Ese debe de ser hijo de tal potentado, ese de tal otro, y así también fui distrayéndome en espera de un desenlace, en espera de que el astuto abogado me desvelara por qué hablaba con tanta confianza conmigo, qué quería, en qué pozo pretendía tirarme.

«No te puedes fiar de él —me había dicho Sara, y le estaba describiendo a él pero también a sí misma, porque en lo que resaltamos de los demás estamos también nosotros en proyección. El envidioso ve la envidia; el mentiroso, la mentira; el bueno, la bondad—. Detrás de todo lo que dice o hace hay un interés. Nada lo realiza gratis, ni siquiera el saludo. Y, cuidado, jamás pierde el hilo de lo que dice ni el motivo que le impulsa a hacerlo. Esteban es muy buen abogado, por eso lo contrató Martínez-Rodríguez, y ha hecho de la palabrería la trampa y el refugio perfectos para sus maquinaciones... Porque además de calculador es pasivo agresivo. Quiero decir que nunca hace nada de frente... Que planifica y con paciencia logra lo que se propone sin variar nunca la determinación en el cumplimiento de su misión... Lo hace entreteniéndote, eso sí, porque ese es su encanto, su talento natural, nada forzado, el de darle a la lengua...».

«¿Hace bien el cunnilingus?», le dije a Sara incapaz de reprimir la burla, y en la Fiesta repetí la pregunta en voz alta traicionado por la rememoración, de manera que interrumpí al abogado y rompí su estrategia narrativa sin voluntad de hacerlo. Lo desconecté de su relato.

—¿Cómo dices? —Me miró.

—Nada... Estaba recordando en voz alta.

Y en aquel rostro asomó la perplejidad del actor mediocre o envanecido ante una reacción adversa o inesperada de su público —alguien del patio de butacas que tose o estornuda repetidas veces, alguien que se levanta para ir al excusado, alguien que deja escapar una carcajada y rompe el silencio dramático—, y tuve la convicción, ya sí, de que él me había ido a buscar sabiendo quién era yo, que no ignoraba mi identidad pese al disfraz y quería conducirme a una trampa. Me quedé quieto, en tensión, como si toda la

embriaguez se disparara hacia un terror que me provocó una sudoración completa.

Parecía, sin embargo, que todos los que allí se divertían realmente no me veían, que la Fiesta seguía con las estridencias propias de la droga y la juventud en un mundo paralelo separado de donde nosotros estábamos por el fino pálpito de una burbuja; parecía que, a lo lejos, se estaba celebrando una increíble orgía en la que participaban tres hombres adiposos y muy blancos y dos mujeres delgadísimas, risueñas y casi negras.

—Lo que caracteriza a estos chavales es la blandura moral y física —dije, como si la alerta corporal buscara una huida hacia el comentario inadecuado o frívolo.

—¿Por qué has dicho lo del cunnilingus, tío?

—Un recuerdo —respondí—. El recuerdo de una conversación que tuve con una mujer... Tu exmujer, de hecho... Ella me dijo que le das mucho a la lengua.

Se quedó quieto como yo. Éramos estatuas o lagartijas. Aunque él no sudaba, su nuez subía y bajaba con un ritmo tan veloz como elocuente.

—Sara Lagos, sí, Sara, así se llama —dijo al fin, como recuperando el personaje—. Fue mi segunda esposa... Tan atractiva, tan resuelta y tan inteligente... Y qué culo, y qué cebollas, narices... Y eso de que fuera una policia con mando, en fin, le daba un algo, no sé si me entiendes... Pero después de los días de amor loco siempre llegan los de análisis más racional de la otra persona, y en mi caso un espíritu crítico que no puedo evitar... Perdona que te cuente esto, apenas te conozco...

—No mientas —dije—. Me has reconocido por la voz.

Pero él, erre que erre, eludiendo la realidad para atacarla por detrás. Jugando a rechazar que yo estaba comportándome como un suicida pegado a su brazo, porque nuestros brazos se tocaban en aquel sofá que se hundía como si quisiera engullirnos.

—Dicen que el amor es una fiesta hormonal que dura tres años... —prosiguió—. Un baile que de pronto cesa...

Todos los individuos de la Fiesta, entonces, se volvieron hacia nosotros. La música había terminado. En ese momento tuve claro que habían querido burlarse de mí antes de un desenlace trágico ya planificado, como si toda aquella juerga pudiera tener como colofón un escarmiento físico aterrador en mi persona, y yo hubiera sido invitado como postre de la bacanal. Los hechos que me habían llevado hasta allí cobraron un sentido tan rotundo que me sorprendió mi increíble ceguera narrativa —las piezas cuadraban— y ya nada

me pareció casual: me habían cazado. Mi muerte violenta iba a ser el formidable remate de la orgía.

Aplaudí en un gesto de postrera heroicidad.

Pero la música volvió a sonar y regresó la juerga. Nadie se había fijado en mí: miraban hacia el pinchadiscos culpable del momentáneo silencio musical.

—¿Por qué me cuentas esto? —dije con un largo suspiro de alivio—. Sabes que Sara está conmigo... Y que esa es la relación que nos une, la de haber estado con la misma mujer que tú no te mereces... —Y lo dije como si la embriaguez, o tal vez el contagio de su locuacidad, ya no me dejara ser prudente y callar.

—Ahora el peligro añade sal y pimienta a nuestros encuentros...

—Eso es mentira, sé que quieres provocarme calumniándola... Ella no ha vuelto contigo...

—Cada vez que se queda sola me telefonea... No hablamos. Nos desnudamos, descorchamos una botella de Rioja y lo hacemos sobre el mismo lecho que comparte con su ingenuo amante (cambiando las sábanas, eso sí)... Un bobo de dimensiones industriales...

—No sigas por ahí. Si no fuera porque estoy drogado, ya te habría dado una buena paliza... —Pero no era capaz de moverme. Ya no el miedo, sino la curiosidad y la ira, juntos, convertían mis músculos en piedra, o tal vez la química ponía en mis tobillos y muñecas los grillos que me impedían conferir movimiento a mis emociones.

—Me cuenta, jajajaja, que la torpeza de su amante es legendaria... Tierno, sí, pero deja mucho que desear...

—No vas a lograr ofenderme... Es una invención burda para zaherirme con las palabras, siempre tan poderosas, más de lo que nadie piensa o cree...

—¿Estás bien? —me dijo, volviéndose hacia mí como si no me hubiera oído—. ¿Te encuentras bien, amigo?

Y solo entonces fui consciente de que tal vez mi voz estaba encerrada en la misma prisión química que paralizaba mis extremidades: apenas lograba un susurro, pero no hacerme oír, no estaba diciendo nada, solo manteniendo una conversación ficticia con un hombre que no podía escucharme.

—¿Estás bien, amigo?

Asentí con la cabeza, y él continuó con una confesión cada vez más íntima. Me contó anécdotas que me proporcionaron la sospecha de que conocía mi casa y mis costumbres... En un intento de tomarme aquel horrible trance con algo de comicidad —o tal vez fue de nuevo la pura química ingerida—, imaginé que unos cuernos me crecían en las sienes hasta tocar el

techo del palacio y hacer temblar la lámpara de candelabros. A continuación me atacó un pánico tan irresistible que grité con todo el poder de mis pulmones —un desahogo histérico—, pero ningún rostro, ni siquiera el del abogado, reflejó señales de haberme escuchado. La droga, en efecto, se había apoderado de mis cuerdas vocales y las agarrotaba. Si alguien hubiera podido verme —seguía con la careta—, probablemente habría contemplado a un hombre abriendo muchísimo la boca, pero tuve que seguir escuchando al abogado para alimento de mi desazón.

—Lo que te quiero decir es lo siguiente: mi exmujer es peor de lo que parece. No está con ese tipo por su cara bonita, eso es evidente, ni por su turbio poder adquisitivo, sino porque busca algo de él... El arma de un crimen misterioso...

—¡Déjame en paz, por favor!

Pero él como si nada, continuó hablando sin seguir un hilo argumental claro, divagando, yendo y viniendo por el discurso como al dictado del capricho y la ebriedad, pero con la intención de confundirme aún más.

—Porque, amigo, siempre hay una razón espuria para todo: siempre hay dos relatos, el superficial y el verdadero... Yo, por ejemplo, me puse a trabajar con un sueldo fantástico para el mismo abogado que nos reúne a todos aquí... Martínez-Rodríguez, un tipo apacible que un buen día acaba en la cárcel...

—¿Él ha organizado este sarao?

—Y entonces, en fin, yo me dije eso mismo —continuó el abogado sin responderme—: ¿Por qué? La pregunta que nadie se hace: ¿por qué? No es muy corriente que un abogado de tanto prestigio acabe en la cárcel por un delito contra la Hacienda pública... Investigué y no encontré nada, pero una sospecha me llevó a otra... Tampoco es normal, me dije, que me pague tanto como me paga... ¡Si apenas trabajo! ¡Si apenas llevo un par de juicios mensuales y nunca de mucha cuantía! ¡Si apenas persigo a morosos de poca monta! Tuve que dejar a un lado la vanidad profesional para reconocer que probablemente yo era una pieza más de un engranaje que servía a la corrupción más conspicua, y que había una trama desasosegante por debajo del relato aparente y tranquilizador, pues su verdadero negocio, el que le proporcionaba la mayoría de ingresos, era turbio y reprobable, no estaba ni de lejos relacionado con el recto ejercicio de la abogacía... Porque descubrí una doble contabilidad escandalosa, y todo mientras mi jefe permanecía en la cárcel y el desbarajuste me permitió hacerlo, las largas horas ociosas deambulando en soledad por el bufete, abriendo cajones prohibidos,

presenciando cómo otros compañeros se despedían de un día para otro como si estuvieran en el *Titanic*...

Y me lanzó en ese instante la mirada que yo había esperado recibir mucho antes, una mirada que fue la señal de que sabía en efecto quién era yo, y estaba dispuesto a revelármelo en aquel momento, como remate de su aún misteriosa pretensión.

—Por eso me asombra verte aquí, Samuel, rodeado de la misma gente que está avisada de que eres un *dead man walking*... Te hacía lejos de Madrid, en una playa brasileña, en Londres o en Marte, qué sé yo... Te hacía muy lejos del peligro y te veo aquí, en la Fiesta, rodeado de enemigos que no dudarían en matarte si te descubrieran... Y con verdadera saña, amigo... Haciendo méritos con el jefe...

—He venido a hacer negocios...

Pero todo lo que conseguí fue que subiera por mi esófago una llamarada de acidez. La voz era como un simple transmisor del ardor de las tripas.

—Está bien, comprendo, el miedo no te deja hablar... —me dijo—. Te ayudaré a salir de la tumba en la que te has metido... Yo también tengo miedo, en confianza. Un tipo del bufete pretende que viaje a Colombia para asuntos turbios... Aquí ya nadie guarda las apariencias y me exige que traiga droga aprovechando una convención de abogados iberoamericanos, dice que así me libraré de verme salpicado en asuntos peores... Así que vamos a hacer una cosa: vamos a levantarnos del sofá sin quitarnos la máscara, y una vez en la calle vas a pedir un taxi y vas a desaparecer de aquí para no volver... Pero, a cambio, te alejarás de Sara... Ella tiene que regresar con su familia... ¿Entendido? Dejarás en paz a la madre de mi hijo.

—Antes debo vender algo de género... —quise decir—. Me lo pidió un cliente, un joven cineasta al que aún no he visto...

La voz, esta vez, se liberó unos segundos de su cárcel y ascendió hasta mi garganta, pero tampoco fue suficiente para que él pudiera oírme.

—Tu aliento... —dijo, arrugando la nariz—. ¿Qué has cenado? ¿Comida india?

Me incorporé. Mis brazos y mis piernas estaban rígidos, como si careciera de articulaciones. Con un andar de robot me desplazé por la fiesta sin despertar la desconfianza de nadie, tal vez mi estado era el menos sospechoso, pues la catatonia evidenciaba un disfrute excesivo de la juerga, rayano en el ingreso hospitalario, y a la postre era más eficaz como camuflaje que la máscara de King Kong que cubría mi rostro.

—El miedo te tiene agarrotado —insistió el abogado, acompañándome en medio del griterío y la confusión de luces—. Lo comprendo, no te creas, sé lo que te sucede.

—No tengo miedo ni he cenado comida india, maldita sea, es la droga, la maldita droga —quise decir—. Y además, déjame, tengo que trabajar...

Debí de alejarme de él con gracia significativa, porque me vi rodeado de gente aplaudiendo. Se divertían, y se carcajaban, al verme caminar. Derribé varias bebidas de un velador, pero el tropiezo no me hizo caer sino que recuperé algo de la elasticidad de mis extremidades, y llegué hasta donde departía un grupo de tipos al que intenté vender algo de género para salir de aquella fiesta con la misión cumplida.

—Hola, chavales —les dije—. ¿Queréis algo?

No respondieron.

—¿Habéis visto al cineasta por aquí? —pregunté entonces.

—¿Qué quieres, tío? Desembucha.

No me oían.

—No puede hablar —terció el abogado—. Necesito sacarlo de aquí y que le dé el aire. Creo que no le ha sentado muy bien el corro de la patata...

—¡Déjame!

Mucha gente miró hacia mí o, si no hacia mí, hacia donde yo estaba, lo que me hizo comprender que por fin había logrado expresarme. En un espejo del fondo, detrás de un sofá de cuatro plazas en el que retozaba un forzado en tanga, seguramente un *stripper*, encontré mi imagen difuminada por los fulgores de la pista de baile. El abogado se apartó de mi lado para vomitar en alguna maceta cercana, y lo supe no porque oyera sus esfuerzos guturales, que los oí, sino por cómo algunos jóvenes le increparon, llamándole de todo menos guapo, enumerando las increíbles virtudes exóticas de la planta afrentada por los tropezones de su estómago. Me llevaron casi en volandas hasta una habitación contigua. Era un espacio acolchado tanto en suelo como en paredes, con una pizarra blanca al fondo, de esas para rotulador de tinta borrrable, en el que una veintena de parejas se besaba, magreaba y fornicaba.

—¿Tienes algo?

—Sí —dije, sintiéndome algo mejor al despojarme de la agobiante máscara—. Para el cineasta.

—¿Cuál de ellos?

—¡Aquí!, estoy aquí, tío. —Mi cineasta, desnudo, surgió del suelo, destapando el cuerpo de su bella compañera de juerga—. Llevo toda la noche buscándote... ¿Dónde te metes?

Lo seguí por las escaleras hasta una azotea cubierta y tranquila, una brisa suave y cálida la recorría, con mesitas bajas aquí y allá iluminadas por velas y música que invitaba al sosiego, *chill out* de ese ibicenco.

—Es música para hacer reiki —me informó el cineasta—. Se te ve fatal, tío, ¿no habrás tocado esos libros?

—Sí.

—Jo, tío, la has cagado... Le han echado una movida extrañísima traída de Sri Lanka...

—¿Qué movida?

—No sé, tío, una sustancia nueva, innovadora, yo no me fío... ¿Tienes lo que te pedí?

—Sí.

Pero aún no podía manejar los brazos con la mínima solvencia: mis articulaciones seguían sin responder.

—¿Qué te pasa, tío?

Me dejé caer en una silla de mimbre y le pedí que sacara él la mercancía de la mochila.

Aparté al cineasta en cuanto me pagó y, con una agilidad propia de Frankenstein, me dirigí hacia el ascensor.

—Ahora vengo.

El cuerpo seguía negándose a responder fielmente a mis órdenes, pero más o menos lograba desplazarme y estaba feliz. La angustia resultaba ya un episodio remoto en mi presente repentinamente maravilloso, y cuando alcancé la planta baja había tomado la decisión de continuar en la Fiesta sin atender al peligro, tal era el estado de felicidad en que me hallaba de súbito. Alguien me pasó un cuenco repleto de uvas y yo, contentísimo, las tiré al aire sin comprender. Di vueltas sobre mí mismo, con los brazos abiertos, lanzando risas aquí y allá, y en una de esas sentí que golpeaba un rostro.

Agachado a mis pies, el exmarido de Sara se tapaba la nariz para contener la sangre, y entonces, después de reponerse con ayuda del pañuelo que alguien le prestó, insistió:

—Estás en peligro aquí... Ponte la careta, insensato.

Le di un beso en la mejilla, así de amoroso me había puesto el psicotrópico, y seguí mi camino. Aquella sustancia, lo que fuera con que habían impregnado las páginas de aquel libro, me proporcionó un placer corporal increíble, como si mi cuerpo abandonara la rigidez y se estremeciera con el simple tacto de las brisas que se colaban por los ventanales del palacio convirtiendo las cortinas en mujeres tan fantasmales como lujuriosas.



—¡Hoy por ti, mañana por mí! —me gritó a la espalda el abogado—. ¡Ella no es como te piensas!

—¡Me da igual! —Me reí, sin hacerle caso—. ¡Adiós!

Se me escapó un gemido —sorprendente hasta para mí por su estridencia— cuando una cortina suave, muy suave, de satén blanco, rozó mi antebrazo. Una puerta me golpeó la nariz para hacerme salir del pasmo, solo un instante, aunque lo suficiente para comprobar que me había chocado con una madera de roble barnizada. Apareció un joven eufórico. Estaba mojado como si se hubiera duchado vestido, y su mueca era de una felicidad que no dudaría en calificar de completa.

—Jo, tío, me tienes que conseguir más de eso, tío... —Su aliento olía a pollo tikka masala o similar—. La has traído tú, ¿no?

Pese a que no estaba en las mejores condiciones para pensar en negocios, el instinto profesional, alimentado en años de trabajo al servicio de mi bolsillo, en primer lugar, y de mis clientes, en segundo, me llevó a mentir con la respuesta comercial refleja, la misma que más tarde me metería en problemas:

—Sí, es mi material.

—Cuánto vale, te doy lo que quieras pero mañana tienes que traerme más de esto... Lo que quieras... Qué placer ducharse con ropa, tío.

—Es una sustancia nueva, traída de Sri Lanka, carísima. —Fantaseé completamente ebrio—. Un gramo sale a quinientos euros...

—Pues toma, tío, te doy lo que tengo en el bolsillo y un cheque al portador, y mañana me dices dónde puedo recoger un libro entero de esto.

Metió el cheque y los billetes verdes en los bolsillos de mi gabardina de cualquier manera, arrugados, y abracé al chaval prometiéndole el cumplimiento de la transacción, y luego me encerré en el cuarto de baño —lujo asiático, grifería de plata y *jacuzzi*— y me duché vestido para corroborar la bondad de su consejo. El agua templada acribilló mi cuerpo provocándome la sensación de que los genitales se distribuían por toda mi epidermis, incluyendo las yemas de los dedos, hasta provocarme el mayor orgasmo que jamás he vivido. Incluso ahora, ahora que lo recuerdo, tengo que dejar de escribir para no estremecerme.

Joderrrr.

¡Qué bárbaro!

—¡Feliz Año Nuevo! —escuché al otro lado de la puerta cuando cerré el grifo de la ducha, exhausto, empapado de agua y fluidos.

## 23

Nuestro hombre fue a la habitación del hijo de Peral y lo encontró escribiendo en su cuaderno de anillas, casi a oscuras, acurrucado en un rincón de su dormitorio y con una manta roída cubriéndole las piernas. Encendió la luz y el chico se ocultó debajo de la cama como un perrito apaleado. Aquella habitación era enorme.

—No te hagas el poeta maldito, anda, que está demodé.

—Uzted mismo ze ocultaba de zuz padrez y laz vizitaz cuando ezcribía... He leído zu biografía hazta zeiz vecez.

—Todo lo que cuento en ella es falso. El ceceo que padecí de niño también. Deja de fingir conmigo, por favor.

—No, de verdad que mi ceceo ez natural. De pequeño me di un golpe en la mandíbula y ya no puedo hablar bien: por ezo ezcribo, para ezprezarme zin trabaz y zin tapujoz. Y por ezo me he zentido ziempre tan cerca del niño trizte que uzted fue.

Aquel chico era un mimado, pensó nuestro hombre, y como tantos otros de su condición, la condición de quien carece de la preocupación de buscarse un salario para vivir, solo encontraba modo de paliar el vacío existencial con la vanidad que abona la llamada vida literaria.

Pósters de escritores fotogénicos decoraban las paredes: Joyce, Baroja, Celine, Proust, Hemingway, Becket... Le dijo al chico que saliera de debajo de la cama si no quería que lo sacara a tortas y que por la tarde irían juntos al Santiago Bernabéu aprovechando que había partido contra el Osasuna. El chaval debió de notar el desprecio de nuestro hombre por el deporte del balompié, porque en el taxi que les conducía al estadio le palmeó el muslo derecho para decirle:

—Uzted tiene la zuficiente imaginación para ezcribir zin documentarze. Zi quiere, podemos ir por ahí a tomar unaz cañaz y me cuenta cómo ezcribe, el procezo vamo... Y por qué paza tanto tiempo en eze hozpital... ¿Ze ezta documentando para una nueva novela?

—La imaginación vale para las novelas, pero tu padre nos ha pedido un ensayo... La historia progresista, incluso roja, del Madrid. Así que no vamos a escribir lo primero que se nos ocurra.

Acababan de llegar a la Castellana y su taxi transitaba por ella con dificultad. Los aficionados del Real Madrid cruzaban la calle sin respetar semáforos ni pasos de cebra, lo que alimentaba la densidad del tráfico.

—Venga, nos bajamos ya —le dijo al chaval.

Nuestro hombre pagó al taxista y se puso a andar entre los coches seguido por el muchacho, que cojeaba ostensiblemente. El chico era un patético imitador del hermano de nuestro hombre, de su impostada personalidad de escritor torturado, de ese personaje edificado con años de trabajo e intuición promocional. El ceceo y el cojeo, todo, eran rasgos que su hermano gemelo describía en sus memorias, antimemorias más bien. Nuestro hombre miró hacia atrás: al chaval se le había caído la carpeta que llevaba bajo el brazo y volaban a su alrededor un buen número de los folios mecanografiados que deseaba mostrarle. Algunas hojas se pegaron a las lunas de los vehículos que taponaban la Castellana. Otras ascendieron hacia las copas de los árboles empujadas por un viento que también agitaba la gabardina del muchacho mientras él se afanaba, con peligro de ser arrollado por coches y motos, en recuperar su obra literaria. Nuestro hombre se apoyó en un árbol para ver lo que hacía el chaval, y contempló fascinado el espectáculo de bocinazos e insultos que su locura provocó. Cuando terminó su fanática recolección de folios, el muchacho fue hasta él casi llorando y con la novela deslavazada apretada contra su gabardina arrugada por la presión de las embarradas hojas. Al verlo tan flaco y pálido, nuestro hombre pensó en un espantapájaros fabricado con papel.

—Usted no ha hecho nada por ayudarme —sollozó el chico—. ¡Nada!

—¿A quién se le ocurre traer una novela a un estadio de fútbol?

—Es usted mala persona.

—¿Ya no me admiras?

—¿Por qué lo dice?

—Tu ceceo ha desaparecido...

—Me da asco su competitividad. Su manotazo ha provocado que se me cayera la carpeta y con ella el trabajo de un lustro.

Se arrojó sobre un banco. Un folio se posó en su espalda como una paloma consoladora llamada por el temblor de los sollozos. El folio correspondía a la última página de la novela; se podía leer bien claro: FIN. Rodeado de una muchedumbre enardecida, un hombre besaba en la boca a

una mujer. Así terminaba la cosa, o algo parecido. Qué topicazo para un chico tan talentado, pensó nuestro hombre. Algunos peatones se pararon para mirar al muchacho, así que intentó que se incorporara.

—No me digas que escribes a máquina —le dijo, agarrándolo del brazo—. Te está bien empleado por creerte todo lo que dicen mis memorias. Escribo a ordenador como cualquier persona civilizada, chaval...

—Déjeme...

—Venga, anda, ánimo. Que ahora tienes un trabajo que hacer. La historia republicana del Madrid, ni más ni menos. ¡Pasarás a la historia de la literatura universal! ¡Qué digo universal! ¡De la galáctica!

—No tiene gracia.

Se incorporó y su malestar era evidente en un rostro tan sofocado que casi irradiaba calor.

—No quiere que nadie le haga zombra —dijo, enrojeciendo aún más—. Por ezo ze porta azí conmigo. ¡Por ezo!

—Vaya, has recuperado el personaje.

—¡Ez uzted un canalla!

A nuestro hombre le habría gustado decirle que tenía toda la razón, que su hermano era tal y como lo estaba definiendo, un canalla o peor, pero reprimió la tentación y se comportó como lo habría hecho su hermano en una situación similar: se dio la vuelta y siguió su camino con altanería.

El Bernabéu apareció ante sus ojos como un inmenso orinal de cemento e imaginó a King Kong sentándose suavemente en él. Entonces la mano del muchacho se posó en su hombro. El chico se disculpó y nuestro hombre asintió rápidamente para no demorar por más tiempo lo prioritario.

—Mira, chaval —le dijo—. Tienes toda la razón. De fútbol, no sé nada.

—Yo tampoco.

—Vamos a ese bar.

En aquel local la aglomeración era mayor que en el resto de bares. Jóvenes con voluminosos vasos de plástico disfrutaban de cervezas espumosas con aire que a él se le antojó inofensivo. Nuestro hombre se preguntó si aquellos chavales de risa fácil y mirada alegre, algunos de ellos con el cráneo afeitado, serían los célebres ultras sur, y no sintió ningún miedo. La edad a veces promueve la confusión propia de una experiencia poco conflictiva en según qué terrenos, por no decir nula —toda biografía supone brujulear y decantarse por un recorrido que excluye los demás—, de manera que nuestro hombre intuyó erróneamente que, sacándoles diez o quince años, ninguno de aquellos chavales se atrevería a enfrentarse a él. Se abrió paso a

empellones hasta llegar cerca del individuo que, por actitud y canas, parecía mandar en el grupo, e intentó establecer con él la complicidad propia de la madurez que compartían:

—Disculpe, ¿le puedo hacer una pregunta?

—¿Cuál?

—¿Conoce la historia del Madrid?

—¡Eh, amigos! —dijo el tipo a varios de los que le rodeaban—. Escuchad esto: este tío me pregunta que si conozco la historia de mi club.

—¿Sabe usted que el Madrid es el único equipo de España que ostenta en su escudo la banda morada de la Segunda República?

—Eso no me lo dices fuera.

Pero la realidad es pesada y sobria, no permite la borrachera durante mucho tiempo; la realidad prefiere la resaca a la embriaguez, y promueve el conocimiento de lo que, a veces, conviene olvidar. Por eso, cuando comencé a recordar las razones que motivaban la congregación de ociosos debajo de mi casa, en un barrio tan ajeno para la mayoría como era el mío, supe que mejor habría sido conservar la amnesia, porque con ignorancia se miente mejor, pues no se está mintiendo, en puridad, sino diciendo nuestra verdad, la que nos dicta el puro desconocimiento de las cosas. Aquello empezaba a tomar las hechuras de una manifestación de repulsa, un escrache de esos bolivarianos. No me dejaban salir. Me telefoneaban para amenazarme. Y fue como vivir otra vez en mi última novela, porque, enfebrecida, a Sara le daba por interpretar el personaje de mujer del millonario Peral con ese absurdo deseo de recibir mordiscos suaves en las manos. Pero me negué. Entretanto los chavales insistían en el reclamo de su droga, y trataba de aparentar fiereza y aplomo cuando les respondía lo único que me parecía convincente:

—No recibí ningún dinero.

Las amenazas llegaban del otro lado del telefonillo sin lograr demasiado efecto en mí, puesto que conocía bien la naturaleza de aquellos chavales. Me habían dado mucho dinero, cierto, pero no del suyo, sino del de sus progenitores, y eso me salvaba de una venganza cruel. No se pierde igual el dinero que has ganado con tu esfuerzo que el dinero tomado de los padres; es más, contra los padres siempre se conserva un resquemor infantil que provoca incluso desdén —desdén infantil—, cuando no cierta satisfacción larvada, al contribuir a la merma irresponsable de su patrimonio.

—¡Todo es mentira!

Y colgué.

Los caprichos febriles de Sara nos encerraban en la oscuridad casi completa, así lo exigía ella, y solo el bendito conticinio aliviaba la atmósfera enfermiza

cuando por fin se dormía y yo me atrevía a abrir poco a poco las persianas para que entrara la luz amable de las farolas. Abajo, aún permanecían los tozudos acreedores, uno o dos de ellos haciendo guardia, con sus sombras de gigantes doblándose por las aceras y los muros en espera de una mercancía que yo jamás les proporcionaría. O eso creía. Aquella noche el cóctel de ginebra se me había subido a la cabeza para provocarme un atolondramiento temerario, y así agarré todas las medicinas caducadas que tenía en el botiquín, las machaqué con el mortero, las mezclé con cayena en polvo y tónica, metí el conglomerado en una bolsita de plástico transparente que anudé con fuerza y la lancé hacia los contenedores de basura. Distinguí los traseros de los chavales, agachados todos ellos para hacerse con el botín. Desaparecieron durante tres días, con sus noches, y Sara poco a poco se fue recuperando de la faringitis. Supe que empezaba a resucitar cuando me preguntó con cierto miedo:

—¿He dicho algo inadecuado?

Creí que se trataba de un pudor sentimental y no policial, y la tranquilicé:

—Nada digno de mención, querida: exabruptos y delirios sin importancia.

Martínez-Rodríguez concedía a aquella fiesta de Fin de Año, a las grabaciones que de ella se tomaron desde innumerables cámaras más o menos ocultas, decisiva importancia para la obtención de su libertad. Estaba convencido de que con una buena remesa de paquetes postales enviados a los padres de aquellos chicos malos, paquetes postales que contuvieran películas bien editadas con los niños en actitud de desenfreno, podría obtener su excarcelación.

Mucha gente tenía motivos para tener miedo a esas grabaciones, yo entre otros: miedo a lo que pudiera ocurrir cuando Martínez-Rodríguez descubriera que, desobediente, había estado en el misterioso palacio vendiendo género. Me sobraban los motivos para tomarme en serio la capacidad de su grupo para la caza y captura de quien él señalara como su enemigo, más ahora que se decía que el Niñito Guapo había regresado a España tras el revuelo ocasionado por su último crimen. Las palabras del abogado insinuando que Sara estaba conmigo para investigarme me parecían un puro disparate —la vanidad de artista me engañaba, tal vez—, y también descarté aquellas con las que trató de hacerme creer que aún se acostaba con ella, sobre todo después de hablar con Sara. No me cabía duda de que en su rostro ya limpio de enfermedad asomaba la ingenuidad cuando le preguntaba por su exmarido,



como si pensara que mis preguntas eran una pura indagación de hombre sanamente celoso. Y presumí que aquellas otras palabras en las que el abogado afirmaba que habían decidido mandarle a Colombia para hacer un trabajo de mula significaban en todo caso que él también había caído en desgracia, pero era poco verosímil que nadie insistiera demasiado en que hiciera ese trabajo (no daba el perfil). Por lo que fuera, lo querían asustar, igual que a mí, aunque no tanto como a mí; y una noche en que Sara había salido a cenar con su hijo se deslizó por debajo de la puerta su foto de nuevo mutilada horriblemente. Estuve sudando hasta que, ya de madrugada, sonó la cerradura de la puerta y por fin ella apareció en el vestíbulo, sana y sonriente.

—¿Dónde has estado?

—En el cine con mi hijo y luego cenando con una amiga...

—No vuelvas a hacerlo, ¿entendido?

—¿Y esta reacción?

—¡La próxima vez avisa de que llegarás tarde!

Y discutimos, claro.

Pensaba que la muerte de Pichi me había proporcionado la libertad de no tener que cuidar de nadie, con su desaparición había logrado ese alivio pírrico. Pero, por desgracia, me había enamorado de Sara y ella era la víctima en potencia del rencoroso Martínez-Rodríguez, así que ya tenía a alguien más a quien cuidar y de quien preocuparme. El dinero se me acababa como se me acababa la serenidad al saber que nos acercábamos a la conclusión del mes y mi exmujer me reclamaría, rigurosa, su pensión. Llegué a telefonar al abogado para preguntarle la dirección de la Fiesta, pero masculló un insulto incomprensible y me colgó después de un torpe fingimiento —lanzó reproches contra un supuesto vendedor telefónico— que demostró lo nervioso que estaba, como si temiera que la línea pudiera estar intervenida. Volví a llamarle unos minutos más tarde.

—Necesito mi gabardina... Me la dejé allí, en el cuarto de baño ese tan lujoso... Es importante, por favor. Te pagaré...

—No me interesa la oferta —respondió—. Os lo he dicho cuarenta veces.

—No me hagas esto, por favor, Esteban. Solo te pido que me des la dirección del palacio... Necesito mi gabardina...

—¡Que no, narices! ¡Soy fan de Gas Natural!... —Y colgó.

Me quedé con el teléfono en el oído y los ojos en la calle al ver aparecer allí, otra vez, a un chico vestido de negro... Golpeé la ventana lleno de ira y frustración.

—¿Qué haces? —Sara surgió de la cocina y la impresión de que su vida corría peligro fue en ese momento mayor que nunca.

—Me preocupa pensar que estás conmigo por motivos turbios —le dije con el afán de molestarla, pero sin saber que la realidad estaba muy cerca de lo que en aquel momento creía estar inventándome (qué inteligentes son las tripas a veces).

—¿A qué te refieres?

No recuerdo mucho más. Solo que grité, zarandeeé muebles, arrojé libros de la estantería al suelo para forzar el enfado de Sara, y cuando me pidió que dejara de hacer el imbécil, hice más el imbécil, y cuando me lo exigió, aún lo hice más, y cuando me advirtió que como siguiera así me abandonaría en ese mismo instante, supe que la estrategia iba por buen camino y tiré más libros al parqué, algunos volaron por la ventana, y los chavales, siniestros, cayeron una vez más en la trampa y se pelearon por ellos. Conseguí así un portazo y un abandono. Conseguí que Sara se alejara del peligro. La vi desde la ventana cruzar la calle y desaparecer con algunas lágrimas calentando mis mejillas, mientras los acreedores, como colosales y torpes palomas negras, se dispersaban, como si temieran su ímpetu, como si, en definitiva, creyeran que Sara iba a por ellos, que volvía a ser la comisaria de policía con ganas de atrapar delincuentes. Dejaron las novelas desbaratadas por el suelo, sin lomos, con las hojas volando en remolino sobre la calzada.

—Dos pájaros de un tiro —musité, dejándome caer en el sofá.

Y para hacerle saber a Sara que no se trataba de un capricho sino de una decisión firme, metí todas sus pertenencias en un par de bolsas de plástico y las dejé fuera, cerrando la puerta con llave.

Para cuando regresó unas horas después yo ya llevaba cuatro copas en el cuerpo; lo único que se me ocurrió hacer para soportar la tentación de dejarla entrar fue eso, beber mucha ginebra.

Me había vuelto una buena persona, así lo creía, y convertido en un santo civil, uno de esos tipos venerables que no están en los altares de las iglesias sino en las calles, de esos que no aparecen en las televisiones ni consiguen ser *hashtag* en Twitter ni tener seguidores en Facebook; me había convertido en uno de esos individuos necesarios pero anónimos, desconocidos por el gran público, que habitan discretamente las ciudades y los campos y sin cuya presencia humilde, minoritaria y casi clandestina, estaríamos mucho más indefensos. Acababa de hacer por Sara Lagos un sacrificio que solo se hace por los hijos, pero con los hijos es fácil cualquier sacrificio, supongo, porque el impulso de hacerlo nace de nuestro instinto, del factor que lo determina

todo, la supervivencia del gen egoísta; lo difícil es remontar el río del instinto, con sus remolinos y sus meandros, para favorecer a quien se quiere, aun a costa de tener que poner distancia con lo que te dicta el mandato animal de la especie. Con Sara el instinto me pedía hacer lo posible por que permaneciera a mi lado; el instinto iba en contra de mis actos, era un santo civil, porque mi sentido moral había derrotado el deseo visceral de tenerla cerca para abrazarla, acariciarla y besarla.

—Adiós, Sara —musité, sirviéndome la quinta copa—. Ojalá entiendas algún día por qué lo hago.

El hijo de Peral y nuestro hombre huían de aquel grupo de energúmenos, unas veces ayudados y otras veces entorpecidos por los aficionados que rodeaban el Santiago Bernabéu, como si tuvieran que esquivar fardos de carne. Nuestro hombre se dio cuenta de su insensatez. Se dio cuenta entonces mientras huía despavorido sin atender a la suerte del chico. Había tenido la impresión a todas luces idiota de que, estando cerca del hijo de un millonario, nadie le haría daño. Pero qué sabían aquellos descerebrados de quién era su acompañante, cómo iban esos bárbaros a colaborar en su encomienda de escribir un libro que demostrara la verdadera historia del Madrid (su escamoteada historia republicana). Escuchaba a sus espaldas los insultos de los ultras sur y le parecía que los tenía cada vez más cerca, que lograban rodearle, hasta que también oyó con alivio los cascos de unos caballos al galope; eran los policías antidisturbios que, alertados por el alboroto, se unieron a la confusión sin saber a ciencia cierta contra quién debían descargar sus contundentes porras. Cabezas de aficionados inocentes y de ultras sur fueron vapuleadas sin discriminación, con idéntica saña, momento que nuestro hombre aprovechó para dar un manotazo a la abultada carpeta del chaval, haciendo volar sus folios como pichones heridos. En el intento de recuperar otra vez su obra literaria el chico generó un desconcierto aún mayor, casi surrealista, porque empezó a desplazarse como un pollo decapitado y los ultras sur no supieron cómo interpretar aquel movimiento en zigzag que los ignoraba, como si el muchacho demostrara un desprecio casi amenazante hacia su suerte física y ese desprecio lo convirtiera en un individuo con algún arma oculta y temible.

En una de las calles aledañas al estadio, detrás de un contenedor de basura para vidrio, nuestro hombre cogió aire y descansó. Encendió un cigarrillo pensando que debía pedir más dinero por aquel libro, porque realmente era una misión en la que se jugaba el cuerpo. Marcó el número de teléfono del millonario, pero respondió su mujer con voz suave.

—A los ultras sur no les ha gustado nada la idea de un libro que demuestre el viejo republicanismo de su Madrid... Son violentos de verdad.

—¿Y mi hijastro?

—Está en una cafetería, con su obra literaria y su ceceo intactos.

—¿Puedo hacer algo por ti...?

—Venir a recogerme, por favor.

—Dime dónde estás y mando un coche ahora mismo. En un minuto lo tienes, un Audi negro.

—¿Un minuto?

—O menos.

Vislumbró al final de la callejuela, en el resol de la acera mal adoquinada, un sinnúmero de gabardinas coronadas por cabezas pequeñas con sombreros de ala ancha. Los cien detectives oligofrénicos —o quizá noventa y seis—, apostados detrás de una misma furgoneta blanca, le espiaban sin disimulo. Le atacó el pánico y corrió en la dirección contraria. En el aparcamiento anexo al estadio, los ultras sur habían logrado descabalgarse a media docena de policías y los caballos disparaban coces desde el suelo o corrían sin dirección entre los coches. Los derrotados policías se arrastraban como podían fuera del barullo, y sus uniformes limpiaban o esparcían los excrementos pajizos que sus bichos habían depuesto poco antes. Un civil caído en el suelo, con apariencia de haber sido pisoteado, le miró y alzó un martillo; era un tipo tan extraño y a la vez tan familiar que nuestro hombre se quedó dos o tres segundos inmóvil, sin saber cómo interpretar aquel ofrecimiento, porque el tipo mostraba el martillo como si quisiera que alguien se lo quitara de la mano. Agarró la herramienta, se dio la vuelta y vio venir al grupo de detectives, entre quienes se abrió paso enarbolando el martillo como si fuera el del mismísimo Thor. Los ultras sur, desconcertados, chocaron contra los oligofrénicos y él se escabulló velozmente en el Audi después de que la mujer del millonario Peral le hiciera una señal de aviso con la mano desde el otro lado de la calle.

—¿Y mi hijastro?

—En el bar.

—¿En qué bar?

—En uno que hay por ahí —mintió.

Mientras se alejaban del conflicto, nuestro hombre se volvió fugazmente y pudo ver infinitas cuartillas blancas volando por los aires como fuegos artificiales de papel; descendían con un vaivén tan lento como hipnotizador. Una nube negra se posó sobre el Santiago Bernabéu como un descomunal y vaporoso trasero.

—Hala, Madrid —musitó, aliviado—. Ahí te quedas.

Cuando una mujer sale, otra entra. Lo ordena también el instinto, y es inevitable si te has habituado a esa tensión adictiva de la convivencia en pareja, y tras la marcha de Sara no tardó mucho mi exmujer en reclamar el dinero que no le había depositado en el buzón, y tanto me gritó por teléfono que decidí desplazarme hasta su casa —cuyo alquiler aún estaba a mi nombre— para frenar en persona su aparente decisión de ir a la policía y denunciarme por narcotráfico.

Me desagradó no ver en las estanterías ni en los muebles fotos de nuestro gato atigrado. Debo de ser muy raro, pero para mí lo normal, lo humano, habría sido que tuviera el hogar repleto de quien ya no podía estar con nosotros —para compensar su ausencia—. La facilidad con que había olvidado una tragedia que a mí me acompañaba como una mancha indeleble, que tenía presente de día y de noche, en la vigilia y aun en los sueños más intensos, me provocó náuseas y tuve que ocultarme en el cuarto de baño para que no se notara mi disgusto. ¿Cómo podía ser tan glacial?

No pocas veces había soñado que compartía con Sara una experiencia muy grata, idílica —una cena con velas en el Caribe, un crucero por el Índico, en mares cálidos, de leyenda—, y aparecía Pichi haciéndonos compañía, ronroneando y acariciando con su lomo nuestras pantorrillas, y Sara alegre con su presencia, poniéndole salmón ahumado en el cuenco, pero poco a poco me asaltaba una melancolía que terminaba aproximando el sueño a la pesadilla. Sin saber por qué, una desazón casi muscular me impedía disfrutar de la cena, pese a tener a dos seres tan queridos a mi lado, una desazón que pronosticaba el fin de la felicidad y la caída en desgracia de todos nosotros —como si un martillo inmenso pudiera aplastarnos—, y de esa pesadilla despertaba para descubrir una luz, la de la vigilia, que era la entrada en la verdadera pesadilla, pues mi animalito había fallecido y debía asumirlo bruscamente, con el tremendo dolor de situarme de pronto contra la felicidad, frente al abismo intransitable de la durísima e inevitable realidad, en medio de la más absoluta incompreensión de quienes me rodeaban. Y, sin embargo, mi

exmujer no estaba viviendo ningún duelo. Vi, de hecho, fotos de un niño rubio en sus estanterías, un niño de mirada altanera, casi insolente: el hijo de su nueva pareja, a tenor de la disposición de los retratos que usurpaban el lugar que le habría correspondido a mi gato si ella lo hubiera querido como yo, o sea, de verdad.

—No creas que puedes tratarme así... —me dijo—. No creas que vas a tenerme todos los meses mendigándote el dinero que me debes... ¡No, no te lo creas!

—Ahora mismo ando fatal... No tengo una máquina de hacer billetes, Marisa.

—Me importa un comino cómo te las arregles, pero yo sin ese dinero no puedo vivir. ¡No me vas a volver a tratar como a una loca! ¡Ni hablar!

—Siempre te he tratado con educación, como a todo el mundo.

—Me has tratado como a una loca y aquí el único conejo eres tú.

—¿Qué conejo? ¿De qué estás hablando?

—¡Eres un conejo!

—¿Te pasa algo?

—¿Qué insinúas?

—Te pregunto que si te pasa algo.

—¡No insinúes que me va a venir la regla! —Me pegó un manotazo, luego otro—. ¡No lo insinúes! ¡Ya está bien! ¡Ya está bien de tanta burla gratuita! ¡Voy a denunciar tu narcotráfico! ¡Te voy a denunciar por canalla!

—Si me denuncias, también tú irás a la cárcel...

—¡Y un carajo! ¡Te voy a denunciar por canalla!

El santo civil que yo pretendía ser, con buena voluntad, se ocultaba o transformaba más bien en un diablo lleno de odio ante el espectáculo de aquella mujer fuera de sí, soltando disparates, pero no por eso perdí la cabeza sino que improvisé un plan de reconciliación que impidiera que continuara reclamándome un dinero que en ese momento no podía proporcionarle.

—He venido para decirte que deseo volver a tu lado —dije sacando los pocos billetes que tenía en la cartera, y bajé la cabeza, intentando parecer humilde y muy arrepentido.

Me gritó cualquier barbaridad similar a las anteriores, pero sabía que si insistía con energía y templanza en repetir aquella falacia lograría que se calmara. Aquella mujer que me llamaba conejo —pero qué tenía yo de conejo, por el amor de Dios, si mis dientes eran normales—, me había dado años muy difíciles, felices también, pero difíciles, y solo la muerte de Pichi me liberó de un vínculo impuesto por el deseo de que el animalito no sufriera



más allá de su enfermedad. La miraba ir y venir, naufragando en su propia ira, expulsando improperios por su boca pintada con mi dinero, ajustándome las cuentas —qué cuentas, por el amor de Dios, qué cuentas, si siempre me había portado bien con ella— con manotazos dirigidos con buena puntería contra mis brazos y mi espalda, y no podía sino odiarla, pero la odiaba con serenidad, sin prisas, con una suerte de placer suave que encontraba su acomodo en la necesidad imperiosa de frenar su afán vengativo.

—He venido para decirte que deseo volver a tu lado —repetí.

Igual que los gatos, que parecen no escuchar pero escuchan, mi exmujer estaba recibiendo el mensaje sin que yo necesitara subir la voz o incrementar los aspavientos. Sus gritos eran un muro inservible contra mis palabras serenas, que se colaban por el estrépito como agua por una fisura. En su corazón histérico, tan inseguro como egoísta, había todavía una brasa para que prendiera el amor que un día nos quemó, y poco a poco se fue serenando, lo noté en su rostro, cada vez menos sofocado, en sus movimientos paulatinamente lentos y armoniosos, y lo confirmé en cómo se dejó caer en el sofá, como si se desmayara de espaldas, y encendió un cigarrillo moré, largo, negro, de prostituta antigua, para recuperar cierto control mental.

Era mi momento. Como un actor que ha llegado al desenlace crucial de una obra de teatro, aquel en el que su personaje cobra un papel preponderante sin el cual la obra carecería de todo sentido, sabía que de lo que dijera o hiciera entonces iba a depender el éxito de mi improvisado drama.

Imagué que hablaba con Sara, imaginé que la tenía delante y le pedía una reconciliación amorosa, y debió de surtir efecto mi espectáculo porque, después de prosternarme ante Marisa y suplicarle con verdadera emoción, me vi haciéndole el amor con algún cargo de conciencia pero sin mayores dificultades, ágil y duro sobre las piernas rocosas, sustentadoras del movimiento. También en ese trance tuve que pensar en Sara, fantasear con ella, musitar muy bajito su nombre con la intención de mantener el enamoramiento pasajero que toda relación sexual requiere. Aproveché que las vocales de los nombres, Marisa y Sarita, eran las mismas para omitir las consonantes y subir la voz sin miedo en el momento cumbre:

—¡A-i-aaa...!

Una vez consumada la primera y más difícil prueba —y la traición a mis sentimientos profundos—, pude descansar y dormir brevemente, hasta que me tocó pasar a la siguiente fase. Pero para entonces las endorfinas ya nos embriagaban, a mí y a mi exmujer, así que no fue tan complicado convencerla de que, en efecto, estaba dispuesto a regresar a su lado.

Tomamos una copa de vino rosado en la cocina, un Lambrusco italiano. Ella parpadeaba aún con recelo, pero yo no me bajaba del escenario.

—Quiero volver contigo... Te demostraré que soy otro... E intentaré conseguir más dinero.

—Tendrás que demostrarlo día a día... —dijo ella, riéndose—. Egoísta.

La inseguridad, o sea el miedo, es la madre del egoísmo, y la maldad es la hermana mayor de la envidia, y la envidia tiene la misma naturaleza que la soberbia —son gemelas, siguiendo la línea temblorosa del tropo—, y por eso mi exmujer, Marisa, tan insegura y miedosa, tan egoísta y orgullosa, tenía en la maldad la salida natural para su personalidad frágil. Yo mismo, temeroso de los demás, desconfiado por culpa de mi profesión, me volvía a ratos un hombre malvado. Y pasaba de santo a demonio como se pasa de la inspiración a la espiración. Debo reconocer, sin embargo, que viví una suerte de descanso inesperado a su lado. Pues ella se tranquilizó con mi presencia, y su maldad descansó tanto como lo hizo mi cuerpo, libre de sustancias químicas por la dificultad de adquirirlas en unas calles que seguían ahí fuera, luminosas y alborotadas, atractivas como de costumbre, pero lejos de mí.

Poco a poco me fui depurando de malos pensamientos, temores y toxinas, y mi farsa logró darme una tregua con Marisa. Salía de casa, paseaba por las calles anárquicas —algunas viejas construcciones traían el recuerdo de cuando el barrio de Tetuán era un asentamiento de vaquerías—, paraba en algunos bares a tomarme una caña o un vino, o un chupito de ginebra, comprobaba con alivio que ningún gordo ni ningún flaco me seguía y, al regresar, debía hacerle el amor a mi exmujer para mantenerla con un nivel alto de endorfinas que frenara cualquier conato de ira o violencia y alejara de su cerebro la idea loca de denunciarme por narcotráfico.

—¡A-i-aaa...!

Pero mi plan era bastante perverso, pues no consistía solo en lograr que Marisa dejara de amenazarme, sino que en realidad estaba buscando otra cosa, una suerte de venganza no del todo voluntaria que, además, significaría la salvación de Sara. Mi plan —apuntalado de manera casi inconsciente mientras paseaba por el barrio disfrutando de sus contrastes: el mal conviviendo con el bien también en lo arquitectónico— consistía en pagar el escarmiento ineludible que el Vasco Abengózar exigía, pagar ese precio, digo, con carne de Marisa y no de Sara, para luego, tras el castigo, regresar al

negocio con el currículum limpio. Así que me dejé ver con ella por la calle, en tiendas, cafeterías y cines.

—¿Y tu pareja? —le pregunté—. ¿Dónde está?

—No tengo pareja —me confesó en la cama—. Las fotos que hay en las estanterías están sacadas de una revista del corazón: es el nieto del rey de Dinamarca... Perdóname, te echaba de menos... Ha sido tan duro lo que hemos pasado.

—Lo sé —dije, y la abracé imaginando que abrazaba a Sara.

Marisa tenía dos personalidades: una, sensible y empática, con la que me ganaba casi siempre, y otra, la que me llevó a divorciarme de ella, dura, imposible, la de una mujer deslenguada y violenta. Esta dualidad la provocaba su regla, lo prometo, no es machismo: mi exmujer padecía unos vaivenes hormonales que modificaban su temperamento y hasta su cuerpo de manera traumática. Una vez por mes, se le llenaba la frente de arrugas (horizontales, verticales y diagonales), el genio de trampas y la voz de insultos. Por eso no me dejaba seducir por su temperamento cariñoso, sino que recordaba muy bien, como si una muesca del resentimiento no me dejara olvidarlo, cómo se comportaba cuando se acercaba la fecha fatídica de su periodo, y me bastaba cerrar los ojos un segundo, parpadear, para recordar alguna agresión del pasado que recuperaba el alimento principal de mi afán vengativo: el odio. Las flores de la calle, ese parterre regado y cuidado con esmero por un jardinero municipal y negro, que las acariciaba con mimo, como se acaricia a los gatos, se me aparecía entonces como la metáfora de lo que ella era. Sabía que esas flores tan bellas terminarían marchitándose, volviéndose blandas hasta desaparecer en el abono. Serían sustituidas por nuevas flores esplendorosas que engañarían a los sentidos otra vez, porque brillarían como un tesoro natural, y sin embargo serían la mentira de un parterre que, como Marisa, ocultaba bajo su belleza abono, estiércol, mantillo.

Mi plan, por tanto, era sencillo: consistía en interpretar la obra de teatro cotidiana de que me importaba de veras, algo no del todo difícil, pues uno nunca deja de amar a las mujeres que una vez amó, por mucho rencor que haya acumulado con la convivencia o la ruptura —ni siquiera a las niñas del colegio o a las chicas del instituto—, hasta que el sicario del Vasco reparara en ella como objetivo de su *vendetta*.

Estuve cariñoso con ella, sí, y reprimiendo los remordimientos ante lo que sin duda era un comportamiento diabólico. Acudía al ultramarinos de la

esquina para comprar el alimento que nos faltara o que me reclamara Marisa para el desayuno, la comida o la cena. A la entrada, un mendigo con la cara picada de viruela me saludaba con una sonrisa de compromiso. Daba igual a la hora que yo fuera, él siempre estaba allí con su gesto más o menos formal, más o menos irónico.

—Ese mendigo es peligroso —le dije una noche a ella.

—¿Qué mendigo?

—El del ultramarinos.

—No sé de quién me hablas.

Se hubiera dicho que aquella negación rotunda y algo irritada señalaba un primer paso hacia su transformación mensual, pero qué va, ella realmente no sabía quién era ese mendigo, un indicio de que bien podría ser el sicario al que yo llevaba unos días intentando detectar. Estos tipos suelen lograr una efectiva invisibilidad para sus futuras víctimas.

—Es él —me dije.

Y me descubrí hablando solo, y yendo de un lado para otro de la casa con la inquietud a cuestas, porque mi exmujer tampoco se merecía, por mucho que me hubiera hecho padecer en el pasado, la experiencia de sufrir una agresión del Niñito Guapo.

Y entonces ocurrió su temible modificación de temperamento y cuerpo, ese ataque de las hormonas que primero la volvían loca a ella y luego a los que nos encontrábamos cerca. Podría jurar que hasta el barrio se volvía más agresivo: los taxistas menos corteses con su conducción, las señoras se colaban en el supermercado, los chavales te daban un pelotazo sin pedirte perdón...

Las señales del cambio se manifestaban con poca virulencia las primeras horas —unos granos rosáceos, apenas perceptibles, en mejillas y brazos, la frente se contraía formando una zeta en el ceño, el temblor de los carrillos era suave pero veloz—, pero cuando uno quería reaccionar, el desorden y sus consecuencias se hacían ya tonantes y mi exmujer me estaba replicando cualquier comentario con honda mala intención, buscando en lo que yo dijera la excusa para expresar su disgusto o su rechazo o su protesta o, incluso, su agresión. Mis zapatillas de felpa terminaron en la basura porque se las había encontrado en el vestíbulo, según ella. Mis cigarrillos Camel fueron despedazados por sus dedos afilados porque, aseguró, yo le había perdido no sé qué fular comprado en Canarias.

—¡Pero si nunca hemos estado en las Canarias!

—¡Me lo regaló mi madre!

Dos ceniceros estallaron contra la pared, tras mi nuca, cuando volví a repetir lo que, a la postre, nos había llevado al divorcio:

—Se te va la cabeza... Cambias de carácter y te conviertes en otra persona...

Dio la impresión de que estaba al borde del desmayo, como le pasaba cuando se alteraba mucho, y se apoyó en el sofá para no caer.

—Deberías ir a un endocrino, Marisa —dije con la mayor suavidad aprovechando su bajada de tensión—, un endocrino que te arregle de una vez por todas ese cerebro esclavizado por las hormonas... Lo tuyo no es ni medio normal.

Entonces se repuso.

—¡Eres un conejo, maldita sea, un horrible conejo!

—¿En qué año naciste?

—¡En 1975!

—Entonces la coneja eres tú... Mírate el horóscopo chino.

—¡No soy una coneja! ¡Tú eres el conejo!

Sus gritos, sus golpes en el piso provocaron en la barandilla de forja de la escalera un temblor casi de terremoto mientras yo huía. Y al pisar el portal descubrí al otro lado de la calle al mendigo, envuelto en sus andrajos, esquinado y turbio, ocultando en su aspecto repelente el apodo que lo había hecho famoso en los circuitos del mafioso. Me emborraché lo que buenamente pude en los bares más oscuros del barrio, lo que me permitió hundir el rostro en la sombra y vigilar la entrada por si algún indeseable venía a buscarme con la pistola o el cuchillo por delante.

Cuando regresé a casa dando tumbos, exponiendo mi espalda al peligro de un acreedor resentido, volví a encontrarme por el camino con el mendigo, aparentemente dormido junto a su cartón de Winston light nuevo, reluciente, un fallo imperdonable en su cuidadoso y verosímil atrezo.

—Sé quién eres... —dije, pero ni siquiera me contestó.

Soporté todo lo que había que soportar, reprimí todas las ganas de gritar mientras mi exmujer me insultaba y así logré aquel día una reconciliación, bajando la cabeza, pidiendo perdón por la borrachera y por el asesinato de Kennedy. Los días siguientes fueron igualmente duros, pero terminé adoptando el papel sumiso que me convenía y a Marisa se le pasó el ataque hormonal, su rostro se deshinchó, su carácter se destensó y volvió a ser la amable y cariñosa mujer de la que aún podía enamorarme si me lo proponía.

Todas las mañanas, después de mirarme en el espejo para corroborar que yo no tenía nada de conejo —esos insultos imprecisos son los peores, te

obligan a buscar su causa y así permanecen y golpean día y noche tu cerebro como un martillo pilón—, acudía al buzón deseoso de encontrar, de una vez por todas, el rostro o el cuerpo mutilado de Marisa en algún sobre con el logotipo de mi banco. Me entristecía no encontrarlo, y, asustado, telefoneaba a Sara para confirmar que seguía viva y con todo en su sitio, que su voz aún alegraba las mañanas desde la ducha.

—Sé que eres tú... —respondía ella, irritada—. ¿Qué quieres?

Y yo colgaba, claro. Me bastaba saber que estaba ahí, intacta, para recuperar el ánimo. Y regresar con mi exmujer en la esperanza de que pronto dejaría de pesar sobre Sara la temible amenaza que solo yo conocía.

Al mes siguiente, cuando vi acercarse el periodo de Marisa —su mutismo, sus dedos crispados, un cierto aroma corporal dulzón tan atractivo como peligroso —, me inventé un trabajo para desaparecer por unos días: recoger y ocultar a una mula.

—Vuelves a ser el de siempre. No has cambiado un ápice —me dijo.

—Cariño, necesitamos dinero. —Cerré la puerta con cuidado.

No pudo ser más largo aquel día. Deambulé por la ciudad sin saber qué hacer, y la noche resplandeció con sus estrellas para recordarme que aquella luz no iluminaba mi éxito sino mi incertidumbre (y ya sabemos que la incertidumbre es el horizonte de los fracasados). Estuve caminando por el centro resistiéndome a entrar en un hotel caro: era consciente de que el dinero que conservaba en la cartera sería conveniente para el futuro más inmediato.

Se me ocurrió la posibilidad de viajar a Guadalajara, que era casi Madrid pero no Madrid, y así lo hice. Compré unas cajas de alcachofa en polvo, vacié las cápsulas y vendí su contenido como *speed* en una discoteca de buenos e ingenuos chavales de la periferia. Por la mañana estaba de vuelta en la capital con la cartera saciada y la idea de haber despistado a quienquiera que me estuviera siguiendo (si es que alguien lo hacía).

Entonces no me quedó más remedio que buscar refugio en el *loft* que usaba cuando intuía mucho peligro —si las cosas se ponían muy, muy feas—, un antiguo almacén de costura que aún seguía a nombre de una de las muchas empresas fantasma ya desaparecidas, liquidadas y olvidadas, que constituyó mi madre para sus trapicheos inmobiliarios antes de arruinarse. Abrí la puerta y la suciedad que flotaba en el aire me envolvió —como si me atacara— y me hizo toser. Salí. Compré en un chino del barrio —antiguo espacio urbano para fábricas tomado ahora por redacciones de periódicos y viviendas tipo *loft*—

una escoba, un recogedor y una fregona, con los que limpié a conciencia el suelo, y compré también unas sábanas, que coloqué sobre el sofá algo enmohecido, y allí, en ese sofá, me tumbé a esperar leyendo no recuerdo qué novela. Pasé un frío horroroso en aquel lugar que me había servido de inspiración para describir el refugio donde mi *álter ego* literario y la viuda del millonario Peral esconden el martillo con el que cometen su atolondrado homicidio.

Por la televisión de una cafetería cercana, un par de días después, me enteré de dos cosas.

Una, que nadie había sido hospitalizado en Guadalajara por sobredosis de alcachofa en polvo.

Y dos, que había aparecido el cadáver de una mujer de mediana edad en pleno distrito de Salamanca. Cogí el metro para ir a la escena del crimen. El trayecto se me hizo larguísimo. Los viajeros con los que compartía vagón me resultaban difíciles de soportar. Eran rostros que me escoltaron como por un pasillo cuando salí del vagón y corrí, caras que constituían, a un lado y otro, paredes humanas, indiferentes a mi prisa y mi fatiga, asombradas si acaso por una angustia que no comprendían, contra la que sus gestos de rutina y cotidianidad laboral —volverían de sus oficinas o sus tajos— se confabulaban.

Vislumbré el tumulto que indicaba el lugar del crimen, el espacio acordonado por la policía en cuyo centro debía de estar el cadáver de Sara, y sí, allí la encontré, pero no inerte y tirada en la acera como había temido, sino colaborando con un juez grave y amanerado, en un aparente repaso, lleno de la indiscutible autoridad moral con que se manejaba en estos trances, de los elementos del crimen. Intenté llamar su atención pero no lo conseguí, y me sentí otro más, uno de tantos curiosos apelonados sobre el cordón. Su mirada enfebrecida recorría el escenario como una aspiradora de datos que despreciara cuanto estaba más allá del asunto criminal: las calles, la aglomeración de curiosos, los edificios bien cuidados de tan noble barrio. La muerta se parecía mucho a Sara, y llegué a pensar que el Niñito Guapo se había equivocado de víctima. Me subí al piso alto de una cafetería y, con otra decena de fisgones, pude contemplar desde los ventanales agrietados por la presión de tantos cuerpos cómo Sara disfrutaba ayudando a sus compañeros con indicaciones amparadas por una pasión genuina.

Recordé lo que me había dicho su exmarido en aquella fiesta delirante: «Jamás se olvida de su profesión. Todo, absolutamente todo, lo hace para abonar sus obsesiones policiales...».

Viendo cómo se implicaba en el levantamiento del cadáver, con guantes de látex y mirada de placer, no pude más que darle la razón: ahí mandaba ella. Había regresado de su excedencia con un gusto renovado por su profesión.

Cuando volví con Marisa la encontré al fin libre de su otra naturaleza, la de la señora Hyde, y melosa como era ella cuando salía de sus transformaciones. Me preguntó qué tal me había ido con el trabajo —cinco días fuera de casa—, le dije que no demasiado bien, pero no le importó; comentamos los últimos crímenes, incluso el de esa mujer tan parecida a Sara, y llegamos a la conclusión de que la crisis económica había traído a nuestras calles la inseguridad de la desesperación y encendimos la televisión para ciscarnos juntos, como un matrimonio sólido y bien avenido, en los gobiernos de España y de Europa (sobre todo el alemán) durante un rato largo. Son momentos que ahora, teniendo en cuenta lo que más tarde ocurrió, tengo muy presentes y me emocionan, me hacen sufrir cuando los recuerdo. Fueron momentos que interpreté con tal convicción que realmente recuperé el amor que un día sentí por esa mujer peligrosa —mi dramatización fue propia del Actor's Studio, supongo—, y logré armonizar en mi interior el miedo a sus explosiones de ira con la lástima ante su carácter estropeado por el descontrol de unas hormonas criminales a las que ningún endocrino había dado solución porque nadie entre sus familiares y amigos se había atrevido nunca a mentar el problema con la claridad suficiente para que pidiera ayuda sanitaria. Supe dar protagonismo a esa otra faz de su temperamento, la verdadera tal vez, que se acentuaba cuando salía del torbellino hormonal. Fueron momentos que hoy cobran tal vigor que parecen puro presente, los revivo con todo el cuerpo, me estremezco, se transforman en un remordimiento corrosivo que me hace sentir muy mal porque apenas unos días después logré mi objetivo primigenio, un error de apreciación del fantasmal sicario y, efectivamente, apareció en mi buzón la foto de Marisa con el rostro tachado en rojo sangre, el trazo rabioso, increíblemente tenso, como si el verdugo hubiera roto la punta del rotulador para amenazar con una ira casi bíblica. Clara señal de que abandonaban a Sara y se centraban en Marisa.

Misión cumplida.

El vagabundo, a quien yo daba en creer el Niñito Guapo, había desaparecido de los alrededores de nuestra casa. Se diría que había emprendido la retirada para preparar su acción.



Pero tampoco deseaba que mi exmujer sufriera las consecuencias del odio que Martínez-Rodríguez me profesaba, sino que la había puesto en la picota para salvar la vida de mi amada. Y al presentir su inminente adiós a la vida, me comportaba con ese talante nostálgico que acentúan el amor y el cariño, ese talante motivado no solo por la inminencia de una desaparición que uno ya acepta y a la que el temperamento previsor se adelanta, sino por una culpa que incluso me hizo perder el aliento en más de una ocasión y ocultarme de la mirada amorosa de ella —qué ojos tan marrones y tan dulces—, de su sonrisa de agradecimiento en aquellos días felices.

—No abras la puerta a nadie mientras yo no esté en casa, ¿entendido?

—¿Por qué?

—Porque no.

—No seas conejo. Necesito una razón.

—Porque las calles son peligrosas y más vale prevenir que curar.

—Tú me ocultas algo, Samuel...

—No, de verdad que no... Solo me preocupo por nuestra seguridad.

—Pienso abrir a quien me venga en gana.

—Como quieras, cariño.

Esperaba con impaciencia a que se aproximara su día del mes, que la agresividad mensual de su carácter me hiciera volver a detestarla, o cuando menos no lamentar del todo su más que segura eliminación a manos del Niñito Guapo (o del sicario que tocara), pero, por extraño que parezca, ese mes tuvo la regla y no pasó nada, siguió tan cariñosa como había estado los días anteriores.

—¿No estarás embarazada? —le pregunté, extrañado.

—Qué va —respondió, y dejó escapar una carcajada muy bien humorada.

Tenía muy estudiado su ciclo menstrual y sabía que, como un reloj, sus hormonas provocaban una polvareda de gritos y violencia cada veintiocho días, y aquel comportamiento bonancible no cuadraba con mis cálculos. Repasaba las tablas que me había hecho con el Excell, tachaba los días con bolígrafo negro, volvía a contarlos con los dedos o la calculadora y nada, aquello no cuadraba.

En el cubo de la basura encontré los desperdicios que demostraban su sinceridad, unos tampones, lo que me hizo sentir aún peor. Su mutación, llegado ese momento crítico, no había sido tal, y fue doloroso pero obligatorio replantearme toda la teoría sobre su personalidad y con ello acrecenté un complejo de culpa que combatía fumando tabaco y bebiendo ginebra. A ver si su ira no iba a ser consecuencia de sus menstruaciones sino de mi

comportamiento, a ver si sus ataques se iban a solucionar fácilmente con amabilidad y cariño en el momento álgido de su tensión menstrual. O peor aún: a ver si todo, hasta su tensión menstrual, iba a ser una suerte de exageración mía, consciente o subconsciente, para justificar mis vacíos afectivos, mis ataques despiadados o laterales cuando me cansaba de vivir en pareja. Hastiado de darle vueltas a tantas dudas me iba a caminar por el barrio, pero no conseguía borrar de mi cabeza esa impresión de que mi comportamiento cariñoso había logrado no solo repeler, sino impedir el ataque hormonal, de tal manera que a lo mejor no había tal ataque. Podía ser, sí, una coartada machista para mis desplantes, una especie de relato autocumplido.

Nuevas pruebas de que estábamos en el punto de mira del sicario llegaron al buzón de nuestro piso. Eran fotografías más inquietantes aún porque habían sido sacadas de nuestro propio álbum familiar: las pruebas más aleccionadoras de que el sicario se colaba en nuestra vida, hasta el punto de que disponía de la intimidad que habíamos fotografiado en los más felices años de convivencia matrimonial.

Era increíble comprobar hasta qué punto el Vasco Abengózar había perdido el juicio.

—Maldita sea, Señor Abismo, déjanos en paz —dije, guardándome la carta—. Apenas estoy ya en el negocio...

—¿Cómo dices, cariño?

—Que parece que va a llover —musité con enorme pena.

La compasión es una buena compañera de la amabilidad, se retroalimentan, así que el siguiente mes me comporté con Marisa con tanto o más cuidado y amabilidad que el anterior. Me impulsaba a ello en primer lugar esa nostalgia prematura que anticipaba su muerte, en segundo lugar, y sobre todo, ese sentirme secretamente culpable de tal fatalidad, y también hubo en mi comportamiento una suerte de prueba que me impuse con voluntad casi científica: quería comprobar si la amabilidad tenía el poder de condicionar su carácter por encima de la puntual revolución hormonal.

Recé —literalmente— para que irrumpiera en nuestra convivencia una discusión salvaje que me hiciera recuperar ese odio tan necesario para despreciar su sufrimiento o su muerte. Y, sin embargo, su comportamiento tierno volvió a ser impecable, y aterrador, porque volvió a conmovirme, como si ante el estímulo de las rosas que le regalé casi semanalmente y de los

mimos que le prodigué de hora en hora, empujado por la estrategia y la culpa, su violencia hormonal se diluyera en un mar de atenciones.

—¿Seguro que no estás embarazada?

—¿Otra vez con eso? Claro que no. ¿Te gustaría?

—No, no.

Y supe que no me estaba mintiendo: en las papeleras estaba la prueba. Había bebido un par de copas y telefoneé a Sara para contarle mi descubrimiento con Marisa, que se me antojaba lo más importante que me había ocurrido en años, pero no fui capaz de hablar.

«Sé que las mujeres necesitáis cariño y apoyo —pensé—, y volveré a dártelo si me dejas. Sé que solamente queréis que seamos un poco detallistas, una vez al día o a la semana. Sé que basta con que nuestra atención y nuestro esfuerzo estén puestos en vosotras un tiempcito para que nos devolváis el amor con absoluta generosidad, y sé tantas cosas... Espérame, por favor...».

Sara colgó sin decir palabra, con un suspiro cargado de impaciencia, si no ira.

—Descubres el Mediterráneo ya talludito —me contestó un amigo de la infancia al que telefoneé inmediatamente después.

—Pero ¿no es maravilloso? ¡He llegado al secreto de las mujeres!

—No me digas que me llamas solo para contarme esta chorrada.

—¿Te parece poco?

Y colgó, también sin despedirse.

Buscaba en los periódicos, cada mañana, la noticia de la increíble, milagrosa excarcelación de Martínez-Rodríguez, noticia que cuando se produjera me traería alivio y calma, pensaba yo, pues entonces el Vasco se mostraría magnánimo y cesaría la amenaza que se cernía sobre Marisa. Pero la noticia no se producía nunca. Era evidente que el viejo estaba dando sus últimos coletazos, los más peligrosos de cualquier bestia moribunda, pero ni siquiera esos coletazos asustaban a sus voraces perseguidores.

Sus enemigos eran poderosos e inmovibles.

La rapiña ya no era posible para quienes habían detentado secularmente el poder en España, sino que venía de fuera, de la Europa antipática y codiciosa, y no respetaba demasiado la pirámide de mando gestada en el país en siglos de peleas y componendas tuteladas por la Iglesia católica (que habría dicho mi madre, tan protestante). En ese contexto, Martínez-Rodríguez era un extranjero al que se podía defenestrar para controlar su negocio, pero un falso

extranjero, un hombre con demasiadas caras y demasiadas armas como para ser subestimado.

Sin embargo, no lo liberaban.

Me enteré por la prensa de que esa mujer que había fallecido degollada era la amante no tan secreta de un alto cargo del gobierno regional, y aunque los periódicos ocultaban lo que el dato tenía de relevante, los que conocíamos a Martínez-Rodríguez fuimos conscientes de que la ciudad se podía convertir en un estercolero de sangre como el Señor Abismo cayera en la desesperación ante la ausencia de resultados. Agobiado por todo esto, sobre todo por el negro porvenir de Marisa, le pedí al Vasco que me dejara visitarlo en la cárcel para meter el termómetro de la situación en la mismísima axila del viejo y, llegado el caso, exigirle que se olvidara de su afán de venganza. Le solicité un vis a vis para hablar con él al margen de inquisidores y, ante mi sorpresa, no solo no rechazó la petición sino que el día convenido, cuando salía de casa para dirigirme a la cárcel, encontré un taxi —Seat Altea XL— a la puerta con un conductor sonriente de aspecto amigable ofreciéndome el asiento de atrás.

—Dice el señor Martínez-Rodríguez que tenga la amabilidad de subir —me dijo con voz aguda.

Martínez-Rodríguez era turbio y duro, pero si ese coche estaba esperándome delante del portal era porque no iba a pasarme nada durante el trayecto. Otra cosa es lo que ocurriera después. Si Hitler elegía a sus más imponentes y grandes soldados de las SS para escoltar a sus invitados y hacerles sentir insignificantes, Martínez-Rodríguez hizo conmigo al revés, y tras el agradable trayecto con aquel chófer ecuatoriano me estaba esperando otro individuo igual de amable para abrirme la portezuela y ayudarme a salir del vehículo.

Esperé con familiares de presos a que me llamaran para nuestra cita y me uní a la obediente y nerviosa fila que, comandada por un funcionario menudo y rapado al cero, fue conducida hacia lo que parecía el corazón de la prisión —los suelos palpitaban con nuestro desfile—, y pude comprender la desazón de vivir obligatoriamente oyendo el gozne chillón, el metal golpeador y la reja y los barrotes susurrantes. Nos distribuyeron a los visitantes en otras tantas habitaciones y encontré a Martínez-Rodríguez flaco y sin afeitado, con aspecto de náufrago, y tumbado en un catre con las manos abiertas frente a los ojos, como si imitara el gesto de leer con placidez antes de una siesta.

—Esto es lo que he estado haciendo todos estos meses, *man* —me dijo, incorporándose después de unos segundos de tenso silencio—. Todos los

segundos de encierro con tus vergonzosas y soplonas novelas y con tremendas ganas de pasarte al papayo...

—Te alabo el gusto.

—No vayas de hembro conmigo, chico, o terminarás cargando la lápida.

El viejo me hablaba con mucho desprecio y con sorprendente acento colombiano, variedad barriobajera de Medellín. Era evidente que la cárcel no le estaba sentando bien y que aún me tomaba por el adolescente atontado que había conocido en casa de mi madre cuando yo saludaba con la sonrisa ingenua de los chavales que piensan que los amigos se heredan de padres a hijos. Pero qué va, en esta vida solo se heredan los bienes inmuebles. Ahí estaba yo, con casi cuarenta años, tomando conciencia plena demasiado tarde de que ese tipo otrora tan querido, tan familiar, tan entrañable, no era en realidad mi amigo. Como si el agua de la gratitud necesitara del cauce de la honestidad —la que él no tenía— para regar cualquier corazón, diría (poniéndome cursi). Algo así. Pero él demostraba ser voluntariamente olvidadizo. Acaso el recuerdo de mi madre solo servía para incentivar su odio hacia mí. Acaso ella representaba para él un oprobio, una injusticia en su biografía, una deuda que no quería saldar.

Una indignación irresistible estalló dentro de mí.

—Estás en la cárcel por lo que tú sabes... No por lo que dicen mis novelas.

Con un gesto muy breve y algo confuso de la mano, como si no me hubiera escuchado, me pidió que me acercara y tomara asiento a los pies de su cama.

—Se supone que estamos en un vis a vis familiar —me dijo—, pero están arreglando las celdas y nos han metido en un vis a vis para amacizarse... Otra cosa de la que te hago responsable, hijoputa... De que en la guandoca me tomen por la mamasita de alguien...

Conocía desde niño a Martínez-Rodríguez, pero la experiencia me decía que mi idea sobre él era menos fiable que la de quien lo había tratado desde una posición de autoridad, es decir, mi madre, puesto que la inferioridad promueve la confusión de quien la sufre, y la mirada científica, la visión objetiva, solo es posible desde una altura insobornable, como la que ostentan esos estudiosos que analizan con la lupa el comportamiento de un hormiguero. Resultaban pertinentes, pues, las palabras de mi madre, su memoración inmediata, aquellas con las que me aseguró, sin ambages, cómo era Martínez-Rodríguez: «Le conozco bien —me explicó la vieja, bondadosa y avejentada, llenándome los ceniceros de las pipas de girasol que

consumía a espuestas para dejar el tabaco, en aquel pequeño apartamento de la calle Ballesta donde comencé mi andadura profesional vendiendo marihuana por las esquinas del centro—, y te aseguro que este chico —se refería a él como “este chico”, como si marcara todavía, cuando no era ya ningún chico sino un mandamás del narcotráfico en edad propecta, la superioridad de quien le ha conocido ingenuo y desvalido, y como si la propia vocación camaleónica de Martínez-Rodríguez se viera reforzada por esa manía de mi madre de añadirle un apodo— tiene una virtud, pero muchos defectos. Su virtud es la ambición. Los he conocido infinitamente más inteligentes que él, más valientes también, pero lo que este chico ha soportado para llegar al lugar en el que está tiene que ver con su ambición: lo quiere todo, no se para ante nada ni nadie, no conoce el cansancio ni el desánimo, muerde, mata si es necesario porque no tiene meta, nada le sacia, su meta es el universo... Sus defectos son muchos: para empezar no sabe valorar bien a las personas, o las valora según un criterio que está sujeto a su carácter irascible, a su corazón agresivo y no a su cabeza ambiciosa; es confianzudo pero a la vez muy desconfiado, tiende a pensar que todo el mundo que él ha contratado o elegido para trabajar a su cargo es fiable, hasta que uno se la juega y entonces no hay manera de hacerle recapacitar y retroceder en su enemistad, que se hará tan súbita como duradera... Y el peor defecto de todos: es impresionable, como si ante gestos o actitudes extravagantes y violentos fuera víctima de una especie de hipnosis que le hiciera caer en el lado opuesto que hasta entonces defendía... Si alguna vez, querido hijo, caes en desgracia, impresionable, será tu única posibilidad de arreglar la situación... Ay, este chico... Le irá mal cuando envejezca y estos defectos que ahora conoce de sí mismo, la soberbia sobre todo, los deje de reprimir por el peso del cansancio que el tiempo promueve... El mismo cansancio que ahora tengo yo, hijo mío... Dame más pipas, anda, que me ayudan a conciliar el sueño...».

Se me ocurrió que, siguiendo el consejo materno, podría agarrar del cuello a Abengózar y apretárselo hasta que estuviera tan al borde de la asfixia que decidiera pedirme perdón o al menos modificar su idea sobre mí. Pero no pude hacerlo. Fue él quien me agarró para envolverme la cabeza con la sábana apretando de tal forma que quedé boca arriba casi sin respiración, y no tanto porque él lograra inmovilizarme con la fuerza de su brazo diestro, más bien escasa, sino porque el peso de su autoridad, un peso de lustros, me impidió reaccionar. Y recordé lo que mi madre, otra vez, me avisó desde el idílico pasado ya para siempre desvanecido en aquella tarde memorable (al

poco tiempo moriría, la pobre, leyendo el Apocalipsis de san Juan): «Y con todo, hijo, respétalo; es casi sangre de nuestra sangre. Nunca le faltes».

Me desembaracé de Martínez-Rodríguez como buenamente pude para pedir al funcionario que, por favor, me abriera la puerta y me dejara salir de allí.

—Cuando termine la hora —me dijo—. Disfrutad de vuestro momento.

Estuve un buen rato corriendo por la habitación, esquivando a Martínez-Rodríguez, que no cesaba en su empeño de alcanzarme con patadas o puñetazos —todas sus tentativas resultaban infructuosas y patéticas—, y a medida que escapaba de él, su esfuerzo le iba minando y parecía envejecer no solo por el brío menguante, sino porque su piel era como la de una manzana estropeándose ante mis ojos. Cuando Martínez-Rodríguez se dio por vencido, había perdido no solo vigor sino también envergadura, había envejecido diez años en diez minutos, y su respiración era tan problemática y angustiada como la de un asmático en plena crisis.

—¿Estás bien? —le pregunté—. ¿Por qué decía mi madre que teníamos casi la misma sangre?

Se arrastró hasta una esquina con el hipo adueñándose de su encogido cuerpo y, con las manos temblorosas dirigidas a mí, me pidió auxilio en incomprensible jerga colombiana. Era un arbusto con párpados cuya voz apenas se distinguía de un rumor ronco. Lo aupé como pude, sospechando aún de su actitud, y lo deposité malamente en el catre deshecho, cayendo sobre él sin querer.

—Ay —se quejó.

Escuché cómo a mi espalda se abría y cerraba el ventanillo de la puerta, y con ánimo de mejorar su humor le susurré al oído:

—Ahora el funcionario pensará que ha comenzado el abrazo de los amantes.

La mirada del anciano quedó fija en el techo, luego de un rápido parpadeo. Avisé al funcionario pero no quiso hacerme caso, y repitió con ironía aquello de que debíamos disfrutar de nuestra intimidad.

—¡Se muere!

—Es lo que tiene el amor a cierta edad...

Y cerró el ventanillo. Contemplé sin respirar cómo el viejo se estremecía en un impresionante estertor, tan sobrecogedor como una tormenta de mar vista desde una apacible habitación de hotel. Su pecho se agitaba y sus ojos apuntaban al techo con la preocupación brillando en unas pupilas que se

comían, pequeñas manchas de petróleo, todo el mar azulado y blanquecino del iris.

—Aguanta, por favor —le dije.

Su piel cobraba una rugosidad de piedra. Entendí al punto que estaba en mi mano dejarle morir o salvarle del adiós definitivo. Ser un diablo o un ángel. Pero si optaba por este último papel, no sería fácil mi tarea: ese funcionario jamás abriría el portón, estaba dispuesto a dejar morir a Martínez-Rodríguez seguramente por mandato, tácito o expreso, de sus jefes. Todo lo que él representaba mediante varias identidades, en apariencia desconocidas para quienes mandaban, se demostraba motivado por una dispensa excepcional, propia de los tiempos de bonanza económica, como si la actividad delincuente de Martínez-Rodríguez hubiera sido permitida por quienes ahora deseaban heredar sus negocios o ajusticiarle por el asesinato de aquel chaval elefantiásico e imprudente.

Y entonces, más influido por la verdadera piedad que por el cálculo de creer que así me perdonaría —influido tal vez por la sensación extraña de que estaba ante un familiar—, me senté a su lado y le hablé con suavidad, tomándole de la mano, tal y como había hecho los días precedentes con Marisa con tan buen resultado.

—Tranquilo, relájate... —le dije—. Te aseguro que no te voy a abandonar... Respira con calma, y debes saber que nada de lo que te sucede es caprichoso: van a por ti, desde el primero hasta el último mandarín de este Estado del bienestar en derrumbe.

El viejo me miró. El calor me subió a las mejillas y también las ganas de apartarme y dejarle morir, porque esa sonrisa era de sorna ante mi discurso, como si se burlara de mis palabras, o tal vez de odio o reflejo de una mezcla apabullante de malos pensamientos. Llamativa capacidad la de Martínez-Rodríguez para seguir siendo él incluso a punto de dejar de existir, me dije, y llamativa también su recuperación mediante una mueca que fue ganando su rostro hasta hacerle reír primero y toser después, y así consiguió expulsar el asma de su pecho. Se recuperó solo para decirme con acento peninsular:

—Raro que no te hayan proporcionado un martillo para matarme...

—Yo jamás he matado a nadie... Las novelas son ficción.

—Escúchame bien, Samuel: necesito que vuelvas a llamar al carcelero para que me lleven al hospital...

Paró para tomar aliento.

—Sé a ciencia cierta que van a por mí, claro que sí... Necesito ir al hospital... Vuelve a llamarlo...



—Pero es que no quiere abrir.

El viejo desvió la mirada con decepción cargada de impaciencia. Sus ojos eran dos canicas de nácar encharcadas.

Aporreé la puerta sin obtener respuesta.

—Si me sacas de aquí... —me dijo, casi afónico—, recuperarás tu posición comercial...

—¿Cesarán las amenazas?

—No sé de qué me hablas.

—No te hagas el tonto.

—No me hago nada... Llama al carcelero, por favor.

—¿Cesarán las amenazas?

—Cesará todo.

—¿Seguro?...

—Quería demasiado a tu madre como para mentirte...

El viejo, con su afirmación, me dejó conforme, porque sabía que entre sus defectos no se encontraba la insinceridad.

—No se puede intervenir impunemente en mi organización ni en ninguna otra que mueva dinero a espuestas, Samuel... —añadió con extraño tono profesoral, casi como si pretendiera darme un consejo de reconciliación—. ¡Llama al carcelero, llámalo!

—Explícate mejor...

Pero no dijo nada. Volví a aporrear la puerta llamando al maldito carcelero con más brío. Nadie se hacía cargo de nuestra situación. El viejo era un trozo de carbón blanco, cada vez más puro y apagado, cada vez más muerto. Finalmente se abrió el portón y todo fue muy rápido: agarraron a Abengózar con dificultad —pesado como todos los cuerpos inertes— y se lo llevaron en una camilla hacia el hospital, aunque parecía un cadáver.

—Ya puedes salir —me dijo el funcionario, guiñándome un ojo—. Le has dejado seco.

Al llegar al hotelito del Retiro les recibió el frescor del vestíbulo amplio, aromático y floreado como un patio andaluz.

—Por lo menos, podrías haberme dado las gracias —le dijo la mujer de Peral a nuestro hombre—. No creo que te salven todos los días de una paliza de los ultras sur.

—Te puedo dar otra cosa mejor —arriesgó él.

—¿Quién te crees que eres? Esa broma te va a costar cara...

—Quiero volver a abrazarte.

—Estás despedido.

Se preguntó cómo habría actuado su hermano en una situación embarazosa similar. Inventando algo, cualquier cosa, pensó, una excusa, un comentario para enmascarar la naturaleza del torpe y osado comentario anterior y volverlo irónico. Pero se decantó por ablandar el corazón de la mujer con una fábula victimista.

—Perdóname —le dijo, mientras ella se alejaba hacia la cocina—. Estoy muy alterado. A mi sobrino, en fin, le han diagnosticado una enfermedad terrible, degenerativa y dolorosa, y estoy destrozado porque en pocos años estará consumiéndose de la peor manera posible...

—No deberías hacer bromas con eso.

—Lo sé, pero tú tampoco deberías ser tan atractiva.

—No decías lo mismo hace unos meses...

—Entonces tenía una relación marital complicada...

La agarró por la cintura y la apretó, fuerte, contra su cuerpo.

—¡Qué haces! ¡No! ¡Qué haces!

—Lo que tú deseas.

—No, no, perdiste tu oportunidad. Déjame o grito.

—Sabes que no quieres que te deje.

En ese momento ella gritó y al tiempo sonó una alarma. Paralizado por el susto, nuestro hombre se apartó. Permanecieron unos segundos larguísimos en silencio, sin saber qué hacer. Entonces ella le quitó un pelo del hombro.

—Es la alarma del coche del vecino... —dijo, recolocándole los brazos en torno a su cintura—. Nadie le hace caso.

—¿Segura?

Y él abrió su blusa salpicando el suelo de botones.

—Bésamelas, bésamelas... No, no, las manos, primero las manos, como aquella vez.

Los días que siguieron a la defenestración del gerifalte Abengózar fueron raros. Los viví como una profanación de mi mundo, como si la solidez de todo cuanto había conocido fuera sustituida por un gas explosivo y anárquico que anunciara una revolución que tampoco me convenía. Los médicos lograron salvarle la vida, pero mal, y, entubado, quedó inhabilitado para dar instrucciones que levantaran mi castigo; desprovisto de toda posibilidad de ejercer su poder, su imperio quedó al albur de la nada, sometido a una caligrafía de misterios. El desconcierto reinaba por doquier: el negocio quedaba huérfano de un padre protector. A los pocos días, el que fuera presidente de la asociación de la patronal, CEOE, fue condenado por varios delitos financieros.

Otro que, como el Vasco, caía en desgracia.

En el poblado chabolista comprobé que los niños quinquis o gitanos no me trataban con animosidad sino con recelo, la consigna de impedirme el tránsito había sido derogada. Tampoco la policía me molestó, estaban a la expectativa, y curiosamente me sentí un hombre con poder en mi paseo por el poblado. Había corrido el rumor de que Martínez-Rodríguez estaba conmigo momentos antes de ser conducido al hospital en estado gravísimo, lo que me otorgaba casi su carisma, como si yo fuera el responsable de su desgracia y por tanto el legítimo heredero de un poder que pasaba de unos a otros con violencia, y no, claro, con el fedatario público de por medio.

Y yo me sentía bien en ese papel.

Algunas chabolas blindadas tenían trazas de haber sido abandonadas con prisa por sus propietarios. Todo el mundo temía acabar en la cárcel o en el hospital, y nadie conocía con certeza hasta dónde alcanzaba la fuerza de mi poder. Estuve casi media hora paseándome por el poblado, dejándome ver, charlando con los asustados habitantes, acariciando cortinas de ventanas destartaladas mientras los ojos —puntos brillantes en la profunda penumbra— enfocaban mis movimientos con curiosidad.

—Nada temáis —decía yo, embriagado por una sensación de plenitud desconocida que casi me hacía delirar—. No os guardo rencor.

Los niños, a una distancia prudencial, me seguían como los perros; contagiados del miedo o la vergüenza, agachaban la cabeza cuando los miraba, y mis pasos sonaban en la tierra o el barro con la música mullida del vencedor rodeado de respeto. Aquello me hizo comprender la vocación policial de Sara, pues la sensación de poder no se puede igualar con ninguna sustancia estupefaciente —ni siquiera con la más orgásmica—, es la sensación de que la vida te pertenece como le pertenece a los niños que juegan y ríen sin añoranza del pasado ni miedo al futuro. Es volver a ser un niño feliz en el puro presente. El poder era eso, recuperar la omnipotencia infantil: los pulmones acaparaban más oxígeno, las pupilas captaban más luz y más sonrisas, los oídos solo escuchaban el runruneo de los elogios —como si la muchedumbre fuera mi madre cariñosa y amparadora—; había mucha gente dispuesta a agachar la cabeza y servirme, consolarme, quererme... El miedo y el amor suelen ser lo mismo cuando se sienten desde abajo. Y con esta convicción me adentré en una chabola, una de las más lujosas, y le guiñé el ojo a una muchacha morena de piel y rubia de trenza, de mirada inteligente, mientras probaba su guiso: ella se hizo a un lado para dejarme la cuchara de latón, que hundí en la espesura.

—Hum, delicioso —sentencié.

Y supe que con solo un gesto que le hiciera, aquella preciosidad me habría seguido al infierno, porque, como decía el desaparecido Manzaneda, si la belleza es el poder de las mujeres, el poder es la belleza de los hombres.

Me invitaron a un vino en la cantina del poblado y me atreví a decir en voz alta lo que en otro tiempo, con Martínez-Rodríguez en su apogeo, habría resultado un peligroso atrevimiento:

—Nada que temer, amigos, aquí estoy yo, el amo, para solucionar cualquier problema. Ponedme otro.

Y entonces ascendí un nuevo peldaño en esa sensación de vida que tanto placer me estaba proporcionando, pero no por ejercer con estrépito o malicia mi poder recién descubierto, sino por aprovecharme de él para acercarme con palabras apaciguadoras a quienes con tanto miedo (y amor) me contemplaban:

—Soy vuestro amigo, os lo aseguro... De ahora en adelante yo controlaré el negocio y no os va a faltar de nada... El Vasco jamás saldrá de su letargo salvo para marcharse al otro barrio... Confiad en mí, pues... Os trataré bien y con educación.

¡Con qué silencio respetuoso me escuchaban!

Una señora grande y enérgica salió de detrás de una colgadura granate con flores estampadas tirando del brazo de una joven. Se trataba de la misma chica cuyo guiso había probado y elogiado minutos antes (tenía demasiado pimentón, la verdad). Evitaba mirarme, se resistía a venir, pero había curiosidad en alguno de sus ademanes, como si en el fondo deseara abrazarme. Terminó en mi pecho, asida y amparada por mis brazos de hombre benefactor. La señora quería que me la llevara sin más, pretendía con atropellada palabrería y empujones que se ganara el sustento en mi hogar, como doméstica o lo que fuera.

—Esta chica necesita un padre, mujer, no a mí...

—¡Qué padre! Usted es el mismísimo espíritu santo —replicó ella con voz grave, casi de hombre—. Llévesela, por favor.

Salí de la chabola con la chica de la mano.

—¿Cuántos años tienes?

—Mayor de edad.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Y por qué quiere tu madre que vengas conmigo?

—Porque tiene miedo.

El sol brillaba como una enorme moneda de oro acompañada de unas nubes que parecían —lo juro— rostros de doncellas sonrientes. Buen escenario para mi poder. Y la chica volvió hacia la chabola corriendo. Se escapaba de mí. Salió su madre para pegarla.

—No le haga eso, señora...

—Sabe fregar y planchar... Y ya ha visto cómo cocina... Por favor, llévesela y enséñela a vender, que aprenda a ganarse la vida... Esto lo van a tirar... Edúquela.

—Que no, de verdad, que no puedo...

Brotaron de las chabolas individuos de todas las edades que tenían en común el ceño fruncido ante lo que debían de considerar un desplante que los humillaba como comunidad.

—Narices, me la llevo... Pero quiero que mañana me tengáis preparada aquí la mercancía para que la distribuya... Ahora soy yo quien decide quién vende y quién no... ¿Me oyes, Manduca? ¿Me oyes?

Solo escuché el viento, pero fue como si el poblado entero exhalara una respuesta de asentimiento, y supe que el Manduca, en algún lugar de aquellas callejuelas embarradas, había tomado buena nota de mi órdago.

Y todos volvieron a meterse en sus chabolas asintiendo con la cabeza, cambiando el mal humor por una sonrisa, felices de tener a un nuevo jefe al que servir en sustitución del viejo comatoso. El mundo necesita orden, pensé, y yo he venido a traer orden a este miserable poblado.

—Orden y bienestar —musité.

—Se te va la olla, payo —me espetó la muchacha.

Y tenía razón, se me iba la olla hacia una ilusión de poder que disfrutaba por vez primera en esos momentos únicos, en ese instante en que miré a la muchacha y vi en su rostro la luz de una admiración y un respeto que no eran más que la reverberación del temor reverencial de sus mayores. A tal punto debí de crearme el papel que de las chabolas empezaron a brotar madres tirando de sus hijas, madres que me rogaban que me llevara a sus niñas conmigo, que sabían trabajar, y que podrían aprender a vender si yo les enseñaba.

—¿A vender qué?

—Lo que usted vende.

Hice el ademán de tocar una flauta y silbé como si estuviera andando por el mismísimo pueblo de Hamelin.

Nadie pareció disfrutar o reír con mi broma.

—Lléveselas, por favor, haga usted el favor.

Comprendí que eso debía hacer, no había otro remedio, llevarme a todas las chicas con la flauta de mi poder, ayudar a esas familias en lo que pedían, proveer, ampararlas como hacía Abengózar con quienes colaboraban en sus negocios: un líder provee, lo decía él, porque si no provee solo el miedo hace posible su liderazgo —un miedo edificado con crueldades que producen odio—, y ese miedo es tan endeble como el barro; resbalas y caes y te ensucias y masticas piedras enmohecidas o cardos punzantes, y al levantar la vista la muchedumbre está sobre ti, liberada del respeto o transformándolo en violencia contra tu cuerpo indefenso con ayuda de palos, tijeras, sogas, cuchillos y cuanto encuentren a mano (que se lo digan a Ceaucescu o Gadafi, salvando las distancias).

Así que yo proveería, sería el líder que pedían aquellos pobladores —ellos me marcaban el camino—, temibles si uno se enfrentaba a ellos en su territorio, pero mansos y leales en aquel momento, interpretando así de figurantes o secundarios del relato que ellos mismos, sin saberlo o sabiéndolo a medias, estaban construyendo.

Mis pasos y los de las chicas eran, con el viento, lo único que se oía en ese calmoso paseo hacia mi coche, y bien podría decir que en ese momento hasta

el sol me pertenecía, pues se volvía rubio en la cabellera de la muchacha que, a mi lado, comandaba la procesión, y plata en mi reloj de pulsera. Constaté una vez más que el Señor Abismo era terrible, porque aquella rendición general del poblado, esa entrega que hacían las madres de sus hijas, era prueba suficiente de la pertinaz horadación que realiza el poder en la voluntad y el ánimo de quienes están a merced de sus caprichos, que terminan confundiendo miedo y amor y se vuelven reverentes con gusto y alegría. El relato de lo sucedido con el Vasco, al pasar de boca en boca, había ido sufriendo la paulatina deformación de su contenido; probablemente en primera instancia fue un rumor más o menos veraz: «¿Sabes qué? —le habría dicho un preso a otro o a un familiar de visita—. El Vasco casi se muere en la celda del vis a vis cuando estaba acompañado por uno de sus curritos»—, pero luego habría ido alejándose de la versión original hasta convertirse en algo parecido a esto: «¿Sabes qué? Ese tipo tuvo los arrestos de ir a por el Vasco y machacarlo a patadas... Es el nuevo jefe, el mismo tipo que hizo desaparecer al millonario Manzaneda de la faz de la tierra...».

Porque el chisme unió ambos sucesos, el coma del Vasco y la desaparición de Manzaneda, en un mismo mito demasiado grande para mi condición inofensiva de novelista que solo se había metido en una profesión ilegal con el humilde fin de ganar dinero y tiempo para escribir.

—¿Qué fue antes, el huevo o la gallina? —pregunté retóricamente mientras andaba con las chicas por el pasillo de las chabolas, dejando que mis botas de ante se estropearan al contacto con los guijarros y los charcos.

—El huevo —respondió la muchacha, convencida.

—Pues sí, el huevo —reconocí, luego de reflexionar ante la inusitada respuesta—. Entendiendo por tal la historia que condicionará tanto la realidad que esta terminará convertida en gallina...

—Se te va la olla...

—Tal y como yo lo entiendo, el huevo es una narración que, a fuerza de ser incubada, termina convirtiéndose en el mismo aire que respiramos, o sea, en gallina... Tenía razón el ex de Sara... Lo que uno cuenta, la manera en que uno se inventa la realidad, el modo en que uno le da sentido, genera a su vez más realidad... Y ahora me ampara un mito creado por una sucesión de exageraciones, o sea, por el esfuerzo inconsciente pero creativo de mucha gente. Así que debo comportarme como lo que ese relato espera de mí... No puedo ir contra una narración que me da la oportunidad de ser poderoso y protagonista... No puedo ir contra la realidad que ya representa ese relato.

Y las chicas se rieron sin comprender.



La tentación, si la suscita una lolita, supera con creces cualquier muro o barrera que el pensamiento o la educación erijan para hacerle frente. La chica rubieja se sentó a mi lado en el coche, y el resto detrás, apretadas, amontonadas unas sobre otras. Todas eran demasiado jóvenes para mí, sin duda, pero por eso también muy tentadoras, porque nada resulta tan tentador como lo prohibido. Uno intenta no arrojarse a ese abismo, pero el vértigo lo hipnotiza y lo atrae: la monja, la profesora, la alumna, la púber, la tía Julia... Y mientras las llevaba a casa me pregunté si el hecho de que la falda abierta mostrara su muslo dorado, el de la chica rubieja, y el hecho de que estuviera mirándome con fijeza me concedían alguna oportunidad de seducirla o por el contrario estaba sufriendo un delirio producto de esa tentación en la que, sabía, no debía caer, tanto si tenía posibilidades de éxito como si no. Conducía e intuía su mirada atacando mi rostro, con esos ojos oscuros que tiraban de mí, y en los semáforos comprobaba que sus pupilas dilatadas, en efecto, permanecían en mis labios, los engordaban con un cosquilleo, como una llamada al beso o al mordisco que solo aliviaba el claxon de algún conductor impaciente que me sacaba del embeleso. Por fin, aparqué, librándome de malos pensamientos y terminando con el silencio del grupo.

Abrí la puerta de casa y mientras Marisa recuperaba el movimiento, poco a poco, parpadeando primero tras sobreponerse a un vahído de los suyos y poniéndose después con los brazos en jarra, las chicas tomaron el piso como una manada de vaquillas para subirse a sofás y mesas, para perseguirse con risotadas y gritos que convirtieron aquel espacio en un inmenso infierno de ochenta metros cuadrados con guerra de cojines incluida.

—¡Por favor, la foto, no! —dije—. ¡La foto del gato no la toquéis, os lo advierto!

Marisa rompió a gritar y fue sorprendente comprobar que sus alaridos apenas lograron conmover a las muchachas. Tras un silencio muy breve, las risas se impusieron a las advertencias de Marisa, que casi lloraba. Opté por encerrarme en el cuarto de baño, aturdido, como si me diera por vencido y prefiriera no saber qué ocurría más allá de la puerta. Me mantuve en silencio, acurrucado dentro de la bañera y tras la cortina, y con el grifo del lavabo abierto para no oír, y así poco a poco el paroxismo fue bajando de intensidad hasta que solo escuché el correr del agua, mi respiración más o menos agitada y un rumor de televisión encendida. Cuando me decidí a salir de mi refugio, descubrí que las chicas estaban viendo una película de terror, unas en el sofá, otras en el suelo, dos bajo la mesa, y Marisa al fondo, pidiéndome

explicaciones con el rímel corrido y las cejas enarcadas en medio de un embriagador aroma a resina de hachís.

La discusión comenzó en nuestro dormitorio:

—¿Eres un conejo loco o qué te pasa?

—Mira, Marisa, escúchame bien, porque es importante... El señor Abismo ya no podrá seguir con su negocio y de alguna manera me ha nombrado su sucesor...

—¿No sé de qué señor me hablas?

—No puedo creer ni por asomo que voy a sustituirle en su posición sin hacer favores a esta gente humilde...

—¿Sustituir a quién?

—Esas señoras de las chabolas tienen miedo de que sus hijas sufran algún daño en el inminente desmantelamiento del poblado y acuden al único individuo en el que creen, el único que les puede ayudar... El heredero del Vasco...

—¿El Vasco Abengózar?

—Ese mismo.

—¡Tú no eres nadie, por favor! ¡No se construye un imperio económico de la noche al día, conejo! Querías ser escritor y mira en lo que has terminado...

—¡Alguien tenía que llevar dinero a casa!

Marisa dio un paso hacia atrás, como si un conato de vahído la obligara a retroceder.

—Ya solo piensas en el dinero... —musitó, al recuperarse.

—El Vasco está en el hospital y yo soy su heredero natural... Por favor, no estropees esta oportunidad... Tenemos que dar cobijo a estas chicas, Marisa.

Y aquí la agarré de las manos, porque entendí que la escena requería mayor cercanía.

—Juntos podremos tener un imperio, uno bueno, no tan importante ni limpio como el que tenía Vicente Ferrer en la India, pero uno nuestro... Y sin irnos tan lejos. Podremos quedarnos aquí, en Madrid... Y yo escribiré novelas maravillosas... Humanas, conmovedoras, que hagan un bien a la sociedad...

—Mira, no me jodas con delirios de grandeza... Yo quiero vivir tranquila... ¡Llévate a esas delincuentes y no vuelvas nunca más!

—Educación, Marisa —dije bajando la voz—, son personas humildes que tienen oídos...

—No podemos estar juntos... No sé por qué lo olvidé... Por cosas como esta se fue al traste nuestro matrimonio, no por mi temperamento como has querido hacerme creer...

Sus palabras no eran consecuencia de un arrebató hormonal sino del hartazgo personal. Y me dolieron más que nunca. Había fingido tanto tiempo que la amaba que verdaderamente ya no estaba fingiendo, sino que la amaba de nuevo.

—No me puedes hacer esto ahora, por favor, Marisa... Necesito seguir contigo aunque sea una semana... El tiempo suficiente para estabilizar mi situación como sucesor del Vasco... Te necesito más que nunca...

—Ese es el problema, Samuel, me necesitas, no me quieres... Y por vez primera te lo puedo decir sin desear asesinarte, lo asumo como lo que es, un rasgo de tu forma de ser imposible de modificar... Así que solo te pido que te vayas, que te alejes de mi lado porque no te quiero cerca... Y esta serenidad no es fingida, sino que es el síntoma de una nueva Marisa que ha nacido como nace la primavera... Prefiero volver a imaginar que tengo un amante que amarte a ti... Prefiero envejecer sola antes que hacerlo con un conejo.

—No sé qué quieres decir con eso.

Respiró hondo.

Insistió en que no me quería cerca ni un segundo más, que lo comprendiera, que no deseaba herirme con sus palabras sino ser honesta y hacerme entender sus sentimientos (sus *feelings*, subrayó con extraño prurito inglés), que cuando me llamaba conejo no lo decía por mi aspecto sino en un sentido alegórico para expresar su percepción desagradable de que era un hombre incapaz de permanecer en el sitio, saltarín y poco fiable.

—Marisa... —Busqué sus manos otra vez—. ¿En qué libro de autoayuda has leído esas bobadas?

—No son bobadas... —Ocultó sus manos detrás de su cuerpo—. Soy una nueva Marisa.

—Escúchame: si tú no me ayudas, no podré hacerlo... Es nuestra oportunidad... Es cosa de dos... Estamos bien juntos...

—¡Eres un conejo! —Se tapó los oídos—. ¡Vete!

—Pero volveré... ¿De acuerdo?

—Sí.

—¿Sí?

—¡Para pasarme la pensión!

Supongo que no resultó muy habitual para la gente de la calle verme a mí, un individuo cualquiera, cabizbajo y seguido por siete jovencitas ruidosas que me tiraban tobas o me tocaban el trasero para que saliera de la molicie. Pero no podían ofenderme ni yo reaccionar con fastidio, estaba demasiado traumatizado por la forma, tan expeditiva, en que Marisa me había echado de casa (era la quinta vez que lo hacía, pero esta sería la definitiva). Me senté en el banco de un parque y las chicas a unos diez metros de distancia, en otro banco desvencijado cercano al arenero infantil, donde fumaron y rieron sin reparar en las miradas hostiles de las madres que acompañaban a sus hijos en los columpios y los toboganes. Tanto alboroto armaron que atrajeron la atención de dos vigilantes privados. Se acercaron para comunicarnos que habían avisado a la policía porque aquel era un espacio reservado para niños pequeños, no para desarrapadas fumadoras de porros.

—Chivatos —musité sin que me oyeran.

Me las llevé a una cafetería Rodilla, pero el alboroto atrajo otra vez a un guarda jurado, qué plaga, que nos aconsejó con ladinas amenazas, suavizadas por la sonrisa de dientes rotos y amarillos, que abandonáramos su local.

—No es tu local, es de un señor con dientes blanquísimos que ahora está en un *jacuzzi* con tres mulatas —le dije a modo de despedida—. Así que menos seriedad en el cumplimiento del deber.

—Vete a la mierda, gilipollas —gruñó a mi espalda—. No tienes ni puta idea de quién soy yo...

Caminaba con siete que generaban un escándalo más propio de cien detectives bobos, y detrás de todas ellas columbré a un tipo extraño, no tanto porque tuviera el aspecto de un niño envejecido, que lo tenía, sino porque me seguía con verdadero interés profesional, no con la mera curiosidad del peatón llamado por el escándalo. Era, lo supe al punto, el Niñito Guapo. Este sí, y no el mendigo aquel tan picado de viruela que fumaba Winston light. Entraron cuatro chicas en mi coche y las otras tres en un taxi, y nada más proporcionar al chófer la dirección del poblado chabolista me alejé del sicario intentando que el miedo no me traicionara. Eran muchos los peatones, incluso desde la acera contraria, que nos contemplaban con curiosidad, debían de pensar que estaba teniendo lugar el rodaje de una película o el levantamiento de un cadáver o algún otro espectáculo callejero de los que paran el tráfico, demasiados testigos como para que el sicario se atreviera a pegarme dos tiros en plena calle soleada. Aparecía y desaparecía entre los curiosos como si quisiera contemplarme desde varias perspectivas. Pero el círculo de curiosos se fue dispersando, como si mi charla les ahuyentara —les pedía que, por

favor, no se fueran—, incluso llegué a oír el comentario despectivo de un peatón que me llamó chalado. Y pude ver mejor al Niñito Guapo. Sus ojos no eran violentos ni hostiles, sino escrutadores y neutros, sin emoción reconocible, con esa concentración de los peritos que se enfrentan a un encargo laboral: el bombero ante la casa en llamas, el enterrador ante el nicho, el fontanero ante el váter atascado, el sexador ante el pollo. Él era el sicario ante su víctima, por la que sentía tanta simpatía como antipatía, quiero decir que no me veía como a un hombre sino como a un reto o escollo profesional.

Esa fue la sensación que tuve y debo subrayar cuán desagradable resultó ir notándome cada vez más cosificado mientras los peatones desaparecían. El Niñito Guapo tenía aspecto de no haber pasado nunca la pubertad, pese a su imponente altura, como un chaval tallado cuya piel lampiña hubiera sufrido los efectos del tiempo (debía de contar, según el mito, con más de cincuenta años) pero no de la madurez. Era bastante dentón y su voz sonó un poco a metal y otro poco a hembra:

—Hola —me dijo.

—Tu jefe me ha perdonado.

—El silencio no significa perdón —sentenció.

Y desapareció como un globo que se pincha, entre la gente.

Nuestro hombre no salió del ático hasta la noche siguiente, necesitaba descansar. Aquella mujer impresionante le había dejado exhausto. Practicaron un sexo feroz que los llevó a rodar por la cocina durante dos horas sin reparar en el peligro de que el millonario Peral llegara intempestivamente y los descubriera enlazados sobre la bandeja de albóndigas —crudas— que cayó al suelo con el movimiento de sus cuerpos. A la hora de la cena, Peral le recibió malhumorado en el comedor y, sin decirle nada ni ofrecerle asiento, reclamó por el teléfono interior la presencia de su mujer, con tono frío, muy duro. Por un momento, nuestro hombre pensó que Peral había descubierto el adulterio, pero su ceño estaba demasiado fruncido. Y nuestro hombre sabía que un tipo humillado por una infidelidad no permitiría que el causante de tal oprobio advirtiera el castigo que le tenía preparado, por osado que fuera, y por tanto aparentaría calma o indiferencia y disimularía el enfado. Así que tomó asiento intentando parecer natural y escuchó, aliviado, cómo Peral le abroncaba por otro motivo:

—No vuelva a dejar a mi hijo solo en una situación tan comprometida, ¿entendido? Le podría haber pasado cualquier cosa... Él es un escritor, no un guerrero, un hombre de retaguardia, no de vanguardia.

Aparecieron entonces la mujer y el hijo de Peral, y se sentaron a la mesa cabizbajos. El rostro de ella tenía un rubor que era imposible ignorar pero que podía pasar por vergüenza, y nuestro hombre sintió el orgullo de saberse causante de esa mejora evidente en la piel y el ánimo de aquella hembra portentosa en cuyas manos glaciales y finas estaba el secreto de una libido feroz. El muchacho, sin embargo, tenía la palidez de la decepción, y supo que acababa de ganarse un enemigo. No tanto porque le hubiera dejado abandonado a su suerte mientras los ultras sur les perseguían, sino por haber lanzado por los aires la carpeta con el contenido de su obra literaria, depositaria de los mayores afanes de su ego de artista frustrado. Pero a nuestro hombre ese resentimiento le parecía poca cosa al lado del deseo con el que aquella mujer fogosa le obnubilaba. El peligro es el mejor perfume

femenino, las mujeres son mucho más atractivas cuando se envuelven en él, sus melenas se hacen más voluminosas y brillantes, sus pechos más turgentes, sus bocas más encarnadas, su inteligencia más viva. Y así, tomando aquel gazpacho sabroso aunque extemporáneo, mientras la lluvia ametrallaba los ventanales del comedor y el corazón su pecho, con ruido delator, nuestro hombre se iba emborrachando con la mezcla aromática del vino, el riesgo y el deseo. Cada segundo sin abrazar y besar a aquella mujer le resultaba tan intolerable que repitió gazpacho hasta en tres ocasiones para ver cómo sus manos agarraban el cazo y le servían con la señal de sus dientes aún presentes en ellas.

—Buen apetito tienes hoy —le dijo el millonario Peral—. Ni que hubieras estado toda la noche dale que te pego...

El silencio permitió a nuestro hombre comprobar que Peral había hablado sin segundas intenciones, pero la mirada de su hijo no le gustó. Era torpe, sí, pero con una inteligencia que no radicaba en el cerebro sino en esa hipersensibilidad emocional que le permitía ver donde la ceguera de la mayoría no alcanzaba.

—La literatura quema energía —respondió nuestro hombre, y el muchacho le miró con odio.

—Seguro que sí —dijo el millonario, y alzó el cazo de gazpacho a modo de brindis.

—El chaval está muy verde —añadió nuestro hombre, envalentonado por la mirada claramente amorosa de la mujer—. Pero aprenderá a manejarse en el día a día, *conditio sine qua non* para sobrevivir en las procelosas aguas de la literatura: ahí el que no sabe nadar, naufraga y se lo comen los tiburones.

Al patriarca, como le llamaban su hijo y su mujer, le gustó aquella afirmación y le dio un manotazo en la espalda a nuestro hombre y luego otro a su hijo en la mejilla, casi una bofetada que humedeció los ojos del chico. La mujer, en un gesto lleno de sensualidad, acarició a nuestro hombre con la rodilla bajo la mesa, provocando un movimiento delator en la parte baja del mantel. Aturdido, él se incorporó para huir sin saber adónde, al cuarto de baño tal vez. Pero se cayó, provocando las risotadas del padre y del hijo y el rubor cómplice de la mujer; sin aliento, ayudándose de la silla, se incorporó y ella le mostró una de sus gélidas manos, tan suave, tan besada por él, para darle la servilleta y decirle:

—Toma, límpiate.

Cuando volví al poblado, mi presencia fue recibida con asombrosa indiferencia, como si aquel lugar fuera otro o yo me hubiera vuelto invisible. Y eso que solo habían transcurrido dos días. Las madres no quisieron darme a sus hijas. Los hombres no se quitaron el sombrero o la gorra para saludarme. Los niños jugaban sin reparar en mí. Alguien poderoso de verdad había ocupado la posición que a mí me correspondía. Hasta había una delegación del Real Madrid repartiendo balones y camisetas entre la chavalería. Desde las chabolas nadie contestó a mi reclamo de mercancía.

—¿Dónde narices está Manduca?

Nadie respondió.

—¡Manduca! ¡Sal!

Me costó asumir que había despertado de un delirio de grandeza, y que ya estaba de nuevo en una vigilia tan cruda y evidente que hasta Marisa la había sabido ver mejor que yo. No habían dejado morir al Vasco para que un mindundi como yo heredara su negocio, tenía razón ella («no se construye un imperio económico de la noche al día, conejo»), sino para manejarlo desde alturas más remotas y principales. Y, debo reconocerlo, se notaba que los nuevos jefes eran duchos en el arte de manejar hombres y mujeres, porque el poblado había sido despojado felizmente de la amenaza que pendía sobre él y ya todos sus habitantes se sometían a las necesidades de una actividad mercantil bien ordenada. Allí, desde lo más alto del promontorio que daba a la autopista, surgieron los taxis repletos con los yonquis o los viciosos de Madrid y alrededores, y poco a poco fui tomando conciencia de que era lo mejor que me podía haber pasado, porque ese aire de mercado en movimiento, funcionando como un motor remozado y muy potente, expulsaba de sí cualquier resquicio para el rencor o la venganza por ofensas personales, y todo volvía a tener un saludable aire capitalista que me ponía a salvo de las agresiones y que me podría devolver, por qué no, mi antigua función de camello discreto y feliz ahora que el Señor Abismo había desaparecido. Bien es verdad que tarde o temprano yo también debería ponerme en contacto con



el nuevo jefe del negocio para trabajar bajo su protección y no por libre, nada recomendable esta opción última si uno quería evitar el riesgo del plomo en el corazón o en el cerebro o de los barrotos ante las manos crispadas e impotentes. Insistí, fui de una chabola a otra, hasta que me abrieron un ventanuco y reconocí a quien había sido mi contacto durante tantos años. Le pedí una cantidad discreta a cuenta y Manduca, con un cierre de ojos, asintió sin reproches, y tuve la intuición de que Manduca —pese a su voz grave, ambigua— no era un hombre sino una mujer, la mismísima madre de aquella muchacha rubieja de larga trenza.

—Gracias, tía.

Cuando regresé a mi coche tenía el maletero con la mercancía como si las aguas hubieran regresado a su cauce tras un periodo de breve y extemporánea sequía.

La defenestración definitiva del Vasco fue mi salvación, pero no la de Marisa, y esa tarde supe que había fallecido por desnucamiento tras descubrir a un extraño, probablemente el Niñito Guapo, en el salón de su casa. La noticia me dejó sin habla durante varias horas: ideas confusas de venganza y suicidio — el maldito, merecido remordimiento— me agobiaron hasta que dejó de llover y, con la ayuda del sol y una ginebra bien cargada, fui recuperando la calma y la lucidez al tiempo que el cielo se vaciaba de nubes. Tenía que haber supuesto que cuando Sara apareció en el tanatorio no venía con el ánimo de estar cerca de mí y consolarme, sino que volvía a ser la comisaria de policía que siempre había sido, y otra vez yo era para ella, más que un examante, un criminal que merecía estar entre rejas. Sus palabras cariñosas me remitieron a las que yo había empleado con falsedad para apaciguar a Marisa, y no lograron conmoverme.

Me había comportado con Sara, aunque ella no lo supiera, como un santo civil, pues para que pudiera seguir riendo, investigando crímenes reales o imaginarios, Marisa tenía que yacer dentro del carísimo féretro costado de mi bolsillo (abonado a cuenta de mi remordimiento).

Me tocó hablar en el funeral contra todo pronóstico, y pese a que me negué a subir al púlpito, el sacerdote insistió tanto que no me quedó más remedio que obedecer a sus deseos para que el tira y afloja con la manga de mi traje (de Armani) no terminara en inoportuna trifulca.

—La muerte no existe más que para los vivos —dije, tan aturdido como compungido, notando que también Sara me observaba desde el fondo de la

iglesia—. Así que, tranquilos, para Marisa la muerte ya no existe...

Se hizo un silencio muy tenso, vibrante, como si el estupor anegara a toda la iglesia en un desencuentro colectivo. Me costó respirar aquel gas hostil, y me di cuenta de que en todo funeral lo conveniente es recurrir al tópico, no airear una teoría personal sobre la muerte, pues el tópico acarrea una sencillez argumental fácilmente comprensible y muy sabia, labrada con siglos de experiencia. No es otra cosa que un cauce que permite el mejor recorrido de todo el proceso, tan lleno de tensiones, hasta la definitiva sepultura y el colofón de los ramos de flores.

—Marisa, los que aquí estamos... —rectifiqué, tomando aliento—. Los que aquí estamos, echaremos de menos tus arrebatos de serena honestidad...

Dije de ella lo contrario de lo que pensaba, lo reconozco, donde había defectos puse virtudes, y tan miserable me sentí en aquel teatro que la voz empezó a temblarme como una cuerda de laúd y unos sollozos irrumpieron en mi discurso despertando algún que otro aplauso que me hizo sentir aún peor.

—Has estado increíble —me dijeron algunos amigos al terminar.

Reparé en una zanahoria pequeña, sucia y pisoteada, que estaba bajo mis pies como una tentación puesta por el demonio, mientras el sepulturero lanzaba sus paladas de tierra sobre el féretro y solo tuve que empujarla con la punta del zapato para que cayera antes de la clausura definitiva de la lápida. Nadie del cortejo fúnebre pareció reparar en el tubérculo, y quienes sí lo vieron caer debieron de pensar que se trataba de un crisantemo, pero es que culpaba a Marisa de su propia muerte y así se lo reprochaba, dándole de comer lo que comen los conejos: si me hubiera hecho caso y me hubiera acompañado en la misión de hacerme con el control de todo el negocio, podría haberle ordenado al Niñito Guapo, como nuevo jefe supremo de la cosa, que se tomara unas vacaciones y se mantuviera al margen.

Luego quise recuperar la zanahoria víctima del remordimiento —ella, que tanto detestaba a los conejos, no merecía ser enterrada con esa hortaliza cruel —, pero me sujetaron entre varios para que no saltara a la tumba.

—Tranquilo, Samuel, tranquilo —me decían—. Ella ya no está...

En aquel entierro la familia de mi exmujer —con la que ella había roto relaciones el mismo día de nuestra boda— me trató con radical frialdad, por no decir antipatía. Sospechaban que yo estaba implicado en el extraño desnucamiento pero no criminalmente, sino más bien por la vía mágica y fatídica de la mala suerte: consideraban que mi relación con ella —a la que se habían opuesto desde sus inicios— había sido un error que terminaba como solo pueden hacerlo los errores persistentes. Parecía, claro, el ajuste de

cuentas de un destino elegido contra los deseos de una familia amorosa, preocupada y sabia que le había advertido del peligro de casarse mal a su hija díscola. Y Sara vino a preguntarme por el asunto, en son de paz, me aseguró, con la coartada de ahorrarme el trato con policías desconocidos que sí buscarían en mí a un culpable para tan cruel suceso.

Ya lo estaban buscando, de hecho.

—Mira, Samuel —me explicó—, este tipo de asunto, cuando se demuestra su origen criminal, siempre es consecuencia de un odio producido por la convivencia marital...

—¿Qué insinúas?

—Solo que esa será la principal línea de investigación.

Estábamos en su comisaría, y aquel lío de hombres y mujeres yendo y viniendo con revólveres en las sobaqueras, aquellos pupitres que se arrastraban al contacto con la velocidad de los cuerpos, me confirmó la idea de que la realidad copiaba al peor cine de Hollywood y no al revés. Aquellos subordinados de Sara habían visto demasiadas películas, y cuanto más jóvenes eran, más se creían estrellas de cine interpretando el papel más bobo de sus vidas. La impresión no pudo ser más nefasta, pues estábamos en manos —no solo yo sino la sociedad al completo— de auténticos majaderos. Sara era una mujer que disfrutaba sabiéndose rodeada de tipos sin imaginación y sádicos. Porque todos aquellos individuos que iban de un lado para otro, que fanfarroneaban con tal o cual detención, que me miraban con suficiencia cuando no desprecio solo por sentarme en el lado del escritorio que ocupaban los simples ciudadanos, estaban tan contentos de ser quienes eran que resultaban aborrecibles, y me pregunté cómo era posible que a ella le gustara su trabajo. El poder, claro. Es probable que además recibiera con su profesión una recompensa íntima, resultado de la ironía del destino, en el hecho de mandar sobre los mismos tipos que cuando era niña no le dejaban jugar al fútbol ni a la guerra. Es posible, sencillamente, que se creyera el cuento de que hacía un servicio a la ciudadanía. No lo sé.

Entró uno de sus subordinados en el despacho para mencionarle no sé qué de unos rumanos conflictivos, y esa manera de hablar de los tipos a quienes había detenido como presuntos aluniceros, con tanta animadversión, como si mencionara a insectos y no a personas, me atemorizó; había emoción en lo que tenía que haber sido puro lenguaje profesional, frío, despojado de sentimiento.

—¿Y cómo estás ahora? —me preguntó Sara cuando su subordinado abandonó el despacho sin mirarme.

—Mal, claro.

—El juez ha iniciado las primeras pesquisas... Perdóname si te molesto con algunas preguntas difíciles, pero mejor yo que un desconocido, ¿no crees?

Dicen que las mujeres se fijan mucho en las manos de los hombres. En aquel momento yo me fijé en las de Sara, y deseé sus caricias: dedos finos, uñas ligeramente crecidas y brillantes, manos que viajaban por la mesa agarrando y soltando un lapicero —manos que yo había mordisqueado con amor—, el rollo de papel celo, un par de hojas grapadas, tal vez un atestado, como si esos desplazamientos pretendieran quitar protagonismo a las palabras y distraerme.

—Háblame de Marisa, entonces, de sus enemigos... —dijo ella—. Háblame de qué problemas teníais... Háblame de por qué volviste con ella... Cualquier dato es importante para averiguar qué sucedió.

—Bueno, digamos que nuestro matrimonio se fue al traste cuando supimos que el gato estaba enfermo...

—Eso ya me lo contaste hace meses, Samuel.

—Pero es que fue así... Poco a poco, su enfermedad fue horadando nuestra relación... La tensión que nos generaba convivir con alguien tan querido y a la vez tan deteriorado... O puede que fuera al revés, puede que nuestra desunión desembocara en discusiones que tenían que ver con el gato —y al mirar a Sara tuve la sensación de que no le conmovía mi relato, sino que lo analizaba con interés puramente indagatorio—. Verlo sufrir y perder la apariencia física, y transformarse en un pequeño monstruo sin que nadie, ningún experto, nos diera solución, sentirnos impotentes y solos, eso era muy difícil de compaginar con una vida matrimonial saludable... Estábamos juntos, sí, pero éramos un hombre y una mujer solos.

—¿La odiaste?

—¿A la pobre criatura? No, ni hablar... No podía culparla de su enfermedad... Qué disparate...

—¡A Marisa! ¡Olvídate ya del bicho de las narices, por favor!

—No mientes a Pichi con ese desprecio, Sara, no vuelvas a hacerlo... —me indigné—. Yo nunca he llamado así a tu perro...

—Es un animal doméstico normal y corriente, con cola y pedigrí.

—Y los gatos sin cola también son normales y corrientes... ¿O qué te crees? Y los conejos, y los cerdos, hasta las ratas... Todos los animales son normales y corrientes, también los ornitorrincos. Lo que hace a unos más «normales» que a otros es el punto de vista de la mayoría. La normalidad es

una convención, y la convención es coacción, lo sabe cualquiera que no sea obtuso o policía...

—Sin insultar.

—Y mi punto de vista no es el de la mayoría, desde luego que no. Jamás lo será por deformación profesional.

—¿A qué deformación profesional te refieres?

—A la de novelista, a qué otra si no...

Otra vez la ausencia de empatía en su mirada, la represión de la ira, tal vez la ironía.

—Vale, como quieras. Dejemos eso por ahora. ¿Odiaste a Marisa?

—Me daba lástima...

—Pero volviste con ella...

«Porque sabía que un sicario andaba detrás de ti, Sara. Volví con ella para que el sicario la eligiera a ella y no a ti», pensé.

—Me sentía muy solo... —dije.

—Puedes contarme la verdad, Samuel... Deseo ayudarte...

Cruzó las piernas separándose del escritorio para facilitar, no sé si voluntaria o involuntariamente, que yo pudiera contemplar las sinuosidades de una falda que dejaba ver carne a la altura de los muslos.

—Esa es la verdad.

—¿Quién podía odiar a Marisa hasta el punto de querer matarla?

—Yo, desde luego, no.

—¿No tenía enemigos?

—No, que yo sepa.

—No pareces muy afectado.

—Es que estoy encantado...

—No tiene gracia.

—Estoy aún en estado de estupor. Apenas he sido capaz de llorar porque me resisto a creer lo que ha pasado.

Me entregó un pañuelo de papel para que me limpiara el agüilla que, al parecer, surgía de mi nariz muy oportunamente.

—Ahora mismo, por ejemplo, no estoy así por pena, sino por rabia... —le dije—. Me fastidia que hayamos vivido juntos, que nos conozcamos íntimamente, y tú sin embargo me tomes por quien no soy, como aquella vez en la Feria del Libro...

—Te burlabas de ella...

—Y tú te burlabas de tu exmarido, lo imitabas...

—Decías que perdía los estribos cuando estaba con el periodo, que te arrojaba libros y cedés, que gritaba hasta desgañitarse... Que a veces te daban ganas de responderla a golpes, porque su ira era tan insoportable que no merecía vivir...

—¿Decía yo eso?

—Sí.

—Pues tú dijiste que no te habría importado nada dejar a tu abogado agonizando al lado de tu cama una noche en que llegó borracho de no sé qué fiesta...

—¿Dije yo eso?

—Sí.

—Puede ser, pero Esteban no ha sido asesinado...

—Y Marisa, que yo sepa, tampoco...

—No necesitaron hacerlo... El síncope les ahorró el trabajo.

Me fui de su despacho con un portazo que hizo vibrar el cristal de la mampara, fingiendo un enfado que no necesitaba fingir, pero sí exagerar para que no se me notara el miedo. Pensé en Corín Tellado, cuya vida se parecía tanto a sus narraciones románticas, y me pregunté qué fallaba en mis novelas para que mi vida fuera tan tumultuosa. Y por eso ahora cuento —aunque no sea del todo cierto—, lo bella que estaba la calle cuando salí de la comisaría aquel día: los árboles eran manos limpias con los dedos soñando acariciar las nubes de algodón, los coches pasaban con agradable suavidad de gacelas, silbando, las palomas no amenazaban con sus deposiciones sino que brillaban como estrellas blancas buscando su pan desde un cielo hermoso... Pese a las evidencias de que Sara había regresado a su afán melancólico de endosarme un crimen atroz, ahora el homicidio de mi exmujer, juré interpretar todo cuanto me aconteciera con insensato optimismo, forzando la ingenuidad sin miedo a caer en la idiocia y buscando el final feliz en todos mis relatos, orales o escritos, grandes o pequeños; en adelante, los personajes de mis novelas terminarían siempre en algún paraíso terrenal, una playa caribeña de aguas cálidas y transparentes, por ejemplo, como en mi última novela publicada, y no en la cárcel o el manicomio como en las anteriores. Pero no pude estar mucho más tiempo pensando en esto porque detrás del árbol que tenía enfrente, en el bulevar de Juan Bravo, unas manos pequeñas se ocultaron. Lo siguiente fue una trenza rubia y una falda corriendo que dejó por el suelo una libreta garabateada. La chica desapareció al torcer la esquina y yo traté de frenar su carrera con gritos hacia la nada, porque nada encontré cuando doblé la esquina, solo papeles volando a ras del suelo, como tras un ataque nuclear.

—¡Tu libreta! —grité en soledad—. ¡Se te ha caído!

El bar que tenía a mi espalda me pareció el mejor refugio para tranquilizarme con una cerveza. Me acodé en la barra y apareció ella desde el baño, primero el flequillo, luego la picardía en la sonrisa, y más tarde la sensualidad del cuerpo viniendo hacia mí resuelto.

Se sentó a mi lado, en un taburete, con enorme, encantadora osadía.

—Devuélveme el cuaderno.

—¿Por qué?

—Es donde escribo.

—¿Qué?

—Lo que a ti no te importa.

—Ah, menos mal —le dije—. Pensé que estabas haciendo un diario literario...

—Se te va la olla...

La invité a una cerveza y se la bebió de dos tragos ante la mirada recelosa del camarero. Debía de pensar que era menor de edad y seguramente estaba en lo cierto. Me la llevé a otro lado y bebió otra cerveza con igual ansia, cerrando la boca para regalarme una sonrisa de satisfacción al depositar el botellín sobre el mostrador.

—Te vas a emborrachar, chiquilla.

—¿Es lo que quieres, loco?

—No. Yo quiero que me digas por qué me sigues.

—Yo a ti no te sigo. Estaba trabajando. ¿Me devuelves el cuaderno?

—¿En qué trabajas?

—Devuélveme el cuaderno o se lo digo a Manduca...

—¿Manduca es tu madre?

—Devuélveme el cuaderno.

Quiso arrebatármelo con un movimiento invisible de la mano. Casi me caigo del taburete. Ella había bebido dos cervezas y yo cuatro, y terminamos abrazados, como si su pequeño cuerpo buscara el mío para darle calor con la excusa de una libreta que se esforzaba en vano en recuperar. Le di la espalda y abrí la libretilla con el deseo de toparme con mi nombre rodeado por un corazón flechado. Pero mi vanidad se vio defraudada, porque en vez de mi nombre leí el de un buen número de direcciones, todas de clientes míos por uno u otro motivo, desde la del artista plástico, pasando por la del cineasta, hasta la del dueño del gimnasio, incluso mi editorial.

—¿Por qué has apuntado estos portales?

—Eso a ti ni te va ni te viene.

—Venga, tómate otra cerveza.

Se la tomó con la misma impaciencia que las anteriores, pero ni aun así perdió la suspicacia y quiso arrebatarme de nuevo la libreta con tal ímpetu que se tiró sobre mí provocando un pequeño escándalo en el bar.

—Salga de aquí, por favor —me dijo el camarero mientras la chica y yo nos peleábamos con los cuerpos apretados.

Lo hice, la invité a la enésima cerveza en otro bar, y terminé llevándomela a casa de mi difunta esposa —el juez ya había estado presente y levantado la orden de acordonamiento—, dándole las gracias al destino por haberla eliminado sin sufrimiento físico, pero unas gracias dolidas, colmadas de culpa, como si el santo civil de mi interior no fuera capaz de retirarse del todo para dejarme la conciencia en paz y siempre estuviera debatiéndome entre dos naturalezas, la benévola y la malvada, la generosa y la calculadora, la civil y la criminal, dos naturalezas que no se excluían y que solo convivían mal en mi cerebro tendente al remordimiento, pero no en mi cuerpo deseoso de subir endorfinas de cualquier manera: con una buena acción o con una acción lasciva; el sistema nervioso no distingue el origen de su bienestar. En cuanto abrí la puerta de la casa rompí a llorar. Estaba algo bebido y me supe un individuo de moral problemática. Pensé otra vez en Marisa como en una mujer de una fragilidad digna de lástima, entregada a una pura pasión conyugal que despreciaba la justicia de las cosas, y las lágrimas me brotaron sin que yo sollozara, como si el dolor surgiera con la vergüenza silenciosa de saber que la vida no había sido justa con ella, en parte porque yo tampoco había colaborado en ello.

Imagué el terror que debió de sentir cuando el Niñito Guapo, con ese aspecto de hombre crudo, sin la cocina de la pubertad, apareció en mitad del vestíbulo con su fría y atenta mirada profesional.

—¿Por qué lloras? —me preguntó la muchacha.

—Bueno, me han venido recuerdos de golpe... No sé si sabes lo que le pasó a mi exmujer el otro día...

—¿La señora esa tan buena?

—Sí.

—¿Qué le pasó?

—Pregúntaselo a tu madre... Ella sabe bien lo siniestro que es este mundo nuestro.

Se sonrojó y me dijo:

—Se te va la olla... Dame otra birra.



—No hace falta que me vigiléis... No pienso hacerle sombra a Manduca... Puede quedarse con todo el negocio del Vasco... Solo quiero que me permita seguir trabajando en mi parcela.

Pero ella no respondió. Tenía intereses más inmediatos: fue hasta la nevera y agarró un litro de Mahou. Bebió a morro. Aquello, no sé por qué, me encendió peligrosamente. Quise tomarla por la cintura para apretarla contra mi cuerpo —morderla—, pero se escabulló con risas y se encerró en el cuarto de baño. Escuché el correr del agua durante más de diez minutos con el oído pegado a la puerta.

La encontré desnuda en la bañera rebosante y espumosa, con las rodillas llenas de unos moratones que eran como los que se hacen los niños jugando, y sus pechos flotaban como melocotones tímidos, casi indistinguibles de las burbujas. Fui capaz de comportarme como un adulto y la hice levantar, fui capaz de darle una toalla pero, cuando fue a cerrar el grifo, se lo impedí y mordí su cuello con ganas de arder en el infierno.

—Enséñame lo que escribes —me dijo con una sonrisa—. Quiero aprender...

—¿A escribir?

Sus risas se mezclaron con las mías, pero aquello no era un juego sexual, sino un juego infantil. Me estaba convirtiendo en un niño, como si la propia naturaleza de la chica contagiara mi espíritu. Y poco a poco, con el auge de nuestras carcajadas infantiles, fui perdiendo el vigor y ganando la apostura del hombre adulto y decente. Había derrotado al sátiro llamando al niño: la cubrí con la toalla y di por concluida la tontería. Salí de la bañera mientras ella se burlaba de mí.

—¿Qué te pasa, tío? ¿Tienes miedo?

—No me aprovecho de las niñas, y menos si son pobres... No puedo.

—Soy mayor de edad, gilipollas, y tengo más dinero que tú —respondió, y proyectó el chorro de la alcachofa contra la mampara de cristal—. Y no tienes ninguna oportunidad conmigo... ¡No vales nada!

—Vístete, anda... Te voy a llevar con los tuyos...

Se presentó la policía judicial en casa —noche de farolas apagadas, dos hombres de paisano, uno pelirrojo y otro moreno— y la muchacha seguía conmigo, escrutándome en un silencio que me puso muy nervioso; su presencia me hizo sentir más sospechoso de lo que ya era. Pero yo estaba invadido por ese estupor que se parece mucho a la serenidad, como si el

trauma de los últimos acontecimientos generara en mí temple y habilidades de camaleón social.

—¿Quién es ella? —me preguntó el pelirrojo.

—¿Tengo obligación de contestar o puedo llamar a mi abogado?

—Puedes llamar a un confesor.

—Mi sobrina carnal.

—Se te va la olla —contestó la muchacha, pero duchada y con ropa de Marisa parecía una chica de mi clase social.

—Vete a tu cuarto, anda, y termina de estudiar —le dije—. Pronto vendrá tu madre a recogerte...

Por fortuna, obedeció sin ponerme en un aprieto. Su rebeldía adolescente estaba convenientemente matizada y reprimida por el instinto de conservación propio de los quinquis o mercheros.

Hay grupos sociales que aprenden a ver en cierta clase de hombre las amenazas que verdaderamente representan no por lo que son, sino por el poder omnímodo que los sustenta, y esa desconfianza corría por la sangre de la muchacha como el oxígeno, aunque aquella pareja de policías viniera camuflada en jerséis de cuello alto, chaquetas de pana y barba de dos días. Se hubiera dicho que eran dos tipos de mi gremio, dos literatos, dos editores o dos poetas, vaya. Reconstruyeron la escena del desmayo criminal, así lo llamaron, conmigo delante, con el informe que preparó el médico forense y el juez el mismo día del suceso, un informe mecanografiado tan repleto de fotografías y dibujos que parecía una novela gráfica o un cómic, y ellos, de nuevo, dos hipsters o dos gafapastas con su libro inédito bajo el brazo.

—Volvamos al tema —dijo el moreno—. El visitante abrió la puerta con una tarjeta de crédito o similar... La mujer debió de oírlo desde la cocina... Y al verlo en el salón se desmayó. Él, seguramente, llevaba un revólver.

—Nada de un revólver. Probablemente un arma distinta, estrambótica, atroz —le interrumpió el otro—, capaz de aterrorizar con su cercanía: una cimitarra mora, un sable con doble filo brillante, un martillo neumático... Las pistolas jamás asustan a quienes no están habituados a ellas...

—A cualquiera que le entra un extraño en casa con un revólver, aunque sea de juguete, se caga por la pata abajo... —respondió el moreno, visiblemente disgustado con la interrupción—. Y no digamos si el extraño es un sicario...

—¿Un sicario? —dije haciéndome el sorprendido—. ¿Por qué un sicario?...

Cerró la ventana, como si le molestara el ruido del tráfico, y prosiguió sin contestarme:

—El extraño salió del piso con sigilo y prisa, como en las películas, y sin buscar dinero... ¿Su exmujer era asustadiza?

—Era impresionable y difícil... —respondí—; sobre todo, una vez al mes...

Los policías se miraron con una sonrisa.

—No tuvo tiempo de ser difícil —repuso el pelirrojo—. Se desplomó...

Y ambos policías miraron detrás de mí. Allí estaba la muchacha, contemplando la escena con medio cuerpo oculto en la puerta corredera del salón.

—Por favor, sobrina, vete a tu cuarto —le pedí.

El pelirrojo dio un paso hacia ella como si quisiera preguntarle algo, y otra vez el instinto de supervivencia provocó la huida de la chica y el ruido de sus pasos perdiéndose en el pasillo.

—¿Recibió alguna amenaza?

—No.

—¿Estaba metida en líos de drogas o de otro tipo?

—Tampoco... ¿Por qué?

—Todo indica que estaba en el punto de mira de gente muy poderosa...

—Oh —fingí—. Eso es terrible.

—¿Recibió usted o ella alguna carta como esta?

Y el pelirrojo, que actuaba a regañadientes como el secretario del moreno, se palpó los pantalones, la chaqueta, y extrajo de algún lugar de su camisa un papel que desdobló con rapidez. Era una amenaza desagradable escrita con letras de diversas tipografías, extraídas de periódicos y revistas, y algo en mí —las mejillas seguramente enrojecieron o palidieron, quién sabe, a lo mejor retrocedí un paso, tragué saliva o parpadeé velozmente— debió de delatarme, porque ambos afirmaron al unísono:

—Sí.

—No —aseguré—, pero he visto mensajes así en las películas.

—Mira —dijo el pelirrojo, y me desconcertó no saber cuál de los dos hacía de poli bueno y cuál de malo. Tal vez yo también estaba demasiado influido por las películas—. Aquí hay dos opciones. O nos cuentas por las buenas lo que sabes o nos lo cuentas a bofetadas y sin confesor delante. Así que no te pases de listo, porque empiezo a repartir premios y me quedo solo.

—Y nos importa tres huevos que esté aquí tu sobrina —añadió el moreno doblando el papel.

—¿Dos polis malos? —dije—. No me cuadra.

—Los dos somos polis buenos —replicó, irónico, el pelirrojo.

Les conté que ya había respondido ante la comisaria Sara Lagos por la muerte de Marisa, y se miraron con perplejidad. Ella estaba adscrita a la comisaría de su adinerado y cómodo distrito y no a Homicidios como aquella pareja de agresivos inspectores, y se ofendieron mucho por su intromisión en un sumario judicial que no le correspondía. No pasó una hora desde que se fueron —pellizcándome, amenazantes, las mejillas— y Sara ya me había telefoneado demostrando una vez más que su voluntad estaba siempre al servicio de investigar cualquier suceso más o menos criminal que despertara su curiosidad, aunque no fuera de su incumbencia profesional.

—No le digas a nadie que te traje a comisaría para ayudarte, por favor. No vuelvas a hacerlo. Este no es mi caso y algunos compañeros se molestan con la intromisión...

Cansado de que la viuda de Peral le pidiera que, por favor, le mordiera o chupara las manos como preludio a todo acto amoroso y harto también de que le exigiera pisotear cualquier signo relacionado con el club que amaba su difunto marido; asustado, sobre todo, por saberse cómplice de un asesinato que cometió drogado, sospechándose utilizado, nuestro hombre pidió el reingreso laboral en el hospital privado y dejó de verla. En venganza, ella empezó a acostarse con otros hombres y se lo hacía saber con toda clase de pruebas testimoniales. Y los viernes ya no le llegaban al buzón solo los informes de los detectives, sino también un sobre rosa o amarillo, otro más, en el que la viuda se dejaba ver desnuda con un nuevo amante cerca, muy cerca, las más veces apretado a ella, peludo siempre, pero con un rasgo que definiera su identidad para diferenciarlo del anterior, para que nuestro hombre supiera que ella jamás repetía con el mismo amante: una mancha, un tatuaje, unos bíceps musculosos. No, eso no le mortificaría lo suficiente. Eso no lograría infligirle el daño y la tortura que, según ella, él merecía. Se trataba de hacerle comprender que cualquier oso que lo desease podría estar donde él también había estado, dentro de ella, besando previamente unos dedos maltratados de tanta humedad.

El restaurante era un lugar recién inaugurado, de cocina posmoderna — minimalista y sosa—, de esa que se sirve en poca cantidad sobre un plato grande, cuadrado o rectangular, y que se da en llamar internacional, situado en Juan Bravo, la calle donde transcurrió la infancia de Sara Lagos, esa infancia de luces deslumbrantes pero tristes sombras (una de esas sombras, misteriosa y larga, la llevó a convertirse en policía, sospechaba yo). Me senté fuera, en el bulevar, donde una lona de plástico protegía a quienes fumábamos de la ley antitabaco y del viento primaveral, y divisé su figura en la lejanía aumentando de tamaño con extraña velocidad, como si se acercara muy inquieta, casi corriendo. Su mirada desnortada tardó en encontrarme, pese a que me tenía delante, y cuando tomó asiento no tuve ni tiempo de saludarla.

—Malas noticias, horribles —me dijo con alarma.

Venía preparado para un interrogatorio sobre Marisa, pero ella me sorprendió con la noticia de que Esteban había perdido su trabajo y podía perder su libertad.

Con el fallecimiento de Martínez-Rodríguez, el bufete estaba en proceso de desmantelamiento y era un proceso peligroso para quienes habían trabajado hasta entonces en él: por un lado, la policía interrogaba cuando podía a los abogados, como al propio Esteban; por otro, sus cajones de aluminio cerrados con llave, sus archivadores polvorientos de la parte trasera, sus escritorios de madera noble eran forzados y revisados subrepticamente por todos aquellos empleados que ahora navegaban al paio, sin el timonel que les había conducido hasta entonces como marineros de agua dulce por una realidad social que, cubierta por el armazón del bufete, parecía calma y segura, sin las olas resacasas y los tiburones hambrientos que acechaban en el mundo del tráfico de sustancias prohibidas, ese océano salado y mortal. Bajo el suelo, después de arrastrar el sillón que lo tapaba, Esteban había descubierto un agujero con un saco de arpillera repleto de sobres con direcciones postales y sellados para su envío inmediato. Justo cuando iba a abrir uno, llamaron a la puerta. Se encontraba solo en el bufete, así que

guardó silencio para que el visitante se marchara, pero fue una operación vana.

—¡Abran! ¡Policía!

Esteban fue hasta el baño y tiró de la cadena, y recibió a los policías como si se estuviera abrochando el pantalón, pero con una interpretación fallida, rígida y torpe, exagerando mucho el gesto.

—Perdonad, estaba en el cuarto de baño.

—¿Plantando un pino?

—Sí.

—No te lo crees ni tú.

Los policías —probablemente la pareja formada por el pelirrojo y el moreno, o similar— entraron en el despacho dándole un empujón a Esteban, y aunque él les pidió una autorización judicial, su voz salió sin ninguna convicción mientras los agentes, desenvolviéndose cada uno por su lado, desordenaban lo que les venía en gana dentro del enorme bufete de techos altos y amarillentos y suelos de parqué crujiente. Esteban debió de darse cuenta de hasta qué punto su comodidad dependía de su malhadado jefe, de hasta qué punto una existencia regalada había respondido a su voluntad casi inconsciente, natural, de mirar para otro lado y no querer ver los peligros del bufete, y echó de menos al viejo con dolor. Se asomó a su despacho y ni siquiera protestó al presenciar cómo el pelirrojo abría uno de los sobres, extraía un cedé y lo introducía en su ordenador para visionar el contenido.

Era una grabación de la Fiesta, de la fiesta de Fin de Año, en la que se veía a un chico de no más de veinticinco años recibiendo una sesión de sexo heterodoxo de parte de una mujer escuálida con liguero negro y tacones de aguja. Luego se veía al joven tomando drogas y finalmente duchándose vestido entre gritos agudos que impresionaban por cómo derruían la dignidad del chaval, que horrorizaban por la entrega del joven a un orgasmo grimoso.

—¿Quién es este? —le preguntó el pelirrojo al abogado con cara de asco.

—No lo sé —respondió con sinceridad.

—Pues es clavadito al ministro de Hacienda... Venga, cagando hostias a comisaría.

Cuando se quiso dar cuenta se encontraba dentro de un Seat León blanco con los ojos vendados, y más tarde, tras un largo, interminable viaje de media hora, pudo ver, con las manos esposadas con cinchas al respaldo de una silla situada en el centro de un almacén inmenso y oscuro, que estaba a punto de protagonizar una película de Tarantino.

—Me vi como el policía de la película *Reservoir Dogs* —le dijo a Sara desde Colombia, desde donde le contó la historia en susurros y por Skype antes de que ella le pudiera preguntar qué hacía al otro lado del charco—. De hecho, uno de ellos, el pelirrojo, sacó una cuchilla de afeitar antigua y se acercó a mí...

Bastó que Esteban se viera en esa situación para que suplicara que, por favor, no le cortaran la oreja, o sea, ahorró a los policías la interpretación del papel desagradable de verdugos.

Todo esto me lo contaba Sara sin probar el vino, vaciando una y otra vez la copa de agua como si fuera el combustible de su narración. Yo me había terminado mi *carpaccio* y sus espagueti seguían intactos delante de una blusa negra que mostraba un sujetador de encaje del mismo color cuando los pliegues adecuados me permitían verlo. Pero, por más que su belleza pugnara por distraerme, mi atención estaba puesta en el relato.

—Lo asustaron tanto que ha huido a Colombia para hacer de mula... La disparatada salida que le propuso un compañero de bufete.

—¿Y qué pinto yo en todo esto?

—Ahora que Martínez-Rodríguez ha fallecido —me dijo, sirviéndose más agua—, todo su imperio lo van a heredar quienes con la crisis están viéndose en problemas para mantener su fortuna...

Me miró pero no dije nada.

—Van a terminar con todos vosotros... A ti te van a culpar del asesinato de Manzaneda, lo cometieras o no... Cualquiera día aparecerá en el matadero de su familia un hueso del muerto o el arma del crimen...

Más allá de la lona transparente que protegía la terraza del viento —la aparición de la muchacha, a quien había dado esquinazo con dificultad, era previsible; enviada por su ambiciosa y acaparadora madre, Manduca, para conocer quiénes eran mis clientes y arrebátarmelos; al parecer, no quería payos en su negocio—, pude ver el tránsito fugitivo de dos o tres peatones soltando humo por la boca, pero las pupilas dilatadas de Sara tenían una tenaza, como si me asieran y no me soltaran, como si necesitaran y pudieran atraparme para conocer mi expresión a medida que ella iba contándome el problema, enorme, que debíamos afrontar; unas pupilas gigantescas, ávidas de luz, que hermanaban a Sara con la fuerza de carácter de todas las mujeres que alguna vez he amado. Eran, me dije, el mismo tipo de mujer, mujeres solitarias, tal vez egoístas, y yo era de esa clase de hombre que, como solía decir mi madre con más fastidio que resignación, se busca amantes iguales a su esposa.



—Esteban está desquiciado... —La voz de Sara era una delicia, me erizaba la piel—. Lo tienen en Colombia a cuerpo de rey, lo llevan y lo traen, ponen a su disposición todo lo que pide... Ayer estuvo viendo un espectáculo de magia con el resto de la expedición... El problema es que su huida tiene como contrapartida un regreso obligatorio cargado con mercancía...

—¿Y por qué me lo cuentas a mí?

—Quiero que me expliques cómo funciona el sistema de mulas desde dentro...

—No sé de qué me hablas...

—Tú te has encargado muchos años de recoger a quienes venían a España con un cargamento... Está en tus novelas y lo sé...

—En mis novelas también hay fisioterapeutas y yo jamás he dado un masaje a nadie.

—No es lo mismo.

Era notorio que Sara no iba a creermelo aunque la coartada estuviera bien fundamentada o la repitiera con insistencia, y me dejé llevar por las puras ganas de ayudarla.

—¿Lleva muchos días en Colombia? —le pregunté.

—Algunos. ¿Por qué?

—Porque para hacer de mula hay que prepararse a conciencia, con semanas de antelación, no se puede convertir uno en mula de la noche a la mañana, y conviene relajarse antes del gran momento... Tendrá que aprender a tragar la comida sin masticar, entrenarse en ello para que el cuerpo se acostumbre y no vomite la mercancía... Luego le darán el pasaje de avión, y dos días antes le prohibirán cualquier alimento sólido... Solo líquidos, y nada de alcohol, claro...

Estaba describiendo el proceso que yo mismo había tenido que realizar en Uruguay veinte años atrás, cuando era un chaval ambicioso y estaba loco por entrar en un oficio que no exigía más esfuerzo que el de asumir un riesgo de cárcel que, joven como era, despreciaba, o más bien no veía, igual que no veía la muerte o la enfermedad. Estuve varios días tragando sin masticar uvas congeladas y trozos de zanahoria cruda para acostumbrar el esófago y el estómago a bultos sospechosos, alimentándome solo de caldo, y pasé un horrible viaje de avión durante el que oculté toda la comida que me dieron las azafatas en una bolsa de mano para que a nadie escamara mi falta de apetito... Las instrucciones eran claras: al llegar al aeropuerto de Barajas, una mujer vestida de rojo se lamería el dorso de la mano derecha en cuanto yo la divisara, como extravagante pero inequívoca señal que me informaría de

quién era mi contacto, y yo tendría que seguirla hasta un taxi que ella me señalaría discretamente con el dedo pulgar al pasar junto a la puerta del copiloto.

Divisé, en efecto, a una mujer guapísima con un vestido rojo, que me miró con fijeza, pero no se lamió la mano... Impaciente, sintiéndome cada vez más aprensivo y cansado —el vuelo había durado nueve horas plúmbeas, vividas segundo a segundo—, le hice un gesto con las cejas. Como viera que no reaccionaba, me lamí discretamente la mano para obtener una respuesta refleja. Tampoco hubo señal. Se alejó con una expresión rara. La seguí sumido en la perplejidad, con la idea de que a lo mejor me había perdido su señal con el parpadeo. Se volvió y me pidió que por favor dejara de seguirla o llamaba a la policía.

—No, por Dios, disculpe usted, ha sido un error...

Al retroceder casi tropecé con una mujer diminuta, poco más de metro treinta, con chaquetón rojo de cuero sintético, o similar, que se chupaba la mano groseramente. Se hubiera dicho que era una prostituta. Muy pintada, con el pelo escaso cardado con una laca olorosa hasta el mareo, llamaba la atención de quienes pasaban a su lado, menos a mí, que había buscado un biotipo similar a las diosas que me habían rodeado en Montevideo. Me pregunté cómo era posible que eligieran a alguien así para cometido tan difícil y clandestino... Y me di cuenta de que, precisamente, solo destacaba por su aspecto estridente, lo que vacunaba a su persona de cualquier otra consideración. Así que la seguí a cierta distancia, cumpliendo con las instrucciones, asombrado de ver cómo se derramaba el helado de chocolate por su pequeña mano gruesa mientras ella lo lamía con indiferente glotonería. Su grotesca irrupción tuvo a bien, por otro lado, liberarme de la percepción excesiva de mí mismo, de ese análisis medroso de los acontecimientos que tenían lugar en mi estómago, esa vigilancia de unos jugos gástricos que rugían en la tarea de horadar el cascarón de lo que llevaba dentro: un kilo de cápsulas deletéreas. Me quedé quieto en la plaza de aparcamiento que ella me señaló —se fue con su cucurucho vacío— y al cabo de un tiempo incalculable —mucho o poco, a mí se me hizo eterno— surgió un taxi conducido por un tipo que no parecía saber quién era yo, quiero decir, que no sabía nada de mi misión. Después de un trayecto que no debió de durar más de veinte minutos me dejó en una nave industrial de las afueras y allí encontré todo lo necesario para expulsar la mercancía: unas flechas garabateadas en el suelo con tiza me llevaron hasta el cuarto del fondo, en el que había un catre sobre las feísimas losetas amarronadas, una pila de libros, las novelas policiacas que había

solicitado —Georges Simenon, Friedrich Dürrenmatt y Dashiell Hammett—, una consola de videojuegos de las de entonces, marca Hatari, si mal no recuerdo, y con el Comecocos como único cartucho, y, lo más importante, una bacinilla con todos los productos necesarios para evacuar cuanto antes la mercancía...

—Tienes que ayudarme —interrumpió Sara mi rememoración—. Cuando llegue a Madrid, quiero que Esteban suelte todo sin peligro para su salud, quiero salvarle del desastre al que se dirige... Me gustaría que lo asesoraras... Y, a cambio, si alguna vez tienes problemas legales, te devolveré el favor.

No dije nada: lo que Sara me proponía era colaborar en un delito.

—¿Y por qué debo fiarme de ti? —pregunté, finalmente.

—Porque acepto que quieran terminar con todo lo que representa el corrupto Martínez-Rodríguez, pero no que el padre de mi hijo tenga que pagar por ello...

Entonces nos terminamos la comida —Sara, la jarra de agua— y fuimos a pasear por la ciudad. Recorrimos su distrito y nos integramos en el bullicio que rodeaba la plaza de toros, en el límite que señala la carretera de circunvalación conocida como M-30.

—Debe de haber corrido hoy —dijo ella.

—Ha empezado San Isidro, sí...

Es lo único que recuerdo, que nos dijimos bobadas así, sin interés, palabras como burbujas de jabón, vacías, tranquilizadoras. Paseábamos juntos, preocupados, como si estuviéramos haciendo algo que pronto no podríamos hacer, igual que si nos hubieran desvelado el secreto de que el fin del mundo era inminente y saliéramos a contemplar las calles por última vez, con una complicidad que nacía de la impresión de conocer una desgracia que el resto de personas ignoraba. Nos miramos y sonreímos.

—¡Qué complicado es todo! —dijo Sara.

—Sí —reconocí.

Llegamos al barrio de la Concepción —las casas no muy altas, pintadas de ocre y rojo oscuro—, y fue allí, en el banco de un parque, frente a unos chavales que hacían botellón, donde me describió cuál era su plan.

—Espero de ti que lles a Esteban a ese lugar seguro... Si no quieres que sepamos la dirección, véndale los ojos... En cuanto llegue al aeropuerto, trataré de sacarlo sin que cruce la aduana... Escóndelo allí, por favor, deja que esté todo el tiempo que necesite hasta que se libere de la carga... Compra los productos necesarios y aconséjale... —Me dio doscientos euros—. Y si se

pone malo, llámame, te proporcionaré un médico amigo... Yo también me siento vigilada...

—Vale, pero lo hago por ti.

—Gracias, Samuel.

No dejó que la besara, ni siquiera en la mejilla, como si estableciera entre nosotros una relación meramente profesional. Y se alejó hacia el taxi que paró en el cruce a una señal suya, sin volver la cara, como si todo lo que teníamos que decirnos ya estuviera dicho.

—¡Te llamaré para darte más instrucciones! —gritó cuando el taxi arrancó.

—¿En qué maldito barrio estoy?

No respondió.

Miré a mi alrededor, y sí, reconocí aquellos edificios, sabía dónde estaba; no muy lejos de allí vivía un antiguo cliente al que los ataques de gota (o tal vez las advertencias de Abengózar) habían retirado del consumo de mi mercancía. Busqué un local para relajarme con una ginebra, pero al parecer jugaba el Madrid contra el Atlético (el equipo republicano contra el equipo de Franco, que habría dicho el obsesivo Manzaneda) y todos los bares estaban abarrotados —maldito fútbol—, así que bajé al metro para volver a mi casa.

Desde la ventana nuestro hombre veía a la viuda, enérgica, atacando con sus labios y sus pechos hinchados a los detectives para darle celos. Ellos se apartaban con miedo, pero también se peleaban a veces por su culpa. Por el suelo quedó en más de una ocasión el sombrero de ala ancha de algún detective ensangrentado, y por eso se preocupaba el hermano de nuestro hombre. Le leía crispado, desde su voluntario exilio marroquí, un texto de un blog hipster en el que le acusaban de exagerar hasta lo grotesco la supuesta *performance* que estarían llevando a cabo los detectives bajo sus órdenes.

—Mira —dijo nuestro hombre—. Las cosas ahora son distintas... La vida es otra cosa. El arte y la literatura han muerto. Vivimos en el tiempo del fútbol. Pronto los presidentes de gobierno serán exfutbolistas.

—No estamos hablando de arte ni de literatura —respondió su hermano—. Estamos hablando de lo que me da de comer, cretino, de lo que me permite pagar comida y casa, y tabaco.

—Pues deja de fumar...

En el último instante reprimió la tentación de contarle a su hermano la peripecia sanguinaria que le había llevado hasta la desesperada situación en que se encontraba. Se había convertido en un asesino y necesitaba descargar su conciencia con alguien. Pero no desconocía que la vida adulta se caracteriza por la asunción del recelo —tal vez del miedo— como la brújula primordial del día a día, asunción no siempre consciente pero sí necesaria para sobrevivir. Así que colgó. Ya no eran muchachos, sus lazos fraternales solo permanecían en el DNI y en el ADN, habían sido erosionados por la rivalidad y los celos, y la confesión le habría deparado más problemas y ninguna ayuda, solo un pírrico alivio. Su hermano estaba preocupado sobre todo por su porvenir laboral, tanto que habría sido capaz de vender a su propia madre si con ello se salvaba de las burlas que le dirigían quienes pertenecían al mundo de los libros, pero su madre hacía mucho tiempo que había pasado a mejor vida; menos mal, pensó nuestro hombre.

Compré el periódico.

Pegado al ventanal de la primera cafetería que se puso en mi camino, en un mullido sillón y frente a una mesa de cristal, lo desplegué por sus páginas interiores y, al desviar la mirada tras sorber el café caliente, pude ver a la muchacha al otro lado de la calle tomando notas en su libreta roja de anillas. La dejé estar allí como una presencia irremediable, como si fuera un simple personaje literario nacido de mi imaginación, y no real, y me concentré en leer la noticia que debía preocuparme: las advertencias de Sara se estaban cumpliendo o cuando menos era verosímil todo aquello de lo que me había puesto sobre aviso. Al ver la foto del hijo de Manzaneda en la primera página de la sección local casi pude imaginar sus declaraciones a la prensa:

—Dezeo recuperar la verdadera hitoria del Madrid como lo pretendía mi difunto padre.

En el último párrafo de la información —donde tantas veces se encuentra lo único relevante— hallé el dato que, en efecto, señalaba el peligro del que Sara me había advertido: un juez de la sierra pretendía reabrir el caso.

Cerré el periódico.

La muchacha no estaba, solo había estado en mi magín paranoico, tal vez, y salí de la cafetería con una desagradable sensación de engaño y miedo, como si todo aquello que mis manos acariciaban —muros de los edificios, troncos de los árboles, el abrigo de visón de una señora que aceleró el paso al sentirse tocada por mí— fuera menos real que el pasado oculto, extraño y tenebroso que empezaba a vislumbrar como se vislumbra fuego al final de un pasadizo: el asesinato a martillazos del millonario Manzaneda podría haberlo cometido yo, por qué no, era perfectamente verosímil. De alguna manera, cuando trabajaba para él, lo detestaba; me parecía un explotador, un cínico que se vestía con valores de justicia social que jamás llevaba a la práctica con sus subordinados (pagaba en negro, tarde, poco y mal, no como el Peral de mi novela; no era tan idealista ni tan ingenuo). Seguí andando en ese estado de obnubilación y miedo —miedo a mí mismo— hasta que la sospecha de que

estaba siendo seguido me hizo entrar en unos grandes almacenes para confundir al supuesto e invisible perseguidor: tal vez a la muchacha, no lo sé. Al llegar a casa —media hora después de culebrear por las calles— agarré un libro de la estantería con la firme resolución de no salir más, no asomarme a la ventana, no apartar las cortinas, cancelar la realidad, y esperar a que Sara me telefonara tal y como habíamos quedado. Pasaron los días y nada acontecía fuera de una rutina engañosa: me levantaba de la cama, fumaba un cigarrillo o dos, desayunaba y me ponía a leer en espera de que me llegaran ideas para comenzar una novela; a veces oía ruidos raros, incomprensibles, pero eran solo los aparatos de aire acondicionado del edificio o los ventiladores, o alguna discusión entre vecinos en esa intimidad que traicionaban unos tabiques que, más que silenciar, parecían amplificar las voces.

Después de comer, bebía ginebra con leche y crema de cacao para que el tiempo pasara más deprisa, pero qué va, transcurría lento como si dependiera de un reloj de pilas gastadas, y quien me reclamaba al teléfono nunca era Sara, sino los vendedores de las compañías del gas o de telefonía, y sus dulces y apremiantes acentos latinoamericanos me causaban una honda decepción. Les gritaba improperios que provocaban nuevas llamadas sospechosas: o bien se vengaban dejando la nota de que yo era un cliente fácil de convencer, a quien merecía la pena molestar, o bien era política de la empresa fastidiar a los clientes que reaccionaban con poca caballerosidad. Tampoco descarto que fueran policías corruptos —perdón por la redundancia— quienes hacían sonar el teléfono para saber que seguía dentro, en el agujero, mientras ellos preparaban las pruebas falsas con las que endosarme la desaparición de Manzaneda y así quitar de en medio a otro hombre del Vasco.

Por fin Sara me telefoneó y yo estaba borracho, pero con cierto laconismo pude disimularlo. No recuerdo bien qué me dijo, solo que unas horas después me despertó el timbre del móvil y me descubrí en la cama sin saber si era de noche o de día, sin saber si había estado hablando con ella o lo había soñado.

—¿Dónde te has metido?

—¿Habíamos quedado?

—Olvídate, voy para allá...

La saludé en cuanto entró por la puerta, pero su reacción fue barrer el piso con una mirada de censura antes de ponerme la escoba en las manos (que yo devolví, raudo, a la cocina).

—¡Eres un puerco!

Aparté con el pie la ropa que estaba por el suelo, arrojé a la estantería los libros y cedés que habían quedado por ahí de cualquier manera y le ofrecí un café, un té o una cerveza, sabiendo que solo podría darle un vaso de agua o una copa de ginebra.

—Estás en un estado lamentable, como si hubieran pasado cinco años desde la última vez que nos vimos... —dijo aceptando el vaso de agua.

—¿Y cuánto ha pasado?

—¡Cinco días!

—Bueno, he estado bebiendo mucho... Y mi exmujer, su espíritu, se pasea por la casa iracunda... O eso me parece...

Pero Sara no estaba para perder el tiempo con mis alucinaciones ni se tomaba el alcohol a broma. Las noticias sobre su exmarido merecían en su opinión una actitud de combate inmediata. Me dejé caer en el sofá, incapaz de escapar a la impresión de que me reprochaba que el verborreico Esteban fuera a hacer de mula antes de lo previsto.

Y con los mismos aspavientos con los que había llegado, desapareció, dejándome donde yo quería estar: en el sofá, adormilado, pero con un minucioso plan entre los dedos redactado en letra Times New Roman sobre dos folios grapados y la promesa de un pago de mil euros si lo cumplía. La tarde siguiente hice todo cuanto me pedía en esas hojas impresas: me levanté a las seis de la tarde de la siesta y me dirigí en mi viejo Mercedes rojo al aeropuerto.

Merendé un bocadillo de jamón serrano en una cafetería de la terminal 4 y estuve pendiente de mi entorno. Los viajeros eran normales, o lo parecían; pasaban de largo ataviados con ropajes a veces exóticos, túnicas, turbantes, a veces convencionales, camisas floreadas y vaqueros de turistas desorientados o trajes de ejecutivo en tránsito a Londres, Barcelona, Buenos Aires o, qué sé yo, Nueva York... En los periódicos, la noticia de la investigación en el matadero había desaparecido no solo de las páginas relevantes, sino de la sección local, lo que me produjo cierta angustia relacionada con el hecho de que nada mejor que la información, aun la manipulada y falsa, para saber por dónde van a llegar los problemas. El murmullo de la terminal comenzó a ser raro, poco natural, y por detrás y por delante de mí surgían viajeros que ya no pasaban de largo, sino que estaban quietos, expectantes, cada uno de ellos ataviado cumpliendo con una suerte de disfraz tópico, que si el ejecutivo agresivo con su maletín y la gomina estirándole el pelo hacia atrás, que si la pareja joven con bermudas y cámara de fotos al cuello... Todo resultaba tan



normal que hedía a trampa... Había, cómo decirlo, una estridencia de la normalidad que implicaba anormalidad, decorado, farsa. En medio de ese baile de disfraces surgió una mujer muy musculosa vestida de rojo en la que todo el mundo reparó, pero más que nadie yo. Aquella mujer de brazos de culturista, tan voluminosa, me hizo pensar por dos o tres segundos que era yo la mula y ella mi contacto, que en breve se lamería el dorso de la mano y yo habría de seguirla hasta una furgoneta blanca o un taxi del aparcamiento, pero continuó andando sin realizar ninguna señal y bamboleando el trasero contra el aire y los peatones con los que se cruzaba.

La gente se miraba, me parecía, como sin saber qué hacer, buscándose en la expresión de los demás y alternando casi imperceptibles gestos de contrariedad y estupor (pero yo sí los percibía), en espera de que se abriera la puerta automática con los viajeros del vuelo procedente de Colombia, no recuerdo si Cali o Bogotá.

Eran policías, tenían que serlo, pero también podían ser familiares de los pasajeros, por qué no, o simples visitantes de la terminal 4.

Pedí un Alejandro en el momento en que tuve la impresión de que la jugada de Sara era mucho más osada (o necia) de lo que jamás me habría figurado, porque si realmente aquellos individuos eran policías sería imposible librar a Esteban de su detención, y hasta yo podría terminar en la cárcel. Todo apuntaba a la celada. En esa normalidad sospechosa surgió por fin un grupo de mulas, pude detectar a tres o cuatro —se percibía su condición en la palidez de los rostros, en la tensión de las sonrisas—, pude ver hasta cinco, seis, siete, veinte, y cuando ya iba a concluir que no, que ninguno de ellos era una mula, que todo era un absurdo, mi teléfono móvil reptó sobre la barra hasta chocar con el cristal de mi copa.

—Sal —me dijo Sara—. Estoy con Esteban.

Cumplí con la segunda parte de su plan, pero de alguna manera ya no me lo creía. Iba rígido, extrañado, sin saber aún por qué.

Esteban me esperaba solo, casi tiritando de miedo. Nos pusimos a andar en dirección a las máquinas de pago del aparcamiento. Por el suelo se arrastraba la portada arrugada de un periódico gratuito. Aparecía el presidente del Real Madrid en el palco, y detrás de él, difuminada, reconocí una silueta familiar. Parecía la mismísima Manduca, aunque no podría asegurar que fuera ella. El periódico podía ser de aquel día o de cuatro días antes.

Fuimos hacia el coche.

El sol tembló como un aviso de peligro.

El final que Sara perseguía, maldita sea, excluía todos los que a mí me convenían, pero es que ni siquiera se había trabajado el relato con el que pretendía engañarme y atraparme, había descuidado los detalles, como si yo fuera un lector barato, un mal lector ingenuo; no en vano me había engañado solito, no su relato mentiroso sobre Esteban, la droga y Colombia.

El abogado, a mi lado, me agarró del brazo muy nervioso, como si con cierta agresividad tratara de compensar su escaso talento dramático.

—Sácame de aquí, por favor... ¡Me duele la tripa!

Disimulé mi enfado.

La versión narrativa que uno elige para valorar la realidad perfila su vida, la condiciona fatalmente en el terreno familiar y social. A su manera, eso mismo pensaba el irritante Manzaneda. Él decía —y yo solía reprimir el bostezo cuando comenzaba su discurso— que la invención de un Madrid franquista por parte de sus enemigos había condicionado la realidad del club, y así, poco a poco, ese relato falso había triunfado no solo por el acierto de sus enemigos al propagarlo con insistencia y mala fe, sino por acción y omisión de quienes con más ahínco tendrían que haberse opuesto a él; los mandatarios de última generación, por acción, y unos socios y aficionados que, por omisión, poco a poco se habían rendido a una mentira con poderosos cómplices dentro del club. La propia directiva del Madrid, en el año 2001, había transformado la banda morada del escudo en azul —con la excusa de la mercadotecnia y en flagrante contradicción con los estatutos sociales del club, se quejaba amargamente Manzaneda en su despacho—, sin duda para apuntalar estéticamente la problemática verosimilitud de un relato repleto de contradicciones a poco que uno tuviera interés en investigar. Y la misma desaparición de Manzaneda —si se demostraba su naturaleza criminal— podía ser consecuencia del afán de uno o más miembros de una directiva turbia por frenar la posibilidad de que alguien señalara las mentiras de un relato trucado. De repente, hasta las cartas amenazantes —«Mantente al margen», me decían, pero no de qué, como si yo tuviera que adivinarlo—, incluso la muerte de Marisa, podían ser no consecuencia de un escarmiento de los hombres del Vasco Abengózar, sino un aviso o un intento de registrar mis papeles para que yo me mantuviera lejos del Madrid, y no escribiera ni desvelara corrupciones en una organización que manejaba mucho dinero («No se puede intervenir impunemente en una organización que mueva dinero a espaldas», me había dicho Abengózar, moribundo y misterioso).

Pero cómo convencer a Sara Lagos de que esta conjetura no era disparatada —me diría que estaba loco, que era un paranoico—, cómo, si ella

era incapaz de detectar las trampas narrativas de la llamada normalidad, si solo veía perros de raza pura, animales domésticos «normales y corrientes» y no gatos callejeros u ornitorrincos, si era una comisaria de policía al servicio de todo lo que diseñara el Poder —para respirar y vivir en su tranquilizadora atmósfera— y formaba parte de su esencia sospechar de un don nadie como yo antes que de un grupo de directivos con nombres y apellidos colmados de reputación, sonrisas resplandecientes y obras de caridad millonarias. Y con mucho dolor supe que mi imaginación había versionado una Sara imposible, como si hubiera creído en una mujer cuya naturaleza fuera otra y en esa investigadora obsesiva cupiera un espíritu capaz de anteponer el amor a su profesión. Pero qué va. La verdad contenía un relato bien distinto del que yo había querido protagonizar; mis vivencias a su lado no eran un espejismo, pero sí poseían el sentido que yo les había conferido y este formaba parte de una trampa en la que había caído al narrarme mal mi propia vida, y entrar en la autopista y ver la luz, despertar del autoengaño, fue todo uno. Si yo era, por deformación profesional, bastante criminal, ella era, por vocación íntima, más que nada policial. Hasta ese momento había estado construyendo sobre la realidad una novela equivocada, casi cómica —más o menos la que he venido contando—, pero la verdadera novela la perpetraba subrepticamente su intención fanática de detenerme y acusarme de un asesinato que había jurado resolver empleando para ello el cuerpo y el alma. Lo comprendí todo. Se había acostado conmigo para registrar los cajones de mi casa en busca de un arma homicida que no había encontrado por ningún lugar; y el alma la estaba poniendo en ese momento, con aquella farsa. Todos querían algo en esta historia (todos imponer su relato a la, en el fondo, dúctil realidad): Manduca, quedarse con mis clientes y subir de estatus; los jóvenes de la Fiesta querían su mercancía; el abogado, recuperar a Sara como pareja; ella, encarcelarme; y yo no estaba seguro de saber qué quería. Y cuando uno no sabe a ciencia cierta lo que quiere, incurre en la pasividad o la incuria, y tiene las de perder porque el mundo, tan mentiroso, le impondrá cualquiera de sus múltiples relatos. Y entonces, mientras el tráfico nos envolvía y frenaba al poco de tomar el primer desvío, mientras pasaba junto al *loft* donde Sara esperaba encontrar un martillo homicida —con el que, según ella, golpeé la nuca del millonario—, decidí seguir como si ese *loft* aún estuviera lejos. El relato que Sara había construido sobre mí no era del todo absurdo, tenía su lógica, al fin y al cabo mi conducta era reprochable en muchos aspectos: vendía droga entre los jóvenes de clase media y alta de nuestra querida ciudad —en eso coincidíamos ella y yo, amábamos esta ciudad mediocre—, no tenía

problemas en vaciar cápsulas de alcachofa en polvo o machacar complejos vitamínicos para repartirlos como si fueran estupefacientes entre los más ignorantes, había engañado a un sicario para que atacara a mi exmujer —bien es verdad que para salvar la vida de Sara—, a veces me embriagaba tanto que no recordaba lo que había hecho el día anterior. Verosímil, pues, con esos rasgos personales, que hubiera terminado a martillazos con el millonario Manzaneda en un arrebatado de locura. No era verosímil, sin embargo, que Esteban, a su edad, acabara de realizar un viaje de nueve horas desde Colombia con el cuerpo cargado de mercancía; el relato engañoso de Sara era un insulto a la inteligencia que cerraba con un torpe final tanto teatro bien hecho.

Esteban, de natural histriónico, pero mucho peor actor que Sara, mucho menos fanático y natural, notó mi turbación y sospechó del errático recorrido que estábamos haciendo con el coche.

Cada vez más lívido, movía las piernas, carraspeaba y tosía.

—Menudo lío —dijo—, menudo lío como me explote lo que llevo dentro...

—No llevas nada dentro, maldita sea...

Una vez rebasada la Plaza de Castilla, paré en medio del barrio de La Ventilla, cuyo urbanismo irregular golpeaba un viento apocalíptico: el abogado dejó de hablar y se quitó las gafas de sol cuando, tras el brusco frenazo, sus rodillas inquietas tocaron y abrieron la guantera y el martillo que Sara buscaba, o uno muy similar, cayó y golpeó su tobillo. La herramienta apareció envuelta en una bolsa de plástico de la cadena de tiendas Sánchez Romero.

—Qué dolor... —se quejó.

—Si piensas que haciéndole este favor vas a volver con ella, estás muy equivocado... —dije—. Ya sabes que solo piensa en su profesión. Te utilizará y te tirará como un pañuelo.

—Ay, qué dolor...

—Baja, por favor.

—¿Por qué?

—Estoy intentando no perder la educación: baja.

—¿Y dónde suelto lo que llevo dentro?

—No llevas nada dentro, maldita sea, deja de hacer teatro...

Lo empujé y arranqué.

Por el espejo retrovisor vi cómo Esteban se arrastraba por la acera como un herido de guerra. Sara paró su Toyota, y sujetándole de las axilas

consiguió que se levantara.

Me persiguió con el coche durante cinco minutos, lo cual vino a darme la razón en mis sospechas, pues le interesaba más obtener el supuesto martillo homicida que llevar a Esteban a un lugar seguro (él no era ninguna mula, él no necesitaba ningún refugio para liberarse de la mercancía, sino que ella creía que en mi *loft* secreto, bajo la pata de una cama y en un agujero con apertura hidráulica, hallaría la pieza que le faltaba para su puzle narrativo y policial). Estuve dando vueltas sin criterio, dejándome guiar por el capricho, y poco a poco fui aceptando, no sin rabia, que debía olvidarme de ella, que jamás me había querido.

«Júreme que lo haré... Júreme que ze entregará en cuerpo y alma... Júreme que hará pagar al culpable...», imaginé, con una claridad propia de un recuerdo, las palabras que le habría dicho el huérfano de Manzaneda para abonar su enfermiza obsesión de atraparme.

Definitivamente mi realidad parecía contagiada por mis propias ficciones y ya ni siquiera sabía si era culpable o inocente, dónde empezaba la verdad y dónde la mentira, pero Sara estrelló su coche contra el mío al llegar a un semáforo, y el golpe fue tan duro y real que supe que, en cualquier caso, no era momento de especulaciones ni dudas, y que debía huir. Ella salió del Toyota Auris con el revólver en alto, resplandeciente. Yo salí del Mercedes con el martillo bajo, oculto en el jersey. Un duelo con el sol postrado. Sin embargo, me di la vuelta y corrí sin mirar atrás. Tenía la impresión de que Sara era muy capaz de dispararme. Era tarde de partido, lo que me permitió mezclarme con la turbamulta que rodeaba el estadio Santiago Bernabéu. La Castellana, anchísima, se volvía pequeña tomada por los aficionados del equipo blanco. Por detrás de mí debía de ir ella, oteando como podía el confuso panorama para ubicarme entre tantas cabezas iguales.

Ante mí cruzaron unos chavales con aire agresivo que tiraron al suelo a un par de personas. Realmente no se sabía si habían iniciado un ataque contra los aficionados pacíficos o huían de los policías antidisturbios, cuya carga contra la muchedumbre provocó mayor confusión, una confusión absoluta. Hui contagiado por el miedo, pero tropecé. Intenté incorporarme y no sé quién ni qué, alguien o algo, me golpeó en la nuca: tal vez fue la porra de un antidisturbios enfurecido, o el rodillazo de algún despavorido aficionado. Aquello no parecía el ambiente previo a un partido de fútbol sino una extraordinaria rebelión contra todo lo que se ponía por delante. Volaban papeleras, gafas y zapatos. Estaba aturdido, como un boxeador al borde de la derrota, y trataba de andar pese a ser sometido a zarandeos desde todos lados,

porque el miedo o la rabia —difícil distinguir— se habían adueñado de la gente, que corría en desorden, con direcciones divergentes que provocaban tropiezos y caídas. Me desplomé, yo también, muy cerca de la deposición pajiza de un caballo —qué suerte no haberla tocado, pensé—, y al levantar la cabeza vi a un hombre extraño y familiar sorteando cuerpos con bastante pericia. Nuestras miradas se cruzaron.

Alcé el brazo y le pedí ayuda.

Pero no entendió mi ademán o no quiso entenderlo y me quitó el martillo, que había quedado a la vista, para abrirse paso entre el gentío con una extraña determinación, como si con la herramienta pretendiera atacar a quienes descendían de un Audi negro recién llegado al aparcamiento de autoridades. Entonces cayeron del aire cientos de folios mecanografiados, y bajo la lluvia de papel surgió la figura luminosa de Sara, deambulando entre la gente como una niña extraviada que buscara a su padre, empujada, sacudida por la multitud, y tal vez por eso quise ampararla y llamé su atención.

—¡Estoy aquí!

Cambió su expresión al verme, como si esa obsesión por detenerme la fortaleciera y la pusiera a salvo del alboroto, en una burbuja cerrada por su fanatismo.

—Tu persecución no tiene sentido, Sara... —dije cuando llegó a mi lado—. ¿No te das cuenta? No puedes tomarte al pie de la letra una ficción.

—Sí, si no es tal ficción.

—Pero lo es... Le pasó también a Abengózar y así terminó... Y le ha pasado a más gente. Un directivo del Real Madrid, alguien poderoso, debe de creer que estoy escribiendo una historia alternativa del club que puede poner en peligro su porvenir en libertad... Y por eso a Marisa le pasó lo que le pasó... Ahora lo veo claro: a Marisa se la cargó la misma persona que asesinó al millonario Manzaneda...

—Pero no era Marisa quien estaba escribiendo el libro, sino tú. ¿Por qué matarla? —dijo Sara.

—En el mundo del narcotráfico primero van a por los familiares directos...

—¿Y qué tiene que ver el narcotráfico con un libro sobre el Madrid?

—Todo está imbricado, los negocios son los negocios... Y no creo que quisieran matarla, simplemente registrar el piso en busca de mis escritos...

—Pero no se llevaron nada...

—Porque les entró miedo, pero luego mandaron a una chiquilla medio gitana para que registrara mis papeles y anotara mis movimientos, ahora lo

veo claro... ¡Su madre asiste a los partidos del Bernabéu!

—Te tenía por mejor novelista.

—Y yo a ti por mejor policía.

—¿Quién va a temer que se publique una historia republicana del Madrid? Por favor, Samuel.

—Un enemigo de Manzaneda que no se fíe de él ni muerto... Alguien que piense que esa historia alternativa del Madrid, ese encargo de Manzaneda, hará un repaso de la gestión del club desde su fundación hasta nuestros días y sin tapujos, señalando corrupciones con nombres, apellidos y documentación...

—No me vengas con fantasías, Samuel —replicó ella, y tuvo que subir la voz porque el griterío a nuestro alrededor era tremendo—. Con Marisa terminó alguien relacionado con el narcotráfico para escarmentarte a ti, y a Manzaneda lo mató la misma persona que se lio con su mujer... Y te aseguro que tú no vas a terminar en una playa caribeña de aguas cálidas y transparentes.

—¿Qué playa caribeña? ¿Qué aguas cálidas y transparentes? —dije, sin comprender—. ¿De qué hablas?

Pero creo que estaba queriendo decir algo más.

Estaba queriendo decirle que el deseo que me había llevado a acercarme a ella era genuino y prioritario, muy distinto al que le había empujado a perseguirme; le estaba diciendo que todo deseo se envuelve en un relato, y que en mi deseo —lo tenía ya claro— estaba ella en el centro de mi vida para revertir un futuro que parecía marcado por una profesión detestable (e ilegal) y un ir y venir irreparable y angustioso —de aquí para allá con miedo siempre a la policía o a la competencia, o a mí mismo—; le estaba queriendo decir que despreciaba esa obsesión policial que impregnaba todas sus acciones, pero también, de alguna manera, que admiraba la determinación con que la mantenía. Quería decirle, tal vez, demasiadas cosas.

—Dame el martillo, Samuel, dámelo de una vez.

Y en ese momento, rodeados de la polvareda humana, le enseñé a Sara mis manos vacías, las palmas hacia arriba, y vi en su rostro tan delicioso estupor, un asombro tan delator de su verdadera y obsesiva personalidad, tan crucial belleza en el decepcionado afán de atraparme que coloreaba sus mejillas y le atravesaba el ceño —y esa cosa desamparada de los ojos—, que no pude evitar el ademán de agarrarla con mis brazos, apretar su cuerpo contra el mío y besarla en la boca, como si con mi amor pudiera darle consuelo.

Pero nuestro hombre besó papel —besó, de hecho, la palabra «FIN»—, y le resultó muy desagradable notar esa aspereza en los labios y descubrir que no estaba besando a ninguna mujer cerca del estadio Santiago Bernabéu sino que se encontraba en el sofá de su casa, solo, con un montón de folios desperdigados a su alrededor y un sobre azul añil de la agencia Vasos Comunicantes rajado a sus pies. Un partido de fútbol en el televisor como pertinaz ruido de fondo —también sirenas policiales en la calle, cada vez más cerca— y, sobre la mesa de centro, su maletín de fisioterapeuta.

Sonó entonces su teléfono móvil y despertó definitivamente de la enajenación a la que le había conducido la lectura.

—¿Y bien?

Reconoció enseguida aquella voz cansina del huérfano de Peral, su trabajosa dicción.

—¿Le ha guztado mi novela?

Tardó en reaccionar. Poco a poco iba saliendo de la burbuja con enorme disgusto y asumiendo que todo, hasta ese atractivo personaje femenino, había sido una fantasía de la imaginación inducida por la novela del torpe pero talentudo chaval.

Le embargaba, no obstante, un cierto afán de agradecimiento hacia el responsable de esas horas de raptó lector, pero era mayor el rencor ante la fatalidad de saber que todo era material de una ficción escrita por el odioso chico.

—No creo que te deba importar mi opinión —reaccionó, aturdido—. El escritor es mi hermano gemelo y vive en Tánger. Yo solo soy un humilde masajista.

—Un mazajizta y un impoztor, por ezo mató a mi padre... —sollozó el chico—. Porque él descubrió zu verdadera identidad... Tenía que haberlo zupueyto en cuanto eztreché zu mano blanda.

La acusación era muy grave, así que esa misma tarde nuestro hombre sacó un billete de avión y, dos días después, se marchó del país con tres maletas y



todos sus ahorros.

Ahora espera que ningún juez dé crédito a la versión del huérfano de Peral, pues ha descubierto que la vida puede ser muy agradable en una playa caribeña a la que no llegan ni los periódicos ni internet, solo el amable rumor de un mar de aguas cálidas y transparentes.

FIN



JUAN APARICIO BELMONTE (Londres, Reino Unido, 1971) colabora con diversos medios de comunicación y es profesor en la escuela de escritura creativa Hotel Kafka y humorista gráfico en [superantipatico.blogspot.com](http://superantipatico.blogspot.com).

Ha escrito las novelas *Mala Suerte* (2003), que ganó el I Premio de Narrativa Caja Madrid y el III Premio Memorial Silverio Cañada, que se otorga en la Semana Negra de Gijón, *López López* (2004), *El disparatado círculo de los pájaros borrachos* (2006), XII Premio Lengua de Trapo de Novela y elegida por el periódico *El Mundo* como una de las diez mejores del año, *Una revolución pequeña* (2009) y *Mis seres queridos* (2010), galardonada con el II Premio Bubok de narrativa. Su obra ha sido traducida al francés y al italiano.